

COLECCIÓN HISTÓRICA CUBANA Y AMERICANA

Dirigida por

EMILIO ROIG DE LEUCHSENING

Historiador de la Ciudad de La Habana.

3

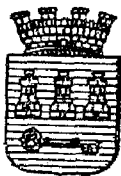
JOSÉ MARÍA HEREDIA

POESÍAS
COMPLETAS

HOMENAJE DE LA CIUDAD DE LA HABANA
EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE HEREDIA

1839 — 1939

VOL. II



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde Dr. Raúl G. Menocal

1941

Í N D I C E

V O L U M E N I I

	<u>Pág.</u>
Advertencia, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	7
POESIAS CIVICAS Y REVOLUCIONARIAS	
A D. José Tomás Boves	15
A la Paz	16
1820.	18
España libre	20
Himno patriótico al restablecimiento de la Constitución.	29
En la muerte del señor don Alejandro Ramírez	32
El Dos de Mayo.	33
A la insurrección de la Grecia en 1820	36
A los griegos en 1821	43
Oda a los habitantes de Anáhuac.	49
La estrella de Cuba.	54
A Emilia	56
Proyecto	62
A Wáshington	64
Oda.	67
En el aniversario del 4 de julio de 1776.	69
Vuelta al sur.	71
Himno del desterrado	74
Las sombras	79
En la apertura del Instituto Mexicano	89
Himno de guerra	93

	<u>Pág.</u>
Himno en honor del general Victoria.	96
Elegía.	98
A Bolívar.	104
Triunfo de la patria.	109
A los mexicanos, en 1829	112
Desengaños	115
A la <i>Cantata heroica</i> del c. Francisco Ortega	117
A un amigo, desterrado por opiniones políticas.	118
Al c. Andrés Quintana Roo	120
Al genio de Libertad	123
Libertad	126
El amolador	128
Al c. Andrés Quintana Roo [segunda epístola].	129
El Once de Mayo	135

POESIAS FILOSOFICAS E HISTORICAS

Vanidad de las riquezas.	141
Mi ciencia.	142
Al Popocatepetl	144
En el teocalli de Cholula	150
Inmortalidad.	155
Poesía	157
Napoleón	162
Sócrates	163
Roma	164
Catón	165
Placeres de la melancolía	167
Al cometa de 1825	177
A don Diego María Garay.	179
A Sila.	181

	<i>Pág.</i>
A la religión	183
Los compañeros de Colón	188
Contemplación	190
Progresos de las ciencias	192
Atenas y Palmira	195
Misantropía	197
Meditación matutina.	200
A la gran pirámide de Egipto.	202
Ultimos versos	204

POESÍAS DESCRIPTIVAS

En una tempestad	209
La estación de los nortes	212
Al Sol.	216
Niágara [Ed. 1825].	221
Niágara [Ed. 1832].	226
Himno al Sol.	230
Calma en el mar.	233
Al Océano	235

POESÍAS FAMILIARES

En el sepulcro de un niño	241
En alabanza del Sr. Juan López Extremera	242
A mi padre, en sus días	245
A mi padre, encanecido en la fuerza de su edad.	249
Carácter de mi padre	251
A mi esposa, en sus días	253
Al recibir el retrato de mi madre	255

	<i>Pág.</i>
IMITACIONES Y TRADUCCIONES	
Fragmento del libro I de <i>La Eneida</i> de Virgilio	261
El mérito de las mujeres	263
Memorias.	276
Melancolía.	278
Plan de estudios.	280
En la muerte de Riego.	282
La batalla de Lora	285
A la Luna	297
Morar	298
Al Sol.	300
Oina Morul	302
A la noche	307
A Napoleón	311
En el álbum de una señorita	317
Versos escritos en el golfo de Ambracia.	318
Lord Byron	319
Invitación a los poetas en el aniversario de la muerte del Redentor.	321
Los placeres de la esperanza	323
En un retrato del autor proscrito, a su madre	324
El arco-iris	326
Canto del cosaco.	328
La flor.	330
Recuerdos tristes.	332
La novia de Corinto.	334
Contra los impíos	339
Fragmento de una traducción de Virgilio	341
La resolución.	345
Homero y Hesiodo	346
Muerte del toro	350
La visión	352

	<i>Pág.</i>
Fragmentos entresacados de las <i>Cartas sobre la Mitología</i> . . .	355
Los sepulcros.	380
El manzanillo	383
La caída de las hojas	385
La inmortalidad.	387
Pelea de gallos	398
Las chinampas	401
Desesperación.	404
Dios al hombre	407
A Flérida.	409
El pino y el granado	410

APENDICE

La guerra de Imistona.	417
Las Postrimerías	424
La Religión	431
A la melancolía.	434
Primeras versiones de <i>La Mañana, A los mexicanos en 1829,</i> <i>y Encarecimiento</i>	436

JUICIOS DE MARTI SOBRE HEREDIA

I. Artículo publicado en <i>El Economista Americano</i> , Nueva York, julio de 1888	441
II. Discurso pronunciado en <i>Hardman Hall</i> , Nueva York, el 30 de noviembre de 1889.	447

P O E S Í A S
C O M P L E T A S
D E H E R E D I A

A D V E R T E N C I A

La división de esta obra en dos volúmenes, a que nos ha obligado la cantidad de material acopiado para ella, nos permite agregar aquí algunos datos obtenidos después de estar en prensa la Introducción al vol. I.

Ante todo, queremos expresar públicamente nuestra gratitud al doctor José María Chacón y Calvo, eminente heredista, por haber puesto a nuestra disposición el archivo de Enrique Larrondo y Maza, el malogrado investigador cubano que realizó importante aporte a la bibliografía herediana, y en cuyas notas hemos hallado detalles muy interesantes que añadir a las anotaciones que aparecen al pie de muchas poesías, según en cada caso señalamos.

El examen del archivo de Larrondo nos autoriza también a aclarar aquí que la Traducción de un idilio persa, a que nos referimos en la Introducción, no es composición en verso, pues se halla copiada en uno de dichos papeles, y es bella prosa poética.

Asimismo nos ha permitido incluir entre las Imitaciones y Traducciones, extractos de las doce primeras Cartas sobre la Mitología que aparecieron en El Amigo del Pueblo, de México, y en el primer tomo de la segunda época de la revista Miscelánea, de Toluca. Además, nuestras últimas investigaciones en la Biblioteca Nacional nos permiten añadir extractos de otras cuatro Cartas sobre la Mitología, que creemos absolutamente inéditas, pues no se publicaron en el segundo y último tomo de la Miscelánea, y que, en autógrafo del poeta, se hallan en el volumen Manuscritos de José María Heredia. Historia. Todas estas Cartas sobre la Mitología se publican ahora por primera vez en Cuba.

Deseamos igualmente manifestar que agradecemos al doctor Mario Sánchez Roig, ya mencionado en la Introducción, que nos haya facilitado el tomo de la revista mexicana Recreo de las Familias correspondiente al año 1838, donde figuran las poesías tituladas La desesperación y Dios al hombre, traducidas de Lamartine.

Y al doctor Giuseppe Favole, que amablemente se prestara a revisar la transcripción de la versión al italiano en las poesías Skillo-Dimos y Iotis mourant (Iotis moribondo), que aparecen en el volumen I de esta obra, entre las Traducciones inéditas de un libro francés, y que se encuentran en blancos de dicho libro, trazadas al lápiz por Heredia y casi borradas por el tiempo.

Por último creemos útil mencionar aquí las ediciones de poesías de Heredia publicadas después de su muerte, y que son las siguientes:

1840. Poesías de Don José María de Heredia, Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia de Méjico y Senador de aquella República. Por don Juan Francisco Piferrer, impresor de S.M., Barcelona, Plaza del Angel, 1840, 197 p. Lleva como introducción una breve noticia sobre Heredia, que termina así: "Escritas ya las antecedentes noticias biográficas, se ha sabido la prematura muerte de este célebre Poeta. Copiamos a continuación la poesía que en su elogio publicó en el folletín del Corresponsal, núm. 198, correspondiente al 15 de diciembre último, el amigo y condiscípulo del autor, D. Francisco Muñoz del Monte." Contiene la dedicatoria A mi esposa, y 53 composiciones más—la de Toluca contiene 108—, algunas con los títulos ligeramente variados. Su originalidad principal consiste en que figura en ella la poesía Al retrato de mi madre, que no se halla en la de Toluca.
1852. Poesías del ciudadano José María Heredia, Ministro de la Audiencia de Méjico. Méjico, Tipografía de Rafael y Vilá, calle de la Cadena núm. 13, 1 t., X-310-VI p., y 5 sin numerar. Lleva como introducción la célebre carta del poeta español Alberto Lista sobre las poesías de Heredia, dirigida al polígrafo cubano Domingo del Monte.
1853. Poesías de don José María Heredia, Ministro de la Audiencia de Méjico. Nueva y completa edición, incluyendo varias poesías inéditas. Dos tomos en un volumen, Nueva York, Roe, Lockwood and Son, 1853. En realidad son cuatro tomos en un volumen: el primero reproduce el t. I de la ed. de Toluca, en 138 p.; y el segundo, el t. II de la misma, en 181 p.; después, también con nueva paginación (1-30) aparecen las poesías contenidas en el apéndice a aquélla, La inmortalidad y Contemplación matutina, y las entonces inéditas en libro, A la gran pirámide de Egipto,

- Al Oceano, La Mañana, A Flérida y Ultimos versos de D. José María Heredia; y completa el volumen la tragedia Abufar o La familia árabe, traducida por don José María Heredia, en p. 1-83. Es ésta la primera de las siete ediciones publicadas por Javier Vingut en Nueva York, lleva un breve prólogo del editor, y después se reproduce en ella, sin nombre del autor, la biografía de Heredia publicada por Alejandro de Angulo y Guridi en El Prisma, La Habana, entrega tercera, julio 1846, p. 66-72.
1853. Nueva ed. de Vingut, que creemos simple reimpression de la anterior, a juzgar por la nota que aparece en la segunda de 1858.
1854. Nueva ed. de Vingut, de la que tampoco hemos hallado ningún ejemplar.
1858. Poesías de J. M. Heredia, Ministro de la Audiencia de Méjico. Nueva y completa edición, incluyendo varias poesías inéditas. Nueva York, Lockwood and Son, 1858, 2 vols. Es la cuarta publicada por J. Vingut, y no conocemos de ella ningún ejemplar.
1858. Poesías de don José María Heredia, Ministro de la Audiencia de Méjico. Nueva y completa edición, incluyendo varias poesías inéditas. Nueva York, F. W. Christern, 1858, 2 t. en 1 vol. Esta ed. quinta de las publicadas por J. Vingut, lleva la siguiente nota: "Diferencias de las cinco ediciones de estas poesías publicadas en New York desde 1853: La primera y la segunda fueron iguales, diferenciándose únicamente en que el papel de ésta era mayor. La tercera se aumentó con el drama Abufar y se corrigieron algunos defectos tipográficos. La cuarta fué aumentada con la bella oda titulada Al retrato de mi madre. Y la presente lo ha sido con el soneto a Boves." También figuran en esta edición, además de las poesías, el Discurso pronunciado al poner la piedra angular del monumento de Bunker Hill... por Daniel Webster, traducido por José María Heredia en Nueva York en 1825, y el discurso pronunciado por Heredia en Toluca en 28 de septiembre de 1834, para celebrar el aniversario de la independencia de México.
1860. José María Heredia. Poesías. Nueva y completa edición, Nueva York, R. Lockwood and Son, 1860, 2 t. en 1 vol.

1862. José María Heredia. *Poesías. Nueva y completa edición. Nueva York, J. Durand, 1862, 2 t. en un 1 vol. No hemos podido hallar ejemplares de esta edición ni de la inmediatamente anterior, de 1860, que aparecen mencionadas en la Bibliografía de José María Heredia por Ignacio Sierra y Rosso, publicada en el Boletín de la Biblioteca Iberoamericana y de Bellas Artes, México, t I. núms. 4, 5 y 6, marzo, abril y mayo de 1939, y en la Cronología Herediana, de Francisco González del Valle. Según notas de Domingo Figarola-Caneda, existentes en el archivo de González del Valle, esta ed. y la de 1860 son simples reimpresiones de la de Vingut de 1858.*
1875. *Obras Poéticas de José María Heredia. Vol. I. Poesías. Nueva York, Imprenta y librería de N. Ponce de León, 1875, 350 p. Con una advertencia del editor y un estudio biográfico-crítico-bibliográfico sobre Heredia, por Antonio Bachiller y Morales, compilador de esta edición. Publicanse también en ella algunos breves juicios sobre Heredia, y las poesías que le dedicaron, a su fallecimiento, Francisco Muñoz del Monte y Gertrudis Gómez de Avellaneda, y en apéndice la composición poética de Rafael Pombo, El alma de Heredia, escrita en 1869. Contiene 124 poesías líricas, es decir, 15 más que la que Bachiller consideraba como edición príncipe, publicada por Heredia en Toluca en 1832, y ha servido de base a casi todas las posteriores. Las composiciones aparecen clasificadas en cinco grupos: Poesías Amatorias, Imitaciones, Poesías Filosóficas y Morales, Poesías Varias y Poesías Patrióticas, siendo de notar que entre las que figuran como originales aparecen algunas que después se ha podido comprobar que son traducciones o imitaciones. En el volumen II de esta obra, bajo el subtítulo Teatro, y en 185 p., aparecen las tragedias Abufar, Sila, Tiberio y Los últimos romanos.*
1893. José María Heredia. *Poesías líricas, con prólogo de Elías Zerolo, París, Casa editorial Garnier hermanos, LXXI-360 p. El prólogo de Zerolo lleva por título Heredia, su vida y sus obras. Como apéndice al prólogo aparece el artículo de Heredia sobre Washington. Las composiciones poéticas recogidas en esta edición son las mismas 124 de la ed. de Ponce de León, dispuestas en idéntico orden. Sólo se agregan, entre las Poesías Amatorias, Misantropía; entre las Imitaciones y Traducciones, El pino y el granado; entre las*

Poesías Filosóficas y Morales *la fábula El filósofo y el buho (que sabemos no era original de Heredia), y entre las Poesías Patrióticas, El Dos de Mayo.*

1912. Poesías líricas de José María Heredia, *Habana, Lib. e Imp. La Moderna Poesía, 1912, XII-364 p. Es reproducción exacta de la edición de París, 1893, salvo que no contiene, el prólogo de Zerolo, aunque sí el artículo sobre Washington. Fué reimpresa en 1913.*

Elijah Clarence Hills, en su obra Bardos cubanos, Antología de las mejores poesías líricas de Heredia, Plácido, Avellaneda, Milanés, Mendive y Zenea, Boston 1901, cita una edición de poesías de Heredia hecha en Barcelona en 1846; P. A. Guiteras en su biografía de Heredia, publicada en la Revista de Cuba, t. IX, 1881, p. 5-46, menciona otra hecha en Madrid en 1852; y en la Biografía de Heredia por María Lacoste de Arufe, en Poesías, discursos y cartas de José María Heredia, La Habana, 1939, se dice que también en Madrid fué reimpresa, en 1853, la edición de Toluca, edición que dió lugar al juicio de A. Cánovas del Castillo sobre Heredia, publicado en la Revista Española de Ambos Mundos en ese mismo año. Pero nosotros no hemos podido encontrar ni ejemplares ni otros datos acerca de dichas ediciones.

Además se han publicado diversas antologías heredianas en que figuran poesías líricas, entre ellas:

Selections from the poems of Don José María Heredia. With translations into English verse by James Kennedy. Habana, Imp. de Eleizegui, 1844, 32 p. Con noticia biográfica de Heredia, y cuatro poesías en español y en inglés: A mi esposa, A mi caballo, La estación de los nortes y En el álbum de una señorita. En el volumen Modern poets and poetry of Spain, del mismo autor, fueron reproducidas estas traducciones, salvo En el álbum de una señorita, suprimida por ser original de Byron; en cambio agregó Kennedy la traducción al inglés de la oda A la noche, que tampoco es original de Heredia.

José María Heredia. Poesías Líricas. París, Casa editorial franco-ibero-americana, sin año, 166 p. y 2 sin numerar. Con breve prólogo de Emilio Gascó Contell. Contiene 22 composiciones de diversa índole; entre ellas, como originales, cuatro imitaciones o traducciones, y ninguna de carácter patriótico cubano.

José María Heredia. Cantos patrióticos, *Habana, mayo 1º de 1916, 96 p. Vol. IX de la Biblioteca Cuba, con breve prólogo de Néstor Carbonell. Contiene 27 poesías, de las cuales 19 son de las que aparecen en la presente compilación entre las Poesías Cívicas y Revolucionarias, y el volumen se completa con las siguientes: Al Oceano, La estación de los nortes, En la muerte de Riego, Niágara, Himno al Sol, En una tempestad, En la representación de "Oscar", y A Sila.*

José María Heredia. Prédicas de Libertad, *Cuadernos de Cultura, Segunda serie, Núm. 4, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1936, 105 p. Selección y prólogo de Francisco González del Valle, en que aparecen, con trabajos en prosa, 10 poesías patrióticas de Heredia, y entre ellas, por primera vez en Cuba la Elegía (a la memoria de Juan José Hernández) y El Once de Mayo.*

José María Heredia. Pequeña Antología. *Selección y prólogo de José M^º Chacón y Calvo, La Habana, Jesús Montero, editor, 1939, 287 p. El prólogo lleva el título de Nueva vida de Heredia, y el volumen contiene, con tres de las Cartas de Viaje, la Oración de Cuernavaca y el Viaje al Nevado de Toluca, 21 poesías de diversos géneros.*

Antología Herediana, *Selección de las mejores poesías líricas, obras dramáticas, cartas, discursos y artículos varios de José María Heredia y Heredia, escogidos y anotados por Emilio Valdés y de Latorre. Editada por el Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia... La Habana, Imp. "El Siglo XX", 1939, LXIII-159 p. Las poesías líricas, en número de 32 (incluyendo un fragmento de Placeres de la Melancolía) ocupan de la p. 9 a la 72.*

Poesías, discursos y cartas de José María Heredia, *con una biografía del poeta por María Lacoste de Arufe, y juicios de José Martí, Manuel Sanguily, Enrique Piñeyro y Rafael Estenger, Habana, Cultural, S. A., 1939. Es el volumen LXI de la Colección de Libros Cubanos, cuyo director, Fernando Ortiz, escribe en él una introducción titulada El centenario de Heredia. En el tomo I de esta obra, p. 5-127, figuran 44 poesías de Heredia, de diversos géneros.*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENBRING,
Historiador de la Ciudad de La Habana.

**POESÍAS CÍVICAS
Y REVOLUCIONARIAS**

A D. JOSÉ TOMÁS BOVES

Hipócrita, perjuro, despiadado,
Sin ninguna virtud que amar le hiciera,
Bañóse en sangre y con delicia viera
La muerte y el terror siempre a su lado.

A Venezuela mísera ensañado
En un yermo de horror tornado hubiera,
Si de Urica en los campos no cayera
De vengadora lanza traspasado.

Ríe en su tumba humanidad gozosa,
Y en su velo la frente arrebozando,
“¡Horror!” exclama, al pronunciar su nombre.

“¡Horror, oh monstruo, a tu memoria odiosa!
Que al vencedor la gloria coronando,
Jamás al tigre premia, sino al hombre”.

Ed. 1825.

Apareció con esta nota del autor:

No se diga que turbo sus cenizas. Los héroes y los monstruos pertenecen a la historia, para ejemplo y horror del género humano.

Creemos que existe una errata en el segundo verso: es probable que Heredia escribiese: “Sin ninguna virtud que amarle hiciera”.

Aunque no lleva fecha esta composición, supónesela una de las primeras de este género escritas por el poeta. José Tomás Boves, guerrillero español que combatió cruelmente a los libertadores venezolanos, murió en 1814. Y Heredia salió para siempre de Venezuela en diciembre 7 de 1817.

A LA PAZ

Paz, adorable Paz, hija del Cielo,
Madre de la ventura,
De la tranquilidad y los amores,
¿Por qué del triste suelo
Henchido de amargura
Desatiendes esquivo los clamores?
Oyelos, Paz divina,
Y a calmar nuestras penas te encamina.

Al mísero Anahuac cubierto tiene
De sangre, horror y luto,
De Marte asolador la cruda mano.
Tras él, sañuda viene
La miseria... ¡Cruel fruto
Que deja la discordia al hombre insano!
Ven, Paz, a consolarnos,
Y de su horrendo yugo a libertarnos.

Marte, deidad crüel, yo te abomino.
Nuestro dolor y penas
Tu más grato placer por siempre hicieron.
¿Por qué rompió el Destino
Las pesadas cadenas
Con que de Alous los hijos te oprimieron?
Si cautivo duraras,
No al Orbe en tu furor atormentaras.

Bramas airado, y fiero se adelanta,
Venganzas meditando,
El insaciable y bárbaro guerrero.
A do sella lá planta
Va el luto derramando,
Y al fúnebre lucir del crudo acero
Las vírgenes hermosas
A sus madres se abrazan temerosas.

A nuestra dicha tu furor persigue;
Haces reinar el miedo...
No reina so la Paz el triste duelo;
La abundancia la sigue;
Muéstrase el hombre ledo...
Ven, ¡oh divina Paz! ¿Será que el Cielo
Su venganza previene,
Y allá en el alto Empíreo te detiene?

Oye mis votos pues... Mas ¡oh ventura!
El terror disipóse
Que cual nube fatal nos envolvía.
Cubierta de verdura
La tierra está: siguióse
A una noche de horror un bello día.
Enjúganse los llantos,
Y resuenan doquier festivos cantos.

Viene la Paz del cielo descendiendo
En carro luminoso:
Con aire noble, de ella a par sentado,
Los caballos rigiendo,
Un héroe generoso
La trae al Anahuac desventurado.
Apodaca es su nombre:
¡Cantos, himnos sin fin a tan grande hombre!

1820.

Obras Poéticas, 1820.

Noticioso General, México, febrero 23, 1820. Copia del archivo
de E. Larrondo.

1820

¡ Viva el estado militar de España,
 Viva el Código ya restablecido,
 Viva la Libertad, que heroica hazaña
 En láminas eternas ha esculpido!

¡ Guiral, Quiroga, que la atroz cizaña
 Con la espada y razón habéis vencido,
 La duración corone vuestra gloria,
 Digna por cierto de inmortal memoria!

Diario Constitucional del Gobierno de La Habana, 25 abril 1820, p. 3. Firmada con las iniciales *J. M. H.*

Con motivo de esta octava, parécenos interesante citar que en la revista habanera *El Argos*, núm. 7, de 16 de julio 1820, p. 8, apareció un soneto inspirado en acontecimientos relacionados con el restablecimiento de la Constitución, y que a continuación reproducimos, acompañado de la nota que lo precedía:

Se nos ha remitido el siguiente Soneto que fué compuesto cuando se recibió la noticia de los asesinatos de Cádiz en 10 de marzo.

SONETO

Así gimiera cándida pastora
 La matanza feroz de sus corderos
 Asaltados por lobos carniceros,
 Mientras pacían al salir la aurora,

Como la patria inconsolable llora
La vil muerte que pérfidos guerreros
Lanzaron a sus hijos, placenteros
Al renacer la libertad que adora.

¡Cádiz, Cádiz! ¡Tus hijos perecieron!
¡Y al furor de una hueste foragida!
¡Y sus vivas en ayes se volvieron!

¡Ay, la venganza lograrán cumplida!
Porque grita la sangre que virtieron:
¡¡Exterminio al aleve fratricida!!! — H.

Con la inicial *H.* firmaban muchas veces sus escritos, tanto Heredia como el poeta y escritor cubano Prudencio Hechavarría y O'Gavan, por lo cual, sin otros datos, no ha podido identificarse al autor de dicho soneto.

ESPAÑA LIBRE

*¡Antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano!*

QUINTANA.

¿Y en vano fuera la constancia heroica
Con que el pueblo español rompió valiente
El yugo atroz del pérfido tirano
Que dominara la francesa gente?
Inútil fué; que su nefanda mano
Extendiendo doquier, el despotismo
Cargóla odioso yugo,
Más horrendo y pesado que aquel mismo
Que tantos sacrificios la evitaran.
¿Por qué de Iberia el galo fué lanzado?
¿A dó está, pues, el fruto
De tanta ibera sangre derramada,
De tan hondo dolor, de tanto luto?
Tras la lucha gloriosa y dilatada
Que al francés humilló y admiró al mundo,
Tan sólo esclavitud, sólo cadena,
Desaliento no más, miseria fiera,
Terror, espanto, inconsolable pena,
Por su inmenso dominio Iberia viera.

¿Ignominia fatal! ya conmovido
Arde mi corazón en viva saña.
¿Quién el bárbaro fué, mísera España,
Que a extremo tan fatal te ha reducido?
¿Fué de la Libia despiadada fiera
La que así destrozó tu seno hermoso,
La que ajó tu beldad de esa manera?

Nó, que tus hijos fueron
 Los que anhelando por mandarte esclava
 La cadena execranda te pusieron,
 El yugo ignominioso te cargaron.
 Ellos, ellos sacrílegos osaron
 La faz velar al cándido monarca,
 Y persuadirle impíos
 A desechar el libro sacrosanto
 De la alma libertad, y a sumergirte
 En cruda esclavitud, en hondo llanto.

¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡oh patria mía!
 ¿Eres la misma acaso que algún día
 Tu nombre excelso en alas de tu gloria
 De polo a polo resonar hiciste?
 ¿La que tras sí arrastrara la victoria?
 ¿La que a tus leyes fuerte sometiste
 Al árabe feroz, al italiano,
 De Lusitania a los valientes hijos,
 Al bátavo, al francés, al otomano,
 De la Europa terror, del orbe asombro?
 ¿La que juzgando al orbe conocido
 Estrecho campo a tan excelsa gloria,
 Lanzaste audaz al piélago profundo
 A tus hijos heroicos, y con ellos
 Buscaste a tus victorias nuevo mundo?
 ¿Eres la misma? ¡Oh Dios! ¿pues cómo ahora
 Sufres callada la fatal cadena
 Que aja tu gloria, que tu honor desdora?
 ¿Pues cómo sufres que tus nobles hijos
 Que de un divino fuego arrebatados
 Romper quisieron tu ominoso yugo,
 Se miren al suplicio condenados?

Sombras de Lacy y de Porlier augustas,
 Yo os saludo humildoso. Héroes sublimes,
 Víctimas generosas,
 De la patria en las aras inmoladas,
 Negra y eterna mancha a nuestro siglo
 Vuestra muerte imprimió. Yo os vi indignado
 Al cadalso subir, que entonces diera
 A España oprobio y a vosotros gloria.
 ¡Cuánto es digna de envidia vuestra suerte!
 El morir por la patria es bella muerte,
 Muerte que eterna hará vuestra memoria.

Vertiendo aún llanto la afligida Iberia
 Por sus hijos que nobles sucumbieron
 Del galo atroz a la fatal cuchilla
 Por libertarla de un tirano odioso,
 Os tuvo que llorar. Ambos quisisteis
 Heroicos libertarla
 De un yugo más atroz, más ominoso.
 ¡Oh, si el Cielo me diera
 Trocar por vuestra muerte mi existencia!
 Al seno de la tumba descendiera
 Lleno de honor: entonces
 Mi inútil vida por vosotros dando,
 A la adorada patria serviría
 Conforme a mi anhelar y mi deseo.
 ¿Qué puedo yo servirla, débil joven?
 Contrario el alto cielo al ansia mía,
 Las fuerzas me negó. Nunca mi brazo
 Su gloria sostendrá, nunca mi mente
 Podrá con el consejo dirigirla,
 Cual vosotros lo hicierais noblemente.

¿Y eterna habrá de ser la vil cadena?
 ¿Y ya por siempre gemirá la patria,
 De angustia y llanto y de terrores llena?
 No, que Iberia sañuda sacudiendo
 La orgullosa cerviz so el yugo horrendo,
 Con justa indignación airada gime,
 Así clamando: “Alzad, hijos valientes,
 Alzad del polvo las ilustres frentes,
 Y del monstruo libradme que me oprime:
 Del que acabando el sufrimiento mío,
 Del que ahogando mis dichas insolente,
 Mi seno hermoso destrozó inclemente,
 Mi belleza feliz ajara impío.”
 Dijo: el grande Quiroga valeroso
 De entre la humillación la frente alzando,
 Dijera: —“Nunca sea
 Que eternamente sollozar se vea
 La madre patria con vileza tanta:
 Cobre su libertad por mano mía
 O muera yo en sus aras inmolado.”
 Dijo, y lanzando firme y denodado
 El grito que a los déspotas espanta,
 Clamara: “¡Libertad!” Nombre divino,
 Siempre seguido de ventura y gloria,

Vencedor de la suerte y del destino,
 Seguro precursor de la victoria.
 Loor eterno a los héroes generosos,
 Que las frentes al cielo
 Con gloria inmensa y con placer alzaron,
 Y despreciando nobles
 Del despotismo atroz la negra saña,
 El grito heroico con valor lanzaron,
 El grito heroico: “¡Libertad a España!”

¡Libertad! ¡Libertad! Eco grandioso,
 ¿Conque torno a escucharte? ¿Conque en vano
 Ahogarte quiso el fanatismo odioso,
 Quiso callarte el despotismo insano?
 ¡Libertad! ¡Libertad! Himnos sonoros
 A los heroes que firmes nos la dieron:
 Himnos, cantos sin fin: su noble frente
 Ciña lauro inmortal de excelsa gloria,
 Y a par de tan inmenso beneficio
 Viva eterna en los siglos su memoria.

Al sagrado clamor el león de España,
 El letargo dejando en que yacía,
 Sañudo se alza a vindicar su afrenta,
 Y al contemplar su vengadora saña
 Se estremeció la infanda tiranía.
 A la voz de Quiroga y de sus fuertes,
 Se agitan orgullosos los iberos,
 Y claman “¡Libertad!” Aquesos gritos
 Que la soberbia gálica humillaron,
 Llenarán de terror a los perversos
 Que a la infelice patria encadenaron.
 Nada, nada temáis, guerreros libres:
 Huirán cobardes al aspecto vuestro,
 Que nunca fué valiente el vil esclavo.
 ¿Cuándo fué dado a la raposa infame
 Del león grandioso sostener la vista?
 Corred, héroes, volad: a vuestro impulso
 Los tiranos perezcan... Mas ¿qué miro?
 ¿Qué iris de paz hermosa
 Torna en un punto a la agitada Iberia
 El contento y la calma? El es; el mismo (1)
 Que a la patria librara con su esfuerzo
 De verse sometida al galo horrible,

Y el que hora la arranca
 A otro yugo más cruel, más insufrible.
 El es quien ha rasgado
 Con mano heroica la execrable venda
 Que los ojos cubría
 Al Monarca inocente, que asombrado,
 De su anterior conducta arrepentido,
 Exclama "¡Libertad!" entusiasmado.
 Le bendicen, "¡Fernando!" repitiendo,
 Y con cien bocas la volante fama,
 La inmensa trompa con furor hinchando,
 "¡Libertad! ¡Libertad!" girando clama.

Y aquesta aclamación noble y sagrada
 Derramando doquier contento y vida,
 De la fama en las alas conducida,
 Suena en Asia y América preciada,
 Y doquier que se adora el nombre ibero:
 La Habana fué quien la aclamó primero.
 ¡Gloria eterna a mi patria! ¡Honor al suelo
 Que me viera nacer! ¡Honor a Ponce,
 A Miralla, Valdés, Madrid y Tanco,
 Que sus glorias alzando al alto cielo
 De Odail, y de Guiral, Quiroga y Riego
 Las ínclitas hazañas celebraron,
 Y arrebatados de divino fuego
 Con entusiasmo: "¡Libertad!" clamaron!

Y libre España fué de la cadena
 Del yugo atroz so que gimió oprimida,
 Cual fuerte encina que en el bosque erguida
 Con alto imperio descolló soberbia;
 Mas del rústico cruel la odiosa mano
 Dobló sus ramas con furor insano,
 Y con vil ligadura atólas luego.
 Gime encorvada la orgullosa copa,
 Y se estremece y se deshace el lazo
 Cual hilo débil al calor del fuego.
 Deshácese y con furia se levanta
 La encina, y gime en derredor el aire,
 Y ella agitada la victoria canta,
 Y con nuevo vigor y fuerza nueva,
 Libre ya de ataduras, a las nubes
 La inmensa copa con soberbia eleva.

¿Dónde el terror está? ¿Dó la cadena?
 ¿Dó los tiranos...? Vedlos asombrados,
 Sumidos en despecho y cruda pena
 Su castigo temblar. ¡Oh! sosegaos;
 La libertad pretende
 Haceros conocer en este día
 Que si sabe vencer, perdonar sabe:
 Confúndaos solamente la vergüenza,
 Si en almas viles la vergüenza cabe.
 Sí, que cobró su libertad Iberia
 Sin llanto ni desgracias. Salve, ¡oh pueblo!,
 Digno mil veces de gozarte libre.
 Tu magnanimidad admire el Orbe;
 Y nuestra libertad y nuestra gloria,
 No con sangre ni llanto lastimero,
 Con letras de oro pintará la historia.
 Sombras de Lacy y de Porlier augustas,
 Alzad de gloria y de placer cubiertas,
 Dejad el fondo de las tumbas yertas;
 Libre la patria está... Vedlos alzarse
 Y el perdón demandar de sus verdugos.
 "Tendedles", dicen, "amigable mano,
 Y reconozcan la distancia inmensa
 Que hay entre el hombre libre y el tirano."
 Sí, engañados hermanos; ved la patria
 Que os llama a sí; llegad: es madre tierna,
 Y así perdona los errores vuestros:
 Llegad, que sólo anhela
 Unirnos estrechados a su seno,
 Para vosotros, de clemencia heroica,
 Para nosotros, de ternura lleno.
 En ademán afable y majestuoso
 Os ofrece los brazos desarmados,
 Porque sobre nosotros ya hermanados
 Tienda la libertad su cetro hermoso.

¡Gloria, Fernando, a vos, que generoso
 Los consejos infames desechasteis,
 Y el libro santo con placer jurasteis
 Do nuestra dicha y libertad se encierra!
 ¡Gloria, gloria a vosotros,
 Honor eterno de la hispana tierra,
 Cuya cadena odiosa
 Vuestro valor rompiera!

¡Gloria eterna a vosotros! ¡Quién me diera
 del cantor de Guzmán y de Padilla, (2)
 El acento inmortal! ¡Oh! ¡Cómo entonces
 Resonando en el cielo la voz mía,
 Los altos hechos, las hazañas vuestras
 De un polo al otro polo extendería!
 ¡Gloria a Odail, a Guiral, al fuerte Riego,
 Y a Quiroga inmortal! ¡Héroe grandioso,
 Honor eterno a ti! Gozoso escucha
 Por toda Iberia bendecir tu nombre:
 Gózate en su placer. ¡Oh! ¡Qué ventura
 Poder decir con generoso orgullo:
 “Si libre es ya la patria,
 Si la patria es feliz, a mí lo debe.”
 Mira a la historia con su recta mano
 Mostrar el cuadro de los grandes hombres,
 Y al mismo tiempo señalar gozosa
 El nombre de Quiroga entre sus nombres.
 A vosotros honor, hijos de Marte,
 Que vindicasteis nobles el decoro
 De la infelice patria encadenada,
 Y en cuyos brazos fuertes apoyada
 Alzó la libertad su trono de oro.

¡Momento celestial! Ya al sol radiante
 Puedo alzar sin rubor la noble frente.
 ¡Cuál se agita mi pecho en este instante!
 “¡Ya libre soy, ya libre soy!”, y vuelvo,
 Y una vez y otra, y mil, “¡soy libre!”, clamo
 Sin cansarme jamás, y mientras tanto
 Corre por mis mejillas encendidas
 De ternura y de gozo dulce llanto;
 Y un placer... un placer... No, no es posible
 El explicarlo... nó, básteme sólo
 Gozar callando ¡oh Dios! Eterna sea
 Tanta felicidad... Nobles guerreros,
 No permitáis jamás que esta ventura,
 A vosotros debida,
 Perdamos otra vez... Antes la muerte,
 Antes la expatriación, que la cruel suerte
 De que a nosotros tornen de amargura,
 De esclavitud y horror las negras horas.
 Vigilantes vivid, y al solo amago
 De cadena fatal, de tiranía,
 Moved sañudos los invictos brazos:

Alzad, y con estrago
 Corra la sangre del mortal infame
 Que osó mostrarnos vergonzosos lazos,
 Y con ella regado,
 Afirme sus raíces
 De la alma libertad el árbol bello:
 Y al ver vuestro valor, vuestra energía,
 Desesperada al tenebroso averno,
 Rugiendo torne la discordia impía.

¡Oh ventura! ¡oh placer! “España libre”
 Suena doquier, contento derramando.
 “¡Viva la libertad!”, claman doquiera,
 “¡Viva con ella el inmortal Fernando!”
 Se oye el grito feliz de “España libre”
 Del Océano en los yermos azulados,
 Antes tan solamente consagrados
 A ruido fiero o a silencio mudo.
 “España libre”, con clamor divino,
 Del africano al simple filipino
 Se escucha resonar. “España libre”,
 Del aire vago los espacios llena,
 Y del ártico polo al otro polo,
 Y en cuanto alumbra el rutilante Apolo,
 “España libre”, con placer resuena.

Obras Poéticas, 1820.

Opúsculo *España Libre en 1820*, Oda por Don José María Heredia. Segunda impresión. México, Imp. de Arizpe, 12 p., ♦.

El Indicador Constitucional, La Habana, No. 77, 16 agosto 1820, p. 295-297. Con la mención: “Impreso de Méjico”.

Hemos reconstruído el texto que creemos más completo de esta composición, con los elementos de las versiones de *Obras Poéticas* y de *El Indicador Constitucional*. En esta última, faltan los diez versos que comienzan: “Nó, que Iberia sañuda sacudiendo”, y terminan: “Mi belleza feliz ajara impío”, y más adelante los dieciséis que comienzan: “Y libre España fué de la cadena”, y terminan: “La inmensa copa con soberbia eleva”, todos los cuales aparecen en *Obras Poéticas*. En cambio, en este manuscrito, Heredia dejó interrumpida la copia de esta composición en el verso: “Y nuestra libertad y nuestra gloria”, faltando, pues, tres es-

trofas completas y la mitad de otra, que aparecen en *El Indicador*, y que han sido reproducidas en ediciones posteriores. Tampoco aparecen en *Obras Poéticas* el verso que dice: “¿Por qué de Iberia el galo fué lanzado?”, ni la dedicatoria que figura en *El Indicador*, y cuyo texto es el siguiente:

A don Emilio Rodríguez.

Querido amigo: la bella oda de usted a la Libertad española me animó a componer ésta, en que me he permitido algunas imitaciones de la suya. Recíbala usted como una prueba de la amistad que le profesa Heredia y de su exaltado amor a la libertad. ¡Podamos un día ofrecer a la patria servicios reales, en lugar de empalagosos y estériles himnos!

Las siguientes notas son de Heredia, pues la primera aparece escrita de su puño y letra, al pie del lugar correspondiente, en el texto de *Obras Poéticas*, que nuestro poeta dejó interrumpido:

(1) El Excmo. Sr. D. Francisco Ballesteros.

(2) Quintana.

HIMNO PATRIÓTICO AL RESTABLECIMIENTO DE LA CONSTITUCIÓN

CORO

*Gloria eterna a los héroes que oyeron
De la Patria doliente la voz,
Y acallando su triste gemido
La arrancaron de esclava al horror.*

Ciudadanos, en tanta ventura
Hienda raudo el espacio del viento
El sublime y magnánimo acento:
“¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!”
La cadena, el dolor y amargura
Huyan lejos de Iberia dichosa,
Huyan lejos de América hermosa,
Viendo inútil su rabia fatal.

Gloria eterna, &.

Sí, que Iberia doliente clamara,
Y Quiroga, el heroico guerrero,
De la Patria el gemir lastimero
Animoso pretende acallar.
Y a su ejército noble inflamara,
Que de esclavo el horror detestando,
Agitóse valiente, clamando
“¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!”

Gloria eterna, &.

Y escuchóle asombrada la Iberia,
Y el Monarca, hasta entonces engañado,
De los libres el Libro sagrado
Con placer y entusiasmo juró.

Y el terror y la odiosa miseria
 Nos dejaron al ver su energía,
 Y la horrenda, la atroz tiranía
 Al Averno rugiendo tornó.

Gloria eterna, &.

Y pues ya venturosos nos vemos,
 Y ya libres de dura cadena,
 En contento se trueque la pena,
 Y el tormento se trueque en placer.
 Y a la par, ciudadanos, clamemos:
 ¡Viva, viva, Fernando glorioso,
 A quien plugo en ardor generoso
 De la Patria los grillos romper!

Gloria eterna, &.

Viva el Rey que a la Iberia ha tornado
 Su primero esplendor y su gloria;
 Sus pinceles prepare la historia
 De Fernando adorable en loor.
 Hombres libres, con tono elevado
 Vuestro Padre querido aclamadle,
 Y la frente afectuosos ornadle
 Con laureles de gloria y amor.

Gloria eterna, &.

Y digamos con grito ardoroso:
 Gloria eterna al ejército fuerte
 Que clamó: "Libertad, o la muerte".
 ¡Viva, viva Quiroga inmortal!
 Y guirnaldas de lauro glorioso
 A su frente feliz preparemos,
 Y con noble entusiasmo clamemos:
 "Vivan Riego, Arco-Agüero y Agar".

Gloria eterna, &.

Héroes nobles, Europa asombrada
 Que a la Iberia felice ya mira
 Con ardiente entusiasmo os admira
 Honra dando a la iberia nación,

Por vosotros la Patria librada
 Del dolor que sintiera profundo,
 Es asombro y espanto del mundo,
 De quien fuera la risa y baldón.

Gloria eterna, &.

Héroes bravos, si un fiero tirano
 Mostrar osa cadenas y lazos,
 Sacudid los magnánimos brazos,
 Y a la lucha fogosos volad.
 La venganza levante su mano,
 Y su sangre en arroyos vertida,
 Dé alimento, y aumentos y vida
 Al bello árbol de la Libertad.

*Gloria eterna a los héroes que oyeron
 De la Patria doliente la voz,
 Y acallando su triste gemido
 La arrancaron de esclava al horror.*

Opúsculo: *Himno patriótico / al restablecimiento de la Constitución / por / Don José María Heredia. / México. 1820. / En la oficina de Don Juan Bautista de Arizpe. 6 p. Copia del archivo de F. González del Valle.*

Después del *Himno* agregó Heredia las inscripciones al busto de Fernando VII, al de Don Antonio Quiroga y a la alegoría *El genio del fanatismo huyendo. España libre.*, que figuran en *Obras Poéticas*, anteponiéndoles en el opúsculo esta nota:

Añado estas inscripciones que hice para servir de explicación a ciertas alegorías dispuestas por un patriota amigo mío.

Parécenos interesante mencionar aquí que, años más tarde, en la revista *El Iris*, que publicaba Heredia en México, en el t. I, núm. 13, 29 abril 1826, aparecieron sin firma, al pie de una lámina que representaba *La Tiranía*, estos versos, que ignoramos si son obra de nuestro poeta:

Entre superstición y fanatismo,
 La feroz Tiranía mira sentada,
 Y con terror y mercenaria espada
 Doquier siembra la muerte el despotismo.

Es dato del archivo de Enrique Larrondo. Cortesía de José M. Chacón y Calvo.

EN LA MUERTE
DEL SEÑOR D. ALEJANDRO RAMÍREZ

Esa urna de dolor donde sentada
La adorable virtud gime llorosa,
Es de un sabio infeliz: su vida hermosa
Eterna debió ser, no así abreviada.

Cuba doliente, en lágrimas bañada,
Contempla el sitio do Alejandro posa:
Y alzando ardiente la pesada losa
Con llanto riega su ceniza helada.

“Monstruo fatal que la discordia inspira,
Tú que perturbas la quietud del suelo.
¿Y vives ¡ay! cuando Alejandro expira?”

Dije... a mis ojos describióse un velo...
Llama Dios a Alejandro, y él lo mira,
Y alza los ojos, y se eleva al cielo.

El Amigo del Pueblo,
La Habana, t. I, mayo
27, 1821, p. 63.

EL DOS DE MAYO

INTRODUCCIÓN

¿No escucháis, ciudadanos, por doquiera
Cual resuenan los cánticos sagrados,
De las campanas el plañir doliente,
Y del cañón el hórrido tronido?
Todo recuerda el expirar glorioso
De Velarde y Daoiz, y otros mil héroes
De la patria en las aras inmolados.
Que alzó el tirano la feroz cuchilla,
Gritando fiero: “¡Esclavitud o muerte!”,
Y alzado con valor el noble ibero:
“¡Antes que esclavitud, muerte suframos!”
Clamara sin temor, y del tirano
Hundió en el polvo la soberbia fiera.
Imitad, españoles, tal ejemplo;
Por siempre libertad: jamás al yugo
Doblar sumisos el alzado cuello.
Si osa insultar un bárbaro tirano
A nuestra libertad en negro día,
Clamad: “Daoiz y Velarde”, y sus hazañas
Puedan servir de dichosa guía,
Y en derredor retumbe el eco fuerte:
“¡A España gloria, a los tiranos muerte!”

CANCIÓN FÚNEBRE

Manes sacros, alzad de las tumbas,
Y atended a mi fúnebre canto.
Atendedle, y al férvido llanto
En que el rostro me siento inundar;

Y con faz menos triste y severa
 Recibid mi cantar doloroso,
 Recibid el ardor generoso
 En que el pecho me siento inflamar.

¡Cuán soberbio el adusto tirano
 La cadena execranda os mostrara!
 ¡Cuán terrible la espada brillara,
 Y el puñal del audaz opresor!
 Y ¡cuán nobles alzarais la frente!
 ¡Cuán medroso temblara el tirano!
 ¡Cuál heridos por pérfida mano
 Expirarais con gloria y honor!

¡Cuál corrió vuestra sangre vertida!
 ¡Cuál Iberia se alzara furiosa,
 Y a la muerte, a la liza gloriosa
 A sus hijos hiciera correr!
 “Libertad”, vuelve el eco en Pirene;
 “Libertad”, el Océano retumba,
 Y se sume en la cóncava tumba
 La falange opresora cruel.

Y el tirano bramando se parte,
 Y ya libre la Iberia se mira,
 Y aura grata entre gloria respira,
 Cuando torna a cadena fatal.
 Mas Quiroga se alzara valiente,
 Y a la par el impávido Riego,
 Que inflamado en patriótico fuego
 Restauró la feliz libertad.

Y Velarde y Daoiz en el cielo
 Al mirarlos se gozan dichosos,
 Y con ojos de gloria radiosos
 Nos inflaman en cívico ardor.
 Ved cuál baten las manos sangrientas,
 Ved cuál muestran las palmas de gloria,
 Y celebrán la hermosa victoria
 Que el patriota feliz consiguió.

Ved que os muestran con mano serena
 De la gloria el espléndido templo;
 Imitad generosos su ejemplo,
 Imitad su firmeza y valor.

Libertad, noble amor a la patria,
Odio eterno a la audaz tiranía,
Os inspire por siempre este día
Que a la Iberia cubriera de honor.

1821.

Revista de Cuba,
La Habana, t. VI, No. 6,
diciembre 1879, p. 592-594.

Opúsculo *El Dos de Mayo*, por don José María Heredia, Im-
prenta Fraternal de los Díaz de Castro, La Habana, 1821, 4 p., ♦.

A LA INSURRECCIÓN DE LA GRECIA EN 1820

Jamás puede un tirano
Cargar cadena vil a un pueblo fuerte
Que enfurecido se alza, y lidia, y triunfa,
O sufre noble y envidiable muerte.
Pueblos famosos de la antigua Grecia,
Vosotros lo decid: en el delirio
De su insana ambición, Jerjes se lanza,
Y mil hordas de esclavos
Se lanzan en pos de él: estremecida
Calla la tierra, y en silencio mudo
El yugo aguarda en desaliento hundida.

Pero Atenas y Esparta alzan la frente
Y animosas resisten
Aquel tremendo asolador torrente
Que en ellas quiebra su ímpetu sañudo.
¡Campos de Maratón! Vosotros visteis
De Milciades feliz la excelsa gloria;
Y luego en Salamina y en Platea
Temístocles ilustre, Epaminondas
Triunfan, y suena por la Grecia armada
De libertad el grito y de victoria.
Y el déspota humillado y confundido,
Sus lágrimas rabiosas devorando,
Al Asia torna solo y maldecido.

¿Cómo pudo después, pueblo sublime,
Borrarse en ti el recuerdo
De tan gloriosos días? ¿Cómo pudo
El musulmán impío
Cargarte impune la feroz cadena?
¿Y cómo helado, tímido y sin brío,
Cuatro siglos humilde la sufriste?

¿Tanto cuesta el morir? La tumba yerta
 Está a las almas grandes siempre abierta,
 Y es preferible a esclavitud tan triste.
 ¿De Foción, y Milciades, y Leonidas
 Los nombres inmortales
 No sonaron gloriosos en tu oído,
 Cuando llenan los ámbitos del mundo?
 ¿O tu torpe opresor enfurecido
 Rasgó en tu triste suelo
 Las páginas brillantes de la historia
 Que guardan los recuerdos
 De tu pasada, inmarcesible gloria?

Ved, ved cómo se arroja
 De los campos del Asia enfurecido
 El fiero Mahomet, y precedido
 Marcha de sangre y devorante fuego,
 Y en vez de aperebirse a los combates,
 Ved cuán pálido tiembla el débil griego.
 ¡Oh ignominia! ¡Oh baldón! Su negro manto
 Por la Grecia humillada
 Tiende la esclavitud; el templo santo,
 Del musulmán profanan los furores.
 Europa amenazada se estremece
 Cuando la Medio Luna aterradora
 Se levanta en Bizancio, y triunfadora,
 Cual pálido cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fué? ¿Dónde de Atenas,
 De Esparta y de Corinto se ocultara
 El pasado esplendor? Campos incultos,
 Esclavos oprimidos,
 Tal fué el cuadro fatal que presentara
 Por cuatro siglos la moderna Grecia.
 Sus vírgenes beldades
 Adornan el serrallo vergonzoso
 De su imbécil sultán. ¡Ay! Afanoso
 Busca el viajero en vano
 La patria de las ciencias y las artes.
 Todo desapareció: la bella Grecia
 Busca el sabio con hondo desconsuelo,
 Y sólo la conoce
 En su aire puro y su brillante cielo.

Genio sublime que inspiraste un día
 Al inmortal Leonidas, ¿por ventura
 Acabó tu poder? ¿De Grecia el cielo
 No sabe producir inspiraciones
 De patriotismo y de virtud? ¿Al griego
 No hay quien inflame en sacrosanto fuego
 De hermosa libertad? Alza la frente,
 Genio indomable, y clama, y alarmado
 Se alce el heleno a combatir ardiente,
 Y al revolver la espada vengadora
 En su robusta mano,
 Adusto tiemble el opresor tirano.

¿Qué confuso rumor hiere mi oído,
 Del viento vagaroso
 En las alas sonantes conducido?
 ¡Oh momento de gloria delicioso!
 El genio augusto de la antigua Grecia
 Se alza, y se agita, y la radiosa frente
 En el cabo de Ténaro levanta,
 Y clamó: “¡Libertad!”, ardiendo en ira,
 Y esperanza y ardor al griego inspira,
 Y al feroz musulmán hiela y espanta.
 Ya vuelan por la Grecia estremecida
 De “¡Libertad!” y “¡Gloria!” y de “¡Venganza!”
 Los furiosos clamores,
 Y levántanse opresos y opresores,
 Y arde doquiera la feroz matanza.
 ¡Valor, ilustres griegos! Al oídos
 Lanzar el grito de venganza y guerra,
 En las hondas entrañas de la tierra
 De gozo y de placer se estremecieron
 Los huesos descarnados
 De griegos infinitos que cayeron
 Al furor musulmán sacrificados.
 Vengadlos de una vez: a vuestros hijos
 Dejad la libertad: con fuerte mano,
 La barbarie frenad de ese vil pueblo,
 Crudo enemigo del linaje humano.
 Ved de los héroes fuertes que brillaron
 En vuestro suelo las augustas sombras
 Cuál dejan los sepulcros, do gimieran
 Vuestro abandono vil: ved en sus frentes
 Profunda indignación: brillan sus ojos
 Bien como rayo en tempestad sombría

Con pálido esplendor que furia enciende,
 Y en sus diestras armadas
 Resplandecen vibrando las espadas.
 “Imitadnos” —os claman— “o animosos
 Nuestra gloria eclipsad: la liza abierta
 Os llama a combatir: corred furiosos,
 Y herid a los tiranos que os oprimen.
 Mil y mil pueblos que en cadenas gimen
 Van a alzarse también: ventura y gloria
 Y libertad os guarda la victoria,
 Y la derrota, esclavitud y muerte.
 A vuestros jefes en su empresa fuerte
 Nosotros guiaremos,
 Y a sus pasos doquier presidiremos.”

Así os han inspirado,
 Guerreros generosos,
 A quienes sigue el griego a los combates,
 De patriotismo y de esperanza lleno.
 ¡Oh ilustres Ipsilantis!
 ¡Oh sublime y feliz Cantacuzeno!
 Haced la independencia de la patria,
 Y haced su libertad: la Grecia libre
 Supo arrostrar del déspota persiano
 Las iras y el poder: la Grecia esclava
 Sucumbió al musulmán: lección terrible
 Que aprovechar debéis. Europa entera
 Teje coronas de laurel y rosas
 Que adornen vuestras sienes generosas,
 Y mil himnos de plácida alabanza
 Van a alzarse doquier a vuestros nombres.
 Vuestro hermoso, patriótico ardimiento
 A nuestros nietos contará la historia,
 Y en el augusto templo de la gloria,
 De Wáshington a par tendréis asiento.

¡Ay! ¡Ay! Ya por los campos de la Grecia
 El fuego de la guerra va corriendo,
 Y el Eurotas sonante y el Pamiso
 Escuchan retumbar en sus orillas
 De horrible lid el tormentoso estruendo.
 El grito: “¡Libertad!” los aires llena,
 Y el Bósforo asordado
 Hasta Bizancio “¡Libertad!” resuena.
 A este clamor, que aterra a los tiranos,

El imbécil Sultán adormecido
 En la molicie, lívido despierta,
 De sorpresa y terror estremecido.
 Pero alza en el Diván la adusta frente
 El soberbio Visir, y torvo exclama:
 “¡Alzad, creyentes, el Profeta os llama!
 De ese pueblo insolente,
 Enfrenad la altivez y la osadía,
 Y en la Grecia assolada
 Brille la Media Luna ensangrentada.”
 Dice, y a sus clamores
 Se lanzan los genízaros furiosos,
 Y en su venganza impía,
 Como langosta cruel y asoladora
 Que de los valles el verdor devora,
 Talan a sangre y fuego
 Los yermos campos del alzado griego,
 Y brillan los alfanges afilados,
 Y millares de griegos indefensos
 Palpitan por la tierra, degollados.

¡ Monarcas europeos!
 ¿Cómo en vuestros oídos
 No suenan los tremendos alaridos
 Con que agitado el Bósforo retumba?
 ¿Ser queréis por ventura
 Mudos espectadores
 De la lucha de Grecia y sus horrores?
 ¿O tal vez anheláis que un pueblo entero
 Gima otra vez cautivo
 Del musulmán en las feroces manos?
 Decid, ¿hombres no sois, no sois cristianos?
 Tú, generosa Albión, del mar señora,
 Sólo a tu aliento generoso escucha,
 Y el brazo tiende a la tremenda lucha.
 Reyes de Europa, alzad: con mano fuerte
 Ayudad los esfuerzos valerosos
 De ese pueblo infeliz:
 Frenad la furia
 Del musulmán fanático, y lanzadlo
 Del Asia a los desiertos, donde viva
 Sin matar ni oprimir: aquesta guerra,
 Tan justa y tan sagrada,
 Aplaudirán de Europa las naciones,
 Y del mundo obtendréis las bendiciones,
 Y el amor de la Grecia libertada.

¡Ay mis ojos ¡oh Grecia vengadora!
 Prontos a hundirse en sempiterna noche,
 Tu gloria no verán: enfurecida
 La dolencia fatal que me devora,
 Seca ya en mí las fuentes de la vida,
 Y me agobia crüel: la muerte fiera
 De mi edad en la dulce primavera
 Cual flor por el arado atropellada,
 Va a despeñarme en la región sombría
 Del sepulcro fatal... ¡Oh lira mía!
 Estos serán los últimos acentos
 Que haga salir de ti mi débil mano.
 Pero el hado tirano
 No heló mi fantasía,
 Y en su fogoso vuelo arrebatado
 A los siglos futuros me transporto.
 Vivo en el porvenir: como un espectro,
 Del sepulcro en el borde suspendido,
 Dirijo al Cielo mis postreros votos
 Por la alma Libertad: miro a mi patria,
 A la risueña Cuba, que la frente
 Eleva al mar de palmas coronada,
 Por los mares de América tendiendo
 Su gloria y su poder: miro a la Grecia
 Lanzar a sus tiranos indignada,
 Y a la alma Libertad servir de templo,
 Y al Orbe escucho que gozoso aplaude
 Victoria tal y tan glorioso ejemplo.

También en este caso nos hemos apartado de la regla de no publicar más que la última versión dada al público por Heredia, en virtud de que esta primera de una de sus más extensas e importantes composiciones, publicada en *El Revisor Político y Literario*, La Habana, No. 64, agosto 6, 1823, además de presentar variantes muy notables, incluso en el orden de la composición, contiene en sus últimos versos la primera alusión a Cuba de carácter patriótico y libertario y de proyección continental que aparece en la obra de Heredia, y que éste suprimió en las versiones de 1825 y 1832.

La versión que apareció en la ed. de 1825, bajo el título de *Al alzamiento de los griegos contra los turcos en 1821*, y que no publicamos, carece de carácter propio, pues en algunos versos se asemeja exacta o casi exactamente a la del *Revisor*, y en casi todos los demás, a la de 1832; la disposición de las estrofas es igual a la de esta última, por lo cual la sexta de la lección del *Revisor*, que

comienza: “Genio sublime que inspiraste un día”, es sustituida por la de 1832, que empieza: “Pero amanece del destino el día”, y que contiene versos de la octava estrofa de 1832. En esta versión de 1825, no se hallan—como tampoco en la de 1832—los versos:

¿Tanto cuesta el morir? La tumba yerta
Está a las almas grandes siempre abierta,
Y es preferible a esclavitud tan triste.

Contiene, sí, la frase: “La yerba solitaria crece en el Partenón abandonado”, de 1832; y además los versos que empiezan: “A este clamor que aterra a los tiranos”, y terminan: “Brille la Media Luna ensangrentada”, suprimidos en esta última. También figura en ella, en la penúltima estrofa, la alusión a Inglaterra —suprimida en 1832— con esta variante:

Tú, poderosa Albión, del mar señora,
De la infernal política desoye
Un momento la voz, y sólo escucha
A tu aliento magnánimo, y el brazo
Tiende, y decide la sangrienta lucha.

Los versos finales son exactamente iguales a los de 1832, sin la alusión a Cuba, exclusiva, como hemos dicho, de la lección del *Revisor*. En esos versos, que dicen:

Dirijo al Cielo mis postreros votos
Por la alma Libertad: miro a mi patria,
A la risueña Cuba; que la frente
Eleva al mar, de palmas coronada,
Por los mares de América tendiendo
Su gloria y su poder, etc.

creemos que la palabra “mar”, en el cuarto verso, pueda ser una errata, imposible de subsanar, por no ser conocida la existencia de otra lección que contenga esas frases.

La versión de 1825 fué reproducida íntegra en *El Aguila*, México, 23 octubre 1825, y un fragmento de ella apareció en *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto, 1829, p. 379.

A LOS GRIEGOS EN 1821

Jamás puede un tirano
La cadena cargar al pueblo fuerte
Que enfurecido se alza, lidia, triunfa,
o sufre noble muerte.
Pueblos famosos de la antigua Grecia,
¡Vosotros lo decís! En el orgullo
De su inmenso poder jura Darío
A torpe servidumbre someterlos,
O a la desolación: estremecida
Yace la tierra, y en silencio yerto
Aguarda el yugo, en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente,
E impávida resiste
Al furibundo asolador torrente,
Que en su valor el ímpetu quebranta.
¡Campo inmortal de Maratón! Tú viste
De Milciades magnánimo la gloria;
Y luego en Salamina y en Platea
Temístocles, Arístides, Pausanias,
Triunfan, y en Grecia truena
De libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo
Cargarte el musulmán la vil cadena,
Que cuatro siglos mísera sufriste?
Raza degenerada,
¿No el nombre de Leónidas oíste?
¿O el despotismo audaz ha devorado
Las páginas de luz en que la historia
Consagra los recuerdos
De tu antigua virtud y de tu gloria?

Mirad como se acerca enfurecido
 El segundo Mahomet, y precedido
 Marcha de sangre y devorante fuego:
 En vez de apercibirse a los combates,
 ¡Ved cuán pálido tiembla el débil griego!
 ¡Ignominia! ¡Baldón! Su negro manto
 Por Grecia desolada
 Tiende la esclavitud, y el templo santo
 Profana el musulmán con sus furores.
 Europa consternada se estremece
 Cuando la Media Luna destructora
 A Bizancio domina, y vencedora
 Cual fúnebre cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fué? ¿Dónde se ocultan
 De la brillante Atenas
 Y de la fiera Esparta y de Corinto
 El pasado esplendor? Miseria, sangre,
 Y muda esclavitud presenta sólo
 Por cuatro siglos la moderna Grecia.
 Sus vírgenes adornan el serrallo
 De vil bajá: la yerba solitaria
 Crece en el Partenón abandonado.
 El viajero, en escombros reclinado,
 En vano busca suspirando ahora
 La patria de las ciencias y las artes,
 De Roma y de la tierra la instructora.
 ¡Ay! todo pereció: su triste anhelo
 Halla tan sólo de la Grecia antigua
 El aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el día,
 Y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,
 Que ha poco la olvidaban,
 O en languidez imbecil suspiraban
 Por el socorro infiel del extranjero.
 Su genio majestuoso,
 El de Aristogitón y Harmodio fiero,
 Deja la tumba, su radiosa frente
 En el cabo de Ténaro levanta,
 Exclama '¡Libertad!' ardiendo en ira,
 Esperanza y ardor al griego inspira,
 Y al feroz musulmán yela y espanta.
 Los númenes antiguos
 Se agitan bajo el mármol mutilado,

Que murmura confuso: “¡Guerra!... ¡Guerra!”
 Cual se oye por los senos de la tierra
 Vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida
 De “¡Libertad!” y “¡Gloria!” y de “¡Venganza!”
 Furibundos clamores:
 Levántanse oprimidos y opresores,
 Y ruge la matanza.
 ¡Nobles griegos, valor! ¡Que vuestros hijos
 Hereden libertad! Con fuerte mano
 La barbarie frenad de ese vil pueblo,
 Crudo enemigo del linaje humano.
 No invoquéis a los príncipes de Europa:
 De su ambición en el furor celoso,
 Los esfuerzos de un pueblo generoso
 Con ceño miran y rencor insano.
 En un déspota o rey ven un hermano,
 Y es déspota el Sultán... Pero vosotros,
 Armados de valor y alta constancia,
 Sin ellos triunfaréis. Cuando los padres,
 Al morir en el campo de batalla,
 A sus hijos encargan
 Sangrienta herencia de venganza y gloria,
 Aunque la lucha prolongase puede,
 Segura es la victoria.

Mas ¿qué vago rumor hiere mi oído,
 Cual sordo trueno en nube tempestuosa
 Por los valles dilata su bramido?
 ¡Ved las sombras augustas de los héroes
 Abandonar las tumbas do gemían
 Su abandono fatal! Arma sus frentes
 Profunda indignación: brillan sus ojos,
 Bien como rayo entre tormenta umbría,
 Y en sus diestras armadas
 Resplandecen vibrando las espadas.

“¡Imitadnos”, prorrumpen, “o atrevidos
 “Nuestra gloria eclipsad! La liza abierta
 “Os llama a combatir. La tiranía
 “Por vuestros campos con aliento impuro
 “De fuego y sangre verterá un torrente;
 “Mas no olvidéis que secará la fuente
 “A un diluvio de lágrimas futuro.

“¿Cederéis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria
 “Y libertad os guarda la victoria;
 “Y la derrota, esclavitud o muerte.
 “En vuestros jefes nuestro aliento fuerte
 “Invisibles pondremos,
 “Y a sus pasos doquier presidiremos”.

Y os inspiran, caudillos vengadores,
 Que al griego conducís a los combates,
 De ardor sublime y esperanza lleno.
 ¡Magnánimo Ipsilanti!
 ¡Noble Cantacuzeno!
 Haced la independencia de la Grecia,
 Y haced su libertad. La Grecia libre
 Supo arrostrar de Jerjes y Darío
 El inmenso poder: la Grecia esclava
 Al musulmán cedió... ¡Lección terrible,
 Que aprovechar debéis! Europa entera
 Y de la noble América los hijos
 Guirnaldas tejen de laurel y rosas
 Que os adornen las frentes generosas.
 Vuestro puro patriótico ardimiento
 A nuestros nietos contará la historia,
 Y en el augusto templo de la Gloria
 De Washington a par tendréis asiento.

¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas
 Fuego desolador va recorriendo,
 Y el Eurotas sonante y el Pamiso
 Escuchan retumbar en sus orillas
 De áspera lid el tormentoso estruendo.
 El grito “¡Libertad!” los aires llena,
 Y el Bósforo agitado
 Hasta Bizancio “¡Libertad!” resuena.

Del Sultán al mortífero decreto
 Se lanzan los genízaros... Miradlos,
 Del griego vengador bajo la espada
 Desparecer, como al furor del fuego
 La yerba de los campos desecada.
 Salamina repítese y Platea.
 Mas ¿qué valen? ¡Oh Dios! ¿Nunca se agota
 El torrente de bárbaros...? ¡Oh! Vedlo
 Cuál se renueva sin cesar, y corre
 Como el flujo feroz del Oceano,
 Violento, asolador, irresistible...

¡Oh ceguedad funesta, incomprensible,
De matar y morir por un tirano!

¡Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa
¿Cómo en vuestros oídos
No suenan los tremendos alaridos
Con que asordado el Bósforo retumba?
¡Oh! ¿Ser podéis fríamente espectadores
De la lucha de Grecia y sus horrores?
¿Esperáis de ese pueblo generoso
El exterminio...? Refrenad la furia
Del musulmán fanático, y lanzadlo
A los desiertos de Asia, donde viva
Sin matar ni oprimir. Aquesta guerra
Útil, noble, sagrada,
Aceptarán con gozo las naciones;
Del mundo excitaréis las bendiciones,
Y el culto de la Grecia libertada.

¡Ay! mis ojos ¡oh Grecia vengadora!
Tu gloria no verán. La muerte fiera
De mi edad en la dulce primavera,
Cual flor por el arado atropellada,
Va a despeñarme en la región sombría
Del sepulcro fatal. ¡Oh lira mía!
Estos serán los últimos acentos
Que haga salir de tí mi débil mano.
Mas el hado no heló mi fantasía,
Y en sus alas fogosas conducido
Vivo en el porvenir. Como un espectro
Del sepulcro en el borde suspendido,
Dirijo al cielo mi postrero voto
Por que triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro
Lanzar a los tiranos indignada,
Y a la alma Libertad servir de templo,
Y al mundo escucho que feliz aplaude
Victoria tal y un glorioso ejemplo.

Ed. 1832.

Esta es la versión definitiva de la oda publicada por Heredia en *El Revisor Político y Literario* en 1823, con el título de *Oda a la insurrección de la Grecia en 1820*, y en la ed. de 1825, con el de *Al alzamiento de los griegos contra los turcos en 1821*.

H. W. Hurlbut, en artículo publicado en la *North American Review*, Boston, enero 1849, sobre la poesía de la América española, después de publicar su traducción de fragmentos de *Himno del Desterrado*, dice haber traducido también, entre otras poesías de Heredia, *A los griegos*; pero ni la publica ni sabemos que nunca fuese impresa.

Otra versión aparece en el libro *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, pliegos 28-30. Pero apenas posee carácter original. Sus cuatro primeras estrofas son iguales a las de 1825, con sólo una ligera variante en la primera; y todas las siguientes, iguales a la de 1832, con excepción de algunas variantes de estilo; es, como si dijéramos, una intermedia entre esas dos últimas que Heredia publicó. Su título es idéntico al de la versión de 1825: *Al alzamiento de los griegos contra los turcos en 1821*. Tiene 193 versos, y 13 tachados, que corresponden a la versión de 1825.

En *El Iris*, revista que publicaba Heredia en México en unión de los italianos Claudio Linati y Florencio Galli, en el t. II, núm. 19, 20 de mayo 1826, apareció, sin firma, según copia de Larrondo del índice de dicha publicación, un *Apóstrofe a la Grecia*, que no hemos podido comprobar si es un fragmento de esta composición.

ODA A LOS HABITANTES DE ANAHUAC

¿Y siempre los destinos de la tierra
 Dictará el dios del mal? ¿Y los humanos
 Siempre serán juguetes de facciosos,
 O siervos miserables de tiranos?
 ¡Oh México infeliz! ¡Patria gloriosa
 Del grande Guatemuz! ¿Dó se ocultaron
 Tu gloria y tu poder? ¿Por qué abatida
 La cara majestosa,
 Gimes entre dolor y entre cadenas?
 ¿Cuál fué la causa de tan graves penas?
 ¿Quién ajó así tu majestad grandiosa?
 ¿Quién rasgó la diadema que en tu frente
 Puso la libertad...? “Joven, detente,
 “No hieras más mi oído lastimado
 “De libertad con el hermoso acento.
 “Finó del Anahuac desventurado
 “La esperanza feliz, la dicha y gloria.
 “Envuelta un día en plácido contento,
 “Me juzgaba feliz, y mi delicia
 “Era de Libertad el dulce nombre.
 “¡Recuerdos de dolor! yo vi a mis hijos
 “Alanzarse a mi voz a las batallas,
 “Y acometer las haces españolas,
 “Y lidiar y vencer... ¡Oh! ¡Cuán ufana
 “Entonces respiré! Mas ¿qué valieran
 “Tanto y tanto afanar, y tanta sangre
 “Que mis campos regó? Cuando gloriosa
 “Me gozaba en el triunfo conseguido
 “Contra el bravo español, un fementido,
 “Un cobarde traidor, con negras tramas
 “Me hundió otra vez entre el oprobio y llanto,
 “Cercóse en torno de terror y espanto,
 “Y en su espada apoyándose insolente
 “Llamóse mi señor... Alza la frente,

“Magnánimo Ahuitzol; mira tu cetro
 “En qué manos está: mira al que un día
 “En su torpe ambición para oprimirme
 “Hizo causa común con los iguales
 “De Alvarado y Cortés. Vé cual humea
 “De Mechoacan en los funestos campos
 “La sangre de mis hijos generosos
 “Que a torrentes vertió... ¿Cómo le sufren
 “De Acamapich y Guatemuz los nietos?
 “¡Ay! ¡Estéril clamor! ¡El cruel tirano
 “Canta insolente su fatal victoria,
 “Y un pueblo vil le aplaude fascinado!
 “Finó del Anahuac desventurado
 “La esperanza feliz, la dicha y gloria”.

No en torpe desaliento así desmayes,
 Reina del Anahuac: alza la frente,
 Y a tus hijos invoca. ¡Oh! ¡Quién me diera
 Del vengador Tirteo
 La abrasadora voz! ¡Oh! ¡Si pudiera
 Encender en los pechos mexicanos
 Aquesta hoguera que mi pecho abrasa
 De amor de Libertad! ¡Alzad del polvo,
 Hijos de Acamapich! Ved al tirano
 Ante quien viles os postráis; ¿en vano
 Sufrido habréis doce años de combates,
 De sangre y de furor y de miserias?
 ¿Y esclavitud, y abatimiento infame
 De tanta sangre y penas y fatigas
 Será vil galardón? ¿Por qué lidiásteis?
 ¿Por mudar de señor? ¡Ay! vanamente
 De la patria en las aras se inmolaron
 Mil víctimas y mil... Hidalgo, Allende,
 Morelos valeroso, el sacrificio
 Que de la vida hicisteis a la patria
 Infructífero fué; sí, vanamente
 Al morir con infamia en un cadalso,
 Pensábais que la patria en algún día
 Fuera libre, feliz, y vanamente
 Vuestra sangre preciosa regó el árbol
 De la alma Libertad, para que un día
 Cubriese al Anahuac su augusta sombra.
 ¡Campeones infelices! ¡Ay! el fruto
 De vuestro acerbo afán y amarga muerte,
 Hoy lo coge un traidor, no vuestra patria.

Iturbide lo coge: el que imprudente,
De la opresión llevando el estandarte,
Con rabia os persiguió. Vedle cual tiende
De las tinieblas el odioso manto
En derredor del usurpado solio,
Y cual llama en su auxilio a la ignorancia
Y a la fatal superstición. Miradle
Cual sepulta en horrendos calabozos
A cuantos osan alentar serenos
Patriotismo y virtud. Sabio Fagoaga,
Tagle, Lombard, o Castro ¡oh mis amigos!
Vosotros lo decid... Ved en el cuadro
Del Universo al Anahuac cubierto
De nieblas densas y de sombra oscura,
Y cual cometa pálido en su seno
Brilla el Usurpador... ¡Oh, mexicanos!
¿Cómo sufrís tan oprobioso yugo?
¿Qué! ¿no respira un Bruto entre vosotros?
¿Puñales no tenéis? ¿O acaso aliento
A vuestros brazos falta? Mexicanos:
Jurad en los altares de la patria
Ser libres o morir; las fuertes manos
Contra el tirano vil la espada empuñe,
Y él tiemble a su brillar, y palidezca
Al mirar vuestra faz aterradora:
A la patria mirad, que encadenada
Los brazos tiende y vuestra ayuda implora.
Caiga el tirano, y húndase en el polvo
De que por mal del Anahuac saliera,
Y perezca hasta el nombre detestable
De monarca y señor, y guerra fiera
Jurad por siempre a la opresión tirana.
Reine sólo en vosotros soberana
La ley igual que juzga y que protege.
Así del Universo qué os contempla,
Y un grande ejemplo aguarda de vosotros,
Seréis la admiración, y por doquiera
El nombre mexicano que hasta ahora
De oprobioso baldón cubierto fuera,
Pronunciarán con labio respetuoso
Los pueblos todos que la tierra habitan;
Y ejemplar tan espléndido y glorioso
Seguirán encendidos a porfía,
Rompiendo todos la cadena impía
Que les cargara el despotismo odioso.

¡Sagrada Libertad! ¡Cómo en su seno
Sentirá el Anahuac tus beneficios,
Y altares te alzaré, de gozo lleno!
Sí: la peste voraz, la hambre rabiosa
Que en sus llanuras pálidas vaguea,
La sucia desnudez que triste afea
A sus míseros pueblos, fácilmente
De leyes sabias al dichoso influjo
Desaparecerán; su faz hermosa
Mostrará por doquiera la abundancia,
Eterna compañera
De paz y libertad, y la ignorancia,
La ignorancia fatal, causa primera
De los males del hombre, enfurecida
Se lanzará a los antros del Averno,
Apenas luzca con hermoso brillo
La luz de la razón. Al pueblo abiertas
Serán las fuentes del saber: no en vano
Los surcos regará que abrió su mano
Con el sudor de su angustiada frente
El rústico infeliz, para que ostente
El poderoso su funesto orgullo,
Y vano lujo y pompa desplegando
El rebaño servil del rey aumente.
No, que el fruto anhelado de su campo
Dividirá con su feliz familia
El indio laborioso, sin que impío
Se lo arrebate el exactor malvado
Para que muestre de esplendor cercado
Un inútil señor su poderío,
Mientras de hijuelos pálidos la turba
Se apila en torno del desnudo padre,
Y el hambre enfurecida los devora.
De Libertad bajo el feliz reinado
En paz respirará: libre y contento,
De su afán esperando el fruto ansiado,
Con faz serena y venturoso acento,
El suelo con la reja desgarrando,
Junto a sus bueyes marchará cantando.

Tales los frutos son ¡oh mexicanos!
Que ledos cogeréis si generosos
Las frentes levantáis, y valerosos
El imperio destruí de los tiranos.
De Moctezuma y Ahuitzol el grande,

Y Guatemuz magnánimo las sombras
 Se lanzan de sus tumbas polvorosas,
 Y revolando en torno del tirano
 Le amenazan furiosas,
 Y de terror le llenan: caiga, caiga
 Ese trono fatal que con su peso
 Va a abrumar a Anahuac y a destruirlos.
 A la alma Libertad álcense altares,
 Y la opulencia y paz serán sus frutos,
 Y rendirán a México tributos
 Del norte y sur los apartados mares.

1822.

Ed. de Ponce de León,
 Nueva York, 1875.

Publicada, sin la firma de Heredia, al final del libro *Bosquejo ligerísimo de la revolución de México desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Itúrbide*, por un verdadero americano... Philadelphia, Imprenta de Teracrueof y Naroajeb, 1822, 300 p., Según Bachiller y Morales, esta obra, a pesar de lo que indica su portada, fué impresa en La Habana, por los señores Bejarano y Vicente Rocafuerte, de cuyos apellidos son anagramas los de los impresores de Filadelfia. Y en Cuba no se ignoraba quién era el autor de la poesía, pues en la Biblioteca Nacional hemos hallado que los versos

Jurad en los altares de la patria
 Ser libres o morir: las fuertes manos
 Contra el tirano vil la espada empuñen,
 Y él tiemble a su brillar, y palidezca
 Al mirar vuestra faz aterradora

sirvieron de epígrafe, con el nombre de Heredia al pie, a la *Oda a los habitantes de la isla de Cuba*, por *Delio Zulio*, publicada en *El Revisor Político y Literario*, La Habana, núm. 59, 18 julio 1823, p. 6. El mismo Heredia se había referido a dicha composición en el siguiente párrafo de una carta que envió a Silvestre Luis Alfonso desde Matanzas, con fecha 11 de noviembre de 1822:

Pienso mandar a Domingo [del Monte] un apóstrofe a los mexicanos, contra la tiranía de Itúrbide: dile que te lo enseñe, y dime tu opinión.

LA ESTRELLA DE CUBA

¡Libertad! ya jamás sobre Cuba
 Lucirán tus fulgores divinos.
 Ni aún siquiera nos queda ¡mezquinos!
 De la empresa sublime el honor.
 ¡Oh piedad insensata y funesta!
 ¡Ay de aquel que es humano, y conspira!
 Largo fruto de sangre y de ira
 Cogerá de su mísero error.

Al sonar nuestra voz elocuente
 Todo el pueblo en furor se abrasaba,
 Y la estrella de Cuba se alzaba
 Más ardiente y serena que el sol.
 De traidores y viles tiranos
 Respetamos clementes la vida,
 Cuando un poco de sangre vertida
 Libertad nos brindaba y honor.

Hoy el pueblo, de vértigo herido,
 Nos entrega al tirano insolente,
 Y cobarde y estólidamente
 No ha querido la espada sacar.
 ¡Todo yace disuelto, perdido...!
 Pues de Cuba y de mí desespero,
 Contra el hado terrible, severo,
 Noble tumba mi asilo será.

Nos combate feroz tiranía
 Con aleve traición conjurada,
 Y la estrella de Cuba eclipsada
 Para un siglo de horror queda ya.
 Que si un pueblo su dura cadena
 No se atreve a romper con sus manos,
 Bien le es fácil mudar de tiranos,
 Pero nunca ser libre podrá.

Los cobardes ocultan su frente,
La vil plebe al tirano se inclina,
Y el soberbio amenaza, fulmina,
Y se goza en victoria fatal.
¡Libertad! A tus hijos tu aliento
En injusta prisión más inspira;
Colgaré de sus rejas mi lira,
Y la Gloria templarla sabrá.

Si el cadalso me aguarda, en su altura
Mostrará mi sangrienta cabeza
Monumento de hispana fiereza,
Al secarse a los rayos del sol.
El suplicio al patriota no infama;
Y desde él mi postrero gemido
Lanzará del tirano al oído
Fiero voto de eterno rencor.

Octubre 1823.
Ed. 1832.

A EMILIA

Desde el suelo fatal de su destierro
Tu triste amigo, Emilia deliciosa,
Te dirige su voz; su voz que un día
En los campos de Cuba florecientes
Virtud, amor y plácida esperanza
Cantó felice, de tu bello labio
Mereciendo sonrisa aprobadora,
Que satisfizo su ambición. Ahora
Sólo gemir podrá la triste ausencia
De todo lo que amó, y enfurecido
Tronar contra los viles y tiranos
Que ajan de nuestra patria desolada
El seno virginal. Su torvo ceño
Mostróme el despotismo vengativo,
Y en torno de mi frente, acumulada
Rugió la tempestad. Bajo tu techo
La venganza burlé de los tiranos.
Entonces tu amistad celeste, pura,
Mitigaba el horror a las insomnias
De tu amigo proscrito y sus dolores.
Me era dulce admirar tus formas bellas
Y atender a tu acento regalado,
Cual lo es al miserable encarcelado
El aspecto del cielo y las estrellas.
Horas indefinibles, inmortales,
De angustia tuya y de peligro mío,
¡Cómo volaron! Extranjera nave
Arrebatóme por el mar sañudo,
Cuyas oscuras turbulentas olas
Me apartan ya de playas españolas.

Héme libre por fin: héme distante
De tiranos y siervos. Mas, Emilia,
¡Qué mudanza crüel! Enfurecido
Brama el viento invernal: sobre sus alas

Vuela y devora el suelo desecado
 El yelo punzador. Espesa niebla
 Vela el brillo del sol, y cierra el cielo,
 Que en dudoso horizonte se confunde
 Con el oscuro mar. Desnudos gimen
 Por doquiera los árboles la saña
 Del viento azotador. Ningún sér vivo
 Se ve en los campos. Soledad inmensa
 Reina, y desolación, y el mundo yerto
 Sufre de invierno cruel la tiranía.

¡Y es ésta la mansión que trocar debo
 Por los campos de luz, el cielo puro,
 La verdura inmortal y eternas flores
 Y las brisas balsámicas del clima
 En que el primero sol brilló a mis ojos
 Entre dulzura y paz...? Estremecido
 Me detengo, y agólpanse a mis ojos
 Lágrimas de furor... ¡Qué importa? Emilia,
 mi cuerpo sufre, pero mi alma fiera
 Con noble orgullo y menosprecio aplaude
 Su libertad. Mis ojos doloridos
 No verán ya mecerse de la palma
 La copa gallardísima, dorada
 Por los rayos del sol en occidente;
 Ni a la sombra de plátano sonante
 El ardor burlaré de mediodía,
 Inundando mi faz en la frescura
 Que espira el blando céfiro. Mi oído,
 En lugar de tu acento regalado,
 O del eco apacible y cariñoso
 De mi madre, mi hermana y mis amigas,
 Tan sólo escucha de extranjero idioma
 Los bárbaros sonidos: pero al menos
 No lo fatiga del tirano infame
 El clamor insolente, ni el gemido
 Del esclavo infeliz, ni del azote
 El crujir execrable, que emponzoñan
 La atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,
 Idolatrada patria! tu hermosura
 Goce el mortal en cuyas torpes venas
 Gire con lentitud la yerta sangre,
 Sin alterarse al grito lastimoso
 De la opresión. En medio de tus campos
 De luz vestidos y genial belleza,
 Sentí mi pecho férvido agitado

Por el dolor, como el Océano brama
 Cuando le azota el norte. Por las noches,
 Cuando la luz de la callada luna
 Y del limón el delicioso aroma
 Llevado en alas de la tibia brisa
 A voluptuosa calma convidaban,
 Mil pensamientos de furor y saña
 Entre mi pecho hirviendo, me nublaban
 El congojado espíritu, y el sueño
 En mi abrasada frente no tendía
 Sus alas vaporosas. De mi patria
 Bajo el hermoso desnublado cielo,
 No pude resolverme a ser esclavo,
 Ni consentir que todo en la Natura
 Fuese noble y feliz, menos el hombre.
 Miraba ansioso al cielo y a los campos
 Que en derredor callados se tendían,
 Y en mi lánguida frente se veían
 La palidez mortal y la esperanza.

Al brillar mi razón, su amor primero
 Fué la sublime dignidad del hombre,
 Y al murmurar de "Patria" el dulce nombre,
 Me llenaba de horror el extranjero.
 ¡Pluguiese al Cielo, desdichada Cuba,
 Que tu suelo tan sólo produjese
 Hierro y soldados! ¡La codicia ibera
 No tentáramos, no! Patria adorada,
 De tus bosques el aura embalsamada
 Es al valor, a la virtud funesta.
 ¡Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
 No se inflama en los pechos de tus hijos
 Generoso valor contra los viles
 Que te oprimen audaces y devoran?

¡Emilia! ¡dulce Emilia! la esperanza
 De inocencia, de paz y de ventura
 Acabó para mí. ¡Qué gozo resta
 Al que desde la nave fugitiva
 En el triste horizonte de la tarde
 Hundirse vió los montes de su patria
 Por la postrera vez? A la mañana
 Alzóse el sol, y me mostró desiertos
 El firmamento y mar... ¡Oh! ¡cuán odiosa
 Me pareció la mísera existencia!
 Bramaba en torno la tormenta fiera

Y yo sentado en la agitada popa
 Del náufrago bajel, triste y sombrío,
 Los torvos ojos en el mar fijando,
 Meditaba de Cuba en el destino,
 Y en sus tiranos viles, y gemía,
 Y de rubor y cólera temblaba,
 Mientras el viento en derredor rugía,
 Y mis sueltos cabellos agitaba.

¡Ah! también otros mártires... ¡Emilia!
 Doquier me sigue en ademán severo
 Del noble Hernández la querida imagen.
 ¡Eterna paz a tu injuriada sombra,
 Mi amigo malogrado! Largo tiempo
 El gran flujo y reflujo de los años
 Por Cuba pasará, sin que produzca
 Otra alma cual la tuya, noble y fiera.
 ¡Victima de cobardes y tiranos,
 Descansa en paz! Si nuestra patria ciega,
 Su largo sueño sacudiendo, llega
 A despertar a libertad y gloria,
 Honrará, como debe, tu memoria.

¡Presto será que refulgente aurora
 De libertad sobre su puro cielo
 Mire Cuba lucir! Tu amigo, Emilia,
 De hierro fiero y de venganza armado,
 A verte volverá, y en voz sublime
 Entonará de triunfo el himno bello.
 Mas si en las lides enemiga fuerza
 Me postra ensangrentado, por lo menos
 No obtendrá mi cadáver tierra extraña,
 Y regado en mi féretro glorioso
 Por el llanto de vírgenes y fuertes
 Me adormiré. La universal ternura
 Excitaré dichoso, y enlazada
 Mi lira de dolores con mi espada,
 Coronarán mi noble sepultura.

1824.

Ed. 1832.

Emilia es Josefa (*Pepilla*) de Arango y Manzano, hija de José de Arango y Castillo, aristócrata matancero, en cuya residencia se refugió Heredia antes de huir a los Estados Unidos.

Siempre recordó Heredia con vivo afecto a su generosa amiga. A Ignacia Heredia, su hermana predilecta, escribía desde México, en carta de fecha marzo 1º de 1826:

Nada me dices de Pepilla A., cuando sabes que me interesa eminentemente. No dejes de escribirla y decirla que jamás la olvido, y que en mi destierro

me es dulce recordar sus formas bellas
y su acento apacible y regalado,
cual lo es al miserable encarcelado
el aspecto del cielo y las estrellas.

Dame siempre razón de ella, pues la amo casi tanto como a ti.

A Silvestre Luis Alfonso, el día 6 del mismo mes y año, decía:

No dejes de visitar en mi nombre a mi hermana en amor, a mi dulcísima Pepilla. Pero esto pide otro párrafo. —Dile que me acuerdo de ella con igual ternura en las orillas del Tezcuco que en las del Hudson o del Niágara; que el deleite de las soledades que me hace pasar mi humor misantrópico es recordar sus facciones delicadas, y el metal dulcísimo de su voz, que me daba tan inefable consuelo en los días terribles de la proscripción. Haz a sus padres una expresión de mis recuerdos y de mi gratitud, y díles que no pierdo la esperanza de pasar con ellos algunos días bajo auspicios menos funestos.

En carta a su madre, de México y 11 de noviembre del mismo año:

Siento que Sumd. [Heredia se dirigía siempre a su madre con el apelativo de "Su Merced"] no guste de que yo me interese por Pepilla. Sin examinar las faltas de sus padres, no atiende más que a la voz de mi gratitud, y jamás olvido que sin ella hubiera muerto en un cadalso, o lo que es peor, en el fondo de una mazmorra española. Sólo el tierno interés que la animaba en mi favor, pudo abrirme un asilo en la casa de sus padres, y sin este asilo ¿hubiera yo escapado a las pesquisas vigilantes del terror y de la venganza? No tengo ni puedo tener intenciones sobre ella; no las tuve en Cuba, y menos hoy, desterrado y proscrito. Pero nos une un vínculo más dulce y duradero, y la amaré mientras viva, y deseo que Sumd. no olvide sus beneficios y apruebe mi tierno agradecimiento.

Y aun muy próximo a contraer matrimonio con Jacoba Yáñez, decía así al mismo Silvestre Luis Alfonso, en 20 de mayo de 1827:

Más que ella [Luz ...] me interesa la dulce, la sensibilísima Pepilla. ¡Pobre criatura! Su belleza de cuerpo y alma la hace digna de un héroe, y la injusticia de la suerte la condena a pasar su vida en el abandono y la soledad. Si ella no estuviera tan ligada a Cuba, y yo tuviera una fortuna que me permitiese sostenerla al nivel de sus hábitos, yo la ofrecería mi mano y mi corazón, y consideraría mi gloria más bella la de reparar en su favor la ingratitude del destino. Háblame siempre de ella.

Pero la "sensibilísima Pepilla" no terminó sus días "en el abandono y la soledad"; por ironía del destino, casó más tarde con un ayudante del máximo perseguidor de Heredia, del general Miguel Tacón, Capitán General de la Isla de Cuba.

Entre los papeles del Dr. Vidal Morales y Morales existentes en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País figura la copia de un artículo titulado o perteneciente a una serie titulada *La société et la littérature a Cuba*, publicado en la *Revue des Deux Mondes*, de París, t. XII, año XXI, nuevo período, 15 de diciembre de 1851, cuyo autor no se menciona en la copia, y donde aparecen traducidas al francés, en prosa, casi toda la segunda estrofa y parte de la tercera de esta poesía.

P R O Y E C T O

De un mundo débil, corrompido y vano
 Menosprecié la calma fastidiosa,
 Y amé desde mi infancia tormentosa.
 Las mujeres, la guerra, el Oceano.

¡El Oceano...! ¿Quién que haya sentido
 Su pulso fuertemente conmovido
 Al danzar en las ondas agitadas,
 Olvidarlo podrá? Si el despotismo
 Al orbe abrumba con su férreo cetro,
 Será mi asilo el mar. Sobre su abismo,
 De noble orgullo y de venganza lleno,
 Mis velas desplegando al aire vano,
 Daré un corsario más al Oceano,
 Un peregrino más a su hondo seno.

Y ¿por qué no? Cuando la esclava tierra,
 Marchita y devorada
 Por el aliento impuro de la guerra,
 Doblando al yugo la cerviz domada,
 Niegue al valor asilo,
 Yo en los campos del piélago profundo
 Haré la guerra al despotismo fiero,
 Libre y altivo en el sumiso mundo.
 De la opresión sangrienta y coronada
 Ni temo el odio, ni el favor impetro.
 Mi rojo pabellón será mi cetro,
 Y mi dominio mi cubierta armada.

Quando los aristócratas odiosos,
 Vampiros de mi patria despiadados,
 Quieran templar sus nervios, relajados
 Por goces crapulosos,
 En el aire genial del Oceano,

Sobre ellos tenderé mi airada mano,
Como águila feroz sobre la presa.
Sufrirán servidumbre sin combate,
Y opulento rescate
Partirán mis valientes compañeros.

Bajo del yugo bárbaro que imponen
A la igualdad invocarán: vestidos
Con el tosco buriel de marineros,
Me servirán cobardes y abatidos.
Pondré a mis plantas su soberbia fiera,
Temblarán mis enojos,
Y ni a fijar se atreverán los ojos
Sobre mi frente pálida y severa.

1824.

Ed. 1832.

A WASHINGTON

ESCRITA EN MONTE VERNON.

Primero en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu patria
Y en la veneración del Universo,
Viva imagen de Dios sobre la tierra,
Libertador, legislador y justo,
Washington inmortal, oye benigno
El débil canto, de tu gloria indigno,
Con que voy a ensalzar tu nombre augusto.

¿Te pintaré indignado
A la voz de la patria dolorida
Volar al arduo campo de la gloria,
Y como Jove en el Olimpo armado,
A la suerte mandar y a la victoria?
Magnánimo apareces;
Ríndese Boston, y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para extirpar el nombre americano.
Tú, sin baldón, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
A tu gloria la patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Aníbal contemplaron
Con inmutable frente,
Y la invasión rugiente
A la púnica playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante yelo
Ofreció a tu valor y patrio celo
El camino del triunfo y de la gloria.

La soberbia británica humillada
Es por último en York, y su caudillo
Rinde a tus pies la poderosa espada.
El universo atónito saluda
A la triunfante América, y te adora,
Mientras que la Metrópoli sañuda
Tu gloria bella y su baldón devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De Libertad la espada en tu alta mano,
El poder soberano
Como insufrible carga depusiste.

Alzado a la primer magistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años y gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora
Regir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
De la Fama en el templo,
Y a la virtud, con inmortal ejemplo,
La fe del Universo conservaste.

Cuando en noble retiro,
De oro y de crimen y ambición ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto, y entre libres, libre.
¡Oh Potomac! del orgulloso Tibre
No envidies, no, la delincuente gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo
Del orbe todo la sangrienta historia.

Por la Francia feroz amenazada
Vuelve la patria del peligro al día,
Y en unánime voto al Héroe fía
De Libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven a ornar su venerable frente...
Mas ¡ay! desapareció, volando al cielo,
Como de nubes en brillante velo
Hunde el sol su cabeza en occidente.

¡Oh Wáshington! Protegen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
El que tú respirabas,
Paz y santa virtud al pecho inspira.
En la tumba módesta,
Que guarda tus cenizas por tesoro,
Ni luce el mármol, ni centella el oro,
Ni entallado laurel, ni palmas veo.
¿Para qué, si es un mundo
A tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo,
Por tu genio creador lo miro alzado
Hasta la cumbre de moral grandeza.
Potente y con virtud; libre y tranquilo;
Esclavo de las leyes;
Del Universo asilo;
Asombro de naciones y de reyes.

1824.

Ed. 1832.

O D A

¡Cuba! ¡Cuba! ¿y tú callas?... ¡Ay! ¿Esperas
A que el torrente atroz de tu conquista
Ruede sangriento sobre tí? ¿No sabes
Que siempre aumenta su raudal funesto
Un diluvio de lágrimas?... ¿O quieres,
Con tu abandono y ceguedad horrible,
Que en vano el mar te ciña al occidente
Y a oriente y norte y sur? ¿Sola entre tantos,
En vez de alzar a libertad altares,
Mudarás de señor? ¿Serán tus hijos
Los ilotas de América? ¿Funesto
Como inminente porvenir! ¡Oh patria!
Por doquiera las brisas del Océano
Te dicen ¡Libertad! Si tus oídos
Cierras más al clamor, vendrán las armas
Y te despertarán. Los pueblos fuertes,
Que han sacudido el ominoso yugo,
No necios sufrirán que los tiranos
Mas acá del Atlántico conserven
Su guarida final. Si tú, insensata,
Amas la esclavitud, serás esclava:
Mas de ellos no serás. Lanzas y naves,
Y corazones fieros y valientes
Se aprestan contra tí. Contra su furia,
¿Quién tu escudo será? Tal vez los flacos,
Que huyendo de los libres, se acogieron
A tu recinto, de tendido en torno
Los amparase el mar. Alzate ¡oh Cuba!

Y con tu independencia, generosa
Abre la senda a tu poder y gloria:
O pide al mar que férvido amontone
Las olas sobre tí, y así te guarde
De las calamidades vergonzosas
Y de la esclavitud y eterna infamia
Que te prepara tu impotencia indigna.

Principios de 1825.

Indicador Federal, México, t. I,
No. 45, 28 abril 1825, p. 4. Copia
del Dr. M. G. Garófalo Mesa.

Con la inicial *H* como firma al pie, y precedida de la siguiente
nota:

POESIA

Como Colombia tenía decretado dar libertad a Cuba y Puerto Rico, conforme se concluyera la campaña del Perú, habiéndose sabido en New York la decisiva acción de Bolívar en Ayacucho, dijo un cubano improvisada la siguiente ODA:

EN EL ANIVERSARIO DEL 4 DE JULIO DE 1776

Sagrada Libertad, numen de vida,
 Que tu cetro divino
 Por Atenas y Roma esclarecida
 Otro tiempo tendías,
 Y a sus pueblos felices animabas,
 Y vida, fuerza y esplendor sembrabas
 Donde tu planta férvida ponías,
 ¿Brillar y perecer fué tu destino?
 En Europa infeliz, te busco en vano,
 Y de tu altar en vez, doquier me aflige
 El simulacro vil de algún tirano.

En América está: salvó las ondas
 Del terrible Oceano,
 Y huyó próscripta del Antiguo Mundo.
 Un siglo y otro más, plácidamente
 Aquí moró; mas la opresión tirana
 Osó violar su asilo. Enfurecida
 Se alzó la Libertad, y mil guerreros
 Desnudan las espadas,
 Y constancia al poder, muerte a la muerte,
 Contrastan por doquier. La diosa fuerte,
 De acero y majestad la frente armada,
 A la opresión soberbia desafía,
 Y de Natura las eternas leyes,
 En memorable día
 A los pueblos anuncia y a los reyes.

“¡El hombre es libre!” dice, y del aplauso
 Sube al cielo el clamor. “Hombres, iguales
 “Os hizo Dios. Quien bárbaro os oprime
 “Ofende a la razón, insulta al cielo.
 “Es justo el resistir, santo y sublime,
 “Luchad, héroes, venced, y en vuestro suelo
 “De paz y de justicia,
 “De libertad y luz, de dicha y gloria,

“La semilla feliz, en vuestra sangre
 “Robusta brotará. Pueblos del mundo,
 “Hijos de un padre sois, vivid hermanos,
 “Y el vengador acero
 “Reservad solamente a los tiranos.”

¡Día de bendición! Cincuenta veces
 En la revolución de su carrera
 Te trajo el sol a iluminar al mundo.
 ¡Oh! ¡Cómo a tu calor dulce, fecundo,
 En vida y en placer hierve la tierra!
 De un mar al otro mar no hay ya tiranos.
 Por ciudades, montañas y desiertos
 Lleva el hombre la plácida conciencia
 De su seguridad: su altiva mente
 En contemplar su dignidad se goza,
 Y al cielo sin rubor alza la frente.
 América feliz, fuerte y hermosa,
 Ceñida en torno de sus hijos fieles,
 Y a terrible defensa preparada,
 Se ostenta majestuosa, coronada
 Con verde oliva, estrellas y laureles.

¡Día de redención! La voz sublime
 Que escuchaste tronar, de todo un mundo
 Resuena en la extensión, y por doquiera
 Rompen los pueblos la cadena fiera
 Que a sus cuellos cargó la tiranía.
 De mar a mar, del norte al mediodía,
 De libertad el árbol se ha plantado.
 América feliz bajo él adora
 De la santa igualdad el dulce imperio,
 Y los vientos, de oriente al hemisferio
 Llevarán su semilla bienhechora.

1825.

Ed. 1832.

El Iris, México, t. II, núm. 31, 1º julio 1826, ♦. *En el aniversario del 4 de julio de 1776, en que los Estados Unidos de América declararon su independencia.*

La tercera estrofa de esta poesía fué vertida al inglés por la escritora norteamericana Minna Carolina Smith, y publicada en un artículo que dedicó a Heredia en *The Bookman and Illustrated Literary Journal*, New York, agosto 1899. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por Francisco González del Valle.

VUELTA AL SUR

Vuela el buque: las playas oscuras
A la vista se pierden ya lejos,
Cual de Febo a los vivos reflejos
Se disipa confuso vapor.

Y la vista sin límites corre
Por el mar a mis ojos abierto,
Y en el cielo profundo, desierto,
Reina puro el espléndido sol.

Del aliento genial de la brisa
Nuestras velas nevadas llenamos,
Y entre luz y delicia volamos
A los climas serenos del sur.

A tus yelos adiós, norte triste;
De tu invierno finaron las penas,
Y ya siento que hierven mis venas,
Prometiéndome fuerza y salud.

¡Salve, cielo del sur delicioso!
Este sol prodigóme la vida,
Y sus rayos en mi alma encendida
Concentraron hoguera fatal.

De mi edad las amables primicias
A tus hijas rendí por despojos,
Y la llama que aún arde en mis ojos
Bien demuestra cuál supe yo amar.

¡Oh recuerdos de paz y ventura!
¡Cómo el sol en tu bello occidente
Inundaba en su luz dulcemente
De mi amada la cándida faz!

¡Cómo yo, del naranjo a la sombra,
En su seno mi frente posaba,
Y en sus labios de rosa libaba
Del deleite la copa falaz!

¡Dulce Cuba! en tus aras sagradas
 La ventura inmolé de mi vida,
 Y mirando tu causa perdida,
 Mis amores y amigos dejé.

Mas tal vez no está lejos el día
 (¡Cuál me anima tan bella esperanza!)
 En que armado con hierro y venganza
 A tus viles tiranos veré.

¡Cielo hermoso del sur! Compasivo,
 Tú me tornas la fuerza y aliento,
 Y mitigas el duro tormento
 Con que rasga mi seno el dolor.

Al sentir tu benéfico influjo,
 No al destino mi labio maldice,
 Ni me juzgo del todo infelice
 Mientras pueda lucirme tu sol.

¡Adiós, yelos! ¡Oh lira de Cuba!
 Cobra ya tu feliz armonía,
 Y del sur en las alas envía
 Himno fiel de esperanza y amor.

Por la saña del norte inclemente
 Destrozadas tus cuerdas se miran;
 Mas las brisas, que tibias suspiran,
 Te restauran a vida y vigor.

Yo te pulso, y tus ecos despiertan
 En mis ojos marchitos el llanto...
 ¡Cuál me alivias! Tu plácido encanto
 La existencia me fuerza a sentir.

¡Lira fiel, compañera querida
 En sublime delicia y dolores!
 De ciprés y de lánguidas flores
 Ya te debes por siempre ceñir.

¡Siempre...! Nó, que en la lid generosa
 Tronarás con acento sublime,
 Cuando Cuba sus hijos reanime,
 Y su estrella miremos brillar.

“¡Libertad”, clamarán, “en su pecho
 “Inflamó de su aliento la llama!”
 Y si caigo, mi espléndida fama
 A los siglos futuros irá.

1825. Créese de agosto o
 septiembre.
 Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. I, No. 3, 15 agosto 1827, p. 27.
La vuelta al Sur. En esta primera lección, entre la cuarta y quinta estrofa, aparece la siguiente, suprimida en la edición de Toluca:

Mas vinieron después negros días
 De opresión, de discordias y saña,
 Y los hijos odiosos de España
 De mi patria me osaron lanzar.

Para excluirme por siempre de Cuba
 Mi cadalso en los campos levantan,
 Y su triunfo los pérfidos cantan
 Al mirarme sin patria ni hogar.

Además, la última estrofa, o novena de la edición de Toluca, queda en esta lección convertida en novena y décima, por introducción, entre los versos: “Y su estrella miremos brillar” y “Libertad—clamarán—en su pecho”, de estas dos medias estrofas, que tienen notable semejanza con el final de la poesía *A Emilia*, del mismo Heredia:

¡Yo con ellos! Si el hierro enemigo
 En la férvida lid me derrumba,
 Y a otros mundos conduce la tumba,
 Mundos son de justicia y de paz.

Y las musas y Cuba doliente
 Cubrirán de laureles mi pira,
 Do enlazadas mi fúnebre lira
 Y mi espada veránse brillar.

Tiene, pues, 88 versos.

La versión de 1832 ha sido traducida al japonés por el señor Ryoji Imamura, cónsul del Japón en Lima, y publicada en su libro *Antología Hispanoamericana*, Tokyo, 1903. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por Francisco González del Valle.

HIMNO DEL DESTERRADO

Reina el sol, y las olas serenas
 Corta en torno la prora triunfante,
 Y hondo rastro de espuma brillante
 Va dejando la nave en el mar.
 “¡Tierra!” claman: ansiosos miramos
 Al confín del sereno horizonte,
 Y a lo lejos descúbrese un monte...
 Le conozco... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el Pan... En su falda respiran
 El amigo más fino y constante,
 Mis amigas preciosas, mi amante...
 ¡Qué tesoros de amor tengo allí!
 Y más lejos, mis dulces hermanas,
 Y mi madre, mi madre adorada,
 De silencio y dolores cercada
 Se consume gimiendo por mí.

Cuba, Cuba, que vida me diste,
 Dulce tierra de luz y hermosura,
 ¡Cuánto sueño de gloria y ventura
 Tengo unido a tu suelo feliz!
 ¡Y te vuelvo a mirar...! ¡Cuán severo
 Hoy me oprime el rigor de mi suerte!
 La opresión me amenaza con muerte
 En los campos do al mundo nací:

Mas, ¿qué importa que truene el tirano?
 Pobre, sí, pero libre me encuentro:
 Sola el alma del alma es el centro:
 ¿Qué es el oro sin gloria ni paz?
 Aunque errante y proscripto me miro,
 Y me oprime el destino severo,
 Por el cetro del déspota ibero
 No quisiera mi suerte trocar.

Pues perdí la ilusión de la dicha,
Dame ¡oh gloria! tu aliento divino.
¿Osaré maldecir mi destino,
Cuando puedo vencer o morir?
Aun habrá corazones en Cuba
Que me envidien de mártir la suerte,
Y prefieran espléndida muerte
A su amargo, azaroso vivir.

De un tumulto de males cercado
El patriota inmutable y seguro,
O medita en el tiempo futuro,
O contempla en el tiempo que fué,
Cual los Andes en luz inundados
A las nubes superan serenos,
Escuchando a los rayos y truenos
Retumbar hondamente a su pie.

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran
En su grado más alto y profundo,
La belleza del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.
Te hizo el Cielo la flor de la tierra:
Mas tu fuerza y destinos ignoras,
Y de España en el déspota adoras
Al demonio sangriento del mal.

¿Ya qué importa que al cielo te tiendas,
De verdura perenne vestida,
Y la frente de palmas ceñida
A los besos ofrezcas del mar,
Si el clamor del tirano insolente,
Del esclavo el gemir lastimoso,
Y el crujir del azote horroroso
Se oye sólo en tus campos sonar?

Bajo el peso del vicio insolente
La virtud desfallece oprimida,
Y a los crímenes y oro vendida
De las leyes la fuerza se ve.
Y mil necios, que grandes se juzgan
Con honores al peso comprados,
Al tirano idolatran, postrados
De su trono sacrílego al pie.

Al poder el aliento se oponga,
Y a la muerte contraste la muerte:
La constancia encadena la suerte;
Siempre vence quien sabe morir.

Enlacemos un nombre glorioso
De los siglos al rápido vuelo:
Elevemos los ojos al cielo,
Y a los años que están por venir.

Vale más a la espada enemiga
Presentar el impávido pecho,
Que yacer de dolor en un lecho,
Y mil muertes muriendo sufrir.

Que la gloria en las lides anima
El ardor del patriota constante,
Y circunda con halo brillante
De su muerte el momento feliz.

¿A la sangre teméis...? En las lides
Vale más derramarla a raudales,
Que arrastrarla en sus torpes canales
Entre vicios, angustias y horror.

¿Qué tenéis? Ni aun sepulcro seguro
En el suelo infelice cubano.

¿Nuestra sangre no sirve al tirano
Para abono del suelo español?

Si es verdad que los pueblos no pueden
Existir sino en dura cadena,
Y que el Cielo feroz los condena
A ignominia y eterna opresión,

De verdad tan funesta mi pecho
El horror melancólico abjura,
Por seguir la sublime locura
De Washíngton y Bruto y Catón.

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las ondas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.

Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña,
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

El Aguila Mexicana, México, octubre 20, 1825. Copia del Dr. M. G. Garófalo Mesa. Con la firma José María Heredia, el título El Himno del Desterrado, y este subtítulo: Canción escrita a la vista de las costas septentrionales de Cuba el 7 de septiembre de 1825.

Esta versión, salvo ligerísimas variantes, es igual a la de la ed. de 1832; pero el cuarto verso de la quinta estrofa dice: "Cuando aún puedo vencer o morir?"; y después de la novena estrofa aparecen la duodécima y después la undécima de 1832, antes de la décima.

Un breve borrador de esta poesía aparece escrito con lápiz por Heredia en las guardas de un ejemplar del libro *Outlines of political economy*, por John M'Vickar, que se conserva en la Biblioteca Nacional. Dice así, según transcripción de F. González del Valle:

Reina el sol y las olas serenas
Abre en torno la prora triunfante,
Y hondo rastro de espuma brillante
Va dejando la nave en el mar.

Tierra claman, y ansiosos miramos
Al confín del sereno horizonte...
Y a lo lejos elévase un monte...
Le conozco... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el Pan... En su falda respiran
El amigo más fino y constante,
Mis amigas sinceras, mi amante...
¡Qué tesoro de amor tengo allí!...

Y más lejos, mis dulces hermanas,
Y mi madre, mi madre adorada,
De silencio y dolores cercada,
Se consume gimiendo por mí.

Dulce Ignacia, diciendo tu nombre
Hallo siempre a mis penas consuelo:
Tú eres puro y perfecto modelo
Del amor y piedad fraternal.

¡Oh! consuela a mi madre afligida,
 Y suavice tu amor su tormento,
 Mientras llega a lucirme el momento
 O de gloria o de ruina final.

..... L

En el suelo infelice cubano.
 ¿Nuestra sangre no sirve al tirano
 Para abono del suelo español?

Alude Heredia en este borrador a Ignacia, su hermana predilecta.

Un extenso fragmento de la versión de 1832, que comprende desde: “¡Dulce Cuba! en tu seno se miran”, hasta el final de la poesía, apareció en muy bella traducción libre al inglés, en el libro *Selections from the best Spanish poets*, New York, 1856, donde se indicaba que había sido tomado de la *North American Review*, pero sin mencionar el nombre del autor. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por Francisco González del Valle. Ulteriores investigaciones nos han permitido averiguar la identidad del traductor, que es el mismo autor del trabajo que aparece en la mencionada revista de Boston, número de enero de 1849, sobre la poesía de la América española: es H. W. Hurlbut. Dicho trabajo, con la traducción del fragmento del *Himno del Desterrado*, aparece copiado en gran parte entre los papeles del Dr. Vidal Morales y Morales existentes en la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País.

LAS SOMBRAS

Sunt lacrimæ rerum.

VIRGILIO.

EPÍSTOLA

*Al ciudadano D... en su entrada a la Diputación
Provincial de...*

“El orbe todo entre cadenas gima,
Y el hombre hundido en servidumbre odiosa
La mano bese que feroz le oprima;
Los campos yermos y la tierra inculta
Queden de hoy más: miseria dolorosa.
Unica herencia a los humanos sea:
Sumido en el horror todo se vea.
Y esto ha de efectüarse: yo lo quiero,
Yo lo mando, y será.”

Dijo orgulloso

El despotismo, y a su voz terrible
Tronó doquiera el bronce sonoro.
Tronó, y al punto de la espada horrible
Brilló la triste luz, corrió la sangre,
Y la tierra empapó; sonrióse el monstruo,
De su segur atroz al golpe horrendo,
Los fuertes destrozados expiraron,
Y los cobardes, su furor temiendo,
En el polvo las frentes ocultaron.
Todo gimió vencido: el despotismo
En medio de la tierra esclavizada
Fundó seguro su sangriento trono;
La venganza fatal y el negro encono
El mundo en sangre a su placer bañaron.

Desfalleció la industria entre cadenas
 Y miseria y dolores circundaron
 Al humano infeliz. —¿Y acaso eterna
 Será desgracia tal? Nó; lució el día
 En que un mortal, a Marte semejante,
 Lanzó al Averno el despotismo odioso,
 Y el mundo respiró, y en un instante
 La vió feliz su librador grandioso.
 ¡Ah! ¡Llegue a nuestra América infelice
 Tanto, tan grande bien! ¡Sobrado tiempo
 Vertiera estéril llanto entre cadenas,
 Sujeta a un opresor vil y tirano,
 América infeliz! El Sér Supremo
 A ser feliz te destinó: tus campos,
 De frutas mil salubres, deliciosas,
 Cubiertos siempre están: de tus montañas
 La plata y oro en manantial perenne
 Corren por siempre a enriquecer al mundo:
 Tus bosques hermosísimos, soberbios.

¿A dó se oculta la nación que un día
 Al Anáhuac inmenso dominaba,
 Que su cetro de gloria en él tendía,
 Que a su enojo la América temblaba?
 Huyó cual humo su brillante imperio:
 Hora sumida en hondo cautiverio
 Ni aun consigue templar su amarga pena
 Con el recuerdo de los grandes días
 Que fueron a sus padres de alta gloria,
 Cuando a sus enemigos dominaban,
 Cuando orlaba sus sienas la victoria.
 De tan ínclitos hechos, la memoria
 Se borró de su mente, que avezada
 Hoy es tan sólo a la servil cadena
 Que la española gente echóle osada.

En este valle mismo se veían
 Los generosos héroes mejicanos,
 Que blandiendo los arcos en su mano
 Las huestes a la lid apercibían.
 Aquí los himnos bélicos sonaban
 Que a los cobardes ánimo infundían,
 Y al son del caracol en noble aliento
 Los fuertes se inflamaban,
 E impávidos, volaban
 A la gloria, a la lid, al vencimiento.

Hora yace en silencio sepultado,
 Silencio que es no más interrumpido
 Por el triste llorar del desgraciado,
 Por el hondo gemir del oprimido.

Sombras de Axayaces y Ahuitzoles,
 ¿A dónde os ocultáis? ¿Qué os habéis hecho?
 Alzad: en vuestros reinos tan preciados,
 En vez de los magnánimos soldados
 De quien tembló la América asombrada,
 Sólo se ven indígenas menguados,
 De triste faz y lamentable tono,
 Desde que la opresión y tiranía
 Aquí sentaran su nefando trono.
 Cualesquiera español es un tirano
 Que orgulloso y feroz, sin más derecho
 Que nacer en Canarias o en Europa,
 Llena de orgullo su indolente pecho,
 Y al débil indio con soberbia mano
 Maltrata, insulta, oprime;
 Y él ni aun siquiera gime
 La cruda afrenta en su cobarde pecho,
 Digno del yugo y la servil cadena.
 Sombras de Axayaces y Ahuitzoles,
 ¿A dónde os ocultáis? ¿Qué os habéis hecho...?
 Aquesos pensamientos revolvía
 En el espacio de mi inquieta mente,
 Cuando una tarde, al acabar el día,
 Silencioso vagaba tristemente
 En el monte sagrado (1) en que reposan
 De los reyes aztecas las cenizas:
 Allá donde mil árboles antiguos,
 A despecho del tiempo y de los siglos,
 Siempre verde y hermosa alzan al cielo
 La inmensa copa. —Hablad, plantas sublimes,
 ¿No lamentáis de América la suerte?
 ¿Qué vió tres siglos en su rico suelo,
 Sino horror y cadenas, luto y muerte?
 ¡Vosotros, oh dolor, trocar las visteis
 De altares, lengua y de señor! Vosotros
 Disteis placer a sus sencillos reyes,
 Y los visteis pasar bien cual bandada
 De fugitivas aves: su alta gloria

(1) Chapultepec; colina en las inmediaciones de Méjico.

Feneció, y su poder, y ya olvidada
 Se ocultó en el sepulcro su memoria.
 ¿Y vosotros duráis? ¿Y en vano el hombre
 Se afana en perpetuar su nombre
 Y en sangre y en sudor fiero se baña,
 Y mil pueblos y mil encadenados
 Víctimas gimen de su horrenda saña?
 ¿Y su memoria muere, y sobrevive
 Un árbol vil a su funesta gloria?

Yo cavilaba así; la clara luna;
 Resplandeciente en la mitad del cielo,
 Al través de los árboles sombríos
 Con suave vislumbrar bañaba el suelo
 Con su plateada luz, que dulce y triste
 Al mover de las hojas, semejava
 A mil espectros pálidos y fríos
 Que rápidos en torno vagueando
 Se ocultaban doquier: mi alma llenaba
 Una dulce y feliz melancolía.
 Mas de repente escucho entre los vientos
 Tristes gemidos resonar: alzado
 Revuelo en derredor la vista mía,
 Y un hombre miro que hacia mí se acerca,
 De perlas y oro el traje recamado;
 Dorada mitra su cabeza cubre;
 Manto nevado de algodón hermoso
 Con majestad al brazo revolvía,
 Y rica espada en ademán airoso
 De un dorado tahalí pender se vía.
 Absorto y de respeto poseído
 Al ver su faz severa y majestuosa,
 Iba a inclinarme ante él, mas de repente
 Le vi volver con rabia dolorosa
 A México los ojos, y encendido
 En despecho fatal juntó las manos,
 Y al cielo alzó los furibundos ojos,
 Y exclamó con dolor:

MOCTEZUMA

Hados tiranos,
 ¿Por qué guardarme a tanta desventura?
 Húndame yo otra vez en el sepulcro,
 Y no torne a sentir tanta amargura.

¿Mi imperio hermoso en mano de los viles
 Que me ultrajaron bárbaros? ¡Ay! ¿Cómo
 Sucedió tanto mal? ¿Cómo pudieron
 Mis asesinos derrocar mi trono?
 ¿Cómo en la negra lid no sucumbieron,
 De mis vasallos al feroz encono?
 ¡Oh sucesores de mi grande imperio!
 ¡Alzad del polvo en que yacéis sumidos,
 Cargados de baldón y vituperio!
 Los sepulcros dejad: rotos, vencidos,
 ¿Cómo osaréis ante el monarca vuestro
 Los ojos levantar?

Dijo, y al punto

Vi aparecer dos héroes: el primero
 Mostraba ser en los consejos sabio;
 Gallardo el otro, me forzó a admirarle,
 Y el aprecio captó del alma mía:
 Ni en Apolo, ni en Marte, dios guerrero,
 Se vió tanta beldad, tan alto brío.
 Mitra dorada entrambos adornaba.
 Entonces del imperio mexicano
 Conocí a los monarcas infelices.
 Mas Moctezuma, con semblante airado,
 Así dijo a los dos:

MOCTEZUMA

¿Cómo, cobardes,
 El alto imperio que os dejé perdisteis?
 ¿Mis soldados invictos, qué se hicieron?
 ¿A quién el trono de Ahuitzol cedisteis?

CUITLAHUATZIN (2)

¡Ay! los Dioses, señor, abandonaron
 Nuestra causa infeliz: por dondequiera,
 Polvorosos, sangrientos, espiraron
 Mil guerreros, y mil, al hierro duro
 De los advenedizos; la atroz muerte
 Precoz me arrebató.

(2) Cuitlahuatzin sucedió a Motezuma, y murió a pocos meses de su reinado. Los historiadores españoles le llaman Quetlanaca.

GUATIMOZÍN (3)

Mientes, cobarde.

Si en los combates, si en la guerra fiera
 Buscases la salud, otra la suerte
 Fuera del Anahuac; si valeroso
 Tú nuestras huestes bélicas guiaras,
 Si con la vista, y voz las animaras
 A la gloriosa lid, allá en Otumba
 Hallaran nuestros crueles opresores
 A su ambición y a sus furoros tumba.
 Mas de la muerte horrenda temeroso,
 El mando del ejército fiaste
 A un caudillo inexperto, que muriendo,
 De matanza feroz a los horrores
 Nuestra hueste infeliz dejó entregada.
 No fuí yo así, señor, siempre constante,
 Siempre de libertad en sed ardiendo,
 A los monstruos odié; mas mis vasallos,
 Al yugo atroz en su furor corriendo
 Contra mí fascinados se lanzaron;
 Ellos mismos con bárbaro alborozo
 La cadena execranda se cargaron:
 Los extranjeros bárbaros triunfaron:
 Yo intenté sacudir su odioso yugo
 Y en un suplicio perecí; mas siempre
 Digno de ti, señor, y de mi padre.(4)
 La suerte, de mis glorias enemiga,
 Bien me pudo abatir, no degradarme.
 En el cadalso, en el soberbio trono
 Siempre igual me mostré, ni de la muerte
 Pudo la frente pálida arredrarme.

Dijo, y gimiendo Moctezuma noble,
 Los ojos de mil lágrimas cargados
 Alzaba al cielo, y las robustas manos
 Doblaba con furor; y el héroe joven
 Del monarca infeliz la pena fiera
 Quiso calmar, y habló de esta manera:

(3) El nombre mejicano es Quauhtemotzín, como también Moteuzoma.

(4) Guatimozín era hijo de Ahuitzol, antecesor de Motezuma, célebre por su valor.

GUATIMOZÍN

No fuimos ¡oh Señor! en nuestro tiempo
Los desgraciados únicos: ¡Alzaos
Oh reyes de la América, que fuisteis
De aquesos hombres bárbaros, feroces,
Las víctimas también! venid, juntemos
Nuestras quejas amargas, y angustiosos
Nuestra suerte infeliz juntos lloremos.

Dijo: su voz cual trueno retumbando
Por los aires sonó; del sur volando,
Tres indios generosos y gallardos
La colina pisaron; en sus sienes
Ondear rosada borla se miraba,
Y entre dolor envuelta y pesadumbre,
Hermosa majestad su frente ornaba.

Al llamar del monarca mexicano,
También en la agradable Venezuela
Alzóse de la tumba Guaycaypuro,
Caudillo noble, generoso y fuerte,
A quien con vil traición los españoles
Lanzaron a los reinos de la muerte
Por quitar a su patria tal escudo.
Taramayna también se alzó sañudo,
Taramayna, terror de los iberos.
Y ambos marchando lívidos y fieros,
Con clamores horribles se lanzaron
A la regia colina; allí reunidos
De tantos reyes las augustas sombras,
Habló Guatimozín de esta manera:

GUATIMOZÍN

¿Quiénes sois? Responded; nuestras desdichas
Gimamos a la par, y la inclemencia
De nuestra suerte bárbara lloremos,
Y al cielo vengador de la inocencia
Clamores de venganza levantemos.

ATAHUALPA

El inmenso Perú me obedecía,
 Cuando esos monstruos, por mi mal llegando,
 Aniquilaron la ventura mía,
 Yo descendientes de mi Dios los juzgo,
 Y envuelto en inocencia candorosa
 A sus pérfidas manos me confío.
 Mas su ambición y su codicia odiosa
 Ellos mostraron: con perfidia horrenda
 Y bárbara ansiedad, montones de oro
 Por darme libertad, falsos, exigen;
 Yo derramo sobre ellos mi tesoro,
 Pero a pesar de mi inocencia pura,
 Del rescate a pesar, juran mi muerte.
 El vil Pizarro su palabra olvida;
 Saciar su sed de sangre era forzoso,
 Y en un suplicio atroz, ignominioso,
 Terminé mis desgracias y mi vida.

MANCO-CAPAC

Yo, del Imperio sucesor, no quise
 La sangre derramar de mis vasallos;
 Por montañas estériles, incultas,
 El Imperio troqué; mas, ambiciosos,
 Los crueles opresores de mi pueblo
 La presa con furor se disputaron.
 Algunos de ellos, a la muerte huyendo,
 Seguro asilo junto a mí buscaron;
 Yo, mis justos rencores deponiendo,
 Generoso les doy en mi retiro
 Noble hospitalidad; pero uno de ellos,
 Ingrato a par de víbora traidora,
 Me hizo lanzar el último suspiro

TUPAC-AMARU

Yo, tranquilo y pacífico en las selvas,
 A la cadena atroz degradadora
 No quise nunca doblegar el cuello,
 Y los tiranos con furor odioso
 De prisiones injustas me cargaron,
 Y a fuer de esclavo a su señor rebelde,
 La vida en un suplicio me arrancaron.

GUAYCAYPURO

Mi brazo, que a mi patria consagrado,
 Su gloria en los combates sostuviera,
 Contra esa cruel y engañadora gente
 Fué de su libertad constante escudo.
 Su hueste atroz, esclavizar ansiando,
 Cual invencible asolador torrente
 Llenó la tierra; su ímpetu sañudo
 En mí se quebrantó; mi firme pecho,
 Cual dique insuperable a sus furores,
 Su soberbia humilló mil y mil veces.
 Mas ¿qué sirve el valor para un contrario
 Bárbaro a par que vil? Los españoles,
 Ya que en la dura lid no me rindieron,
 Con infame traición me sorprendieron;
 Mas no fueron señores de mi suerte;
 Yo, al insufrible horror de ser esclavo,
 Sereno preferí la triste muerte.

TARAMAYNA

Yo lidiando también...

MOCTEZUMA

Basta, infelices.
 He aquí ¡oh dolor! la ensangrentada historia
 De la infeliz América: doquiera
 Selló con sangre el español su gloria;
 Ferocidad, perfidia, hipocresía:
 Tal su carácter fué. Yo, rodeado
 Del gran poder y de la gloria mía,
 Cuando, por mis hazañas asombrada,
 Del raudo Chagre al Niágara postrada,
 América a mi voz se estremecía,
 Los colmé de tesoros y de gracias.
 Si aniquilarlos quiso el pueblo mío,
 Yo los amé, y vivieron;
 ¡Y en vez de recompensa, ultrajes, muertes...!!
 ¡Qué ingratitud, oh Dios...!!!

Dijo gimiendo.

Los américos reyes le escuchaban.
 También mi tierno pecho comprimido

En sollozos rompió: mi ardiente rostro
 Un torrente de lágrimas bañaba:
 Mas de repente el cielo oscurecióse;
 A la luna ocultó, que antes hermosa
 Al mundo con su faz iluminaba.
 Allá a lo lejos el furioso trueno
 Estalló, resonando en mis oídos;
 Relámpagos sin fin brillar se vieron,
 Por el aire las sombras se esparcieron,
 Y el monte resonó con sus gemidos.

1825

Edición de Ponce de León,
 Nueva York, 1875.

Gaceta Diaria de México, t. I, No. 149, 23 octubre 1825, p. 2, 3, 4. Copia del Dr. M. G. Garófalo Mesa.

En esta primera versión que conocemos de este poema, no aparecen ni la dedicatoria ni los 42 primeros versos.

El poema comienza, pues, en el que dice:

¿A dó se oculta la nación que un día

y va precedido de estas líneas de la redacción del periódico:

POESIA

La nación mexicana se lisonjea de volver a poseer en su seno al ciudadano licenciado Dn. José María Heredia, que fugitivo del despotismo que desola a su patria Cuba, ha implorado un asilo en esta tierra de salud para los ingenios y los hombres libres. Este joven es demasiado conocido en México: sus precoces talentos dejaron en pos de sí la admiración y el entusiasmo que sólo inspira lo grande y lo sublime. Lo poseemos otra vez: y cuando alienta el aire purísimo de la libertad, debemos prometernos que llegará a exceder al adulador de Augusto, al parásito de Mecenas y al poeta de Henrique.

Insertamos con el mayor placer el poema sentimental de aquellas sombras augustas que turban sin cesar los insomnios de Fernando el cruel. Por aquél se conocerá que Heredia es el poeta de la libertad del Nuevo Mundo. Joven como la América, hace sentir el vigor de su edad y la tremenda voz de la venganza.

Tampoco aparece en esa versión la tercera de las notas, que suponemos todas del poeta.

Por no conocerse otra versión, no hemos podido agregar el verso o versos que parecen faltar después del cuadragésimo segundo.

Seis versos, de esta composición —desde . . . “El monte sagrado en que reposan” hasta “Su inmensa copa . . .” fueron reproducidos, en un artículo titulado *Chapultepec*, y firmado G. (Galli), en *El Iris*, México, t. I, núm. 8, marzo 1826, p. 80. Dato de M. G. Garófalo Mesa, y del archivo de E. Larrondo.

EN LA APERTURA DEL INSTITUTO MEXICANO

Luce por fin el venturoso día
Que con votos ardientes invocaban
Los amantes del bien. Sobrado tiempo,
De llanto, luto y de pavor cercada,
Reinó de Anáhuac en los yermos campos
Guerra feroz. La paz apetecida
Ciñe de Libertad el ara santa
Con sereno esplendor, y abre Minerva
A nuestra juventud su templo sacro.

¡Día de bendición! ¡Qué dulce aurora
Vemos lucir de gozo y esperanza!
¡Con qué vivo placer miro adunados
Los alumnos ilustres de la ciencia
Para abrir a los pueblos mexicanos
La fuente del saber! Arde en sus pechos
El patriotismo, la virtud, la fuerza,
El entusiasmo férvido que al hombre
Arrebata hacia el bien, y largos frutos
Producirá su generoso anhelo.
Aquí Naturaleza por doquiera,
Virgen, robusta, ostenta de su seno
Los tesoros sin fin. Nuestros tiranos,
De oro, de sangre y opresión sedientos,
Su beldad no preciaban. Mas ahora
El celo y los afanes de Minerva
Levantarán el velo que la cubre,
Y en la alta majestad de su belleza
Brillará, cual saliendo de las nubes
La blanca luna en el profundo cielo.

Y las Musas también su trono de oro
En Anáhuac pondrán: Naturaleza
A nuestra juventud doquiera brinda
Fuentes de inspiración. El panorama

Del Universo todo nos circunda.
 En él se juntan bajo el mismo cielo
 Eterna nieve y perennal verdura,
 Y en un estrecho círculo se abrazan
 Los polos y los trópicos. Florida
 Se ostenta la beldad, y arde en sus ojos
 Del sol del Ecuador la etérea llama.
 ¿Quién puede contemplar sin entusiasmo
 Los magníficos cuadros que Natura
 Nos prodiga en América? ¿Quién puede
 Indiferente ver las tempestades
 Vestir de oscuridad las anchas bases
 De los Andes altísimos, en torno
 Hervir el rayo, retumbar el trueno,
 A torrentes bajar la gruesa lluvia,
 Y encima descollar nevadas cumbres,
 Y dibujarse en el desierto cielo
 Inundadas en luz; o lentamente
 Ver ir con majestad al Oceano
 Rios profundos, inmensos, que parecen
 Mares corrientes, o lanzarse airados
 De un precipicio, y asordar la esfera
 Su tremendo fragor? ¡Oh! ¿Qué hombre frío,
 A vista de unos cuadros tan sublimes,
 No palpita, y se asombra, y en su pecho
 No siente ardiendo levantarse el canto?

La más abominable tiranía
 A par cargó con su cadena odiosa
 Los cuerpos y las almas. Luengos años
 Nos devoró. Su aliento ponzoñoso
 Convirtió los santuarios de Minerva
 En guaridas de error. Así en los pechos
 De nuestra juventud se sofocaba
 El noble germen de mental grandeza
 Y elevación. Estúpida pasaba
 Una generación, y otra, ignorando
 Su fuerza y sus derechos, avezadas
 A servidumbre y crímenes. Empero
 Colmóse al fin la copa ensangrentada
 Del infortunio, y nos lucieron días
 De gloria y libertad. La luz divina,
 Disipando las nieblas de ignorancia,
 Nos alza al rango que nos dió Natura.

Es la alma Libertad madre fecunda
 De las artes y ciencias: ella rompe
 La atroz cadena que al ingenio humano
 Los déspotas cargaron, y a la sombra
 De su manto benéfico y su oliva
 Crece la ilustración: en el espacio
 El genio vencedor tiende sus alas,
 Y la mente atrevida y generosa,
 Superando a las águilas en vuelo,
 Se levanta en los aires, y su vista
 Abarca tierra y mar, nubes y cielo.

¡Sagrada Libertad! ¡Oh! ¡Cómo siente
 Tu dulce influjo el pueblo americano
 En los climas del norte! Allí, sereno,
 Con impávida frente mira Franklin
 Venir tronando por el aire oscuro
 La negra tempestad. Su mano fuerte
 Arranca el rayo a la cargada nube,
 Y le arroja a morir lejos del hombre.
 Fulton allí con el vapor ardiente
 Osa quitar al caprichoso Eolo
 El imperio del mar, y por su genio,
 Blasón glorioso del saber humano,
 De América los rápidos navíos
 Contrastan la corriente de sus ríos
 Y el contrario furor del Oceano.
 Él mismo alza flotantes fortalezas
 De su patria en los mares, do segura
 Lidie la Libertad, e invulnerable
 Sobre siervos y déspotas fulmine.
 Así América opone generosa
 Valor constante a la opresión injusta,
 Y el ingenio al poder. Obras sublimes,
 Que pálido contempla y despechado
 El tirano del mar, cuando invisible
 Truena el torpedo, y sus soberbias naves
 Saltan, se incendian, y en el mar ardiente
 Llueven armas, cadáveres y sangre.

Pronto de noble brillo circundados
 Se vestirán los hijos del Anáhuac
 Las alas del saber. Sabio Instituto,
 Vuestras serán la gloria y las fatigas

De empresa tan espléndida y sagrada.
 Mi espíritu, del bien fogoso amante,
 De exaltación sublime y esperanza
 Se inunda venturoso en vuestro seno,
 Y de entusiasmo y de delicia lleno,
 En el brillante porvenir se lanza.

Recitada en 2 abril 1826.

Ed. 1832.

El Iris, México, t. I, núm. 11, 15 abril 1826. *Composición leída en la apertura solemne del Instituto Mexicano por el C. [ciudadano] José María Heredia, quien la dedica a su querido amigo el C. José María Tornel, ♦.* El general José María Tornel, escritor diplomático y militar, era un político mexicano que tomó parte muy activa en los acontecimientos de aquella época agitada. Amigo y protector de Heredia, éste le dedicó; además de esta poesía, su tragedia *Tiberio*, imitada de J. M. Chénier, impresa en 1827, en cuya dedicatoria decía:

No pensaba yo que la suerte me guardase aquí el tesoro de un amigo, después de haber sido víctima de la perfidia más escandalosa. Vd., sin más causa que la simpatía de una imaginación poética, me amó al conocerme, y pronto me consagró una amistad ajena de todos los motivos que unen comunmente a los hombres. Nada tengo ya que esperar de quien ha hecho por mí cuanto podía exigirse de un hermano el más amante. Sea cual fuere la parte que me toque en *Tiberio*, yo la ofrezco a Vd., porque bajo su techo se ha escrito. Recíbala, mi dulce amigo, y cuantos lean este cuaderno sabrán que Tornel posee todo el cariño, toda la amistad de

José María Heredia.

Pero Tornel sí había de hacer aun más por su amigo. En 1838, ocupando el alto cargo de Ministro de Estado y del Despacho de la Guerra, y desposeído Heredia desde 1837, del suyo de Ministro de la Audiencia por no ser nativo de México, le obtuvo el de Director del Diario del Gobierno de México, último que desempeñó el poeta, hasta su muerte en 1839.

HIMNO DE GUERRA

I

Pues otra vez de la bárbara guerra
Lejos retumba el profundo rugir,
De los aztecas resuena en la tierra
El noble grito: “¡Vencer o morir!”
¡Qué! ¿pensarán insensatos y audaces
Los españoles el yugo imponer
A los valientes que alianzas o paces
Con los tiranos juraron no hacer?

II

¿Cómo tan pronto el terror olvidaron
Con que les vimos perdón demandar,
Cuando a los pies de los héroes juraron
Nuestros derechos por siempre acatar?
Vuelvan, y tornen la patria y la gloria
En nuestra frente a ceñir su laurel.
Eterno vive en la espléndida historia
Quien en las lides se adorna con él.

III

Vana contemple su infame perfidia
El degradado avariento español,
Y devorado su pecho de envidia,
Felices mire a los hijos del Sol.
Ya le tendimos de amigo la mano,
Y él insolente la osó despremiar:
Quiere que Anáhuac le adore tirano,
Y Anáhuac libre sabrále humillar...

IV

Allá se postre en la mísera España
 Ante el tirano más vil y feroz,
 Y en él se cebe la estúpida saña
 De su execrable y sangriento Moloch.
 “¡Fuera tiranos!”, el Anáhuac dijo;
 “¡Fuera tiranos!”, el Sur exclamó.
 La libertad sus esfuerzos bendijo,
 Y al Nuevo Mundo en su templo erigió.

V

Nunca olvidemos las bárbaras penas
 Que nos hiciera la España pasar.
 Trescientos años de oprobio y cadenas
 Se nos presenta ocasión de vengar.
 Para tiranos, cobardes y reyes
 Arde muy fiero de América el sol,
 Mas vivifica benigno las leyes
 Y las corona de puro esplendor.

VI

Armad, guerreros, con ira la diestra,
 Y en vano truene la nube fatal;
 La patria bella nos llama y nos muestra
 La senda noble de gloria inmortal.
 Obedezcamos su acento sublime;
 Aseguremos su dicha y su paz,
 Un solo ardor nuestros pechos anime,
 Un solo voto: ¡Morir o triunfar!

Abril 1826.
El Iris, México,
 t. II, núm. 7, 17
 junio, 1826, p.
 111-112. Copia
 del Dr. M. G.
 Garófalo Mesa.

Apareció con una nota preliminar de G (Florencio Galli), uno de los coeditores del periódico, quien dice que, a sus instancias, compuso Heredia estos versos para adaptarlos a la música de Wenzel. Se había impreso ya anteriormente por separado, según este anuncio publicado en *El Iris*, t. II. núm. 14, 3 mayo 1826:

En la oficina de este periódico se halla de venta un Himno nuevo, relativo a las circunstancias del día. Versos de Heredia y música de J. B. Wenzel, al precio de dos reales.

(Datos del archivo de E. Larrondo. Cortesía de J. M. Chacón.)

Es de suponerse que las "circunstancias del día" que inspiraron este *Himno de guerra* no fuesen otras que la conspiración fraguada entonces en México para traer a alguno de los Borbones, y que reprimida severamente por el Gobierno, costó la vida al general Arana, al padre Arenas y a algunos otros, y provocó una enorme excitación en el país.

Este *Himno* fué publicado por primera vez en Cuba en la *Cronología Herediana*, de Francisco González del Valle, La Habana, 1938.

HIMNO EN HONOR DEL GENERAL VICTORIA

Si de mi libre musa
jamás el eco adormeció a tiranos,
ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
allá del alto asiento
a que el valor magnánimo te eleva,
el himno escucha que a tu nombre entona.

*¡Gloria al jefe a quien ciñen la frente
con sus lauros constancia y valor!
Largos años su vida se aumente
para dicha de Anáhuac y honor.*

Hoy que alzado resuena en los aires
tu fatídico nombre, ¡oh Victoria!,
goza ya tu purísima gloria,
digno premio a la austera virtud.

Ese pueblo ya libre que mandas,
te saluda sincero y bendice,
y en tí ve del Anáhuac felice
la esperanza, la gloria y salud.

Gloria al jefe, &

Del Anáhuac los campos y montes,
del Océano la férvida arena
de tu ardor y constancia está llena,
y aun alienta tu espíritu allí.

Al ceder a discordia y reveses
de Dolores la gloria expirante,
su mirada postrera, anhelante,
en Guerrero fijaba y en tí.

Gloria al jefe, &

Una roca en el mar daba asilo
al ibero tirano orgulloso,
y al rigor de su bronce ominoso,
fulminada gimió Veracruz.

A tu afán incansable, vencida
desparece la hueste española,
y el pendón del Anáhuac tremola
victorioso del sol en la luz.

Gloria al jefe, &.

Ante tí la discordia se acalla,
y visita la paz nuestro suelo,
y el fulgor apacible del cielo
ve en sus campos Anáhuac lucir.

Por tu voz reconoce la Europa
nuestros santos sublimes derechos,
y amistad con sus lazos estrechos
ambos mundos en breve ha de unir.

Gloria al jefe, &.

Por tu premio tan sólo apetece
la corona modesta de encina
que la patria feliz te destina,
cuando dejes excelso poder.

Libre ya de sus rayos, tu frente
brillará más cercana y más pura,
¡y de Anáhuac verás la ventura,
inundado en divino placer!

Gloria al jefe, &.

Correo de la Federación,
México, t. I, No. 42,
12 diciembre 1826, p. 3.
Copia del Dr. Manuel García
Garófalo Mesa.

Apareció con el siguiente título:

*Himno compuesto para cantarse en el teatro de México en la
noche de hoy 12 de diciembre de 1826, por el C. José María Heredia,
con música del célebre profesor D. Manuel García.*

Obsérvese la semejanza entre los primeros versos de esta composición y los de la silva *A Bolívar*, compuesta por Heredia en 1827.

ELEGÍA

¡Pereció! ¡Ya no existe el que fué un día
 Honor y lustre de la patria mía!
 ¡Pereció! ¡Ya no existe! En él acaba
 De robarnos la muerte al mejor padre;
 Al filósofo, al sabio justiciero;
 Al esposo más fiel; al que su mano
 Rehusó jamás al mísero abatido,
 Al liberal valiente y decidido,
 A Hernández, digo en fin, de los tiranos
 Enemigo mortal, y de la patria
 El numen tutelar; el que primero
 Bajó cadáver a la tumba fría
 Que doblarse a la infanda tiranía
 Ni treguar nunca con el crimen fiero.

Préstame, Melpomene, tus favores:
 Sin tu auxilio divino, sin tu amparo,
 En vano el hondo afán de mis dolores
 Pretendiera cantar de este hombre raro
 El mérito sin par. Acá en mi mente
 Un copioso torrente
 Derrama de tu fuego
 Que a mi numen indocto iluminando
 Hasta el sublime le levante luego
 De tanta empresa digno...
 Y tú, cuyo ejercicio, cuyo empleo
 Es en libro inmortal, divina Clío,
 Guardar de la virtud la inmensa historia,
 Escribe la de Hernández eminente,
 Mientras que Cuba en ademán doliente
 Perpetúa con su muerte su memoria.

Que alzóse de la cuna como se alza
 Naciente flor al lado de algún río,
 Cuidado y regalado de la patria
 Que en él gozaba su esplendor y brillo:

Que corrió por las ciencias intrincadas,
 Que se embebió, que se formó con ellas,
 Por más escollos que en su curso hallara;
 Y cuando el aula premiadora puso
 Las leyes en sus manos,
 Fuera verlo y oirlo entre las leyes
 Trabajar por el bien de los cubanos.
 ¿Resonaron tiranos?
 Miradlo entonces execrar sus vidas,
 Más que alabadas, siempre maldecidas
 Aun de su misma prole. ¿Y tales monstruos
 Han de existir en años venideros?...
 No: tiranos; no más. ¡Perpetuo encono
 Os jura el orbe entero!
 El siglo ya llegó de vuestra ruina.
 ¡No más cadenas ni opresión! ¡Volando
 Hierve de libertad llama divina
 Que os ha de destronar, y que abrasando
 Os ha de hundir en el profundo averno!
 ¡Caeréis! ¡Caeréis! Y la feroz caída
 Hasta en la tumba se ha de oír, y entonces
 Al aire vividor vueltos los héroes
 Víctimas de la infanda tiranía,
 Vuestro seno rasgando,
 De sierpes llenarán vuestra alma impía.
 Y tú, campeón ilustre y venerado,
 El triunfo alcanzarás de tu justicia,
 ¡Tú, a quien venal maldad, torpe malicia
 Sumergiera temprano entre la tumba
 Por medio bien distante
 Del digno a tu virtud!... Vil asesino
 Que confundido en el debate noble
 De este bravo y valiente Colatino,
 De este intrépido Bruto,
 Favor al despotismo que bebiste
 Su funesta desgracia le ofreciste.
 Cébate con su sangre; ya difunto
 Le dejó tu furor: cébate y mira
 La vida negra y criminal gozando
 Cuando este ilustre ciudadano expira.

No de Hernández el pecho valeroso
 Entrada dió a la infamia: yo le vía,
 En incansable afán, sin temer riesgos,
 La libertad sembrar que en él hervía;

Y luto por sus víctimas vistiendo
 Jurar por sus cenizas la venganza
 Del tirano crüel: ya consolando
 Al que hundido en gaciento calabozo
 Por la patria sufría,
 O bien su auxilio generoso dando
 A los valientes que en lejana ausencia,
 En extranjero y dilatado clima,
 Yacen en la indigencia,
 Privados de su patria y sus familias.
 Ni otro ha sido jamás; el indigente
 Nunca llegó a sus puertás acosado
 Del hambre y desnudez, sin que aliviado
 No fuese en su penar; ni la doliente
 Viuda pidióle su favor y amparo
 Que no la consolara;
 Y el huérfano su padre en él hallara.

Así fué en el saber: cuando en el foro
 Los litigios amargos fermentaban,
 Cuando los contrapuestos litigantes
 Sordos a la equidad se encarnizaban,
 Si a Hernández por final se cometían,
 Inter más complicados ser podrían,
 Tanto más presto Hernández los sanaba,
 Y en paz la guerra fúnebre acababa.
 Si una rápida ojeada a su elocuencia
 Echamos por ventura,
 Hallaremos el tino y la cordura
 De Camilo y Valerio, y Roma entera.
 ¡Qué digo! El ateniense Epaminondas,
 Arístides, la Grecia nunca fuera
 Sabia más que este Arístipo habanero.
 Cuando la imprenta libre un feliz rasgo
 Liberal imprimió de su talento;
 Cuando le censuró necio jurado,
 Allí escuchad su intrépido ardimiento;
 Allí fué confundir al juez curado
 Si déspota a la vez... Quedara absuelto.
 Mas el ciego Tarquino le jurara
 Su ruina funeral, y se ha cumplido
 Cuando sin patria el pueblo soberano
 Yace en esclavitud de un rey tirano.

Téjese la impostura
 De la conjuración... ¡En que aparece
 Hernández criminal! ¡Cuál se enfurece
 El vil Nerón que su desgracia jura!
 Prisión al héroe se le impone y sufre
 En el fuerte *Severo* de Matanzas,
 Que jamás encerró ni más virtudes
 Ni mayor inocencia. Empero, nada
 Su fuerte pecho acongojar pudiera
 Si un infortunio tal no se reuniera
 A otro infortunio tal. ¡Su dulce amada,
 Su tiernísima esposa a la honda huesa
 En tres soles atrás bajado había
 Cuando se le oprimió! Tanta desgracia
 El encono templar habría alcanzado
 De Diocleciano mismo
 Si hoy no fuera mayor el despotismo
 Que todos los que al hombre han subyugado.

Sufre Hernández el ceño del destino
 Emuló del honor, aunque infamado
 Ló arrastren de un castillo a otro castillo,
 Aunque a cárcel cruel sea arrastrado...
 A la cárcel ¡oh Dios! donde el inicuo,
 El asesino, el hurtador, el de alma
 Negra, horrenda, esperando sus castigos
 Detentan aún la luz!... ¡Serena calma
 Respira siempre el sabio! ¡La alma pura,
 La alma noble podrá ser abatida,
 Mas no hacerla treguar con la impostura!
 ¡Poder de la virtud! Sócrates fuerte,
 Primero que el baldón y que la afrenta,
 El cálizapuró de infausta muerte.

Firme resiste Hernández, como erguida
 Robusta palma que se eleva al cielo;
 Que si en deshecha tempestad se dobla
 De aquilón al empuje, a poco luego
 Su antigua majestad serena cobra.
 De esta manera así los raudos días
 Le vieron resistir a sus contrarios,
 Y le vieran triunfar, si las impías
 Parcas no hirieran su existencia hermosa,
 Digna de más vivir, de más dichosa
 Y próspera fortuna...
 ¡Pereció! ¡Ya no existe aquél que un día
 Fué honor y lustre de la patria mía!

Almas justas, llorad: jamás el llanto
 Tuvo más ocasión ni más objeto;
 Y tú ¡oh numen! reanima mi quebranto
 Que se siente expirar mi amor primero.
 ¡Y que viva el malvado? ¡Y que los fieros
 Verdugos de su vida, en vez de luto
 Vistan galas alegres, y en victoria
 Una sonrisa den a su memoria?...
 ¡Rayos abrasadores! ¡A mis manos
 Venid sólo una vez, y yo perezca
 Si la tierra no purgo de tiranos!

¡Pero el baldón, la afrenta, el vituperio
 A Hernández cubrirá?... Preclara estirpe
 Le sobrevive. ¡Oh tú, naciente genio
 De virtud y saber! ¡En tí descuide
 El honor de tu padre! ¡Tú, imitando
 Su patriótico ardor, y superando
 La iniquidad de sus contrarios crueles,
 Del llanto que tu faz tierna marchita,
 De ese dolor que el corazón te agita,
 Haz nacer los laureles,
 El árbol de la gloria
 Que ciña en algún día su victoria!
 Crece, y creciendo a par como en Orestes
 El odio contra el vil pérfido Egisto,
 Véngale del borrón. ¡Todo lo pueden
 El tiempo y la virtud! Te espera escrito
 Encargo postrimer de ilustre padre.
 ¡Ah! Nunca olvides que al morir te dijo:
 “Lava mi afrenta, es tu deber”. ¡Un hijo
 De tal héroe serás, cuando a su sombra
 Aplagues, aunque tarde, en grande día
 Más que con sangre con agudo acero
 De la virtud, el elocuente labio,
 Puñal destrozador! ¡Arma del sabio!
 Y tú, patricio, condenado triste
 Dentro del alma a ahogar el sentimiento
 De tanto padecer, el curso libre
 Déjale al llanto; al doledor tormento
 Rienda deja sin fin: ¡sin fin tu pena
 Lloro, Matanzas, ¡ay! Llórale, Habana,
 Madre infeliz a esclavitud opresa.
 ¡Cubanos desdichados! ¡Sí; ya os veo
 Doquiera vagar y adoloridos
 Los ojos levantar al alto cielo

Henchidos de llorar, y más henchidos
 De reprimida libertad! Lloremos,
 Y si acaso el tirano nos sorprende
 A Hernández invocando en el sepulcro,
 De su sagrada tumba repeliendo
 La mirada feroz de su verdugo,
 Lanzándole exclamad: “¡Salva, tirano,
 El reino de los justos; no perturbe
 La quietud celestial tu aliento insano!”
 Y la amarilla faz volviendo mustia
 Al insensible mármol,
 Prorrumpid con dolor y con angustia:
 ¡Pereció! ¡Ya no existe el que fué un día
 Honor y lustre de la patria mía!...

El Amigo del Pueblo, México,
 t. I, No. 2, 8 agosto 1827,
 p. 27. Copia del Dr. M. G.
 Garófalo Mesa.

Esta composición apareció sin la firma de Heredia y precedida de la siguiente nota:

Para honrar la memoria del Dr. Juan José Hernández, primer mártir de la independenciam de Cuba, y para probar que aún respiran en aquella isla almas ardientes que se indignan contra la esclavitud y aman y merecen la libertad, insertamos la siguiente elegía, que se nos ha remitido al efecto.

Juan José Hernández fué compañero de conspiración de Heredia en 1822 y 23; complicado, como el poeta, en la de los *Soles y Rayos de Bolívar*, fué encarcelado, y trasladado después, por enfermedad a la residencia del teniente coronel Manuel de Molina, donde falleció en 4 de abril de 1824. Heredia no olvidó nunca a su compañero y amigo: además de consagrarle esta *Elegía*, lo había mencionado, con gran afecto y admiración en la composición *A Emilia*, y dedicó a su memoria la tragedia *Los últimos romanos*.

Por no existir, que sepamos, ninguna otra copia de esta composición que la publicada en *El Amigo del Pueblo*, que reproducimos, no hemos podido salvar algunas de las muchas erratas de que evidentemente adolece.

A BOLÍVAR

¡Libertador! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni a los tiranos,
Escucha su himno de loor que inspira
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios celestiales,
Y juzgue el Sér Supremo.

¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colón reveló? Bajo la saña
De la terrible España
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento vencedor del hado
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo
Sienten al fin la agitación inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió a Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afán el dulce fruto
Fatal superstición seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Más osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolación, insano
Amenaza y fulmina.

Pero Bolívar fué. Su heroico grito
 "Venganza, patria y libertad" aclama.
 Venezuela se inflama,
 Y trábese la lucha
 Ardua, larga, sangrienta,
 Que de gloria inmortal cubre a Bolívar
 En diez años de afán. La fama sola
 A la prosperidad los triunfos cuenta
 Que le vió presidir, cuando humillaba
 La feroz arrogancia,
 La pujanza española,
 Y su genio celebra y su constancia.
 Una vez y otra vez roto y vencido,
 De su patria, expelido,
 Peregrino en la tierra y Oceano,
 ¿Quién le vió desmayar? El infortunio
 Y la traición impía
 Se fatigaron por vencerle, en vano.
 Su genio inagotable
 Igualaba el revés a la victoria,
 Y le miró la historia
 Empapar en sudor, llenar de fama,
 Del Golfo Triste al Ecuador sereno,
 Del Orinoco inmenso a Tequendama.

¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
 Enumerar y celebrar podría
 Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
 Colombia independiente y soberana
 Es de tu gloria noble monumento.
 Del vil polvo a tu voz, robusta, fiera,
 De majestad ornada,
 Ella se alzó, como Minerva armada
 Del cerebro de Júpiter saliera.

Mas a tu ardor sublime
 No bastan ya de Araure y Carabobo,
 De Boyacá y de Quito los laureles.
 Libertad al Perú volar te ordena.
 La espada ardiente que tu mano esgrime,
 Rayo al poder de España,
 Brilla donde su saña
 A servidumbre o destrucción condena
 La familia del Sol, en cuyo templo
 Inexorable y fiera
 Alzaba ya la Inquisición su hoguera.

Entre guerra civil e iberas lanzas
 Aquel pueblo infeliz vacila triste,
 Cuando el poder dictatorial te viste,
 Y te manda "salvar sus esperanzas".
 La discordia feroz huye aterrada,
 El sumiso Perú tu genio adora,
 Y de venganza y libertad la aurora
 Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz a Sucre llena;
 Y un mundo por tu genio libertado
 En Ayacucho al fin ve destrozado
 El postrer eslabón de su cadena.
 Allí el ángel de América la vista
 Dilata por sus llanos
 Desde la nube umbrosa en que se asienta,
 Y con terror involuntario cuenta
 Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
 Mas eran los patriotas colombianos,
 Alumnos de Bolívar y la gloria;
 Tu generoso ardor los abrasaba,
 Y fué suyo el laurel de la victoria.
 Allí termina la inmortal campaña,
 Y al colombiano pabellón glorioso,
 Sangriento y polvoroso
 Cede y se humilla el pabellón de España.

¡Libertad a la patria de los Incas!
 ¡Libertad de Colón al hemisferio!
 ¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
 Las vírgenes preciadas,
 Libres del afrentoso cautiverio,
 Himnos de triunfo entonan a Bolívar.
 Los pueblos que feliz libra y aduna,
 Manco nuevo le llaman,
 Y con ardiente gratitud le aclaman
 El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuena su voz, y soberana
 Se alza Bolivia bella,
 Y añádese una estrella
 A la constelación americana.

¡Numen restaurador! ¡Qué gloria humana
 Puede igualar a tu sublime gloria?
 ¡Oh Bolívar divino!
 Tu nombre diamantino

Rechazará las olas con que el tiempo
 Sepulta de los reyes la memoria;
 Y de tu siglo al recorrer la historia
 Las razas venideras
 Con estupor profundo/
 Tu genio admirarán, tu ardor triunfante,
 Viéndote sostener, sublime Atlante,
 La independencia y libertad de un mundo.

¿Y tan brillante gloria
 Eclipsaráse al fin...? Letal sospecha
 En torno de tu frente revolando,
 Empaña su esplendor: yacen las leyes
 Indignamente holladas,
 Sin ser por ti vengadas.
 La patria y la virtud su estrago gimen:
 Triunfa la rebelión, se premia el crimen.

¡Libertador! ¡y callas...! ¿Cuándo insano
 Truena un rebelde, ocioso
 El rayo vengador yace en tu mano?
 ¿Y ciñes a un faccioso
 Tu espada en galardón...? A error tan triste
 Permite a mi dolor que corra un velo.
 Si patria no ha de haber, ¿por qué venciste?
 ¡Ay! los reyes dirán con burla impía
 Que tantos sacrificios fueron vanos,
 Y que sólo extirpaste a los tiranos
 Para ejercer por tí la tiranía.

Cual cometa serás, que en su carrera
 Por la atracción del Sol arrebatado,
 Se desliza en el éter, y abrasado
 Se pierde al fin en su perenne hoguera.
 ¿Contra la Libertad entronizada
 Por tu constante, generoso brío,
 Esgrimirás impío
 De Carabobo y de Junín la espada?
 Cuando tu gloria el Universo abarca,
 Libertador de esclavos a millones,
 Creador de tres naciones,
 ¿Te querrás abatir hasta monarca?

¡Vuelve los ojos...! A Iturbide mira
 Que de Padilla en la fatal arena
 Paga de su ambición la dura pena,
 Y como un malhechor sangriento expira;

Y pálido, deforme, le recibe
 El suelo que libró, que le adoraba,
 Y cívica apoteosis le guardaba
 En vez de vil, ignominiosa muerte.
 Más alta que la suya fué tu suerte,
 Muy más largo tu afán, mayor tu gloria.
 ¡A tu inmortal carrera
 Con lágrimas y sangre
 Un fin igual recordará la historia?
 Después que al orbe atónito dejaste
 Con tu sublime vuelo,
 Brillante Lucifer, ¿caerás del cielo?

Jamás impunemente
 Al pueblo soberano
 Pudo imponer un héroe ciudadano
 El sello del baldón sobre la frente.
 El pueblo se alza, y su voraz encono
 Sacrifica al tirano,
 Que halla infamia y sepulcro en vez de trono
 Así desvanecerse vió la tierra
 De Napoleón y de Agustín la gloria,
 Y prematura tumba los encierra,
 Y la baña con llanto la Victoria.
 ¡Hijo de Libertad privilegiado,
 No a su terrible majestad atentes,
 Ni a nuestro asombro y lástima presentes
 Un laurel fulminado...!

1827.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. IV, No. 1, 2 abril 1828, p. 24, 195 versos; con los siguientes versos intercalados en la segunda estrofa, entre los que dicen: "Fatal superstición seca y devora", y "De libertad sobre la infausta ruina":

El despotismo vuelve reanimado
 soplando muerte y guerra,
 Y Venezuela rinde el cuello fiero
 A la traición, al hierro del ibero,
 Y a la trémula tierra.

También apareció esta versión en *El Sol*, México, núm. 1764, 13 abril, 1828, ♦.

TRIUNFO DE LA PATRIA

Cuando en la etérea cumbre
De los eternos Andes se amontonan
Mil pavorosas nubes,
De yelo, fuego y destrucción preñadas,
Y con fúnebre cerco los coronan,
En negra sombra se oscurece el día,
Y gira en las llanuras aterradas
Triste, sordo rumor, nuncio de muerte.
Pero si el rayo fuerte
Estalla y rompe de la nube el seno,
La densa oscuridad rasga su velo,
La fiera tempestad huye bramando,
Y más puro brillando
Se ostenta el sol en el desierto cielo.

Así la torpe sedición que impía
A la gloria de Anáhuac insultaba,
Y fiera provocaba
A la guerra civil y horrendo estrago,
Despareció, cual humo, al solo amago
Del ínclito Guerrero.
La hidra feroz por él yace vencida;
Y la ley, afirmada
Al relucir su fulminante acero,
Brilla de nuevo lustre coronada.

¡Caudillo vencedor! Siempre la Patria
Idolo fué de tu alma generosa.
Su independenciam y libertad hermosa
Siempre a su culto vieron consagrados
Tu brazo y corazón. Cuando el Anáhuac
Vió al ibero triunfar, puso en tus manos
La centella feliz de sacro fuego
Que devoró por fin a los tiranos.

Hoy de furor anárquico lo libras.
 De la victoria espléndida el camino
 Mostrándote, la Patria te imploraba:
 De su estrella el fulgor te iluminaba:
 ¡Llegar, ver y vencer fué tu destino!

¡Goza tu pura gloria,
 De ciudadanos inmortal modelo,
 Predilecto de Anáhuac! Por doquiera
 De salvación el grito y de victoria
 Se oye sonar. El pueblo que salvaste
 Una vez y otra vez, levanta al cielo
 Con exaltado amor tu nombre y fama,
 Y de su libertad e independencia
 Inexpugnable paladión te aclama.

Tú, Victoria, también honor ganaste
 Sofocando la bárbara anarquía,
 Y la alta profecía
 De tu nombre fatídico llenaste.
 Osó la rebelión llamar flaqueza
 Tu alta moderación; pero tu mano
 Supo frenar sus ímpetus furiosos,
 Y presentaste noble a los facciosos
 La inalterable frente que al tirano.

¡Quién pudo resistir cuando a Guerrero
 Al campo del honor lanzó Victoria?
 ¡Columnas del Anáhuac! A vosotros
 De hoy más la patria fía
 Su alto destino, libertad y gloria.
 Sus enemigos con maldad impía
 Querrán soplar en vuestras nobles almas
 De la discordia el bárbaro veneno.
 ¡Su gozo no excitéis! Por siempre unidos
 Os mire Anáhuac y os admire el mundo,
 Y húndase la anarquía
 Del Averno en el antro más profundo.

¡Y tú, Bravo infeliz, ángel caído...!
 Mi canto dolorido
 No insultará tu inmensa desventura.
 Con sensible amargura
 Renueva la memoria
 Los timbres inmortales
 De tu antigua virtud y de tu gloria.

A pesar del laurel por el Anáhuac
 A tu frente gloriosa entretejido,
 Del rayo celestial te ves herido.
 En tu funesta suerte
 Alta lección a las facciones diste,
 Y también a los reyes.
 Contra el Anáhuac o sus santas leyes
 ¿Quién osará luchar, si tú caíste?

Enero 1828.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. III, No. 4, 23 enero 1828, p. 125-128. *Al triunfo de la patria*. Copia del Dr. M. G. Garófalo Mesa. Precedido de la siguiente nota:

Nuestro amigo el ciudadano Lic. José María Heredia, que diferentes veces ha honrado nuestras páginas con las brillantes producciones de su genio, nos ha remitido la siguiente composición que insertamos con placer.

El Correo de la Federación Mexicana, México, t. IV, No. 456, 31 enero 1828, p. 3-4. Copia del Dr. M. G. Garófalo Mesa. Con esta nota:

Insertamos copiada del *Amigo del Pueblo* la siguiente Oda de nuestro amigo el Lic. Dn. José María Heredia, grandiosa por su objeto, noble en su lenguaje y digna del todo de la bien conocida literatura de su autor.

En esta primera versión, que tiene 86 versos, las variantes más notables son, en la segunda estrofa:

Así la sedición abominable
 Que con audacia impía
 A la gloria de Anáhuac insultaba,
 Y fiera provocaba
 A la guerra civil, a inmenso estrago,
 Despareció cual humo al solo amago
 Del inmortal Guerrero.
 Por él la hidra feroz yace vencida,
 Y la ley afianzada,
 Con rayos se corona
 A la vívida lumbré de su espada.

Y en la tercera:

Quando el Anáhuac
 Vió al ibero triunfar, confió a tus manos
 La débil chispa del sagrado fuego
 Que devoró por fin a los tiranos.
 De odiado trono lo librate luego
 Y ahora fuerte lo salvas
 De la guerra civil, de la anarquía.
 De la victoria espléndida el camino, etc.

A LOS MEXICANOS, EN 1829

¡Por qué el tiempo en sus alas fugitivas
 Llevó el siglo dichoso
 En que abrasaba el pecho en llamas vivas
 El canto poderoso,
 Y a los míseros siervos alentaba
 El yugo a sacudir, y la alta frente
 Al vencedor sublime coronaba?
 ¡Tiempo feliz, en que al cantar de Alceo
 Turbábase el tirano,
 Y a los triunfos volaba el espartano,
 A la fulmínea voz del gran Tirteo!

Si piadoso el destino
 A mi labio prestara
 Una centella de su ardor divino,
 ¡Cómo, Anáhuac, tronara,
 Y contra tus eternos enemigos
 A devorante lid te levantara!

El tirano de España,
 Tras once años de lid roto y vencido,
 De su impotente saña
 En el delirio bárbaro y furores,
 Ordena que sus siervos a millares
 Dejen los patrios lares
 Para cubrir a México de horrores.
 "Id," les dice, "volad al rico suelo
 "Que Cortés y Callejas desolaron:
 "Sea la ferocidad que allí mostraron
 "Vuestro norte feliz, vuestro modelo!"

Al mortífero acento
 La vela sus esclavos dan al viento,
 Y al azaroso piélago se lanzan,
 Sin contemplar su inevitable suerte.

¡Insensatos! ¿dó vais? Mirad la muerte
 Que en las costas de Anáhuac asentada
 Tiende su mano pálida, y erguida
 Con placer infernal suyos os nombra.
 Vuestra invasión no asombra
 A los libres de México. ¡Miradlos!
 En ira santa palpitando el pecho
 Os aguardan, y más que la existencia
 Estiman denodados
 Su libertad, honor e independencia.

¡A las armas, Anáhuac! y de guerra
 El grito suene salvador, sublime,
 Y el patrio fuego por doquier anime,
 Y de acero y furor vista la tierra.
 ¡A lidiar! ¡a vencer! De sangre ibera
 Sediento el suelo está: su ardor saciemos,
 Y en despojos sangrientos de tiranos
 Perenne trono a Libertad fundemos.
 ¡Muerte, baldón al que la lid rehusare,
 Y prefiriendo a Libertad el yugo,
 La patria y el honor menospreciare!

¡Nó! Jamás dejaremos
 Que de la Independencia en la ruína,
 Con funesta victoria
 Hunda un tirano el porvenir de gloria
 Que grato Dios a nuestro afán destina!
 ¡Jamás a la alta mente
 Servidumbre fatal frene su vuelo,
 Y audaz nos vede levantar la frente,
 Y dirigirla sin rubor al cielo!
 ¡Antes muramos que su indigna planta
 Conculque las cenizas
 De doscientos mil mártires...! ¡Oídllos!
 ¡No escucháis cómo claman
 Desde sus tumbas con terrible grito,
 Y a lid y gloria y libertad nos llaman?

“¡Mexicanos, alzad! No divididos
 “Por odio vergonzoso
 “En peligro pongáis el don precioso
 “Que con mano sangrienta os ofrecimos,
 “Y por cuya conquista en mil combates
 “Al seno de la muerte descendimos.
 “¿Hoy a nuestros verdugos

“Dejaréis que derriben de la Patria
 “El sacrosanto altar, su altar querido,
 “Sobre nuestros cadáveres alzado,
 “En tanta sangre y lágrimas bañado,
 “Con tantos sacrificios adquirido?
 “¡Nó! circundadlo en torno,
 “El juramento espléndido, sublime,
 “De vivir libres, o morir con gloria
 “Truene doquier, y en letras de diamante
 “En el ara esculpíd, ¡Oh, mexicanos!:
 “¡Rencor eterno, muerte a los tiranos!”

¡A los tiranos muerte...! ¡Yo lo juro,
 Sombras augustas! Mi alma enajenada
 Cede al Dios que me inspira
 Dejar la grave toga y blanda lira
 Para esgrimir la vengadora espada.
 ¡A lidiar! ¡A vencer! ¡Con brazo fuerte,
 Presto en el Oceano
 Hundamos para siempre los pendones,
 Nuncios infaustos de opresión y muerte,
 Y al Anáhuac respeten las naciones!
 El clamor lamentable,
 De la española rota el mar pasando,
 A Cuba llegue; su cadena impía
 Destroce al fin el águila triunfante,
 Y sus alas soberbias agitando,
 Hasta en el trono espante
 Al opresor de Iberia. En sus altares
 A Libertad afirme la Victoria
 Y de México aplaudan a la gloria
 Del norte y sur los apartados mares.

Julio 1829.
 Ed. 1832.

Fué inspirada esta poesía por la expedición española contra la República Mexicana, con fines de reconquista monárquica, que salió de La Habana hacia Tampico en 5 de julio de 1829, al mando del brigadier Isidro Barradas, y cuyos componentes capitularon en 11 de septiembre del mismo año, vencidos por el general López de Santa Anna, entonces gobernador de Veracruz, y más tarde presidente y dictador de México.

DESENGAÑOS

Cana mi frente está, mas no por años,
Que veinte y seis abriles aún no cuento;
Cana mi frente está, no por espanto,
Que no temí jamás. ¡Ay! el tormento
De ansiar un bien ideal, que de mí ha huído
Cual vana sombra; el ponzoñoso encanto
Del falso amor, y su ilusión perdida
Mi tierno corazón han desecado,
Y, como duro eierzo, han devorado
La dulce primavera de mi vida.

Joven lleno de ardor, yo recorría
Con grave afán y meditar profundo
Las maravillas del visible mundo,
La estrellada región de la Poesía.
Osé bajar a la profunda fuente
De la verdad, y reflejó en mi mente
Su santidad y cándida hermosura.
Por premio a tanto afán, la tumba oscura
Me devoraba en flor, dudosa fama
Dejándome esperar en lo futuro.
Contra envidia y calumnia mal seguro,
Sentí apagar de mi ambición la llama,
Y con profunda ira
Cerré mis libros, y quebré mi lira.

De mi oprimida patria los clamores
Turbaron mi quietud. Entre las manos
La vi gemir de un pueblo de tiranos,
Y devorar del yugo los horrores.
Ardió mi sangre, y exaltado, fiero,
Juré su libertad, y otros conmigo,
Y vi temblar al déspota severo,
Y tenderme falaz mano de amigo,
Dándome parte en el poder: rehuséla:
Quise, más que opresor, ser oprimido;
Y osando sacudir la vil cadena,
De noble orgullo y esperanza henchido,
Lancéme audaz a la terrible arena.

“Cubanos”, dije, “¿en servidumbre impura
 El yugo sufriréis por siempre yertos?
 ¿Sólo entre cataratas y desiertos
 Producir pudo un Wáshington Natura?
 A la lucha terrible que preveo
 La espada y pecho apercibid, cubanos:
 Mostrad aliento digno de espartanos,
 Y en mí tendréis al vengador Tirteo.
 La agonizante patria gime triste,
 Y no la salvarán clamores vanos:
 ¡Cuando amagan y truenan los tiranos,
 En hierro y sangre la salud consiste!”

De mi patria los ojos un momento
 Atraje sobre mí... ¡Delirio insano!
 Presa mirónos del feroz tirano,
 Sin sacudir su torpe abatimiento;
 Y en medio de una hueste conjurada,
 No se nos dió ni desnudar la espada.
 Mis compatriotas nuestra ruina vieron
 Sin gozo, indignación, ni pesadumbre,
 Y en la vil servidumbre
 Con más profunda ceguedad se hundieron.

El suplicio que fiero me amagaba
 Pude evitar, y en extranjero cielo
 Sentí apagar el generoso anhelo
 Que tan indigna ingratitude pagaba.
 De la vana ambición desengañado,
 Ya para siempre abjuro
 El oropel costoso de la gloria,
 Y prefiero vivir simple, olvidado,
 De fama y crimen y furor seguro.
 De mi azarosa vida la novela
 Termina en brazos de mi dulce esposa,
 Y de mi hija la risa deliciosa
 Del afán ya pasado me consuela.

1829.

Ed. 1832.

En el Museo Nacional de La Habana, y con el No. 2, 276, existe una copia de esta poesía, en autógrafo de Heredia, y en todo semejante a esta versión de 1832.

**A LA CANTATA HEROICA
DEL C. FRANCISCO ORTEGA**

¿Es la lira de Píndaro valiente
La que en mi oído atónito resuena,
Y a cuyo son sublime, que enajena,
Las glorias canta de la griega gente?

Es del patriota Ortega el plectro ardiente
Que con himnos de triunfo el aire llena:
A su voz brama el mar, el bronce truena,
Y el combate inmortal se ve patente.

Miscelánea, primera
época, Tlalpam, t. II,
núm. 5, enero 1830.
Copia del archivo de
E. Larrondo.

Versos publicados al final de un juicio crítico de Heredia
sobre esa composición.

A UN AMIGO, DESTERRADO POR OPINIONES POLÍTICAS

Si la Musa que altiva me inspira
Nunca supo adular a tiranos,
De la lira que tiembla en mis manos
Hoy preside a la noble canción.

De un ilustre infortunio pretendo
Mitigar la gloriosa amargura:
De amistad opondré la voz pura
Al rugir de tirana facción.

¡Caro Albano! Mi pecho afligido
El adiós te dirige postrero:
Del cariño más firme y sincero
Es mi canto la prenda final.

Pero no: si la Patria te mira
Por injusto poder abrumado,
Noble esquife, en la playa varado,
Volverás con el flujo a flotar.

En la guerra civil nos ha sido
La gran causa común, y la suerte,
Y los hierros, la lid y la muerte
Arrostramos con cívico ardor.

¡Libertad la terrible metralla
Aumentaba con rotas cadenas...!
¡Horas arduas, ardientes, y llenas
De peligros y ciego furor!

De ese pueblo ignorante y opreso
Aliviar la miseria quisiste,
Y a su causa infeliz ofreciste
Tu elocuencia, tu genio y valor.

¡Ay! ¡en vano! Tus nobles afanes
Burla ya la feroz tiranía:
Al destierro sañuda te envía,
Y alevosa mancilla tu honor.

¡Parte, parte! Del norte en los climas
Libertad un asilo te ofrece:
En su seno divino merece
Ocultarse tu noble revés.

De igualdad bajo el manto tranquilo
Allí reina la paz en los pechos,
Y del hombre los santos derechos
Sólo a Dios reconocen por juez.

Parte, Albano, a sus playas felices,
Y conserva con alta esperanza
A la Patria, que débil te lanza,
Tu elocuencia y tu fiel corazón.

Siempre fueron los pùeblos ingratos
Cuando ensayan las duras cadenas,
Y frenéticas Roma y Atenas
Inmolaron a Bruto y Foción.

1830. Créese de marzo.

Ed. 1832.

Albano es el general Lorenzo Zabala, prominente político mexicano, gran amigo de Heredia, quien tomó parte muy importante en las grandes conmociones políticas que agitaron a aquel país especialmente en 1828 y 1829, y que, después de haber ocupado los altos cargos de Gobernador del Estado de México bajo la presidencia del general Victoria, y de Ministro de Hacienda en 1829, bajo la presidencia del general Guerrero, se vió obligado a huir a los Estados Unidos en marzo de 1830, cuando ocupaba la presidencia Anastasio Bustamante. También fué desterrado entonces el diputado Anastasio Zerezero, amigo de la adolescencia de Heredia, quien le dedicó una oda que figura en sus *Obras Poéticas*.

AL C. ANDRÉS QUINTANA ROO,

**POR HABER RECLAMADO [CONTRA] LA EXPULSIÓN ARBITRARIA
DEL GENERAL PEDRAZA.**

Fué tiempo en que la docta Poesía
De independencia y de poder armada,
Al moral universo presidía.
Las hijas inmortales de Memoria
En inflexible tribunal juzgaban,
Y a los héroes y dioses dispensaban
Indeleble baldón, o eterna gloria.
A ministerio tan sublime y puro
Prestaba grato su favor el Cielo,
Y ante los vates desgarraba el velo
A la incierta región de lo futuro.
Mas hoy la adulación su canto inspira,
Al sórdido interés atienden sólo,
Y a su boca venal airado Apolo
El don de los oráculos retira.

¡No empero yo! Si de mi voz el eco
Yace olvidado en nulidad profunda,
De la lisonja inmunda
Jamás a la opresión quemé el incienso,
Y limpio el corazón, puras las manos,
Oso decir que “de mi libre Musa
Jamás el eco adormeció a tiranos”.
Recibe, pues, el himno de alabanza
Que parte de mi lira,
Y generosa admiración me inspira.

Cuando del hombre libre los derechos
Arrolla la opresión entronizada,
Y la calumnia y delación armada
Siembran espanto en los confusos pechos;

Cuando jueces cobardes prostituyen
 De Temis la balanza envilecida
 Ante el gesto homicida
 Del audaz opresor, y los senados
 Enmudecen, o bárbaros oprimen;
 Cuando por el terror domina el crimen,
 Tan sólo tú, sus iras arrostrando,
 Das al Anáhuac el sublime ejemplo
 De la virtud augusta
 Con la opresión despótica luchando.
 Del altivo tirano la insolencia
 Con noble aliento desdeñar osaste,
 Y a su sangrienta elevación lanzaste
 El rayo vengador de tu elocuencia.
 Así el sublime Tulio,
 De Roma en el atónito senado,
 Envuelto casi en próxima ruína,
 Constante y denodado
 El furor fulminó de Catilina.
 Así en los campos del undoso Egipto
 Por el Nilo inundados,
 Majestosa pirámide se eleva,
 Y a las ondas hirvientes superando,
 Su noble frente hasta las nubes lleva.

Prosigue, Andrés, tu generoso empeño,
 Y humillando a tiranos y facciones,
 Haz ver a las naciones
 Que hay virtud en Anáhuac. Vano el ceño
 Será del opresor, y su caída
 Terminará sus bárbaros furores.
 Prosigue, pues, tu espléndida carrera,
 El himno escucha que mi voz te entona,
 Y de encina y laurel noble corona
 Ciña tu frente pálida y severa.

Diciembre 1830.
 Ed. 1832.

Esta composición aparece copiada por el poeta en el pliego 32 del libro *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, de la Biblioteca Nacional. El texto de esta copia presenta dos ligeras variantes en relación con el de 1832, y carece de los cuatro versos finales.

Esta poesía es la que figura en último término entre las poesías patrióticas de Heredia en la edición de 1832, aunque en esta compilación, para seguir con más exactitud el orden cronológico, hemos colocado después *Al genio de Libertad* y *Libertad* que también aparecen en aquélla. Pero debemos recordar que no se hallaban dichas poesías en los ejemplares de esta edición que circularon en aquella época en Cuba, salvo en cinco ejemplares en que fueron agregadas para sus familiares e íntimos. Sobre ello decía Heredia en carta a su madre, de Toluca, noviembre 16 de 1834:

Supuesto que por ahora no he de ir a ésa, voy a remitir a Veracruz un cajón de poesías en papel para que los envíen a Sumd. bajo la consignación de D. José Mitchel. Para que no haya dificultad en su venta, sólo va hasta el pliego 8º inclusive del tomo 2º, suprimidas las patrióticas, y para que no salga tan delgado el tomo, va en un pliego suelto un Apéndice, que contiene el poema de la Inmortalidad, que deberá ponerse al fin. También van cinco ejemplares de mis lecciones de Historia en cuatro tomos, y entre los cuadernos del segundo tomo de las poesías van mezclados otros cinco ejemplares de poesías patrióticas para completar cinco juegos de toda la obra, que deberán sacarse en casa, registrando los cuadernos. Estos ejemplares completos son uno para Ignacia, otro para Domingo Delmonte, otro para ... a Pepé Alfonso, otro para Ignacio, y el último para ...

En diciembre 6 de 1835 decía a su hermana predilecta:

Amadísima Ignacia: mucho celebró que te gusten tanto las poesías, a lo que más que su mérito contribuye sin duda el cariño que me profesas. Dime la distribución que se hizo de los ejemplares completos, y si dejaron sin el suyo a mi pobre Pepilla Arango, de quien nunca me acuerdo sin ternura, a pesar de la injusta prevención que aun parece conservar Mamá contra ella y sus padres.

Y en diciembre 22 del mismo año:

Sobre lo que me dices de las poesías, cree que yo también habría querido que todos los ejemplares fuesen completos; pero habría sido un crimen haber expuesto así a mi mamá a una tropelia de ese capitán general, [Miguel Tacón] según lo que oigo de su carácter.

AL GENIO DE LIBERTAD

¡Genio de Libertad, mi voz te implora!
En todo clima tu fogoso aliento
Esparció vida y luz, salud y gloria.
Por tí, clamor inmenso de victoria
Estremeció de Maratón los ecos,
Para terror del déspota vencido.
En Roma libre, de funesto olvido
Preservaste los nombres inmortales
De Bruto, Cincinato, el gran Camilo,
Y de otros mil, cuya sublime frente
Coronó tu laurel. Su vasto foro
Con el aplauso resonar se oía
De un pueblo altivo, generoso y fuerte,
Que incienso a tus altares ofrecía.
En los montes helvéticos lidiaste
Con el arco de Tell, y allí fundaste
A la simple virtud perenne templo.
Al septentrión de América elegiste
Luego por tu mansión: el noble pecho
Inflamaste de Washington divino,
Y presidiste a su inmortal destino,
Y consagraste su sencillo techo.

Después el galo insano y furibundo
Te quiso colocar entre sus lares:
Mas te erigió cadalsos por altares
Y facciosos te dió por sacerdotes,
Que fueron duros, bárbaros; mas dieron
Ejemplo memorable a las naciones,
Y en la ruina de antiguas opiniones
Monumento perenne te erigieron.

¡Genio de Libertad! cuando con Riego
La noble frente en Gades elevaste,
¿Cómo en el porvenir no conjuraste
La cruel desolación que vino luego...?

Por fin al sur de América volando,
De los sublimes Andes en la cumbre
Que dora el sol con su perpetua lumbre,
Tu bandera divina tremolando,
Llamaste a libertad un hemisferio,
Que tras lucha gloriosa y dilatada
Feliz destruye el español imperio.

¡Genio de Libertad! desde mi cuna
A los tiranos fieros me inspirabas
Generosa aversión: tú me llenabas
De inexplicable, de sublime gozo
Cuando sentado en la agitada popa,
Vi a mi bajel, del viento arrebatado,
Romper con furia las turbadas olas
Del irritado mar, y por sus campos
Leve volar, cual despedida flecha.
Por ti, genio inmortal, por ti me agrada
Clavar la vista al sol, y ansiosamente
Beber su inmensa luz. Mi voz te implora;
El ruego escucha del que fiel te adora...
Ven, desciende al Anáhuac agitado
Por el tumulto atroz de las facciones,
Y su furor sangriento sofocado,
Respiren los humanos corazones.
¿O tan sólo serás perturbadora,
Fantástica ilusión? No: yo te miro
De Iztaccíhuac bellísimo asentado
En las etéreas cumbres, revestido
Con alta majestad. Bella, impalpable,
Como el arco de Dios entre las nubes,
Allá vislumbra la visión gloriosa.

1831.

Ed. 1832.

El Conservador, Toluca, t. I, No. 4, 22 junio 1831, p. 30-32.
Con la firma *Heredia*, y sólo ligeras variantes de estilo. Hemos
podido confrontar esta versión en el tomo de *El Conservador* exis-
tente en el Museo Nacional, de La Habana.

Esta poesía aparece, sin título, en el pliego 32 del volumen
Manuscritos de José María Heredia. Poesías, existente en la Bi-
blioteca Nacional, en copia que por la índole de las correcciones,

tachaduras, etc., que presenta, parece ser el borrador primitivo, trazado por Heredia. En ella, la primera estrofa dice:

Genio de Libertad, mi voz te implora!
 En todos climas tu invencible aliento
 Esparció vida y luz, salud y gloria.
 Por tí, con grito inmenso de victoria
 De Maratón los ecos resonaron,
 Con espanto del déspota vencido.
 Después en Roma, de funesto olvido
 Preservaste los nombres inmortales
 De Bruto, Cincinato y de Camilo,
 Y de otros mil, cuya sublime frente
 Adornó tu laurel. El ancho foro
 Con el aplauso resonar se oía
 De un pueblo libre, generoso y fuerte
 Que incienso en tus altares ofrecía.
 En los montes de Helvecia fulminaste
 En el arco de Tell, y allí fundaste
 Con la simple virtud perenne templo.
 Al septentrión de América elegiste
 Luego por tu mansión: el noble pecho
 Inspiraste de Wáshington divino,
 Y presidiste a su inmortal destino
 Y consagraste su sencillo techo.

Pero vemos que en dicha estrofa hay dos enmiendas, pues primero decía: "Con vasto aplauso resonar se oía", y "Y consagraste su modesto techo". He aquí las otras variantes:

Tercera estrofa, 2º verso: "La noble frente en Gades levantaste"; 5º: "Después al sur de América volando"; 7º: "Que baña el sol con su perpetua lumbre"; 10º y 11º:

Que tras lucha sangrienta
 Destruye al fin el español imperio.

Cuarta estrofa, verso 4º: "De inexplicable y de sublime gozo". Y he aquí los versos 18º y siguientes, en que señalamos con cursiva las palabras tachadas por Heredia:

Por ventura
 O tan sólo serás perturbadora
Fantástica visión? Te asientas de los altos Andes
 Fantástica ilusión? No, yo te miro
 Del *nevado* Iztaccihual bellísimo, asentado
 En las etéreas cumbres, revestido
 Con *noble* alta majestad. Bella, etc.

La versión de *El Conservador*, en que aparecen algunas, muy pocas, variantes iguales a la del manuscrito, parece ser la intermedia entre la primitiva y la definitiva de 1832.

LIBERTAD

Cuando el Criador con gigantesca mano
 Sobre sus ejes a la tierra puso,
 ¿Tal vez formar al hombre se propuso
 Siervo cobarde o criminal tirano?
 ¿Enseñóle a doblar la vil rodilla?
 No: el que oprime feroz y el que se humilla,
 Del modelo inmortal se han separado.
 El hombre vió la luz altivo y bello,
 De Libertad con el augusto sello
 Sobre su frente varonil grabado.
 Después, hollando su feliz decoro,
 La infame tiranía
 Le osó pesar en su balanza impía
 Con la plata insensible y con el oro.

¿Y por siempre serás, hombre oprimido,
 Un lunar en la frente de Natura?
 ¿Jamás la guerra impura
 Plegará su estandarte sanguinoso,
 Nuncio de asolación y horror profundo?
 ¿Nunca los hombres vivirán hermanos?
 ¿Los crímenes ¡oh Dios! y los tiranos
 han de durar mientras que dure el mundo?

No, fieros opresores; vanamente
 Queréis ver quebrantado
 El gran resorte de la humana mente.
 ¿Podéis adormecer el viento alado,
 O de los astros enfrenar el vuelo,
 O encadenar la furia de Oceano?
 Pues el ingenio humano
 Es fuerte como el mar y el viento y cielo.

Profética esperanza me asegura
Que han de salir mil genios de la nada
A inundar a la tierra despertada
En luz intelectual, celeste y pura.
¡Un nuevo sol dominará la esfera,
Y el incendio que vibre
Destruirá la opresión y los errores,
Prodigando sus rayos bienhechores
Al siervo libertad, virtud al libre!

Ed. 1832.

Manuscritos de José María Heredia. Poesías. Con la mención *Poesías inéditas*, sobre el título. El texto es igual al de 1832, pero sólo llega hasta el verso: "Plegará su estandarte sanguinoso". Aparece en el pliego 16 de ese volumen de la Biblioteca Nacional.

EL AMOLADOR

Intentó un amolador
Concluir su piedra en un día
Y conseguirlo quería
Aguzando un azador.
Poco la piedra menguara;
Mas constante en su querer,
Llegó a ver como alfiler
El azador que aguzara.
Como ignorante atrevido,
Pronunció muy enfadado:
“La piedra se está en su estado,
Y al azador se ha comido.
Mi locura es bien visible,
Y aunque tarde, me arrepiento;
Sírvale esto de escarmiento
A quien quiera un imposible.”
La piedra sois, federales:
Canalizo, el azador.
El clero, el amolador:
¿Y qué consiguen los reales?
Muerte, afrenta y deshonor.

El Fénix de la Libertad,
México, No. 127, 5 diciembre
1833. Copia pertene-
ciente a F. González del
Valle.

Con la mención: De *El Zapoteco*.

AL C. ANDRÉS QUINTANA ROO

[SEGUNDA EPÍSTOLA]

¿Por qué despiertas, caro Andrés, ahora
 La voz del canto en mi abatido pecho?
 Huyeron ¡ay! a no volver, los días
 En que benigna la celeste Musa
 Férvida inspiración me prodigaba
 Para cantar amores inocentes,
 O del saber y Libertad las glorias.
 En los campos bellísimos de Cuba,
 Entre sus cocoteros y sus palmas,
 Yace muda tal vez la ebúrnea lira
 Que allí pulsó mi juventud fogosa.

Mas tú lo quieres, y aunque torpe, frío,
 Mi labio cantará; que en lazo puro
 Ligónos amistad inalterable
 Cuando la usurpación tronaba fiera,
 Apoyada en el hierro y los delitos.
 Los dos entonces combatirla osamos,
 Con fuerza desigual; y por tu acénte
 Noble inspirado, resonó en mi lira
 Himno de honor a tu proscripta gloria.

En tanto decemviros inhumanos,
 Apóstoles de error y tiranía,
 Viles fundaban infernal imperio
 En calumnia, traición y asesinato,
 De reinar instrumentos. Ya los vimos
 Adquirir en contrato ignominioso
 La cabeza de un héroe. Sus verdugos
 A lentos tribunales remplazaron,
 Y el despotismo bárbaro a las leyes.
 Corrió la sangre. Desplegó sedienta
 La delación sus ominosas alas,
 Y provocó, para notar traidora,
 De las víctimas tristes el despecho,
 Las querellas, el llanto, los suspiros.

Colmóse aqúeste cáliz, y del crimen
 Vengador, aunque lento, inevitable,
 Tronó por fin el indignado Cielo.
 El hijo de Mavorte y la Fortuna,
 Que en la margen del Pánuco gloriosa
 Al ibero invasor hizo poco antes
 Morder muriendo la salobre arena,
 De Libertad el estandarte sacro
 A los aires desplega. Ya vencido,
 Ya vencedor, combate doce lunas,
 Del pueblo capitán. Sangre a torrentes
 Ricga de Anáhuac los feraces campos,
 Hasta que de su base desquiciada
 La colosal usurpación impía
 Con fragoroso estrépito desciende.

Entonces nuestras almas abatidas
 Iluminó benéfica esperanza,
 Como entre nubes en oriente ríe,
 Precursora del Sol, cándida estrella.
 ¡Lo recuerdas, Andrés? Tú me excitabas
 A celebrar el venturoso día;
 Y aun el mismo adalid en tus hogares,
 De admiración universal objeto,
 Para colmar el cáliz de fortuna,
 Pidió a mi lira de victoria el canto.
 Y yo también, alucinado entonces,
 Quise cantar; mas la rebelde Musa,
 Présaga fiel de males venideros,
 Prestar no quiso inspiración al labio.

Por todas partes proclamar se oía
 De la razón el adorable imperio.
 ¡Fútil, vana ilusión! El despotismo,
 Aunque menos feroz y sanguinario,
 Volvió a tender su abominable cetro,
 Confundiendo a culpados e inocentes
 En ostracismos bárbaros. Furiosa
 Tronó doquier la pérfida venganza;
 Organizóse destructor sistema
 De expoliación y de rapiña infame,
 Y holláronse del hombre los derechos.

Empero el mismo jefe, cuyo brazo
 De los tiranos fulminó la furia,
 Impuso dique al popular torrente,
 Prometiéndonos régimen estable

De paz, concordia, libertad y leyes.
Mas luego audaz en dictador se erige,
Cuando falaz impúdica lisonja
De Wáshington glorioso le apropiaba
La pura, noble, celestial grandeza.
Perturbador eterno de su patria,
Ciego campeón de la virtud o el crimen
Por ansia de mandar, feliz soldado
Sin genio ni virtud, nunca su pecho
Del patriotismo iluminó la llama.
Imprudente, ligero, voluptuoso,
De insaciable codicia devorado,
Adorador no más de la fortuna,
Pérfido, ingrato, débil, sostenido
En ardua cumbre de poder supremo
Por odio universal, que menosprecia,
Es enigma profundo, pavoroso.
¿Será posible que en la muda noche
No turbe su descanso la presencia
De quince mil espectros inmolados
Por él a Libertad, y que le piden
Cuenta espantosa de su sangre...! En vano
La despreciable adulación inciensa
Sus yerros y delitos. En la historia
El brillará, pero con luz umbría,
Cual infausto mortífero cometa,
Y su musa imparcial darále asiento
Entre Mario tal vez y Catilina.

Ante su torvo ceño se desploman
Los templos de Minerva, y los remplaza
Una torpe decrépita estructura,
Depósito caduco, monumento
De diez siglos de error, en cuyas torres
Vuela insultando a la razón humana,
Del goticismo bárbaro la enseña.
Legisladores sin misión, vendidos
A servidumbre débil y afrentosa,
Atropellan frenéticos la santa
Majestad inviolable de las leyes,
Para erigir el execrando solio
Donde al saber y libertad proscriban,
En insolente alianza coligados,
La profanada cruz y el hierro impío.

El bien común y las sagradas leyes
 A la ambición sacerdotal se inmolan.
 El insano expirante fanatismo,
 Rugiendo ante la luz, ya reanimado
 Vuelve a tronar, y estúpido reclama
 La esclavitud del pensamiento humano,
 El duro potro y la voraz hoguera.

¿Y el opulento Anáhuac, para siempre
 Será ludibrio y compasión del Orbe?
 Después que con esfuerzo generoso,
 Y torrentes de lágrimas y sangre
 Destrozó del ibero el torpe yugo,
 ¿Habrá de ser irremediable presa
 De vil superstición y tiranía,
 O anárquico furor...? —Desesperado,
 Como el sublime historiador de Roma, (1)
 Tal vez me inclino a blasfemar, y pienso
 Que cual nave sin brújula ni carta
 En fiero mar sin fondo y sin orillas,
 El hombre vaga, y que inflexible, sorda,
 Ciega fatalidad preside al mundo.

¡Sagrada Libertad, augusta diosa,
 Del Cielo primogénita, del Orbe
 Decoro, gloria, bendición! mi pecho
 Te idolatró desde la simple infancia.
 Por tí supe luchar con los tiranos,
 Adolescente aún, y fiel contigo
 Me desterré de mi oprimida patria.
 Legislador, en turbulento caos,
 Fortuna seductora me brindaba
 La omnipotencia bárbara del crimen.
 Mas yo rehuséla: con aliento inútil
 Defendí tus derechos, y constante,
 De la silla curul bajé gozoso,
 Por no violar tus sacrosantas leyes.
 A pesar de los crímenes y males
 A que inocente de pretexto sirves,
 Yo te idolatro. Pasan los delitos,
 Y en tí mi fe subsiste inalterable.
 La Demagogia furibunda brama,
 Profanando tu nombre, cual calumnian
 Superstición y fanatismo al Cielo.

Mas a tiranos viles y facciosos
Devora el tiempo audaz, y tú, serena,
Sobre sus tumbas inmortal sonríes.

Perdona, Andrés, si tétrica mi Musa,
En vez de afectos plácidos, te envía
De nuestros tiempos el horrible cuadro.
Huyamos este suelo delicioso,
Que, de celeste maldición objeto,
Es ¡ay! al genio, a la virtud infausto.
La industria de los hombres, la rudeza
Puede vencer de inhospitales climas,
No de inmoralidad y de ignorancia.
El pavoroso destructor imperio.
En las rocas helvéticas y nieves,
Y en el vecino septentrión helado,
Cubren, fecundan a felices pueblos
De Libertad las alas protectoras.
Allí volar anhelo: las orillas
Del Delaware, del Hudson o el Patapsco
Asilo me darán, seguro puerto,
Do lejos de tiranos y facciosos,
Bajo el imperio de las leyes, viva
Feliz, tranquilo, ni señor, ni esclavo.

Toluca, 1o. mayo 1835.
Cuaderno manuscrito de
copias de poesías de He-
redia que perteneció al
archivo de J. A. Escoto.

El Herald, México, 14 enero 1858, p. 2.

El Renacimiento, México, 10 julio, 1869.

En esta mención y en la correspondiente a la poesía que sigue, *El Once de Mayo*, nos hemos apartado de nuestra regla de no citar las publicaciones de poesías de Heredia hechas después de su muerte, porque en ambos casos, a pesar de haber transecurrido muchos años después de 1839, aparecieron con la mención de *Inédita*, y es casi seguro que no se publicaran cuando Heredia las escribió, por contener los más enérgicos apóstrofes contra el general Santa Anna, cuyo gobierno dictatorial tiranizaba a México en aquella época. Sólo sabemos que se haya publicado después en Cuba la segunda

poesía *Al C. Andrés Quintana Roo en Cuba Contemporánea*, t. III, No. 2, octubre 1913, p. 139-150, donde se reprodujeron las dos versiones: la de *El Heraldó* y la de *El Renacimiento*.

La versión de *El Heraldó* es muy defectuosa; contiene numerosos errores subsanados en la de *El Renacimiento*, y que no existen tampoco en la copia manuscrita que hemos reproducido. Entre ésta y la versión de *El Renacimiento*, aparte de otras ligerísimas variantes, en vez de:

y estúpido reclama
La esclavitud del pensamiento humano,
El duro potro y la voraz hoguera.

dice:

y estúpidos reprimen
La libertad del pensamiento humano,
El duro potro y la voraz hoguera.

Y en vez de:

Del Delaware, del Hudson o el Patapsco,

dice:

Del Delaware, del Hudson o el Potómac.

Tanto en el cuaderno manuscrito como en la versión publicada en *El Heraldó* aparece esta nota del autor:

(1) Sed mihi hoc at talia audienti, in incerto iudicium est, fatone res mortalium, et necessitate inmutabile, aro forte volvantur. Tacito, *Anales*, Lib. VI, 22.

EL ONCE DE MAYO

¿Escucháis?... De trompeta sonora
A esta parte retumba el acento,
Y en las alas del rápido viento
Le responde lejano clarín.
De caballos e infantes la marcha
Estremece la mísera tierra,
Y entre bárbaro grito de guerra
Todos ansian laurel y botín.

¿A chocar ambas huestes caminan:
Una y otra rugiendo amenaza:
El acero al acero rechaza,
Y la muerte se acerca veloz.
Se aproximan... se mezclan. En ambas
Desparece fugaz el terreno,
Cada cual del contrario en el seno
Clava y hunde la espada feroz.

¡Cielo! ¿cuál de las haces que luchan
Invadió nuestro suelo sagrado?
¿Cuál, decid, generosa ha jurado
A la patria salvar, o morir?
¿Extranjera cuál es?... ¡Ah! ¡ninguna!
De la santa piedad en ultraje,
Un origen, un culto, un lenguaje,
Una ley no las pueden unir.

Y ¿cuál ¡ay! fratricida su brazo
Levantó sobre el otro primero?
¿Del combate sacrílego, fiero,
El motivo execrando cuál es?
¡Nadie sabe!... A morir, a dar muerte,
Todos ¡ay! sin rencor han venido,
Y vendidos a un jefe vendido,
Se degüellan, e ignoran por qué.

¿No tendrán esos tristes guerreros
 Hijas, madres, hermanas o esposas?
 ¿Pues por qué furibundas, llorosas,
 No los vienen del campo a sacar?
 ¿Por qué callan de Dios los ministros?
 ¿Cómo apáticos, mudos, los viejos,
 Con humanos, prudentes consejos
 No refrenan ardor tan fatal?

¡Veteranos! en sangre del pueblo
 No empapéis vuestras manos furiosas:
 Reservad esas armas gloriosas
 A librarlo de vil opresión.
 No incurráis en atroz fratricidio
 Por un jefe cual pérfido, ingrato:
 Al vil trono que sueña insensato
 No sirváis de sangriento escalón.

¡Ay! de cuerpos la tierra se cubre,
 La llanura, de sangre es un lago,
 Y entre muerte, lamentos y estrago,
 Crece el grito, redobla el furor.
 Una hueste vacila, se rompe,
 Sucumbiendo a la suerte severa,
 Y en el vulgo, que ya desespera,
 De la vida renace el amor.

Ved cual huyen dispersos en torno,
 Como aristas que el viento atropella...
 Mas en vano... Los sigue y degüella
 De reserva la hueste fatal.
 El cobarde infeliz fugitivo,
 Cuando piensa escapar de la lucha,
 A su espalda frenético escucha
 Al caballo enemigo bufar.

Goza en tanto el imbécil caudillo,
 Embriagado en su mísera gloria,
 Y tremendo clamor de victoria
 Del que muere sofoca el gemir.
 Aún asordan el campo confuso
 Los aplausos funestos de Marte,
 Y del bárbaro triunfo a dar parte
 Mensajero se advierte salir.

Dondequier se detiene un instante,
 Mil curiosos en torno se juntan,
 Y con fútil anhelo preguntan:
 “¿Qué agradables anuncios traerá?”
 ¿De do viene sabéis, infelices,
 Y ventura esperáis inhumanos?
 Que asesinan hermanos a hermanos,
 Es la horrenda noticia que da.

¡Ah! de luto cubrámonos todos...
 Mas ¡oh mengua! ¡oh baldón! ¡oh delitos!
 Doquier suenan de júbilo gritos,
 De venganza el aplauso feroz.
 ¡Oh maldad! Sacerdotes impíos,
 De la patria en el duro quebranto,
 Alzar osan estúpido canto,
 Fieros himnos que insultan a Dios.

Tú, tirano, traidor a las leyes,
 Vanamente reinar imaginas:
 Entre sangre, sepulcros y ruinas
 Trono infame podrás erigir.
 Pero ¡tiembla! Severa te marea
 Libertad con su sello divino:
 De Iturbide el sangriento destino
 Te reserva fatal porvenir.

Libertad fulminó vengativa
 De este mundo a los héroes gigantes,
 A Iturbide y Bolívar: aún antes
 El coloso de Francia cayó.
 Y ¿tú piensas, enano perjuro,
 Extirpar sin castigo las leyes,
 La diadema ceñir de los reyes,
 Y cubrirnos de infame baldón?

Toluca, 1º junio 1835.
 Cuaderno manuscrito
 de copias de poesías de
 Heredia, que pertene-
 ció al archivo de J. A.
 Escoto. Inédita hasta
 después de la muerte
 del poeta.

El Renacimiento, México, 1869, t. I, p. 411-412. *Campaña de Zacatecas*. Con la mención: “Inédita”. 96 versos.

Hemos examinado dos copias de esta segunda versión: una, perteneciente a Francisco González del Valle, y la otra, al archivo de Enrique Larrondo, la que debemos a la cortesía del gran heredista José María Chacón y Calvo. En ambas aparecen las siguientes variantes:

Verso 4º: “La responde lejano clarín”; 9º: “A chocar ambas huestes se animan”; 21: “Extranjera, ¿cuál es? ¡Ah! ninguna”; 24º: “Una ley no los pueden unir”; 26º: “Descargó sobre el otro primero”; 30º: “Todos ya sin rencor han venido”; 39º: “Con prudentes, humanos consejos”; 64º: “El caballo enemigo bufar”; 78º: “¿Y ventura esperaréis? ¡Inhumanos!”; 83º: “Ya resuenan de júbilo gritos”; 84º: “De venganza al aplauso feroz”; 99º: “Iturbide y Bolívar; y aún antes”; y los tres últimos:

Quebrantar sin castigo las leyes?
¿La diadema ceñir de los reyes?
¡Mengua eterna a tan negro baldón!

Falta, asimismo, en ambas copias, toda la estrofa VII, que comienza: “¡Ay! de cuerpos la tierra se cubre”.

En la copia propiedad de González del Valle existen estas otras variantes:

Verso 35º, como corrección sobre la copia primitiva: “¿Pues por qué gemebundas, llorosas”; 67º: “Y en tremendo clamor de victoria”; 76º: “¿Qué agradables noticias traerá?”; 77º “De do vienen sabéis, infelices”; y 93º: “Pero ¡tiembla! Severa lo marca”. Y figura, además, esta nota:

Nuestros lectores nos agradecerán la publicación de esta poesía del gran Heredia, que permanecía inédita también. El tirano a quien con tan terrible energía increpa, es el general Santa Anna, que venció en Zacatecas a los soldados defensores de las leyes.

En el cuaderno manuscrito aparece esta nota, que no existe en las copias de la versión impresa:

Las primeras estrofas son traducidas de un coro del *Conte di Carmagnola*, tragedia de Manzoni.

**POESÍAS FILOSÓFICAS
E HISTÓRICAS**

VANIDAD DE LAS RIQUEZAS

Si la pálida muerte se aplacara
 Con que yo mis riquezas le ofreciera,
 Si el oro y plata para sí quisiera,
 Y a mí la dulce vida me dejara;

¡ Con cuánto ardor entonces me afanara
 Por adquirir el oro, y si viniera
 A terminar mis días la Parca fiera,
 Cuán ufano mi vida rescatara!

Pero ¡ah! no se libertan de su saña
 El hombre sabio, el rico ni el valiente:
 En todos ejercita su guadaña.

Quien se afana en ser rico no es prudente:
 Si en que debe morir nadie se engaña,
 ¡Para qué trabajar inútilmente?

Obras Poéticas, 1820.

Col. de las comp. de José María Heredia, Cuaderno 2º. Soneto.

Ensayos Poéticos, 1819. *Soneto.*

Noticioso General, México, 29 octubre 1819. *Soneto*, ♦.

La lección de *Ensayos Poéticos* fué reproducida por Enrique Larrondo en la revista *Las Antillas*, La Habana, t. II, No. 3, noviembre de 1920, en artículo titulado *Los Ensayos Poéticos de Heredia*, p. 329.

Las variantes entre las tres lecciones que conocemos son ligerísimas.

MI CIENCIA

Estudien los guerreros
La ciencia detestable
De verter a torrentes
De los hombres la sangre.

Sigan otros las huellas
De Newton y Descartes,
Y a los raudos planetas
El camino señalen.

O bien las leguas midan
Que hay en número grande
Del Sol a nuestra tierra,
De Júpiter a Marte.

O a discurrir aprendan
En una frágil nave
Por la cabida inmensa
De los pérfidos mares.

O estudien cuidadosos
La ciencia con que saquen
Del seno de la tierra
Codiciados metales.

¡Ay! Bien corta es la vida
Del hombre miserable,
Para que la consuma
En tan tristes afanes.

No quiero que las ciencias
Vengan a atormentarme,
Ni que mi alegre frente
El meditar empañe.

Es todo el saber mío
Decir con voz süave
A Baco y a Cupido
Dulcísimos cantares.
Amar a mis amigos,
Y hacérmeles amable,
Vivir quieto y dichoso...
¿No es ya saber bastante?

1819.

Ed. 1825.

Existe otra versión, con idea fundamental muy distinta, en *Obras Poéticas*, en cuya colección la publicamos.

AL POPOCATEPETL

Tú que de nieve eterna coronado
 Alzas sobre Anahuac la enorme frente,
 Tú de la indiana gente
 Temido en otro tiempo y venerado,
 Gran Popocatepetl, oye benigno
 El saludo humilde
 Que trémulo mi labio te dirige.
 Escucha al joven, que de verte ansioso
 Y de admirar tu gloria, abandonara
 El seno de Managua delicioso.

Te miro en fin: tus faldas azuladas
 Contrastan con la nieve de tu cima,
 Cual descuellas encima
 De las cándidas nubes que apiñadas
 Están en torno de tu firme asiento:
 En vano el recio viento
 Apartarlas intenta de tu lado.
 ¡Cuál de terror me llena
 El boquerón horrendo, do inflamado
 Tu pavoroso cóncavo respira!
 ¡Por donde ardiendo en ira
 Mil torrentes de fuego vomitabas,
 Y el fiero tlascalteca
 El ímpetu temiendo de tus lavas,
 Ante tu faz postrado
 Imploraba lloroso tu clemencia!
 ¡Cuán trémulo el cuitado
 Quedábase al mirar tu seno ardiente
 Centellas vomitar, que entre su gente
 Firmísimos creían
 Ser almas de tiranos,
 Que a la tierra infeliz de ti venían!

Y llegará tal vez el triste día
En que del Etna imites los furoros,
Y con fuertes hervores
Consigas derretir tu nieve fría,
Que en torrentes bajando
El ancho valle inunde,
Y destrucción por él vaya sembrando.
O bien la enorme espalda sacudiendo
Muestras tu horrible seno cuasi roto,
Y en fuerte terremoto
Vayas al Anahuac estremeciendo,
Y las grandes ciudades
De tu funesta cólera al amago,
Con miserable estrago
Se igualen a la tierra en su ruína,
Y por colmo de horrores
Den inmenso sepulcro
A sus anonadados moradores...
¡Ah! ¡nunca, nunca sea!
¡Nunca, oh sacro volcán, tanto te irrites!
Lejos de mí tan espantosa idea.

A tu vista mi ardiente fantasía
Por edades y tiempos va volando,
Y se acerca temblando
A aquel funesto y pavoroso día
En que Jehová con mano omnipotente
La ruina de la tierra decretara.
El Aquilón soberbio
Bramando con furor amontonara
Inmensidad de nubes tempestuosas,
Que con su multitud y su espesura
La brillantez del sol oscurecieron:
Cuando sus senos húmedos abrieron
El espumoso mar se vió aumentado,
Y entrando por la tierra presuroso,
Imaginó gozoso
A su imperio por siempre sujetarla.
Los hombres aterrados
A los enhiestos árboles subían,
Mas allí no perdían
Su pánico terror: pues el Océano
Que fiero se estremece
Temiendo que la tierra se le huye,
A todos los destruye
En el asilo mismo que eligieron.

Acaso dos monarcas enemigos
 Que en pos corriendo de funesta gloria,
 Sobrados materiales a la historia
 En bárbaros combates preparaban,
 Al ver entonces el terrible aspecto
 De la celeste cólera, temblaron:
 En un sagrado templo guarecidos,
 De palidez cubiertos se abrazaron,
 Y al punto sofocaron
 Sus horrendos rencores en el pecho.
 Pero en el templo mismo
 Los furoros del mar les alcanzaban,
 Que con ellos y su odio sepultaban
 Su reconciliación y su memoria.

Revueltos entre sí los elementos,
 Su terrible desorden anunciaba
 Que el airado Criador sobre la tierra
 El peso de su cólera lanzaba.

Tú entonces, del volcán genio invencible,
 El ruido de las ondas escuchaste,
 Y al punto demostraste
 Tu sorpresa y tu cólera terrible.
 Cual sacude el anciano venerable
 Su lengua barba y cabellera cana,
 Tal tú con furia insana
 La nieve sacudiste que te adorna,
 Y humo y llamas ardientes vomitando,
 Airado alzaste la soberbia frente,
 Y tembló fuertemente
 La tierra, aunque cubierta de los mares.
 Entonces dirigiste
 A las ondas la voz, y así dijiste:
 “¿Quién ha podido daros
 “Suficiente osadía,
 “Para que a vista mía
 “Mi imperio profanéis de aqueste modo?
 “Volved atrás la temeraria planta,
 “Y no intentéis osadas
 “Penetrar mis mansiones, visitadas
 “Sólo del aire vagoroso y puro”.
 Así dijiste, y de su seno oscuro
 Con horrible murmurio respondieron
 Las ondas a tu voz, y acobardadas
 Al llegar a tus nieves eternas

Con respetuoso horror se detuvieron.
De espumas y cadáveres hinchadas,
Mil horribles despojos arrastrandó
Hasta tu pie venían,
Y humildes le besaban,
Y allí la furia horrenda contenían.
Jehová entonces su mano levantando,
Dió así nuevos esfuerzos a las ondas,
Que súbito se hincharon,
Y a pesar de tu rabia y tus bramidos
A tus senos ardientes se lanzaron.

Mas aún allí tu cólera temían,
Pues de tu ardiente cráter arrojadas,
Y en vapor transformadas,
Vencer tu resistencia no podían.
Pero Jehová contuvo tus furores,
Y sobre tu cabeza
Con inmortal, divina fortaleza
Aglomeró las ondas espumosas.
Viéndote ya vencido
Por el mar protegido de los cielos,
En tu seno más hondo y escondido
Los fuegos inextintos ocultaste,
Con que tu claro imperio recobraste
Pasados los furores del diluvio.
En tanto de tus senos anegados
Un negro vapor sube,
Que alzando al éter columnosa nube,
Al universo anuncia
Los estragos del húmedo elemento,
De Jehová la venganza y la alta gloria,
Su tan fácil victoria,
Y tu debilidad y abatimiento.

Después de la catástrofe horrorosa
Luengos siglos pasaste sosegado,
Temido y venerado
De la insigne Tlaxcala belicosa.
Jamás humana planta
Las nieves de tu cima profanara.
Mas ¿qué no pudo hacer entre los hombres
La ansia fatal de eternizar sus nombres?
Mira tu faz el español osado,
Y temerario intenta
Penetrar tus misterios escondidos.

El intrépido Ordaz se te presenta,
 Y a tu nevada cúspide se arroja.
 En vano con bramidos
 Le quisiste arredrar; entonce airado
 Ostentas tu poder. Con mano fuerte
 Procuras de tu espalda sacudirle,
 Y haciéndole temer próxima muerte,
 Por los aires despides
 Mil y mil trozos de tu duro hielo,
 Y amenazas con llamas abrasarle,
 Y le encubres el cielo
 Y la lejana tierra
 Con pómez y volcánica ceniza
 Que a fuer de lluvia bajo sí le entierra.
 Mas él, siempre animoso,
 Ve tu furor con ánimo sereno:
 Holla tu nieve, y desde tu ancha boca
 Mira con ansia tu hervoroso seno.

Mil victorias y mil doquier lograba
 El español ejército valiente,
 Pero ya finalmente
 La pólvora fulmínea les faltaba.
 Y su impávido jefe fabricarla
 Con el azufre de tu seno quiere.
 Hablara así a sus huestes el grande hombre:
 "Eterno loor a aquel que se atreviere
 "A acometer empresa de tal nombre".
 Así dice, y Montañó valeroso,
 La voz de honor oyendo que le anima,
 Baja a tu ardiente sima,
 Y tus frutos te arranca victorioso.

¿Con fuerza te estremeces? ¡ah! yo creo
 Que a cólera mi labio te provoca.
 De tu anchurosa boca
 Humo y sulfúrea llama salir veo.
 ¿Qué? ¿me quieres decir fiero y airado
 Que sólo he numerado
 Los terribles ultrajes que has sufrido?
 Basta, basta, oh volcán; ya temeroso
 El torpe labio sello;
 Pero escucha mis súplicas piadoso:
 No quieras despiadado
 Ser más temido siempre que admirado.
 Jamás enorme piedra

De tus senos lanzada
Llene de espanto al labrador vecino;
Jamás lleve tu lava su camino
A su fértil hacienda,
Ni derribes su rústica vivienda
Con tus fuertes y horribles convulsiones;
Que el inextinto fuego
Que en tu seno se guarda
Para siempre jamás quede en sosiego.

Noticioso General, México,
17 enero 1820. Copia del
archivo de E. Larrondo,
perteneciente a F. González
del Valle.

Obras Poéticas, 1820.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban,
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados,
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren a par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva el árbol majestoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepetl, sin que el invierno,
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en occidente, que sereno
En yelo eterno y perennial verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió a Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde; su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba,
Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía

Los colores riquísimos. Su brillo
 Desfalleciendo fué; la blanca luna
 Y de Venus la estrella solitaria
 En el cielo desierto se veían.
 ¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
 Que la alma noche o el brillante día,
 ¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
 Cholulteca pirámide. Tendido
 El llano inmenso que ante mí yacía,
 Los ojos a espaciarse convidaba.
 ¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¡Quién diría
 Que en estos bellos campos reinaalzada
 La bárbara opresión, y que esta tierra
 Brota mieses tan ricas, abonada
 Con sangre de hombres, en que fué inundada
 Por la superstición y por la guerra...?

Bajó la noche en tanto. De la esfera
 El leve azul, oscuro y más oscuro
 Se fué tornando; la movible sombra
 De las nubes serenas, que volaban
 Por el espacio en alas de la brisa,
 Era visible en el tendido llano.
 Iztaccihual purísimo volvía
 Del argentado rayo de la luna
 El plácido fulgor, y en el oriente,
 Bien como puntos de oro centellaban
 Mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡Yo os saludo,
 Fuentes de luz, que dé la noche umbría
 Iluminais el velo,
 Y sois del firmamento poésía!

Al paso que la luna declinaba,
 Y al ocaso fulgente descendía,
 Con lentitud la sombra se extendía
 Del Popocatepetl, y semejaba
 Fantasma colosal. El arco oscuro
 A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
 Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
 En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
 Que velado en vapores transparentes,
 Sus inmensos contornos dibujaba
 De occidente en el cielo.

¡ Gigante del Anáhuac! ¿ cómo el vuelo
 De las edades rápidas no imprime
 Alguna huella en tu nevada frente?
 Corre el tiempo veloz, arrebatando
 Años y siglos, como el norte fiero
 Precipita ante sí la muchedumbre
 De las olas del mar. Pueblos y reyes
 Viste hervir a tus pies, que combatían
 Cual hora combatimos, y llamaban
 Eternas sus ciudades, y creían
 Fatigar a la tierra con su gloria.
 Fuéron: de ellos no resta ni memoria.
 ¿ Y tú eterno serás? Tal vez un día
 De tus profundas bases desquiciado
 Caerás; abrumará tu gran ruína
 Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
 Nuevas generaciones, y orgullosas,
 Que fuiste negarán...

Todo perece

Por ley universal. Aun este mundo
 Tan bello y tan brillante que habitamos,
 Es el cadáver pálido y deforme
 De otro mundo que fué...
 En tal contemplación embebecido
 Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
 De glorias engolfadas y perdidas
 En la profunda noche de los tiempos,
 Descendió sobre mí. La agreste pompa
 De los reyes aztecas desplegóse
 A mis ojos atónitos. Veía
 Entre la muchedumbre silenciosa
 De emplumados caudillos levantarse
 El déspota salvaje en rico trono,
 De oro, perlas y plumas recamado;
 Y al son de caracoles belicosos
 Ir lentamente caminando al templo
 La vasta procesión, do la aguardaban
 Sacerdotes horribles, salpicados
 Con sangre humana rostros y vestidos.
 Con profundo estupor el pueblo esclavo
 Las bajas frentes en el polvo hundía,
 Y ni mirar a su señor osaba,
 De cuyos ojos férvidos brotaba
 La saña del poder.

Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo a par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió a la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo,
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yaceas yerma,
Y la superstición a quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy al hombre
Que ciego en su saber fútil y vano
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

Diciembre 1820.
Ed. 1832.

Ed. 1825. *Fragments descriptivos de un poema mexicano.*
Con esta nota del autor:

Este poema se hallará entero en las *poesías americanas.*

Esta proyectada colección de poesías americanas no llegó a publicarla Heredia. En esta lección, la tercera estrofa comienza así:

Hallábame sentado de Cholula
En la antigua pirámide. Tendido
El llano inmenso que a mis piés yacía, etc.

y al final falta la frase

en que fue inundada
Por la superstición y por la guerra?

Después de: “que de la noche umbría”, dice la cuarta estrofa:

Centelláis en el velo,
Y sois a un tiempo del profundo cielo
La magia, y el amor, y la poesía.

Y la composición termina con las palabras: “descendió sobre mí...”, faltando pues los cincuenta últimos versos de la lección de 1832.

En *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol, I, No. 51, 8 agosto 1829, en el trabajo de José Antonio Saco, ya citado, en que se defendía a Heredia de los ataques de La Sagra, apareció un fragmento de la versión de 1825: desde donde dice “Al paso que la luna declinaba”. hasta: “Fueron: de ellos no resta ni memoria”.

En el pliego No. 19 del volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, que se conserva en la Biblioteca Nacional, aparece, de puño y letra del poeta, otra versión que en sus seis primeras estrofas es casi absolutamente idéntica a la de 1825, y en las tres últimas, a la de 1832. Parece, por consiguiente, ser una versión intermedia entre ambas. Lleva por título *En la pirámide de Cholula*.

F. González del Valle en su folleto *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, La Habana, 1940, dice que han sido traducidos al francés y al italiano, en prosa o verso, fragmentos de esta composición, y publica uno en italiano que apareció en la *Nuova Rassegna di Letterature Moderne*, Florencia, año VI, núm. 7-8, 1908. Según nota del archivo de D. Figarola-Caneda, J. J. Ampère, en el cap. XXIV, t. II de su *Promenade en Amérique*, París, 1867, tradujo en prosa francesa unos fragmentos de esta poesía, acompañándolos de unos párrafos sobre la vida y obra de Heredia.

INMORTALIDAD

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fría!...
Entre el orgullo y la flaqueza mía
Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo?—Irrevocable suerte
También los astros a morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte
Mi alma, verá del mundo la ruína,
A la futura eternidad ligada.

Ed. 1832.

Ed. 1825.

El Mensajero Semanal, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto 1829, p. 379, en el trabajo de José A. Saco en defensa de Heredia, que ya hemos citado.

En la lección de 1825, que es la reproducida en *El Mensajero Semanal*, el primer cuarteto dice, en forma interrogativa:

¿Quién al ver por el cielo tan sereno
Girar los astros en la noche umbría,
No siente de feliz melancolía
Y de augusto pavor su pecho lleno?

El segundo:

¡Ay! así girarán cuando en su seno
Me guarde inmóvil ya la tumba fría.
¡Cómo el orgullo y la flaqueza mía
En mi alma vierten perenal veneno!

Y el penúltimo verso, con mayor energía que en la lección de 1832:

Mi alma, de mundos mil verá la ruina.

Una traducción al inglés de ese soneto, por Gertrudis F. de Vingut, se publicó en *Selections from the best Spanish poets*, Nueva York, 1856, y aparece reproducida en *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por F. González del Valle, La Habana, 1940.

P O E S Í A

¡ Alma del universo, Poësía!
Tu aliento vivifica, y semejante
Al soplo abrasador de los desiertos,
En su curso veloz todo lo inflama.
¡ Feliz aquel que la celeste llama
Siente en su corazón! Ella le eleva
Al bien, a la virtud: ella a su vista
Hace que rían las confusas formas
Del gozo por venir: contra el torrente
Del infortunio bárbaro le escuda,
Haciéndole habitar entre los seres
De su creación: con alas encendidas
Osada le arma, y vuela
Al invisible mundo,
Y los misterios de su horror profundo
A los hombres atónitos revela.

¡ Sublime inspiración! ¡ Oh! ¡ Cuántas horas
De inefable deleite
Concediste benigna al pecho mío!
En las brillantes noches del estío
Grato es romper con la sonante prora,
Largo rastro de luz tras sí dejando,
Del mar las ondas férvidas y oscuras:
Grato es trepar los montes elevados,
O a caballo volar por las llanuras.
Pero a mi alma fogosa es muy más grato
Dejarme arrebatado por tu torrente,
Y ornada en rayos la soberbia frente,
Escuchar tus oráculos divinos,
Y repetirlos; como en otro tiempo
De Apolo a la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
Y ella de sacro horror se estremecía,
Y el fatídico acento repetía
Del dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida
 Que llena el Universo: él es quien vierte
 En las bellas escenas de Natura
 Su gloria y majestad: él quien envuelve
 Con su radioso manto a la hermosura,
 Y da a sus ojos elocuente idioma,
 Y música a su voz, él quien la presta
 El hechizo funesto, irresistible,
 Que embriaga y enloquece a los mortales
 En su sonrisa y su mirar: él sopla
 Del mármol yerto las dormidas formas,
 Y las anima, si el cincel las hiere.
 Él en *Fedra*, en *Tancredo* y en *Zoraida*
 Nos despedaza el corazón: o blando,
 Con Anacreón y Tibulo y Meléndez,
 Del deleite amoroso nos inspira
 La languidez dulcísima: o tronando
 Nos arrebató en Píndaro y Herrera
 Y el ilustre Quintana, a las alturas
 De la virtud sublime y de la gloria.
 Por él Homero al furibundo Aquiles
 Hace admirar, Torcuato a su Clorinda,
 Y Milton, más que todos elevado,
 A su ángel fiero, de diamante armado.

Por doquiera este espíritu reside,
 Mas invisible. Del etéreo cielo
 Baja, y se manifiesta a los mortales
 En la nocturna lluvia y en el trueno.
 Allí le he visto yo: tal vez sereno
 Vaga en la luz del sol, cuando éste inunda
 Al cielo, tierra y mar en olas de oro:
 De la música tiembla en el acento:
 Ama la soledad: escucha atento
 De las aguas con furia despeñadas
 El tremendo fragor. Por el desierto
 Los vagabundos árabes conduce,
 Soplando entre sus pechos agitados
 Un sentimiento grande, indefinido,
 De agreste libertad. En las montañas
 Se sienta con placer, o de su cumbre
 Baja, y se mira del Océano inmóvil
 En el hondo cristal, o con sus gritos
 Anima las borrascas. Si la noche

Tiende su puro y centellante velo,
 En la alta popa reclinado inspira
 Al que extático mira
 Abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella:
 Yo de su lauro en el amor palpito,
 Y quisiera en el mundo que hoy habito
 De mi paso dejar profunda huella.
 De tu favor, espíritu divino,
 Puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
 Vive eterno, y da vida; los mortales
 A quienes genio dispensó el destino,
 Ansiosos corren a la sacra fuente
 Que tu fogosa inspiración recibe.
 El mundo a sus afanes apercibe
 Indigno galardón. Cuando los cubre
 Vestidura mortal, vagan oscuros
 Entre indigencia y menosprecio: acaso
 De sacrílega mofa son objeto:
 Al cabo mueren, y sus almas tornan
 A la fuente de luz de que salieron,
 Y entonces, a despecho de la envidia,
 Un estéril laurel brota en sus tumbas.
 Brota, crece, y ampara las cenizas
 Con su sombra inmortal: pero no enseña
 A los hombres justicia, y cada siglo
 Ve repetir el drama lamentable,
 Sin piedad ni rubor. ¡Divino Homero,
 Milton sublime, Taso desdichado,
 Vosotros lo diréis!

Empero el genio

El infortunio arrostra: sus oídos
 Halagan los aplausos que su canto
 Recibirá feliz en las regiones
 Del porvenir. Su gloria, su desgracia
 Excitarán la dulce simpatía
 En la posteridad de los crüeles
 Que a miseria y dolor le condenaron.
 Desde la tumba reinará: las bellas
 Con respeto y ternura suspirando
 Pronunciarán su nombre: ya centella
 A sus ojos la lágrima preciosa
 Que arrancarán sus páginas ardientes
 A la sensible hermosa.

La ve, palpita, se entenece, y fuerte
De la cruel injusticia se consuela,
Y esperando su triunfo de la muerte,
Al seno del Criador gozoso vuela.

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido
Defenderse de tí, si no ha nacido
Yerto como los mármoles y troncos?
¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero...!
Algunas efusiones de mi Musa
Me sobrevivirán, y mi sepulcro
No ha de guardarme entero.
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera,
Resonará de Cuba por los campos
De la Fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,
El Correggio exclamaba:
“¡Yo también soy pintor!”—¡Yo soy poeta!

Ed. 1832.

Ed. 1825, con esta nota del autor:

Se tendrá por extravagante esta tentativa para expresar el espíritu poético?

En esta lección, en vez de:

Tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera,
Resonará de Cuba por los campos,

decía simplemente:

Y que el nombre del joven ignorado
Sonará por su patria conmovida,

Unos versos de esta composición fueron citados por dos escritores contemporáneos de Heredia, aplicándose a Cristóbal Colón, en esta forma:

Hoy excita la dulce simpatía
De los últimos nietos de los crueles
Que a miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reinará.

HEREDIA.

en el artículo *La calle del León*, por *El peregrino, La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, La Habana, 6 marzo 1830, p. 278, y

Su gloria, sus desgracias
Excitarán la dulce simpatía
En los últimos hijos de los crueles
Que a miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reina...

en el trabajo *Las cenizas de Colón* o *La catedral de La Habana*, de J. A. Echeverría en *El Plantel*, t. I, noviembre 1838, p. 96, donde no se cita el nombre de Heredia, sino que se dan sólo como de "un poeta cubano". El hecho de que existan variantes, aunque ligerísimas, entre esos textos y los de 1825 y 1832, así como que ambas citas se apliquen a Colón, lo que no había hecho expresamente Heredia, nos ha hecho imaginar si existirá alguna poesía desconocida de Heredia dedicada a Colón, de donde tomó el poeta esos versos para reproducirlos en esta consagrada a la *Poesía*.

James Kennedy, literato inglés, Juez del Tribunal Mixto en La Habana para la represión del tráfico de esclavos africanos, hizo una versión inglesa de esta composición, que apareció en el libro *Selections from the best Spanish poets*, Nueva York, 1856. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por F. González del Valle.

En el *Calendario de las señoritas megicanas para el año de 1843*, en el artículo *Los mundos imaginarios*, por Aimé Martin, traducido por J. R. Galván, como llamada a esta frase:

Notemos primeramente que pertenecen a los grandes poetas desgraciados las más hermosas creaciones de este género:

aparece en la p. 240 una *Nota del traductor* en que se copia la estrofa de Heredia que empieza: "El mundo a sus afanes apercibe" y termina: "Vosotros lo diréis", y agrega lo siguiente:

Hemos copiado aquí estos versos de nuestro Heredia, como un justo recuerdo de poeta tan grande como desgraciado: ellos son un lamento de su alma atribulada por un mundo que no lo supo apreciar. Si en vida fué infeliz, no lo ha sido menos después de muerto, porque apenas ha logrado un miserable cajón y una miserable lápida con cuatro hermosos versos y unos renglones que ponen más de manifiesto la vanidad de los vivos que la piedad por el muerto. Si sus paisanos, que, según se dice, están nadando en oro, quisieran trasladar sus cenizas a su patria, a donde él deseaba morir, y donde tendrían acaso más descanso y más digno monumento... Pero esto es pedir peras al olmo; si en vez de ser un gran poeta, hubiera sido un carnicero en grande, como Byron llamaba a Bonaparte, entonces...

NAPOLEÓN

Sin rey ni leyes, Francia desolada,
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla Bonaparte: lisonjera,
La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló a su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa;
En Moscow, en Madrid su águila fiera,
En Roma y Viena y en Berlín vió alzada.

¿Cómo cayó...? Vencido, abandonado,
En un peñasco silencioso expira,
Dando ejemplo a los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,
Clama la Historia, que su genio admira:
“¡No hay opresión, por fuerte, irresistible!”

1823.

Ed. 1832.

El Revisor Político y Literario, La Habana, No. 27, 2 mayo 1823, p. 8. *Napoleón Bonaparte*.

Ed. 1825.

Indicador Federal, México, t. I, No. 19, 2 abril 1825. *Napoleón Bonaparte*.

En estas tres primeras publicaciones, el primer cuarteto dice así:

Sin más recurso que su ardiente espada,
De Carlomagno el trono reerigiera,
Y en él sentóse, y en su lecho viera
A la hija de los Césares amada.

Y en el primer verso del primer terceto, dice: “Vendido”, en vez de “Vencido”.

Esta primera versión fué reproducida en *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto 1829, p. 380, en el artículo de José Antonio Saco, anteriormente citado.

SÓCRATES

¡No, jueces, condenéis con ciega ira
De la augusta verdad al sabio amante...!
¡Cielos...! El vil Melito, ya triunfante,
La venganza logró por que suspira.

Sócrates firme con piedad le mira,
El se demuda, y con igual semblante,
Apurando el veneno devorante,
En brazos de Platón el sabio expira.

Presto remordimientos dolorosos
Atenas siente, y su crueldad gimiendo
Maldice, y sus fanáticos furores.

Temed, mortales, oprimir furiosos
A la virtud sagrada, persiguiendo
Al que osa combatir vuestros errores.

ROMA

Envuelta en sangre y pavoroso estrago,
Combate Roma con feroz anhelo:
Llena el mundo su nombre, sube al cielo,
Y las naciones tiemblan a su amago.

Su águila fiera por el aire vago
Hiende las nubes con ardiente vuelo,
Y apenas mira en el distante suelo
Las ruinas de Corinto y de Cartago.

¿Qué la valió? Carbón, Mario implacable,
Y Sila vengador y Cesar fuerte
Huellan del Orbe a la infeliz señora.

Y otros... ¡Oh Roma grande y miserable,
Que ansiando lauros y poder de muerte,
No supo ser de sí reguladora!

Ed. 1825.

Ed. 1832.

El Mensajero Semanal, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto
1829, p. 379.

CATÓN

De Roma esclava defensor augusto,
De Utica en la ribera miserable,
Opónese Catón inexorable
A César vencedor y Jove injusto.

Ajeno de furor, libre de susto,
Contempla su destino inevitable:
De la tierra el señor bríndale afable
Su favor y amistad; mas él, adusto,

“Desprecio”, clama, “tu piedad. Mi vida
“Al Hado vil justificar pudiera
“Que tu ambición y crímenes corona.”

Dice, y rasga su pecho: por la herida,
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver a César abandona.

Ed. 1832.

Ed. 1825.

He aquí esa versión:

De la alma libertad campeón augusto,
Entre ruinas de Roma miserable,
Catón opone el pecho incontrastable
A César vencedor y Jove injusto.

No hay esperanza... Al opresor robusto
Ríe la Fortuna con semblante afable...
Fué Roma... El su clemencia despreciable
Brinda, y le oye Catón con rostro adusto.

“Lejos” dice, “el perdón! ¡Perdón! Mi vida
Menos horrible la injusticia hiciera
Que con victoria al opresor corona.”

Dice, y rompe su pecho: por la herida,
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver a César abandona.

En *El Revisor Político y Literario*, La Habana, t. I, núm. 46, 16 junio 1823, p. 8, apareció, sin firma, el siguiente soneto:

DEMOSTENES

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?
Trasíbulo lanzando al espartano,
No al vicio y la maldad lanzó de Atenas.

De tu sublime voz la patria llenas:
Brillan asta y arnés contra el tirano:
Mas ¡ay! del griego en la cuitada mano,
Las armas pesan más que las cadenas,

Sumido en ocio y en delicias, ¿quieres
Que el hierro, de los persas tan temido,
Contra el astuto macedón esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes:
Que a un pueblo turbulento y corrompido,
¿Cuándo falta un Filipo que lo oprima?

Nada autoriza a afirmar que sea de Heredia, pues ni éste lo recogió en las ediciones de sus poesías ni lo cita en sus correspondencia; pero es curioso observar que en dos cartas de 1824, cita a Demóstenes entre Wáshington y Catón, héroes a quienes dedicó poesías en aquella época: En febrero 4, decía a su tío Ignacio:

... al cabo siempre es bello y sublime ser mártir del género humano, por haber padecido un error que ha sido el de las almas generosas de todos los tiempos y climas, error que padecieron como yo, Demóstenes, Catón y Wáshington.

Y en marzo 8, a su madre, repetía:

Al cabo nada tengo que reprenderme, y la causa de mi desgracia ha sido haber caído alguna vez en el error de las almas generosas de todos los tiempos, y que como yo padecieron Demóstenes, Catón y Wáshington.

El sentimiento que expresan estas cartas es idéntico al del soneto, y por estas coincidencias, sin intentar una atribución, lo señalamos a la atención de los investigadores.

PLACERES DE LA MELANCOLÍA

*Yo lloraré, pero amaré mi llanto,
Y amaré mi dolor.*

QUINTANA.

FRAGMENTOS

I

No es dado al hombre de su débil frente
Las penas alejar y los dolores,
Ni por campos de mirtos y de flores
Dirigir el torrente de la vida.
De las pasiones el aliento ardiente
La enajena tal vez, y breves horas,
En ilusiones férvidas perdido,
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
La fiebre del amor, ni qué alma helada
No probó la dulzura emponzoñada
Que en el beso fatal vierte Cupido?
Yo adoré la beldad: cual sol de vida
Lució a mis ojos, y bebí encendido
El cáliz del amor hasta las heces.
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,
En todos sus placeres y deseos
Al extremo voló: tibias pasiones
Nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto
Siguió a los goces y delirio mío
La saciedad, el tedio devorante,
Como sigue de otoño al sol brillante
El del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuitado:
Agitarse y sufrir, después que siente
El vigor de su pecho quebrantado
Por su excesivo ardor, que al fin agota
Del sentimiento la preciosa fuente.

¿Qué hará el triste? Las flores de la vida
 Al soplo abrasador de las pasiones
 Marchitas sentirá. Doquier que mire
 Será el mundo a sus ojos un desierto,
 Y el misterioso abismo de la tumba
 Será de su esperanza único puerto.
 Así el piloto en tempestosa noche
 Sólo distingue entre su denso velo
 El mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil Melancolía,
 Serás bálsamo dulce que suavice
 Su árido corazón y le consuele
 Más que el plácido llanto de la noche
 A la agostada flor. Yo tus placeres
 Voy a cantar, y tu favor imploro.
 Ven: tonos blandos a mi voz inspira;
 Enciéndala tu aliento, y de mi lira
 Tiempla con languidez las cuerdas de oro.

¿Quién, en adversa o próspera fortuna,
 No se abandona al vago pensamiento,
 Cuando suspira de la tierra el viento
 Y de Cuba en el mar duerme la luna?
 ¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
 Su corazón, y con placer llevarse
 A mil cavilaciones deliciosas
 De ventura y amor? ¡Con qué deleite
 En los campos bañados por la luna
 Siguen nuestras miradas pensativas
 La sombra de las nubes fugitivas
 En océano de luz puro y sereno!
 ¿Qué encanto hay en la calma de la noche,
 Del hondo mar en la distante furia,
 Que halaga al corazón? Melancolía,
 Tú respiras allí: tu faz amable,
 Velada entre vapores transparentes,
 Sonríe con ternura al que en tu seno
 Busca la paz, y al que de penas lleno
 Se acoge a tí, con mano compasiva
 Del rostro enjugas el sudor y llanto;
 Mas la disipación furiosa, en tanto,
 En sus bailes y juegos y festines
 Hace beber de tedio triste copa,
 A los que por su halago seducidos

Buscan entre sus pérfidas caricias
Gozo y felicidad. Mustios, rendidos,
Maldecirán al sol, y a sueño ansioso
La frente atormentada reclinando,
La suerte trocarán del bello día.
¡Ansia falaz, funesta, cómo impía
Me desecaste el corazón! ¡Oh tiempo
De ceguedad y de furor...! Insano,
En tormento sin fin buscaba dicha,
Paz en eterna turbación... Empero
A mis ojos el sol brilla más puro
Desde que ya, más cuerdo, no alimento
De mi sangre el ardor calenturiento
Soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusión perdí el encanto,
Pero hallé de la paz el bien seguro.

II

Dulce es la soledad, en que su trono
Asienta la feliz Melancolía.
Desde la infancia venturosa mía
Era mi amor. Aislado, pensativo,
Gustábame vagar en la ribera
Del ancho mar. Si los airados vientos
Su seno hinchaban en tormenta fiera,
Mil pensamientos vagos, tumultuosos
Me agitaban también; pero tenía
Deleite inexplicable, indefinido
Aquella confusión. Cuando la calma
Reinaba en torno, y el espejo inmenso
Del sol en occidente reflejaba
La noble imagen en columna de oro,
Yo en éxtasis feliz la contemplaba,
Y eran mis escondidos pensamientos
Dulces, como el silencio de los campos
De la luna en la luz. Y los pedantes,
Azotes de la infancia, que querían
Subyugar mi razón a sus delirios,
Fieros amenazándome decían:
"Este niño holgazán y vagabundo
Siempre necio ha de ser". Y yo temblaba,
Mas no los maldecía,
Sino de ellos huía,
Y en mi apacible soledad lloraba.

III

¡Oh! ¡si Dios, de mis males apiadado,
 Las alas de un espíritu me diera!
 ¡Cuál por los campos del espacio huyera
 De este mundo tan bello y desdichado!
 ¡Oh! ¡si en él a lo menos me ofreciera
 Una mujer sensible, que pudiera
 Fijar mi corazón con sentimientos
 Menos vivos tal vez, menos violentos
 Que los que enciende Amor, pero más dulces
 Y duraderos! En su ingenua frente
 El candor y la paz me sonreirían:
 De este exceso de vida que me agobia
 Me aliviara su amor. Su voz piadosa,
 De aqueste pecho en la profunda herida
 Bálsamo de consuelo derramara,
 Y su trémulo acento disipara
 Las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnación de mi ideal esposa,
 ¡Cómo te adoraré...! No por más tiempo
 Me hagas ansiarte y suspirar en vano:
 Mira que vuela mi verdor lozano.
 ¡Ay! ¡Ven, y escucha mi rogar piadosa...!

IV

¿Quién placer melancólico no goza
 Al ver al tiempo con alada planta
 Los días, los años y los siglos graves
 Precipitar en el abismo oscuro
 De lo que fué? Las épocas brillantes
 Recorro de la historia... ¡Qué furoros!
 ¡Cuadro fatal de crímenes y errores!
 Doquier en sangre tñiense las manos:
 Los hombres fascinados o furiosos
 Ya son juguetes viles de facciosos,
 Ya siervos miserables de tiranos.
 Pueblos a pueblos el dominio ceden;
 Y del orbe sangriento, desolado,
 Desaparecen, como en mar airado
 Las olas a las olas se suceden.

De Babilonia, Menfis y Palmira
 Entre los mudos restos, el viajero
 Se horroriza de ver su estrago fiero,
 Y con profunda lástima suspira.
 ¡Campos americanos! en vosotros
 Lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora
 Vuestro nombre y desdicha? Circundado
 Por tenebrosa nube un hemisferio,
 Ocultábase al otro: mas osado
 Forzó Colón el borrascoso imperio
 Del Océano feroz. La frágil nave
 Por los yermos de un mar desconocido
 En silencio volaba: la vil chusma,
 Pálida, yerta, con terror profundo,
 A la patria querida
 Tornaba ya la resonante prora,
 Cuando a sus ojos refulgente aurora
 Las playas reveló del Nuevo Mundo.

¡Hombres feroces! la severa historia
 En páginas sangrientas eterniza
 De sus atrocidades la memoria.
 Al esfuerzo terrible de su espada
 Cayó el Templo del Sol, y el trono altivo
 De Acamapich... Las infelices sombras
 De los reyes aztecas olvidados
 A evocar me atreví sobre sus tumbas,
 Y del polvo a mi voz se levantaron,
 Y su inmenso dolor me revelaron.
 ¿Dó fué la raza candorosa y pura
 Que las Antillas habitó?... La hiere
 Del vencedor el hierro furibundo:
 Tiembla, gime, perece,
 Y, como niebla al sol, desaparece.

Sediento de saber infatigable, (*)
 Del Tíber, del Jordán y del Eurotas
 Las aguas beberé, y en sus orillas,
 Asentado en escombros solitarios
 De quebrantadas míseras naciones,
 Me daré a meditar: altas lecciones,
 Altos ejemplos sacará mi mente

(*) Esto se escribía en principios de 1825, hallándose el autor próximo a emprender un viaje largo por algunos países de Europa y Asia. [Nota del autor.]

De su desolación: ¡cuánto es sublime
 La voz de los sepulcros y ruínas!
 Allí tu inspiración pura y solemne,
 ¡Oh Musa del saber! mi voz anime.
 Y tú también, genial Melancolía,
 Me seguirás doquiera suspirando,
 O en mi lecho tu frente reclinando,
 Harás a mi descanso compañía.

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria
 De los que amamos, cuando ya la muerte
 A nuestro amor los arrancó! La tumba
 Encierra las inmóviles cenizas;
 Los ligeros espíritus pasean
 En el aire sereno de la noche
 En torno de los que amán, y responden
 A sus dulces recuerdos y suspiros
 En misteriosa comunión. Creedme;
 No lo dudéis: por esto son tan dulces
 Las solitarias lágrimas vertidas
 En la tumba del padre, del esposo
 O del amante, y el herido pecho
 Ama su llanto y su dolor piadoso.

¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra
 De Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas,
 Desde el momento que cerró tu vida,
 Por mí pasaron, llenas de amargura
 Y de intenso dolor! Sombra querida
 Del mejor de los padres, en el cielo
 Recibe de mi pecho lastimado
 La eterna gratitud. Mi dócil mente
 Con atención profunda recogía,
 De tu boca elocuente en las palabras,
 El saber, la verdad: aun de tu frente
 En la serena majestad leía
 Altas lecciones de virtud. Tus pasos,
 Tus miradas, tu voz, tus pensamientos
 Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
 De mi pecho impaciente reprimías
 El ardimiento, la fiereza...! El cielo
 Contra el ciego furor de los malvados
 Sirviéndote de asilo, me dejara

Entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos
 Iré a morir en tu sepulcro, y junto
 A tu polvo sagrado
 Reclinaré mi polvo atormentado,
 Que al eco de tres sílabas funestas
 Aun allí temblará. Mas tu memoria
 Será, mientras respire, mi consuelo,
 Y grato y dulce el solitario llanto
 Que la consagre, más que gozo alguno
 Del miserable suelo:
 ¡No me abandones, padre, desde el cielo!

VI

¡Patria...! ¡Nombre cual triste delicioso
 Al peregrino mísero, que vaga
 Lejos del suelo que nacer le viera!
 ¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra
 Refrescará su dolorida frente?
 ¿Cuándo en la noche el músico ruído
 De las palmas y plátanos sonantes
 Vendrá feliz a regalar mi oído?
 ¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen
 Hasta perderse! No: nunca los campos
 De Cuba parecieron a mis ojos
 De más beldad y gentileza ornados,
 Que hoy a mi congojada fantasía.
 ¡Recuerdo triste de maldad y llanto!
 Cuando esperaba paz el alma mía,
 Redobló la Fortuna sus rigores,
 Y de persecución y de furores
 Pasó tronando el borrascoso día.
 Desde entonces mis ojos anhelantes
 Miran a Cuba, y a su nombre solo
 De lágrimas se arrasan. Por la noche,
 Entre el bronco rugir del viento airado,
 Suena el himno infeliz del desterrado.
 O si el Océano inmóvil se adormece
 De junio y julio en las ardientes calmas,
 Ansioso busco en la distante brisa
 La voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,
 Como en huerta de escarchas abrasada

Se marchita entre vidrios encerrada
 La planta estéril de distinto clima.
 Mi entusiasmo feliz yace apagado:
 En mis manos ¡oh lira! te rompiste.
 ¿Cuándo sopla del norte el viento triste,
 Puede algún corazón no estar helado?
 ¿Dó están las brisas de la fresca noche,
 De la mágica luna inspiradora
 El tibio resplandor, y del naranjo
 Y del mango suavísimo el aroma?
 ¿Dónde las nubecillas, que flotando
 En el azul sereno de la esfera,
 Islas de paz y gloria semejaban?
 Tiende la noche aquí su oscuro velo:
 El mundo se adormece inmóvil, mudo,
 Y el aire punza, y bajo el filo agudo
 Del yelo afinador centella el cielo.
 Brillante está a los ojos, pero frío,
 Frío como la muerte. Yo lo admiro,
 Mas no lo puedo amar, porque me mata,
 Y por el sol del trópico suspiro.

Vuela, viento del norte, y a los campos
 De mi patria querida
 Lleva mi llanto, y a mi madre tierna,
 Murmura mi dolor...

VII

A ti me acojo, fiel Melancolía.
 Alivia mi penar; a ti consagro
 El resto de mi vida miserable.
 Siempre eres bella, interesante, amable;
 Ya nos renueves los pasados días,
 Ya tristemente plácida sonrías
 En la pálida frente de una hermosa,
 Cuando la enfermedad feroz anuble
 Su edad primaveral. Benigna diosa,
 Tu bálsamo de paz y de consuelo
 Vierte a mi alma abatida,
 Hasta que vaya a descansar al cielo
 De este delirio que se llama vida.

Principios de 1825.
 Ed. 1832.

Ed. 1825, con esta nota del autor:

Publico estos fragmentos, porque el poema ya no ha de acabarse. Otros cuidados que deben ocuparme exclusivamente, no me dejan el ocio de espíritu que exigen las Musas. Por eso imprimo mis versos tales como están. Salgan, pues, y tengan su día de vida, ya que no deben de esperar de mí ni revisión ni aumento.

Sólo deseo que este cuaderno excite emulación saludable en nuestra juventud. ¿Por qué no tiene Cuba grandes poetas cuando sus hijos están dotados de órganos perfectos, de imaginación viva, cubiertos por el cielo más puro, y cercados de la naturaleza más bella?

Mis amigos echarán de menos en esta colección algunos poemas publicados ya; pero éstos y otros inéditos irán en una edición separada.

En el fragmento IV, la segunda estrofa dice así:

Por Babilonia, Menfis y Palmira
Paseara el tiempo su hoz irresistible,
Y entre sus mudos restos el viajero
Se horroriza al mirar su estrago fiero.
¡Campos americanos! en vosotros
Lágrimas verterá. ¿Quién no conoce
Su nombre y sus desdichas?

Circundado

De oscuridad profunda un hemisferio
Al otro se ocultaba: un hombre osado,
Del Océano forzando el vasto imperio,
Al fin le reveló. La frágil nave
Por los yermos de un mar desconocido
En silencio volaba: la vil chusma,
Trémula, herida de terror profundo,
A España iba a volver la férrea prora
Cuando a sus ojos, con la nueva aurora,
Entre el cielo y el mar se alza otro mundo.

En esta lección aparecen entre el final del fragmento después designado con el número IV y el V, los siguientes versos, no re-
producidos, que sepamos, en ninguna edición posterior:

Genio de Libertad, que me llenabas
De inexplicable y de sublime gozo,
Cuando sentado en la agitada popa,
Vi a mi bajel, del viento arrebatado,
Romper con furia las turbadas olas
Del irritado mar, y por sus campos
Leve volar cual despedida flecha,
¿No es tu madre también Melancolía?

En cambio, en el mismo fragmento IV, faltan los cinco versos que comienzan: “¿Dó fué la raza candorosa y pura”.

En esta misma lección, después de “Sombra querida”, dice así:

Del padre que lamento, hora entre gloria
Tus ojos inmortales leen mi pecho
Y ven cuánto te amé. Mi dócil mente, etc.

Después de “Entre borrascas mil”, dice:

¡Cuán me lanzara
Al sepulcro tras ti, si no temiese
Que de mi ciega furia se ofendiese
La sombra paternal! Pero a lo menos
Iré a morir, etc.

Y después de “ a mi madre tierna”, se intercala este verso:

Y al más digno, al más fiel de los amigos.

Tiene 321 versos esta lección de 1825.

En *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto 1829, en un trabajo de José Antonio Saco, ya citado, y en la p. 380, se reprodujeron dos fragmentos de la versión de 1825 de esta composición: desde “Quién placer melancólico no goza” hasta “Entre el cielo y el mar se alza otro mundo”, y desde “Oh! no me condenéis a que aquí gima” hasta “Y por el sol del trópico suspiro”.

La palabra *Fragments* fué puesta por el autor en la ed. de 1832.

J. B. Légouvé, de quien tradujo Heredia *El mérito de las mujeres* (publicado en esta compilación entre las *Imitaciones y traducciones*) tiene un poema titulado *La Mélancolie*; pero al confrontarlo con este de Heredia se observa que en todo caso nuestro poeta sólo tomó de él la idea de escribir sobre el mismo tema, pues *Placeres de la Melancolía*, además de su marcado carácter autobiográfico, tiene mucha mayor extensión y muy diversos pensamientos, siendo incomparablemente superior al del poeta francés.

AL COMETA DE 1825

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas e inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y más allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
O una funesta rebelión te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿Ningún sistema habitas,
Y tan cerca del Sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atracción ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,

Yo, al contemplarte ledo,
 Elévome al Criador; mi mente admira
 Su alta grandeza, y tímida le adora.
 Y no tan sólo ahora
 En mi alma dejas impresión profunda.
 Ya de la noche en el brillante velo,
 De mi niñez en los ardientes días,
 A mi agitada mente parecías
 Un volcán en el cielo.

El ángel silencioso
 Que hora inocente dirección te inspira,
 Se armará del Señor con la palabra,
 Cuando en el libro del Destino se abra
 Una sangrienta página de ira.
 ¡Entonces, furibundo
 Chocarás con los astros, que lanzados
 Volarán de sus órbitas, hundidos
 En el éter profundo;
 Y escombros abrasados
 De mundos destruidos,
 Llevarán el terror a otro sistema...!
 Tente, Musa: respeta el velo oscuro
 Con que de Dios la majestad suprema
 Envuelve la región de lo futuro.
 Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
 Y a millones de mundos ignorados
 El Hacedor magnífico revela.

1825.

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. I, núm. 1, septiembre 1829, ♦.

El Sol, México, núm. 102, 10 octubre 1829. *Bella literatura*.
Al cometa de 1825. Reproducido de *Miscelánea*, ♦.

En la edición de 1832 aparece esta nota del autor:

Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

**A DON DIEGO MARÍA GARAY
EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO**

Cónsul, libertador, padre de Roma,
¿Por qué nubla el dolor tu adusta frente,
Y, en vano reprimido, llanto ardiente
A tus cargados párpados asoma?

Lanza Discordia su funesta poma,
Y ansian tus hijos con furor demente
Que Tarquino feroz rija insolente
Al pueblo rey, que a los tiranos doma.

Dictas fallo de muerte: el pueblo gime
Entre piedad y horror... Con faz umbría
El alma cubres, de tormentos llena...

—Tal respiraba en tí, Garay sublime,
Bruto, y fiero, terrible, parecía
El dios que airado en el Olimpo truena.

Ed. 1832.

Ed. 1825.

Decía así:

Prócer sublime de la libre Roma,
¿Por qué anubla el dolor tu augusta frente,
Y, en vano reprimido, el llanto ardiente
A tus cargados párpados asoma?

Lanza Discordia su funesta poma,
Y hasta tus hijos con furor demente
Quieren que el vil Tarquino holle insolente
Al pueblo rey que a los tiranos doma.

Tú pronuncias su muerte: el pueblo gime
Entre piedad y horror... Con faz sombría
El alma ocultas, de dolores llena...

—Tal me mostrarte tú, Garay sublime,
A Bruto, que terrible parecía
El dios que airado en el limpo truena.

En *El Sol*, México, núm. 1,121, 9 julio 1826, apareció un comunicado firmado *Aquel*, del que trascribimos lo siguiente:

“... me acordé de que en las poesías de este muchacho Heredia, a quien por fas o nefas no dejan de la mano días ha, estaba un soneto sobre Roma libre. Lo busqué y vi que era en elogio del señor Garay. No dudo que éste hubiera dado al cónsul romano más energía, y copio aquí el soneto para que sirva a este recomendable actor de alguna satisfacción por la injusticia con que le tratan algunos flamantes ilustrados”.

A seguidas se copia este soneto, según dice E. Larrondo en nota de su archivo, de donde hemos extraído este dato. También se dice en el mismo comunicado que dicha tragedia era de Victorio Alfieri y de Sabiñón (*sic*).

Es sabido que Heredia admiraba vivamente al actor Garay, al que dedicó su traducción de la tragedia *Sila*.

A SILA

Triunfante Sila, cuyo carro fiero
En las ruedas giró de la fortuna,
La antigua libertad desde tu cuna
Fué tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
No era ya la de Curcio y Cincinato
Y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato
Demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,
El senado magnífico de reyes
Que al Orbe sometido impuso leyes,
Prostituyó el poder, vendióse al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,
Capaz de esclavitud, no de obediencia,
Enmudeció temblando en tu presencia
A fuerza de furor y proscipciones.

No fuiste vil por opresor: en vano
Quisieras libertad: sólo veías
Crimen y esclavos. En tan negros días
Yo hubiera sido como tú tirano.

Con todo tu furor, romano fuiste,
Porque la alzaste al fin libre y señora,
Y con una sonrisa aterradora
Más que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz a Roma oprime,
La liberta tu esfuerzo generoso:
Tú no faltaste a tu valor glorioso;
Faltó tu siglo a tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria
Terror profundo en su grandeza inspira.
Y a los ojos del mundo que te admira,
Aislado te alzas en la vasta historia.

Disté con tanta sangre a los romanos
Saludable lección. Así tu nombre,
Que vivirá inmortal, tremendo asombro
A facciosos, cobardes y tiranos.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. I, No. 13, 24 octubre 1827,
p. 27.

El Aguila Mexicana, noviembre 2, 1827, ♦.

En la versión de *El Amigo del Pueblo*, sólo dos variantes. Sexto verso: "Terror profundo, admiración inspira"; y décimocuarto: "A facciosos, a reyes y tiranos".

Sila es también héroe de una tragedia que Heredia tradujo del autor francés Jouy, en Nueva York, en 1824, dedicando la traducción al actor Diego María Garay. En 1825 se representó dicha obra en México, con gran éxito, actuando en ella el mismo Garay.

A LA RELIGIÓN

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que Amor inspira.
Hoy, santa Religión, quiero cantarte,
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
Con tu solemne inspiración solías
Animar el acento de Isaías,
O del Profeta Rey el noble tono,
Oye mi voz humilde que te implora;
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desaparecida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y a su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestoso,
Y circundan su trono misterioso
La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelación instruye al mundo.

¡ Augusta Religión! De luz cercada
 Bajas al mundo, que el error oprime,
 Mostrando el cielo en ademán sublime,
 Y con la santa cruz tu diestra armada.
 Cubre tus ojos venda misteriosa,
 Y majestosamente
 Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura,
 Tú nos anuncias el primer pecado,
 Al hombre por su mal degenerado,
 Y la inefable redención futura.
 Viene al mundo Jesús, de los humanos
 (¡ Venturoso destino!)
 Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
 La feroz impiedad tachar no puede:
 La voz de los profetas le precede,
 Y el Universo atónito se inclina.
 Enfrénase a su voz el mar airado,
 Y a su mandato fuerte,
 Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
 Y de su inmenso amor víctima santa,
 Entre tormentos cuyo horror espanta,
 Pálido el Hombre-Dios gime y expira.
 Núblase el sol, y yerta se estremece
 La tierra oscurecida,
 En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado,
 Triunfa Jesús, y con glorioso vuelo
 Sube después al esplendente cielo,
 Vencedor de la muerte y del pecado.
 ¡ Milagros inefables! Confundido,
 ¡ Oh Cristo! yo te adoro,
 Te confieso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecución fiera fulmina
 Del infierno frenético lanzada,
 Y con su pura sangre derramada
 Sellan mártires mil su fe divina.
 Triunfas ¡ oh Religión! y al vasto mundo
 Sojuzgas con presteza,
 Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que a la luz de tu antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazón llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío
De hierro asolador el brazo armado,
Teñirlo en sangre, y de terror cercado,
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz a tierra y cielo
Con sonrisa ominosa,
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo a la virtud, gobierna
La tierra alguna vez el crimen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero:
La justicia de Dios vigila eterna;
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo:
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo,
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir a la opresión sangrienta,
Eterno galardón busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas, ¡oh Religión! De tu victoria
Irritados los genios infernales,
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del orco agitado
Lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya, el hombre te maldice,
Y con grito blasfemo,
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisición! Cueva de horrores,
Descubre al Universo tus arcanos,
Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela y los furores.
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
En tu infernal abismo,
Apelaban a Dios del fanatismo!

¡Divina Religión! Tú que veías
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre a la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna gemías.
El te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno,
Y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como después del huracán violento,
En el atormentado firmamento
Con más cándida faz brilla la luna ;
Y el mundo te verá, desengañado,
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazón a la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. III, No. 9, 27 febrero 1828,
p. 283.

El Sol, México, núm. 1724, 3 marzo 1828. Reproducida de
El Amigo del Pueblo.

El Mensajero Semanal, Nueva York, t. I, No. 45, 27 junio 1829,
I 329.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. II, No. 4, abril 1832,
p. 123.

En *El Amigo del Pueblo* y en *El Mensajero Semanal*, después de la frase: "Viene al mundo Jesús", la estrofa VI termina así:

Del justo Cielo
Para templar la ira,
Sangriento el Hombre-Dios gime y expira.

y faltan la VII, que comienza: "Del justo Dios para templar la ira", y la VIII que comienza: "Por su propia virtud resucitado".

En la versión publicada por *El Amigo del Pueblo* figuran, en cambio, entre la estrofa XVII de la ed. de 1832, que termina: "Feroz insulta al Hacedor Supremo", y la XVIII, que empieza: "Bárbara Inquisición! Cueva de horrores", las dos siguientes, no reproducidas, que sepamos, en ninguna edición posterior:

Tierra de maldición, feroz España,
Que adoraste sacrilega y demente
Al tribunal horrendo que insolente
Empozoñó tu seno con su saña:
La humanidad al contemplarte gime,
Y en majestad severa
Fulmina Dios la detestable hoguera.

Y para dar a tu impiedad castigo,
Al mal te abandonó. Miserable y yerta,
A discordia civil te ves abierta,
Del déspota a merced y el enemigo.
El Cielo vengador, sobre tu rostro,
Antes tan noble y bello,
De la ruina y baldón impuso el sello.

En *El Mensajero Semanal*, además de las estrofas VII y VIII, falta la XVIII de la ed. de 1832, que comienza: "Bárbara Inquisición! Cueva de horrores".

La versión publicada en *Miscelánea* es la misma que aparece en la ed. de 1832.

LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

En los climas brillantes do Natura
Más pródiga derrama sus tesoros,
Habitaban los indios ignorados;
Y eternamente en derredor ceñido
Por océano profundo,
Ocultábase un mundo al otro mundo.

Por un genio profético inspirado
Le buscaba Colón. Embebecido,
Meditaba en su gloria venidera,
Mientras del este rápido impelida,
De destinos preñada,
Iba cortando el mar su breve armada.

Pero de sus cobardes compañeros
Va creciendo el pavor. Un mar furioso,
Navegado jamás, de mil terrores
Llena su atormentada fantasía.
Uno, el más atrevido,
Les habla así con tono dolorido:

“¡Compañeros de afán! Cuarenta veces
Hizo su giro el sol, sin que veamos
Las costas de la tierra codiciada
Que nos anuncia el infeliz piloto,
A quien ciegos creímos,
Cuando anhelantes por el mar partimos.

En vez de las riquezas y la gloria
Con que nos halagó su falsa lengua,
Vemos muerte doquier. ¡Miseros! nunca
Gozaréis las caricias filiales,
Ni en languidez dichosa
El dulce beso de la casta esposa.

Doquiera vuelvo en derredor los ojos,
 El horizonte vago recorriendo,
 Encuentra sólo mi turbada vista
 De tempestades hórridas cargado
 Un cielo triste y denso,
 Y en este oscuro mar sepulcro inmenso.

Nunca, nunca la altura en que vagamos
 Miró ningún mortal. Ved cuál se turba
 Ya trémulo el imán, y vacilando
 A tanta inmensidad, nos abandona
 Bajo este ardiente cielo
 A errar sin esperanza ni consuelo.

Y al cabo a perecer. Hambre rabiosa,
 Sobre nosotros lanzaráse presto
 A finar en tormentos nuestra vida,
 Si antes no hallamos muerte menos dura
 En escollos clavados,
 O del fuego celeste fulminados.

Y ¡os obstináis en ceguedad funesta,
 Sordos ¡ay! a la voz del desengaño?
 ¡Vil seductor! ¡A su codicia insana
 Nos hemos de inmolar? Alzad, amigos,
 Y la muerte evitemos,
 Y a la patria dulcísima tornemos”.

Dice, le aplauden, y sonando el eco
 Revuelve por el aire y oceano
 El extraño clamor, mientras en la popa,
 El cobarde murmurio despreciando
 De la chusma impaciente,
 Alza Colón imperturbable frente.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. IV, No. 6, 7 mayo 1828,
 p. 188.

El Sol, México, núm. 1803, 22 mayo 1828, ♦.

Calendario de las Señoritas Megicanas para el año 1833, dis-
 puesto por Mariano Galván, México, 1832, ♦.

CONTEMPLACIÓN

¡ Cuán inmenso te tiendes y brillante,
 Firmamento sin límites! Doquiera,
 En el puro horizonte iluminado
 Por la argentada lumbre de la luna,
 Te asientas en el mar. Las mansas olas,
 Del viento de la tierra al blando soplo
 Levemente agitadas, en mil formas
 Vuelven la luz serena que despide
 La bóveda esplendente, y el silencio
 Y la quietud que reina en el profundo,
 Llevan el alma a meditar.

¡ Oh cielo,
 Fuente de luz, eternidad y gloria!
 ¡ Cuántas altas verdades he aprendido
 Al fulgor de tus lámparas eternas!
 De mi niñez en los ardientes días
 Mi padre venerable me contaba
 Que Dios, presente por doquier, miraba
 Del hombre las acciones, y en la noche
 El cielo de los trópicos brillante
 Contemplando con éxtasis, creía
 Que tantas y tan fúlgidas estrellas
 Eran los ojos vivos, inmortales
 De la Divinidad.

Cuando la vista
 A la región etérea levantamos,
 Atónitos en ella contemplamos
 Del Hacedor sublime la grandeza.
 En el fondo del alma pensativa
 Se abre un abismo indefinible: el pecho
 Con suspirar involuntario invoca
 Una felicidad desconocida,
 Un objeto lejano y misterioso,
 Que del mundo visible en los confines

No sabe designar. La fantasía
 Al recorrer la multitud brillante
 De soles y sistemas enclavados
 En su gloriosa eternidad, se humilla
 Ante el Creador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan
 Esta celeste fábrica, y los astros
 En elíptico giro precipitan,
 No desdeñan del hombre la miseria,
 Y con profundo universal acento
 Le dictan su deber. En todo clima,
 Del polo al ecuador, su voz augusta
 Beneficencia y paz impone al hombre,
 Que de pasiones fieras agitado
 Turba con su furor el triste globo,
 Y a error, venganza y ambición erige
 Sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,
 Que en los humanos pechos colocaste
 La semilla del bien, la mente mía
 De la santa virtud por el sendero
 Dígnate dirigir: abre mi oído
 Al grito del dolor; haz que mi seno
 De la tierna piedad guarde la fuente,
 Y a la opresión, al crimen insolente,
 Pueda arrostrar con ánimo sereno.

1831.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. I, núm. 4, septiembre 1831, ♦.

El Sol, México, núm. 836, 14 octubre 1831. Reproducida de *Miscelánea*, ♦.

PROGRESOS DE LAS CIENCIAS

FRAGMENTO

La Física incansable, indagadora,
Analiza la gran Naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
Entre persecuciones y peligros,
De inquisidor fanático a despecho,
Consagrados errores disipando,
Su libertad reivindicó a la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
La noble frente a Júpiter sublime
Coronó de satélites, y a Febo
Sentó en inmóvil refulgente trono.

El volador cometa vagabundo
De siglo en siglo iluminaba el cielo
Con siniestro fulgor, vaticinando
Fúnebre porvenir. La ciencia osada
Midió por fin su elíptico sendero,
Anunció su venida, despojóle
De usurpado terror, y el astro, humilde
Obedeció del sabio los decretos.

Torricelli, Pascal, su peso miden
A la impalpable atmósfera: encerrado
En férreo tubo el aire se desata,
Y feroz ante sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo,
Por cristalino prisma dividido,
Entre la oscuridad que le circunda
Hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
Su fulgente corona, y concentrado
Se arma feroz de innumerables puntas,
Y a los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitación la esfera
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,
Hace girar en su órbita la tierra,
Y, de ella en pos, a la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado,
Revuelve sus anillos misteriosos,
Que oculta o muestra: Júpiter eclipsa
Sus brillantes satélites, y el sabio
Nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio
Busca del norte la querida estrella,
Y en el inmenso mar, en negra noche,
Fija su rumbo al navegante incierto.
El agua, del calor atormentada,
O al choque de la eléctrica centella
En diferentes gases convertida,
A la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito, a los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
Que enseñó la atracción del verdadero,
Y pudo el hombre desarmar las nubes.
Del galvanismo al poderoso impulso,
Tiembla y se agita el pálido cadáver
Con misteriosa convulsión, y casi
Duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna
Del microscopio mágico en el seno,
Y en sus miembros y espalda cristalina
Centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
Hierven insectos mil, y nuevos mundos
A la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos,
La Química sorprende a los metales,
Y su corriente sólida persigue.
La acción devoradora de la llama
Hace brotar de calcinadas piedras
El líquido mercurio, y resplandee,
Entre la arena vil, pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo
Hinche ligero gas: en él suspenso
Deja la tierra el físico atrevido,
Con rápido volar hiende las nubes,
Muy más allá de su región oscura
Bebe del sol purísimo la lumbre,
Y sobre un horizonte ilimitado
Los desiertos del éter señorea.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toruca, t. II, No. 5, mayo 1832,
p. 154.

En el volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, de la Biblioteca Nacional, al pliego 16, aparece esta composición, con el subtítulo *Trozo didáctico*, y una variante en la tercera estrofa, que dice: "Marca el momento y las distancias mide".

ATENAS Y PALMIRA

Al contemplar las áticas llanuras
 En la serena cumbre del Himeto,
 Espectáculo espléndido se goza.
 Vense grupos de palmas, que otro tiempo
 Oyeron de Platón la voz divina,
 Y entre masas brillantes de verdura
 Alza el olivo su apacible frente.
 Cubre la viña el ondulante suelo
 De esmeraldas y púrpura, y los valles
 En diluvio de luz el sol inunda.
 Entre tantas bellezas, majestosa,
 Con marmóreo esplendor domina Atenas.
 En sus dóricos templos y columnas
 Juega la luz rosada,
 Y con mágica tinta
 El contorno fugaz colora y pinta.

¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
 Goza placer más puro y más sublime
 El solitario y pensador viajero
 Que a la luz del crepúsculo sombrío,
 Entre un océano de caliente arena
 Contempla el esqueleto de Palmira,
 De alto silencio y soledad cercado.
 ¡Desolación inmensa! El obeliseo,
 Cual roble anciano, se levanta al cielo
 Con triste majestad, y el cardo infausto,
 Brotando en grietas del mármoreo techo,
 Al viento sirio silba. En los salones
 Do la elegancia y el poder moraron,
 Hoy la culebra solitaria gira.
 En el suelo de templos quebrantados
 Crecen los pinos, y en las anchas calles,
 Que antes hirvieron en rumor y vida,
 Se mira ondear la yerba silenciosa.

Doquier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso
En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de las ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas
De su frente el dolor al sabio cuenta.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. II, No. 5, mayo 1832,
p. 159.

Entre los papeles del Dr. Vidal Morales y Morales que se guardan en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana, aparece una fotografía de la primera página del que parece ser original o borrador de esta poesía, bajo el título de: *Versos escritos después de haber visto los panoramas de Atenas y Palmira*. En dicha página, las únicas variantes son: en el segundo verso: “En la templada cumbre del Himeto”; en el undécimo “majestosa”, en vez de “majestuosa”; en el décimo-octavo aparece tachado el artículo “un” antes de la palabra “placer”; y en el vigésimosegundo había escrito primero: “Ve el esqueleto inmenso de Palmira”, lo que tachó, corrigiéndolo en la forma en que aparece en el texto de 1832.

MISANTROPÍA

*Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.*

MORATIN.

Entre deseos férvidos y penas
Y tedio y duda fúnebre vagamos:
"Tan sólo sé que todo lo ignoramos",
Dijo el mayor filósofo de Atenas.
Y dijo bien: el hombre miserable
Nace para sufrir, y desmentida
Queda la vana charla de los sabios
Por el grito doliente que sus labios
Lanzan en los umbrales de la vida.
Desde la cuna hasta el sepulcro yerto
Por siempre lucha con dolor y crimen,
Y está por mil deseos abrasado,
O bien suspira, por el tedio helado.
Ni el sangriento laurel de la victoria,
Ni el engañoso brillo de la gloria
Endulzan ¡ay! su lamentable suerte.
¡Hijo infeliz de incertidumbre y muerte!

Si finalmente deja fatigado
La triste decepción de los placeres,
Y en la razón estéril apoyado,
Con vanas discusiones
Establecer intenta sus deberes,
Halla sólo doquier contradicciones,
Y decidir no puede con certeza
Dó acaba la virtud, y el vicio empieza.

La misma inspiración modificada
 Es crimen o virtud, noble o perversa.
 Así la llama del valor divina
 Que un semidiós eleva en Decio fuerte,
 Respira sangre, asolación y muerte
 En el abominable Catilina.

Yo ví al pueblo furioso,,
 De pérfido tirano
 Frenético besar la cruenta mano,
 Y bendecir su yugo pavoroso.
 ¡Ay! de sus defensores al suplicio
 Vile aplaudir con vértigo funesto,
 Apellidar flaqueza la templanza,
 Y sublime virtud y santo celo
 Por el honor del Cielo,
 El odio vil y bárbara venganza.

Por estúpidos brazos manejadas,
 Vi ¡oh baldón! a las armas vencedoras,
 De independencia ya conquistadoras,
 En discordia civil ensangrentadas.
 Justicia, humanidad, atropelladas
 Vi de la patria en el sagrado nombre:
 Como tigres o furias irritadas,
 Doquier vi al hombre perseguir al hombre.
 Doquier la demagogia sanguinosa,
 Cual hidra ponzoñosa,
 La multitud escuálida subleva;
 A desgarrar el seno de la patria
 Con furibunda ceguedad la lleva;
 Y maldiciendo el yugo de los reyes,
 Cubre de fango, lágrimas y sangre
 La Libertad y las holladas leyes.
 De Californias al opuesto polo
 Pululan ¡ay! los crímenes insanos:
 ¡Veo cien mil demagogos, mil tiranos,
 Y ni un patriota solo...!

¡Oh Civilización! ven asentada
 En el carro del Tiempo silencioso,
 Y reanime tu soplo delicioso
 Del mundo yerto la beldad ajada.
 De opresores plebeyos y reales
 Caiga la destructora tiranía,

Y al tronó fiero y libertad impía
No cerquen bayonetas y puñales.
Cuarenta siglos de furor y males
Instruyan ¡ay! al hombre.
La santa Religión su voz ánime,
Y fulminado el iracundo Marte,
Despliegue triunfadora el estandarte
De tolerancia y de moral sublime;
Y en sus ejes eternos afirmado
Con reposo profundo,
Goce justicia y paz el triste mundo.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. II, No. 6, junio 1832,
p. 189.

En el pliego No. 18 del volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, existente en la Biblioteca Nacional, aparece copiada esta composición, sin título ni epígrafe, y con las siguientes variantes:

Segunda estrofa, verso 1º: "Si deja fatigado". Tercera estrofa, primeros versos:

Yo ví al pueblo español, ciego y furioso,
Vender a sus campeones, del tirano
Frenético besar, etc.

Quinta estrofa, antepenúltimo verso: "Y en sus ejes eternos afianzado".

Existe, con este mismo título, otra poesía de Heredia, publicada en las ed. de 1825 y de 1832, que reproducimos entre las *Poesías Amorasas*.

MEDITACIÓN MATUTINA

Pasé la noche tranquila
En el sueño sepultado,
Y por la luz despertado,
Saludo al sereno albor.
Como si naciese ahora
Siento y gozo la existencia:
¡Mi alma cobra su potencia,
Y a tí se eleva, Señor!

Tu mano sabia me guíe
Por el arduo laberinto
En cuyo triste recinto
Vagará mi incierto pié.
Y protéjame tu escudo
Del crimen y sus furores,
De los peligros y errores
Que débil arrostraré.

Presto cerrará mis ojos
Otro sueño más profundo;
Noche más larga, del mundo
El cuadro me velará.
Pero siempre mi flaqueza
Sostendrá tu mano fuerte,
Y aun más allá de la muerte,
Piadosa me salvará.

Ese sueño misterioso
Debe terminar un día,
Y esa tiniebla sombría
Disipará tu esplendor.
Me inundará luz eterna,
Rasgado el fúnebre velo,
Y las delicias del cielo
Me dará tu inmenso amor.

Ed. 1832.

Esta composición, lo mismo que en el poema *La Inmortalidad*, imitado de Young, que publicamos en este volumen entre las *Imitaciones y Traducciones*, aparece como apéndice a la ed. de 1832, después del índice. Fueron incluidos para completar el volumen en los ejemplares enviados a Cuba, en los que había sido preciso suprimir las poesías patrióticas para que pudiera circular la edición.

A LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

¡Escollo vencedor del tiempo cano,
Isla en el mar oscuro del olvido,
Misterio entre misterios distinguido,
De un inmenso arenal gran meridiano!

¡Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y ponderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolación trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dan la mano
La eternidad que fué con la futura:
¡La voz de lo pasado en ti murmura,
De una tierra ya muda escombros vano!

¡Qué triunfos, qué desastres, qué mudanzas
Has presenciado! ¡Cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre...!
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez, se han abismado:
Reyes, sabios, guerreros han pasado,
Y en el abismo mísero se hundieron.

De tus autores pereció la historia.
Tal vez su polvo, que arrebató el viento,
Empañó el exterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, a un punto reducida
Do te acercas al cielo, ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas,
Y su esperanza en polvo convertida... ?

Cuando tu incierto origen indagamos,
Escribe en tí, cual en funérea losa,
El irónico Tiempo: "Obra gloriosa
De monarca potente—que ignoramos."

1o. noviembre 1836.

Cuaderno manuscrito de copias de composiciones de Heredia que perteneció al archivo de J. A. Escoto.

Aguinaldo Habanero, La Habana, 1837, p. 85.

ÚLTIMOS VERSOS

¡Oh Dios infinito! ¡Oh Verbo increado
Por quien se crearon la tierra y el cielo
Y que hoy entre sombras de místico velo
Estás impasible, mudo en el altar!

Yo te adoro: en vano quieren sublevarse
Mi razón endeble y cuatro sentidos,
De Dios el acento suena en mis oídos,
Y Dios a los hombres no puede engañar.

Mi fe te contempla, como si te viese
Cuando por la tierra benéfico andabas,
Curando mil males, y al hombre anunciabas
El reino celeste, la vida sin fin;

O en aquel momento que arrancó a la tumba
Al huérfano joven tu palabra fuerte,
Cuando abrió sus garras la atónita muerte,
Y gimió de gozo la viuda en Naím.

¡Redentor divino! Mi alma te confiesa
En el sacramento que nos has dejado,
De pan bajo formas oculto, velado,
Víctima perenne de inefable amor,

Cual si te mirase sangriento, desnudo,
Herido, pendiente de clavos atroces
Morir entre angustias e insultos feroces,
Entre convulsiones de horrendo dolor.

¡Señor de los cielos! ¡Cómo te ofreciste
A tan duras penas y bárbaros tratos
Por tantos inicuos, por tantos ingratos,
Que aún hoy te blasfeman, oh dulce Jesús!

Yo, si bien cargado con culpas enormes,
Mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,
Y humilde gimiendo, mi parte reclamo
De la pura sangre que mana tu cruz.

¡Extiende benigno tu misericordia,
(La misma, Dios bueno, que usaste conmigo)
A tanto infelice que es hoy tu enemigo
Y alumbre sus almas triunfante la fe!
Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
Por todos servirte, por todos amarte,
De tantas ofensas fiel desagraviarte...
¿Más cómo lograrlo ¡mísero! podré?

Permite a lo menos que mi labio impuro
Una su voz débil a los sacros cantos
Con que te celebran ángeles y santos,
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.
Mis súplicas oye: aumenta en mi pecho
Tu amor, Jesús mío, la fé, la esperanza,
Para que en la eterna bienaventuranza,
Te adore sin velo, y goce de ti.

Mayo 1839.

Esta última composición poética de Heredia, escrita en la ciudad de México días antes de su muerte, fué publicada en el *Noticioso y Lucero*, de la Habana, 25 octubre 1839, de donde la copiamos, con el siguiente título: *Últimos versos; que compuso el Lcd. don José María Heredia, como sus actos de fe, esperanza y caridad, poco antes de fallecer en 7 de mayo de 1839, a la edad de 35 años*. Poco antes había aparecido en *La Aurora*, Matanzas, 19 septiembre del mismo año, con el título de *La oración del poeta moribundo*; y posteriormente se ha publicado también con los títulos de *A Dios* y *Al Santísimo Sacramento*. De ello puede deducirse casi seguramente que Heredia no les dió título.

POESÍAS DESCRIPTIVAS

EN UNA TEMPESTAD

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no miráis? El suelo escarban,
De insoportable ardor sus pies heridos:
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando.
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día...
¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y a su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestoso...!
¡Gigante de los aires, te saludo...!
En fiera confusión el viento agita
Las orlas de su parda vestidura...

¡Ved...! ¡En el horizonte
 Los brazos rapidísimos enarcan,
 Y con ellos abarca
 Cuanto alcanzo a mirar de monte a monte!

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo
 Levanta en torbellinos
 El polvo de los campos agitado...!
 En las nubes retumba despeñado
 El carro del Señor, y de sus ruedas
 Brota el rayo veloz, se precipita,
 Hierde y aterra al suelo,
 Y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...? Desatada
 Cae a torrentes, oscurece el mundo,
 Y todo es confusión, horror profundo.
 Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
 ¿Dó estáis...? Os busco en vano:
 Desparecísteis... La tormenta umbría
 En los aires revuelve un oceano
 Que todo lo sepulta...
 Al fin, mundo fatal, nos separamos:
 El huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
 De tu solemne inspiración henchido,
 Al mundo vil y miserable olvido,
 Y alzo la frente, de delicia lleno!
 ¿Dó está el alma cobarde
 Que teme tu rugir...? Yo en ti me elevo
 Al trono del Señor: oigo en las nubes
 El eco de su voz; siento a la tierra
 Escucharle y temblar. Ferviente lloro
 Desciende por mis pálidas mejillas,
 Y su alta majestad trémulo adoro.

Septiembre 1822.

Ed. 1832.

Ed. 1825. *Versos escritos en una tempestad.*

El Mensajero Semanal, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto
 1829, p. 379. En el ya citado artículo de José Antonio Saco apa-

reció la última estrofa de la versión de 1825, que termina: “Y a su alta majestad tiemblo y le adoro”.

En la obra *Selections from the best Spanish poets*, Nueva York, 1856, apareció una excelente versión inglesa de esta poesía, con el título de *The Hurricane*, obra del renombrado poeta norteamericano William Cullen Bryant, y que ha sido reproducida en el folleto de F. González del Valle, *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*. También se publicó traducida al inglés, con el título de *In a Tempest. To the Hurricane*, en la obra *Mexican and South American Poems (Spanish and English)*, translated by Ernest Green and Miss H. von Lowenfels, San Diego, Cal., 1892. Esta última versión es muy literal y notablemente inferior a la de Bryant.

LA ESTACIÓN DE LOS NORTES

Téplase ya del fatigoso estío
El fuego abrasador: del yerto polo
Del septentrión los vientos sacudidos,
Envueltos corren entre niebla oscura,
Y a Cuba libran de la fiebre impura.

Ruge profundo el mar, hinchado el seno,
Y en golpe azotador hiere las playas:
Sus alas baña Céfiro en frescura,
Y vaporoso, transparente velo
Envuelve al Sol y al rutilante cielo.

¡Salud, felices días! A la muerte
La ara sangrienta derribáis que mayo
Entre flores alzó: la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impía,
Y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veían con adusta frente
De las templadas zonas a los hijos
Bajo este cielo ardiente y abrasado:
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y a la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del norte el viento,
Purificando el aire emponzoñado,
Tiende sus alas húmedas y frías,
Por nuestros campos resonando vuela,
Y del rigor de agosto los consuela.

Hoy en los climas de la triste Europa
Del aquilón el soplo enfurecido
Su vida y su verdor quita a los campos,
Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre yerto en su mansión encierra.

Todo es muerte y dolor: en Cuba empero
 Todo es vida y placer: Febo sonríe,
 Mas templado entre nubes transparentes,
 Da nuevo lustre al bosque y la pradera,
 Y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa! ¡Tú, favorecida
 Con el mirar más grato y la sonrisa
 De la Divinidad! No de tus campos
 Me arrebate otra vez el hado fiero.
 Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

¡Oh! ¡con cuánto placer, amada mía,
 Sobre el modesto techo que nos cubre
 Caer oímos la tranquila lluvia,
 Y escuchamos del viento los silbidos,
 Y del distante Oceano los bramidos!

Llena mi copa con dorado vino,
 Que los cuidados y el dolor ahuyenta:
 El, adorada, a mi sedienta boca
 Muy más grato será de tí probado,
 Y a tus labios dulcísimos tocado.

Junto a tí reclinado en muelle asiento,
 En tus rodillas pulsaré mi lira,
 Y cantaré feliz mi amor, mi patria,
 De tu rostro y de tu alma la hermosura,
 Y tu amor inefable y mi ventura.

Octubre 1822.
 Ed. 1832.

Ed. 1825.

En la lección de 1825, en vez de: “¡Patria dichosa! Tú, favorecida”, dice: “¡Patria adorada! Tú, favorecida”.

En la obra titulada *Selections from the poems of Don José María Heredia, with translations into english verse*, y publicada en La Habana, en 1844, por James Kennedy, literato inglés, Juez del Tribunal Mixto en La Habana para la represión del tráfico de esclavos africanos y miembro del Parlamento Británico, figura una versión inglesa de esta composición, que el mismo Kennedy reprodujo en su obra *Modern poets and poetry of Spain*, Londres, 1852, y que aparece en *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, de F. González del Valle.

Nosotros hemos hallado otra traducción inglesa de esta poesía, que nunca se ha publicado, ni, que sepamos, mencionado siquiera, en Cuba. Es obra del literato norteamericano W. H. Hurlbut, y aparece en la copia de un artículo de este autor, *The poetry of Spanish America—North American Review*, Boston, enero 1849— que encontramos entre los papeles del Dr. Vidal Morales y Morales existentes en la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País. Por ser inédita y desconocida en nuestro país, la insertamos a continuación. Después de traducir en verso gran parte del *Himno del Desterrado*, dice así Hurlbut:

Otras poesías de Heredia hemos traducido; pero no nos permiten los límites de este artículo insertarlas; de éstas mencionaremos, como las mejores, las intituladas *A los Griegos*, y *A mi Padre en sus días*, y unos versos *A mi Caballo*, los cuales, si bien llenos de brío, tienen la expresión y el sentimiento tan peculiares a la raza del autor, que tememos presentarlos vestidos a la inglesa. Como de un gusto más universal, vamos a ofrecer al lector *La Estación de los nortes*, que es una de las composiciones más leídas de Heredia, advirtiéndole que nuestra versión está muy lejos de ser perfecta y que, por ser muy inferior a las otras, hemos omitido una estrofa.

Inmediatamente aparece dicha versión, cuyo texto es el siguiente:

The weary summer's all-consuming heat
Is tempered now; for from the frozen pole,
The freed north winds come fiercely rushing forth,
While the foul fever flies from Cuba's shore.

Deep roars the Ocean, heaving high his breast,
And smites the beach with long resounding blows;
Zephyr his wings in dewy freshness bathes,
And floating vapors veil transparently
The glowing sun and the resplendent sky.

Hail, happy days! whose healing might o'erthrows
The bloody shrine which May, amid her flowers,
Built up to Death, while close beside her stood
Attendant Fever, ghastly pale and fierce,
A gleaming form, clothed on with Nature's curse.

With threatening eyes the kindred spirits saw
The white-browed sons of milder regions move
Beneath the terrors of this tropic sky;
They saw, they touched them with the fatal rod,
Their frames are dust, their souls are with their God.

But their fell reign is o'er; the northern wind
Driving the noxious poisons from the air,
Spreads its broad wings above us, moist and cool,
And echoing sweeps upon its blessed way,
Bringing us rest from August's sultry day.

O'er the far fields of Europe's gloomy land,
Rushes in wrath untamed the selfsame blast,
Spoiling the earth of verdure and of life,
Whelming the wreck beneath a snowy tomb,
While man lies shivering in his frozen home.

There all is death and grief; but Cuba now
Smiles with new life and joy; the beaming sun,
His glories softened by translucent clouds,
Lends a new lustre to the grove and plain,
And wakes them all to joyous spring again.

My happy land! thou favored land of God,
Where rest his mildest looks, his kindest smiles,
O, never more from thy beloved soil
May cruel Fortune tear me; but be thine
The latest light that on these eyes shall shine!

How sweet, dear love, to listen to the rain
That patters softly on our humble home,
To hear the wild winds whistling o'er the plain,
And the deep booming of the Ocean's roar
Where shattering surges lash the distant shore!

Here, by thy side, on softest couch reclined,
My throbbing lyre shall rest upon thy knees,
And my glad heart shall sing the boundless peace
Of thy fair soul, the light of thy dear face,
My happy lot, and God's surpassing grace.

Hurlbut agrega, erróneamente, que estos versos fueron escritos en México y dedicados a su esposa.

A L S O L

Yo te amo, Sol: tú sabes cuán gozoso,
 Cuando en las puertas del oriente asomas,
 Siempre te saludé. Cuando tus rayos
 Nos arrojas fogoso
 Desde tu trono en el desierto cielo,
 Del bosque hojoso entre la sombra grata
 Me deleito al bañarme en la frescura
 Que los céfiros vierten en su vuelo;
 Y me abandono a mil cavilaciones
 De inefable dulzura
 Cuando reclinas la radiosa frente
 En las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio
 Sólo de vicios y maldad ansioso,
 Rara vez alza a ti su faz ingrata.
 Tras el festín nocturno crapuloso
 Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
 Y tu fuego le ofende,
 Tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
 ¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
 A admirar y gozar, yo lo desprecio:
 Disfruten otros su letal riqueza.
 Y yo contigo mi feliz pobreza.

¡Oh! ¡cuánto en el Anáhuac
 Por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
 Mirábase encorvado
 Hacia la tumba oscura.
 En el invierno rígido, inclemente,
 Me viste, al contemplar tu tibio rayo,
 Triste acordarme del fulgor de mayo,
 Y alzar a ti la moribunda frente.
 “¡Dadme”, clamaba, “dadme un sol de fuego,

“Y bajo él agua, sombras y verdura,
 “Y me veréis feliz...!” Tú, Sol, tú solo
 Mi vida conservaste: mis dolores
 Cuan humo al aquilón desaparecieron,
 Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
 En mi pálida faz resplandecieron.

 Mi patria... ¡oh Sol!... mi suspirada Cuba,
 ¿A quién debe su gloria,
 A quién su eterna virginal belleza?
 Sólo a tu amor. Del Capricornio al Cáncer
 En giro eterno recorriendo el centro,
 Jamás de ella te apartas, y a tus ojos
 De cocoteros cúbrese y de palmas,
 Y naranjos preciosos, cuya pompa
 Nunca destroza el inclemente yelo.
 Tus rayos en sus vegas
 Desenvuelven los lirios y las rosas,
 Maduran la más dulce de las plantas,
 Y del café las sales deliciosas.
 Cuando en tu ardor vivífico la viertes
 Larga fuente de vida y de ventura,
 ¿No te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

 Mas a veces también por nuestras cumbres
 Truena la tempestad. Entristecido
 Velas tu pura faz, mientras las nubes
 Sus negras olas por el aire ardiente
 Revuelven con furor, y comprimido
 Ruge el rayo impaciente,
 Estalla, luce, hiere y un diluvio
 De viento y agua y fuego se desata
 Sobre la tierra trémula, y el caos
 Amenaza tornar... Mas no, que lanzas
 ¡Oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
 La confusión de nubes y a la tierra
 Llega a dar esperanza. Ella con ansia
 Le recibe, sonrío, y rebramando
 Huye ante ti la tempestad. Mas puro
 Centella tu ancho disco en occidente.
 Respira el mundo paz: bosque y pradera
 Se ornan de nuevas galas,
 Mientras al cielo con la tierra uniendo
 El iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la Creación! Cuando el Eterno
 Del primitivo caos
 Con imperiosa voz sacó la tierra,
 ¿Qué fué sin tu presencia? Yermo triste
 Do inmóviles reinaban
 Frialdad, silencio, oscuridad... Empero
 La voz omnipotente
 Dijo: "¡Enciéndase el Sol!" y te encendiste,
 Y brotaste la luz, que en raudó vuelo
 Pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida,
 Al curso eterno te lanzaste luego!
 ¡Cómo, al sentir tu delicioso fuego,
 Se animó la Creación estremecida!
 La sombra de los bosques,
 El cristal de las aguas,
 Las brisas y las flores,
 Y el rutilante cielo y sus colores
 A una mirada tuya parecieron,
 Y el placer y la vida
 Su germen inmortal desarrollaron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
 Te obedecen también: raudos giraban
 Sin órbita ni centro,
 Del éter en las vastas soledades.
 El Criador soberano sujetólos
 A tu poder, y les pusiste rienda,
 A tu fuerte atracción los enlazaste,
 Y en derredor de ti los obligaste
 A que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres sólo
 Criatura como yo, y estrella débil
 (Como las que arden por la noche umbría
 En el cielo sin nubes), en presencia
 De tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
 Omniscio, omnipotente, dirigiendo
 Con designios profundos
 Tantos millones férvidos de mundos,
 Reina en el corazón del Universo.

Espejo ardiente en que el Señor se mira,
 Ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
 Ya con el rayo y espantoso trueno

Al mundo lance su terrible ira;
 Gloria del Universo,
 Del empíreo señor, padre del día,
 ¡Sol! oye: si mi mente
 Alta revelación no iluminara,
 En mi entusiasmo ardiente
 A ti, rey de los astros, adorara.

Así en los campos de la antigua Persia
 Resplandeció tu altar; así en el Cuzco
 Los incas y su pueblo te acataban.
 ¡Los incas! ¡Quién, al pronunciar su nombre,
 Si no nació perverso,
 Podrá el llanto frenar...? Sencillo y puro,
 De sus criaturas en la más sublime
 Adorando al Autor del universo,
 Aquel pueblo de hermanos,
 Alzaba a ti sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error! ¡Oh Sol! Tú viste
 A tu pueblo inocente
 Bajo el hierro inclemente
 Como pálida mies gemir segado.
 Vanamente sus ojos moribundos
 Por venganza o favor a ti se alzaban:
 Tú los desatendías,
 Y tu carrera eterna proseguías,
 Y sangrientos y yertos espiraban.

Créese de 1821 a 1823.
 Ed. 1832.

Ed. 1825.

En esta versión, entre otras muchas variantes ligeras, la tercera estrofa comienza así:

¡Oh, cuántas veces, lejos de mi patria,
 Del Anahuac sobre las yertas cumbres,
 Suspiré por tu ardor! Mi cuerpo débil,
 De tu influjo benéfico privado,
 Y a enfermedad ligado,
 Ya se inclinaba hacia la tumba oscura.
 En el invierno, etc.

Y en vez de: "Mi patria... ¡oh Sol! mi suspirada Cuba",
 dice: "Mi patria... ¡oh Sol! mi idolatrada Cuba".

En *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 35, 2 abril 1829, p. 276—en artículo reproducido de *Ocios de españoles emigrados en Londres*, 21 diciembre 1825—y en el mismo *Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto 1829, p. 378, se publicaron fragmentos de esta versión. En el No. 35, las estrofas tercera, cuarta y quinta, y en el No. 51, las cuarta y quinta. Las estrofas tercera y cuarta fueron reproducidas en el *Correo Literario y Mercantil* de Madrid, 4 agosto 1826, donde se dió a la composición el título de *Oda al Sol*.

En los pliegos 21-23 del volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, que se guarda en la Biblioteca Nacional, aparece copiada esta poesía, en versión que presenta casi todas las variantes existentes en la de 1825. La octava estrofa dice así:

Y esos planetas, tu inmortal corona,
Te obedecen también: vagos giraban
Sin dirección ni freno,
Del espacio en las vastas soledades;
Y los miró el Criador; abandonólos
A tu poder, y les pusiste rienda,
A tu vasta atracción los sujetaste,
Y en derredor de ti los contemplaste
Seguir furiosos inerrable senda.

Es igual a la de 1825, salvo que ésta dice: “Vagos giraban” y “Y los viera el Criador”. En la novena estrofa, en vez de: “Con designios profundos”, dicen ambas: “Con sus ojos profundos”. Además, ofrecen muchas otras variantes ligeras.

El mencionado trabajo sobre las poesías de Heredia, original de Villanueva y publicado en la revista *Ocios de españoles emigrados en Londres*, donde figuraban fragmentos de esta composición, fué reproducido en *El Sol*, México, 21 junio 1826, número 1,103, y antes en *El Aguila*, de la misma ciudad, en 19 del mismo mes y año.

NIÁGARA

Dadme mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz...! Niágara undoso,
Sola tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano,
Azotado del austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé: mas su fiereza
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía

En vagos pensamientos se confunde
 Al contemplar la férvida corriente
 Que en vano quiere la turbada vista
 En su vuelo seguir al ancho borde
 Del precipicio altísimo: mil olas,
 Cual pensamiento rápidas pasando,
 Chocan, y se enfurecen,
 Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
 Y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... El abismo horrendo
 Devora los torrentes despeñados:
 Crúzanse en él mil iris, y asordados
 Vuelven los bosques el fragor tremendo.
 Al golpe violentísimo en las peñas
 Rómperse el agua, y salta, y una nube
 De revueltos vapores
 Cubre el abismo en remolinos, sube,
 Gira en torno, y al cielo
 Cual pirámide inmensa se levanta,
 Y por sobre los bosques que le cercan
 Al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista
 Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
 Alrededor de tu caverna inmensa
 Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
 Que en las llanuras de mi ardiente patria
 Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
 Y al soplo de las brisas del Océano
 Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
 Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
 Ni otra corona que el agreste pino
 A tu terrible majestad conviene.
 La palma, y mirto, y delicada rosa,
 Muelle placer inspiren y ocio blando
 En frívolo jardín: a ti la suerte
 Guardó más digno objeto y más sublime.
 El alma libre, generosa y fuerte
 Viene, te ve, se asombra,
 Menosprecia los frívolos deleites,
 Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! En otros climas
 Oí mentidos filósofos, que osaban
 Eserutar tus misterios, ultrajarte,
 Y de impiedad al lamentable abismo
 A los míseros hombres arrastraban.
 Por eso siempre te buscó mi mente
 En la sublime soledad: ahora
 Entera se abre a ti; tu mano siente
 En esta inmensidad que me circunda,
 Y tu profunda voz baja a mi seno
 De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
 ¡Cómo tu vista mi ánimo enajena,
 Y de terror y admiración me llena!
 ¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
 Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
 ¿Qué poderosa mano
 Hace que al recibirte
 No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
 Cubrió tu faz de nubes agitadas,
 Dió su voz a tus aguas despeñadas,
 Y tornó con su arco tu terrible frente.
 Miro tus aguas que incansables corren,
 Como el largo torrente de los siglos
 Rueda en la eternidad: así del hombre
 Pasan volando los floridos días,
 Y despierta al dolor... ¡Ay! ya agostada
 Siento mi juventud, mi faz marchita,
 Y la profunda pena que me agita
 Ruga mi frente, de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
 Mi mísero aislamiento, mi abandono,
 Mi lamentable desamor... ¿Podría
 Un alma apasionada y borrascosa
 Sin amor ser feliz...? ¡Oh! ¡si una hermosa
 Digna de mí me amase,
 Y de este abismo al borde turbulento
 Mi vago pensamiento
 Y mi andar solitario acompañase!
 ¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse

De leve palidez, y ser más bella
 En su dulce terror, y sonreírse
 Al sostenerla en mis amantes brazos...!
 ¡Delirios de virtud...! ¡Ay! desterrado,
 Sin patria, sin amores,
 Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
 Oye mi última voz: en pocos años
 Ya devorado habrá la tumba fría
 A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
 Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
 Al contemplar tu faz algún viajero,
 Dar un suspiro a la memoria mía.
 Y yo, al hundirse el sol en occidente,
 Vuele gozoso do el Criador me llama,
 Y al escuchar los ecos de mi fama
 Alece en las nubes la radiosa frente.

Junio 1824.

Ed. 1825.

Atendiendo a la enorme popularidad de esta composición y a su importancia dentro de la obra herediana, hemos hecho con ella la tercera y última excepción a la regla establecida en esta edición de no publicar sino la última versión de cada poesía de Heredia, y por lo tanto ofrecemos aquí la lección primera que ha llegado hasta nosotros, publicada en la ed. de 1825, que algunos críticos creen la mejor, y a continuación la de la ed. de Toluca, 1832, que es la más conocida, para que nuestros lectores puedan comparar ambas versiones de la célebre oda. Sabido es que Heredia escribió *Niágara*, como improvisación o casi inmediatamente después de haberla compuesto, en el álbum donde firmaban y expresaban sus impresiones los visitantes de la catarata, pero hasta ahora han sido inútiles todas las pesquisas realizadas para hallar ese texto primitivo.

En *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 51, 8 agosto 1829, p. 379, en artículo de J. A. Saco en defensa de Heredia, se reprodujo el fragmento de esta versión que empieza: "Corres sereno y majestoso, y luego" y termina: "Al solitario cazador espanta".

También apareció un fragmento de esta versión en el *Correo Literario y Mercantil*, Madrid, 4 agosto 1826.

De esta versión existe una muy buena traducción al inglés que se atribuye al poeta norteamericano W. C. Bryant, que apareció en *The United States Review and Literary Gazette*, Boston, núm. 4, enero 1827, y que fué reproducida en una antología compilada por H. W. Longfellow, *The poets and poetry of Europe*, Filadelfia, 1845; de ella se han publicado unos fragmentos en *The National Reader*, libro de lectura para las escuelas, que se editó en Boston por P. Pierpont, en sucesivas reimpressiones, desde 1827 hasta 1854 por lo menos. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por F. González del Valle.

NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
 En mi alma estremecida y agitada
 Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
 En tinieblas pasó, sin que mi frente
 Brillase con su luz...! Niágara undoso,
 Tu sublime terror solo podría
 Tornarme el don divino, que ensañada
 Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
 Tu trueno aterrador: disipa un tanto
 Las tinieblas que en torno te circundan;
 Déjame contemplar tu faz serena,
 Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
 Yo digno soy de contemplarte: siempre
 Lo común y mezquino desdeñando,
 Ansié por lo terrífico y sublime.
 Al despeñarse el huracán furioso,
 Al retumbar sobre mi frente el rayo,
 Palpitando gocé: ví al Oceano,
 Azotado por austro proceloso,
 Combatir mi bajel, y ante mis plantas
 Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
 Mas del mar la fiereza
 En mi alma no produjo
 La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestoso; y luego
 En ásperos peñascos quebrantado,
 Te abalanzas violento, arrebatado,
 Como el destino irresistible y ciego.
 ¿Qué voz humana describir podría
 De la sirte rugiente
 La aterradora faz? El alma mía

En vago pensamiento se confunde
 Al mirar esa férvida corriente,
 Que en vano quiere la turbada vista
 En su vuelo seguir al borde oscuro
 Del precipicio altísimo: mil olas,
 Cual pensamiento rápidas pasando,
 Chocan, y se enfurecen,
 Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
 Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
 Devora los torrentes despeñados:
 Crúzanse en él mil iris, y asordados
 Vuelven los bosques el fragor tremendo.
 En las rígidas peñas
 Rómpele el agua: vaporosa nube
 Con elástica fuerza
 Llena el abismo en torbellino, sube,
 Gira en torno, y al éter
 Luminosa pirámide levanta,
 Y por sobre los montes que le cercan
 Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
 Con inútil afán? ¿Por qué no miro
 Alrededor de tu caverna inmensa
 Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
 Que en las llanuras de mi ardiente patria
 Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
 Y al soplo de las brisas del Océano,
 Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
 Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
 Ni otra corona que el agreste pino
 A tu terrible majestad conviene.
 La palma, y mirto, y delicada rosa,
 Muelle placer inspiren y ocio blando
 En frívolo jardín: a ti la suerte
 Guardó más digno objeto, más sublime.
 El alma libre, generosa, fuerte,
 Viene, te ve, se asombra,
 El mezquino deleite menosprecia,
 Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡ Omnipotente Dios! En otros climas
 Vi monstruos execrables,
 Blasfemando tu nombre sacrosanto,
 Sembrar error y fanatismo impío,
 Los campos inundar en sangre y llanto,
 De hermanos atizar la infanda guerra,
 Y desolar frenéticos la tierra.
 Vílos, y el pecho se inflamó a su vista
 En grave indignación. Por otra parte
 Vi mentidos filósofos, que osaban
 Escrutar tus misterios, ultrajarte,
 Y de impiedad al lamentable abismo
 A los míseros hombres arrastraban.
 Por eso te buscó mi débil mente
 En la sublime soledad: ahora
 Entera se abre a ti; tu mano siente
 En esta inmensidad que me circunda,
 Y tu profunda voz hiere mi seno
 De este raudal en el eterno trueno.

¡ Asombroso torrente!
 ¡ Cómo tu vista el ánimo enajena,
 Y de terror y admiración me llena!
 ¡ Dó tu origen está? ¡ Quién fertiliza
 Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
 ¡ Qué poderosa mano
 Hace que al recibirte
 No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
 Cubrió tu faz de nubes agitadas,
 Dió su voz a tus aguas despeñadas,
 Y ornó con su arco tu terrible frente.
 ¡ Ciego, profundo, infatigable corres,
 Como el torrente oscuro de los siglos
 En insondable eternidad...! ¡ Al hombre
 Huyen así las ilusiones gratas,
 Los florecientes días,
 Y despierta al dolor...! ¡ Ay! agostada
 Yace mi juventud; mi faz, marchita;
 Y la profunda pena que me agita
 Ruga mi frente, de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
 Mi soledad y mísero abandono
 Y lamentable desamor... ¡ Podría

POESÍAS COMPLETAS DE

En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla mis amantes brazos...!
¡Delirios de virtud...! ¡Ay! ¡Desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuela do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alee en las nubes la radiosa frente.

Ed. 1832.

Niágara ha sido traducida al francés por F. E. Johanet, con motivo del centenario del nacimiento de Heredia, celebrado en 31 de diciembre de 1903, traducción que se publicó en *Cuba y América*, La Habana, 17 abril 1904; y por Alex de Grandel, *Revue de l'Amérique Latine*, París, agosto 1929; al italiano, por E. Teza, en folleto publicado en Padua en 1895, y al japonés por Ryoji Ymamura, en *Antología Hispanoamericana*, Tokyo, 1903. Todas estas traducciones aparecen en *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por F. González del Valle. Villemain, en su *Essai sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique*, París, 1859, p. 581 tradujo en prosa francesa algunos trozos de esta poesía, y también lo hizo Boris de Tannenbergh, según cita de F. G. del Valle, en *La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique)*, París, 1889.

HIMNO AL SOL

ESCRITO EN EL OCÉANO.

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus piés.

Ven: al bronco rugir de las ondas
Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el oriente,
Y la sombra se acoge a occidente
Y a las nubes lejanas del sur:
Y del este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedle ya...! Cual gigante imperioso
Alza el Sol su cabeza encendida...
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuán sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera,
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de Amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son a tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracán inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas,
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que a mi seno descendes yo pienso,
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al Autor de tu vida y la mía
Al Señor de los cielos y el mar.

Alma eterna, doquiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo:
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fe los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error.

Agosto o septiembre 1825.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. II, No. 6, junio 1832,
p. 187.

CALMA EN EL MAR

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.

En su campo inmenso
El aire dormido
La flámula inmóvil
No puede agitar.

Ninguna brisa
Llena las velas,
Ni alza las ondas
Viento vivaz.

En el oriente
Débil meteoro
Brilla y disípase
Leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante
Nos muestra la luna,
Y en torno la ciñe
Corona de luz.

El brillo sereno
Argenta las nubes,
Quitando a la noche
Su pardo capuz.

Y las estrellas,
Cual puntos de oro,
En todo el cielo
Vense brillar.

Como un espejo
Terso, bruñido,
Las luces trémulas
Refleja el mar.

La calma profunda
De aire, mar y cielo,
Al ánimo inspira
Dulce meditar.

Angustias y afanes
De la triste vida,
Mi llagado pecho
Quiere descansar.

Astros eternos,
Lámparas dignas,
Que ornáis el templo
Del Hacedor;
 Sedme la imagen
De su grandeza,
Que lleve al ánimo
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara:
A seguir tu derrota disparte,
Que en el puro lejano horizonte
Se levanta la brisa del sur;
 Y la zona que oscura lo ciñe,
Cual la luz presurosa se tiende,
Y del mar, cuyo espejo se hiende,
Muy más bello parece el azul.

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. II, no. 6., febrero 1830, p. 56-57, ♦.

A L O C E A N O

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi lecho estremecido!
¡Otra vez en el Mar!... Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! felice torno a saludarte
Tras once años de ausencia.

¡Salve otra vez! A tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
A las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.

¡Me oyes, benigno Mar! De fuerza lleno,
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,
Y cual flecha del arco despedida,
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave, como débil pluma,
Ante el fiero aquilón que la arrebató
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime
 De rumor, de frescura y movimiento:
 Mi desmayado acento
 Tu misteriosa inspiración reanime!
 Ya cual mágica luz brillar la siento:
 Y la olvidada lira
 Nuevos tonos armónicos suspira.
 Pues me torna benéfico tu encanto
 El don divino que el mortal adora,
 Tuyas, glorioso Mar, serán ahora
 Estas primicias de mi nuevo canto.

¡Augusto primogénito del Caos!
 Al brillar ante Dios la luz primera,
 En su cristal sereno
 La reflejaba tu cerúleo seno:
 Y al empezar el mundo su carrera,
 Fué su primer vagido,
 De tus hirvientes olas agitadas
 El solemne rugido.

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
 Y al orbe desolado
 Consuma la vejez, tú, Mar sagrado,
 Conservarás tu juventud sublime.
 Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
 Llenas de vida férvida tus ondas,
 Abrazarán las playas resonantes
 —Ya sordas a tu voz—, tu brisa pura
 Gemirá triste sobre el mundo muerto,
 Y entonarás en lúgubre concierto
 El himno funeral de la Natura.

¡Divino esposo de la Madre Tierra!
 Con tu abrazo fecundo,
 Los ricos dones desplegó que encierra
 En su seno profundo.
 Sin tu sacro tesoro inagotable,
 De humedad y de vida,
 ¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,
 De muerte y aridez sólo habitado.
 Suben ligeros de tu seno undoso
 Los vapores que, en nubes condensados
 Y por el viento alígero llevados,

Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de Natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En tí la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por tí, férvido Mar, los habitantes
De Venus, Marte, o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta, que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el Sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado Mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera:
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste a mi culto noble objeto.
Hoy a tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en dichoso olvido
Me deja respirar. Dulce a mi oído
es tu solemne música, Oceano.

1° noviembre 1836.
Aguinaldo Habanero,
La Habana, 1837, p.
85-89.

POESÍAS FAMILIARES

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

Al brillar la razón en su alma pura,
Miró los males del doliente suelo:
Gimió; y los ojos revolviendo al cielo,
Voló buscando perennal ventura.

Créese de alrededor de 1817.
Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820. - *Epitafio para el sepulcro de mi hermano*.

Ed. 1825. *Inscripción para el sepulcro de mi hermano*.

El Mensajero Semanal, Nueva York, t. III, 8 agosto 1829, p. 379. *Inscripción para el sepulcro de mi hermano*; en el trabajo, ya citado, de José Antonio Saco.

En *Obras Poéticas* el primer verso dice:

Bajando a las mansiones de amargura.

En la ed. de 1825 y en *El Mensajero Semanal* el texto es idéntico al de la ed. de 1832.

Se refiere el poeta a Rafael de Heredia y Heredia, su único hermano varón, nacido en 1810 en Santo Domingo, según datos del p. Cipriano de Utrera.

EN ALABANZA
DEL SR. JUAN LÓPEZ EXTREMERA EN EL
PAPEL DE *HARADÍN BARBARROJA*

Haradín Barbarroja, el argelino
Atrevido pirata,
A las costas de Italia deliciosa
Dirige apresurado su camino.
El ansia de lidiar que le maltrata
Es por vengar a su querida esposa,
Que no lejos de Reggio la famosa
Se quedó abandonada,
Y él la lloró cruelmente asesinada.

Sanguinario, despótico, orgulloso,
Cuando en la plaza ha entrado,
Demuestra su furor irresistible.
Solamente Ramiro valeroso
De la suerte común es exceptuado.
De Haradín el ejército terrible
Extiende por doquier la muerte horrible,
Y Reggio ya se mira
Inmolada a los manes de Zamira.

Mas de Haradín a la presencia viene
Ya Laurentina bella.
El aspecto feliz de su hermosura
Del vencedor la cólera contiene.
Cesa la mortandad a ruego de ella;
Un leve sentimiento de ternura
Se excita en Barbarroja: no procura
Verter más sangre humana,
Y refrena por fin su furia insana.

Enternecido ya, llora, suspira,
 Y en tristísimo acento
 Invoca entre sollozos con ternura
 El dulcísimo nombre de Zamira.
 Sensible el pueblo que le escucha atento,
 Llora y gime también su desventura:
 Llenos sus corazones de amargura
 Al mirar dolor tanto,
 Derraman compasivos triste llanto.

Y yo también en tan funesto día
 Sufrí su saña fiera:
 Temblé por mi cabeza horrorizado,
 Cuando en el teatro mexicano ví
 Al bárbaro Haradín en Extremera.
 “Basta, basta, Haradín”, dije espantado;
 “Perdona por piedad a un desdichado
 Que nunca te ha ofendido...
 Concédeme la vida que te pido.”

Yo, Extremera, te ví cuando ablandaba
 Laurentina tu pecho:
 Cuando por fin de Reggio te apiadaste
 Mi corazón más libre respiraba:
 Admiré la nobleza de tu pecho
 Cuando, de una mirada que le echaste,
 A Estéfano traidor avergonzaste,
 Y en fin, cuando te miro
 Aprobar la protesta de Ramiro.

¡Loor eterno al actor que de este modo,
 Con genio inimitable,
 Conmueve el corazón de los humanos!
 Su talento admiró México todo:
 El joven y el anciano venerable,
 Letrados, militares y artesanos.
 Batiendo con fervor las anchas manos,
 Gozosos le aplaudieron,
 Y justicia debida así le hicieron.

Canción, dile a mi amigo
 Que jamás acabara
 Si en mis versos cual debo celebrara
 Su talento feliz y su alta gloria.

Noticioso General, México, 18 octubre 1819, ♦. Créese que fuera la primera poesía publicada por Heredia. Apareció con este título: *Canción. En alabanza del Sr. Juan López Extremera en el papel de Haradín Barbarroja que desempeñó en el drama intitulado: "Los piratas en el bosque de los sepulcros"*.

Al actor Extremera referíase Heredia también en su poesía. *En la representación de la tragedia "Doña Inés de Castro"*—que incluimos en el primer volumen de esta compilación, entre las *Obras Poéticas*—, según se deduce de esta nota que publicó en *El Iris*, México, t. I, núm. 10, 8 abril 1826, p. 102:

Hace algunos años que la vimos representar [la tragedia] por la primera vez, y fué recibida con aprecio. Y lo merece. El argumento es de lo más interesante y patético, la fábula está en lo general bien ordenada, los caracteres bien contrapuestos y sostenidos, el diálogo es bastante animado, y la versificación bella, aunque se resiente en muchas partes del abandono con que suelen mirar los autores dramáticos las obras que no destinan a la prensa... Estos defectos, los de la versificación, y algunos otros que se escapan en la representación, podrían desaparecer fácilmente, y el señor Extremera debería imprimir su pieza, y decir a boca llena que había aumentado una bella tragedia a las pocas que presenta el teatro español.

Aquí aparece Extremera como autor de dicha tragedia. Comoquiera que con ese mismo título había escrito una el autor francés La Motte, acaso fuese la de Extremera traducción o adaptación.

A MI PADRE, EN SUS DÍAS

Cuando feliz tu familia
Se dispone, caro padre,
A solemnizar la fiesta
De tus plácidos natales,
Yo, el primero de tus hijos,
También primero en lo amante,
Hoy lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.

¡Oh! ¡cuán gozoso repito
Que tú de todos los padres
Has sido para conmigo
El modelo inimitable!
De mi educación el peso
A cargo tuyo tomaste,
Y nunca a manos ajenas
Mi tierna infancia fiaste.
Amor a todos los hombres,
Temor a Dios me inspiraste,
Odio a la atroz tiranía
Y a las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
Que por ti Fileno hace,
Y que de su labio humilde
Hasta el Eterno se parten.

Por largos años el cielo
Pará la dicha te guarde
De la esposa que te adora
Y de los hijos amantes.
Puedas ver a tus biznietos
Poco a poco levantarse,
Como los verdes renuevos
En que árbol noble renace.

Quando al impulso del tiempo
La frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
Triscar y regocijarse,
Y entre cariño y respeto
Inciertos y vacilantes,
Halaguen con labio tierno
Tu cabeza respetable.

Deja que los opresores
Osen faccioso llamarte,
Que el odio de los perversos
Da a la virtud más realce.
En vano blanco te hicieron
De sus intrigas cobardes
Unos reptiles impuros,
Sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos...! Empero
Tu alta virtud depuraste,
Cual oro al crisol descubre
Sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
Esos honrosos pesares,
Y si fueras más dichoso,
Me fueras menos amable.

De la triste Venezuela
Oye al pueblo cual te aplaude,
Llamándote con ternura
Su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz dichosa:
Jamás la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor la luz empañe.
Entre tus hijos te vierta
Salud bálsamo suave,
Y Amor te brinde risueño
Las caricias conyugales.

Noviembre 1819.

Ed. 1832.

Obras Poéticas, 1820.

Ed. 1825.

En *Obras Poéticas*, la primera estrofa dice así:

Hoy que el sol por el oriente
 Con ignea corona sale,
 Desparciendo luz y vida
 Sobre plantas y animales,
 Hoy que excitarnos parece
 A entonar himnos suaves,
 Ya tu familia gozosa
 Se prepara, amado padre,
 A solemnizar la fiesta
 De tus felices natales.
 No verás aquí una turba
 De aduladores infames
 Que cercando al poderoso
 Sólo a su poder aplauden;
 Pero verás tu familia
 Que preciándose de amarte,
 Tanto se goza en tus dichas
 Cuanto gime en tus pesares.
 Yo, el primero de tus hijos, etc.

Después de: "Temor a todos los hombres", continúa así:

Odio a la falaz intriga,
 Y a la codicia insaciable.
 ¡Ah! que a no ser por tu afecto,
 Tal vez en aqueste instante
 En pos corriendo del vicio,
 Hallara el cadalso infame.
 Ni tampoco permitiste
 Que siguiese al fiero Marte,
 Ni que cifrara mi dicha
 En verter la humana sangre;
 Ni que con alma inclemente
 Como tigre me gozase
 En la destrucción horrible
 De mis tristes semejantes.
 Ni que imitando atrevido
 Al avaro mercadante,
 En pos del oro corriese
 Por los procelosos mares,
 La dulce vida exponiendo
 En fragilísima nave.
 Sino que de la alma Temis
 Al templo me encaminaste,
 Do se guarda lauro digno
 A la aplicación constante.
 Oye, pues, los tiernos votos, etc.

Falta en cambio, toda la penúltima estrofa, que comienza: "Deja que los opresores", y la última, que en la ed. de 1832 comienza: "De la triste Venezuela", dice así:

Que vivas siempre felice:
Jamás la calumnia infame
Con hálito pestilente
De tu honor el brillo empañe.
De la amistad sostenido
Vive exento de pesares,
Y brindete Amor risueño
Las caricias conyugales.

En la ed. de 1825, en vez de "De la triste Venezuela", dice "De la mísera Caracas".

La versión de 1825 fué reproducida en *El Mensajero Semanal*, Nueva York, vol. I, No. 35, 2 abril 1829, p. 276, copiándola de los *Ocios de españoles emigrados en Londres*, No. 21, diciembre 1825.

A MI PADRE, ENCANECIDO EN LA FUERZA DE SU EDAD

Es el sepulcro puerta de otro mundo:
Los sabios y los buenos
Así lo afirman, y de espanto llenos
Tiemblan los malos a su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh padre! Bastaría
Tu dolor elocuente
A demostrarla, y a fijar mi mente
En los tormentos de la duda impía.

Deja que vil calumnia se prepare,
Porque has obedecido
El acento del Dios que ha prometido
“Piedad y amor a quien piedad usare”.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron
De tu virtud testigos,
Y cargan a tus torpes enemigos
La justa execración que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo;
Sí noble desventura...
—¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura
No prueba, dí, su intermediación al cielo...?

1820.

Ed. 1832.

Ed. 1825. *A mi padre encanecido en la flor de su edad.*

He aquí esta lección:

Es el sepulcro puerta de otro mundo:
 Los sabios y los buenos
 Así lo afirman, y de espanto llenos
 Tiemblan los malos de su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh padre! Bastaría
 Tu infortunio elocuente
 A probarla, y librar mi débil mente
 De los tormentos de la duda impía.

Deja que la calumnia se dispare.
 La doctrina has seguido
 Del Dios de paz y amor que ha prometido
 "Paz y clemencia al que clemencia usare".

Y los pueblos que te aman, y que fueron
 De tu virtud testigos,
 Cargan a tus cobardes enemigos
 El desprecio y baldón que merecieron.

Tus penas son tu gloria, y de tu pelo
 La temprana blancura,
 Como de Iztaccihual la nieve pura,
 Sólo prueba cuán cerca estás del cielo.

1820.

José María Heredia y Girard, primo de nuestro poeta, y que después había de hacerse famoso como autor de *Les Trophées*, tradujo al francés, en 1859, a los diecisiete años de edad, la versión de esta poesía que figura en la edición de Toluca, 1832, con el título de *A mon père dont les cheveux avaient blanchi avant l'âge*. Véase *Poesías de Heredia traducidas a otros idiomas*, por F. González del Valle.

CARÁCTER DE MI PADRE

Integer vitæ scelerisque purus.

HORACIO.

Candorosa virtud meció su cuna.
Fióle Clío su pincel sagrado;
Su espada Temis. Contrastó indignado
Al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fué libre. De su frente pura
El ceño augusto fatigó al tirano,
Cuya cobarde y vengativa mano
Vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fué su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso, el desvalido:
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
El adoraba en vuestro altar augusto:
El polvo respetad de un hombre justo,
Y una lágrima dad a su memoria.

Noviembre 1820.
Ed. 1832.

Semanario Político y Literario, México, No. 20, 29 noviembre 1820. Como epitafio al final de la *Biografía de José Francisco Heredia*, publicada sin la firma del poeta, ♦.

Ed. 1825.

El epitafio comienza así, según la *Cronología Herediana* de F. González del Valle.

Aquí reposa Heredia. Las virtudes
En la inocente cuna lo mecieron.
Fióle Clío su pincel sagrado
Y Temis su balanza. Los tiranos
Su virtud respetaron y temieron.

En la edición de 1825 y en el volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, pliego 15, dice el cuarto verso: "A la opresión sangrienta y la fortuna", y el séptimo: "Qué con cobarde y vengativa mano". En la de 1825 el primer verso dice: "Virtud meciera su inocente cuna"; y el manuscrito: "La adorable Virtud meció su cuna".

A MI ESPOSA EN SUS DÍAS

¡Oh! ¡Cuán puro y sereno
Despunta el sol en el dichoso día
Que te miró nacer, esposa mía!
Héme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
Objeto de mi amor y mi tesoro,
¡Con qué afectuosa devoción te adoro,
Y te consagro mi alma enternecida!
Si la inquietud ansiosa me atormenta,
Al mirarte recobro
Gozo, serenidad, luz y ventura;
Y en apacibles lazos,
Feliz olvido en tus amantes brazos
De mi poder funesto la amargura.

Tú eres mi ángel de consuelo,
Y tu celestial mirada
Tiene en mi alma enajenada
Inexplicable poder.

Como el iris en el cielo
La fiera tormenta calma,
Tus ojos bellos, del alma
Disipan el padecer.

Y ¿cómo no lo hicieran,
Cuando en sus rayos lánguidos respiran
Inocencia y amor? Quieran los cielos
Que tu día feliz siempre nos luzca
De ventura y de paz, y nunca turben
Nuestra plácida unión los torpes celos.

Esposa la más fiel y más querida,
Siempre nos amaremos,
Y uno en otro apoyado, pasaremos
El áspero desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,
Mientras nuestro pecho aliente:
Pasará la edad ardiente
Sin que pase nuestro amor.
Y si el infortunio vuelve
Con su copa de amargura,
Respete tu frente pura,
Y en mí cargue su furor.

28 noviembre 1827.

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. II, núm. 5, enero 1830,
p. 29, ♦.

AL RECIBIR EL RETRATO DE MI MADRE

Es ella, sí: la veneranda frente
Que adoró mi niñez, de nuevo miro
Con profunda emoción, aunque las huellas
Del tiempo y del dolor tiene grabadas.
Hé aquí los ojos que mi débil cuna
Extáticos velaban, y los labios
Que con tierno cariño tantas veces
En mi pálida frente deponían
El santo beso maternal...

Imagen

De la madre mejor y más amada,
Ven a mis labios, a mi ardiente seno,
Y recibe las lágrimas que brotan
Mis ojos mustios: llanto de ternura,
¡Y acaso de fatal remordimiento!
Sí, madre idolatrada: tus amores,
Tu anhelo por mi bien infatigable,
Y tus lecciones de virtud sencilla
Desatendí frenético... ¡Qué pago
Recibiste de mí? ¡Dolor y luto!
Precipité mis pasos imprudentes
Tras el glorioso, espléndido fantasma
De inaccesible libertad. La ira
De celoso poder hízome blanco,
Y fulminó tremenda. ¡Cuántas noches,
Cuando los ojos de llorar cansados
Cerrabas, te mostró la fantasía
Mi sangriento patíbulo!... Mi fuga,
Y una separación tal vez eterna,
Calmaron tu terror, nó tus pesares.

¡Qué lágrimas ansiosas de amargura,
 Te habrá tu primogénito costado,
 Prófugo, errante en extranjeros climas,
 Donde asentaron su fatal imperio
 Feroces odios, ambición tirana,
 Y fratricida, bárbara discordia...!

Y yo, madre, también tu triste ausencia
 Lamento inconsolable. Los prestigios
 De mísero poder y fútil gloria
 No me embriagaron, ni del pecho ansioso
 Borrarse pudieron tu sagrada imagen.
 De Temis en el templo venerando,
 En la silla curul a que Fortuna
 Elevóme después, en el peligro
 Y excitación de bélico tumulto,
 Entre los brazos de adorada esposa
 O las tiernas caricias de mis hijos,
 Recordé tus amores, y brotaba
 De mis ardientes labios el suspiro.

Tres años ha que por la vez primera
 Desde el trono español se pronunciaron
 Los dulces ecos de la paz y olvido.
 ¡Oh! cómo palpité...! La fantasía
 Con mágica ilusión mostrome abiertos
 Los campos deliciosos de mi Cuba,
 Y entre sus cocoteros y sus palmas,
 Al margen de sus plácidos arroyos,
 Con mi familia cara y mis amigos
 Me hizo vagar. Al agitado pecho
 Pensé estrechar a las hermanas mías,
 A mi madre inundar en llanto dulce
 De inefable ternura, y en su seno
 Deponer a mis hijos... Mas sañudo,
 Arbitrario poder frustró mis votos:
 Que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
 De viles siervos abatida sierva,
 No le es dado hacer bien ni al mismo Trono:
 Su voluntad la eluden los caprichos
 De sátrapa insolente!... Se arrastraron
 Dos lustros y dos años dolorosos
 De expatriación, de lágrimas y luto,
 Y en los hispanos pechos implacable
 Arde vivo el rencor...

Mas, a despecho
 Del odio suspicaz y la venganza,
 Yo, madre, te veré. Cuando benigna
 Primavera genial restaure el mundo,
 Las turbulentas olas de Oceano
 Hendiremos los dos, y venturoso,
 Del Hudson en las fértiles orillas
 Te abrazaré. Tu imagen venerada
 Será entretanto mi mejor consuelo.
 Mostrándola a mis hijos cada día,
 Enseñaréles con afán piadoso
 A que te amen, respeten y bendigan,
 Y oren por ti sus inocentes labios.

Ella, en este desierto de mi vida,
 Será para mis ojos vacilantes
 Fanal sublime de virtud. Al verla,
 Tus augustos consejos recordando,
 Fiel le seré, y a Dios enardecido
 Elevaré mis incesantes votos
 Porque a tus brazos me conduzca. Sea
 Báculo a tu vejez tu primer hijo,
 Y en asilo rural, feliz, oscuro,
 Te haga olvidar las anteriores penas
 Con amantes cuidados y caricias.
 Aquesto y nada más demando al Cielo.

Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos
 De la sangre y amor conmigo unieron,
 A quien debo tal don, recibe ahora
 Mi gratitud. Si mis humildes versos
 Perdona el tiempo audaz, tu caro nombre
 Ellos dirán a los futuros siglos,
 De piadosa amistad para modelo.

Diciembre 1835.

Copia manuscrita de Domingo del Monte, en las guardas de su ejemplar de la ed. de Toluca, 1832.

La última estrofa, que comienza: "Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos", sólo se ha publicado, que sepamos, en la ed. de poesías de Heredia hecha en Barcelona, 1840, por F. Piferrer.

—donde por primera vez se imprimió en volumen esta poesía—, y en la *Introducción a la Cronología Herediana*, de F. González del Valle.

Agustín es Agustín Zárraga y Heredia, primo del poeta.

Heredia, después de haber recibido el retrato que tanto ansiaba, envió desde Toluca estos versos a su madre, con carta de fecha 8 marzo 1836, en que le decía:

Adorada Mamá: antes de remitir ésta, fui a México por dos o tres días, y allí tuve la imponderable satisfacción de recoger el retrato de Sumd., que ha llegado perfectamente. Lo he traído conmigo, y lo he colocado en mi estudio, a un lado de mi mesa, para tenerlo siempre presente. ¡Qué emociones tan dulces ha excitado en mí su vista! Sin duda está parecidísima, y yo la hubiera conocido, apesar de las inevitables alteraciones consiguientes al curso de los años. Ofrezca Sumd. a Agustín mi gratitud más tierna por este don, el más grato que pudiera hacerme. Todos los días lo enseño a mis hijos, mientras llega el tiempo anhelado de que conozcan a Sumd. y la amen y acaricien personalmente. Adjuntos hallará Sumd. unos versos que me ha inspirado el corazón, y que aunque carecen de adornos poéticos, serán preciosos para una madre.

IMITACIONES Y
TRADUCCIONES

FRAGMENTO DEL LIBRO I DE LA ENEIDA DE VIRGILIO

INTRODUCCIÓN

De los trabajos que pasó Eneas antes de fundar a Roma.

Yo, el que otro tiempo mi sencillo canto
A la zampoña pastoril unía,
Y que, saliendo luego de las selvas,
Fértiles hice los vecinos campos
Que del avaro agricultor los votos
Satisficieron, obra que apreciaban
Los labradores, hoy de Marte fiero
Canto las armas, y el varón famoso
Que fugitivo de la teucra playa
A las de Italia y de Lavinia vino
Por querer de los hados. Largas penas
Sufrió en tierras y mares, peregrino
Por fuerza celestial y odio de Juno.
Mucho sufrió también por dura guerra
Antes que al cabo su ciudad fundase
Y a sus errantes dioses en el Lacio
Fijase habitación; de que salieron
El linaje latino, el reino de Alba,
Y las murallas de la excelsa Roma.

Musa, las graves causas me recuerda
De tanto afán, y dí por qué irritada
La reina de los dioses perseguía
Con tal rencor a un héroe tan piadoso.
¿Cabe en celestes ánimos tal ira?
Grande, antigua, opulenta y belicosa
Colonia de los tirios fué Cartago,

Frente a la Italia colocada,
 Y a la boca del Tíber, cara a Juno
 Más que el resto del mundo, y más que Samos.
 Allí sus armas y su carro puso,
 Y si el hado fatal no lo vedase,
 La hiciera dueña universal del Orbe.
 Mas no ignoraba que un caudillo ilustre,
 De la troyana sangre descendiente,
 Los tirios nuevos arruinar debía.
 Un pueblo rey en guerra poderoso
 Sería de Libia destructor severo,
 Por decreto funesto de las Parcas.
 Temerosa de aquesto —recordando
 La antigua y dura guerra que hizo a Troya
 De sus caros Argivos en defensa—,
 Renovaba las causas de su saña
 Y su grave dolor; nunca olvidando
 La sentencia de Paris, el desprecio
 Que hizo de su beldad, aquel linaje
 Que tanto aborreció, y el torpe rapto
 Y el indebido honor de Ganimedes.
 Irritada por esto, perseguía
 Por todo el mar con riesgos y tormentos
 A los troyanos míseros, reliquias
 Del despiadado Aquiles y los griegos,
 Y del Lacio alejábanlos, y erraban,
 De la contraria suerte perseguidos,
 Por luengos años en diversos mares.
 ¡Tanto y tanto costó fundar a Roma!

*Revista histórica, crítica y
 bibliográfica de la literatu-
 ra cubana*, editada por José
 Augusto Escoto, Matanzas,
 t. I, No. 3, julio-agosto-sep-
 tiembre 1916, p. 264.

Escoto, en su trabajo *Los primeros estudios de Heredia*, donde reproduce esta poesía, dice haberla copiado de un ejemplar de *Obras Poéticas*, manuscrito de Heredia, que tiene que ser distinto del que se conserva en la Biblioteca Nacional. En este caso, la poesía no puede ser posterior a 1820. Además Escoto la copia a continuación de la traducción de Horacio que sí se encuentra en las *Obras Poéticas* de la Biblioteca Nacional, y afirma que ambas se hallaban juntas.

EL MÉRITO DE LAS MUJERES

(De Legouvé.)

Canto las dulces gracias y virtudes
Que ornan a la mujer. Emilia bella,
Honor y gloria de tu sexo hermoso,
Admite con agrado el homenaje
De mi fina amistad, y sé mi Musa.
Yo lograré feliz la única gloria,
El solo premio a que en mi canto aspiro,
Si tierna me consagras un suspiro,
Y un lugar de cariño en tu memoria.

Era la nada, y el informe caos
En silenciosa oscuridad giraba.
Mas Dios habló, y al eco poderoso
De la criadora voz, vierais del caos
Nuestro globo salir. Vierais al punto
Como el Criador las aguas de la tierra
Con un soplo apartó, y alzó los montes,
Tendió los valles y con larga mano
Cubrió los bosques de verdor sombroso,
Y al hombre crió, del orbe soberano.
En la dulce Beldad, su obra postrera,
Se detuvo el Criador: ¡noble destino,
Que abrió a su gloria la feliz carrera!
¿La mano del Señor al orbe diera
Más adorable objeto, más divino?
Aquella frente celestial y pura,
En que el pudor y dignidad respiran;
La boca llena de sin par dulzura,
Que turba los humanos corazones
Con sonrisa de amor; aquellos ojos,
Donde refleja el sol etérea llama,

Y en delicioso ardor al pecho inflama;
 Aquel cabello, que en dorados rizos,
 Orna su faz; el delicado talle,
 De gentileza lleno y gallardía;
 El seno voluptuoso, en que su nido
 Asentaron triscando los amores;
 El tejido que forma sangre pura
 Bajo alabastro cándido, a los hombres
 Bastan a seducir: mas la hermosura,
 Para doblar su imperio,
 Une también a las divinas gracias
 El hechizo feliz de los talentos.

¿Los pintaré? Del clave a los acentos
 Cloris une su voz fácil y dulce,
 Y yo la escucho extático y pasmado.
 Su canto hermoso me penetra el alma,
 Me enajena feliz, y arrebatado
 En sublime placer, tiemblo y la adoro.

Sigue baile al concierto. Allí Lucinda,
 Laura y Melisa, como rosas bellas,
 Al compás de la música girando
 Con planta ligerísima, semejan
 A lirios por el céfiro mecidos;
 Y confiesan los jóvenes que Momo
 Para agradar, a Cípris necesita.
 Y ¿qué fueran sin ella del teatro
 Las funciones espléndidas? Sin duda
 El rival de Racine, tierno y sublime,
 Supo expresar de Zaira los dolores:
 Mas de Gaussin (1) el órgano divino
 Hizo correr más lágrimas que el genio
 De su inmortal autor.

¡Oh bellas artes!
 Vuestra magia sublima la hermosura.
 Admirad a Genlis: leed a *Malvina*, (2)
Clara, *Matilde*, *Amelia*; de *Corina* (3)
 Amor pintó los elocuentes cuadros.
 Si la mujer con varonil delirio
 No supo henchir la trompa de Tirteo,
 Bajo sus dedos plácida suspira
 La flauta pastoril.

Graves censores

De la mujer, negad sus beneficios.
 Ella carga en el seno doloroso
 El tierno fruto de la unión que acaso
 Labró su desventura. Largo tiempo,
 Sobre lecho crüel desfallecida,
 Gime doliente: moribunda al cabo,
 Le pone en los umbrales de la vida;
 Y al nuevo débil sér ya consagrada,
 Mil cuidados amantes le prodiga.
 ¡Oh maternal amor! Si el niño duerme,
 Con vigilante oído
 De las tinieblas al silencio atiende.
 O si Morfeo la adormece un punto,
 Al más leve rumor abre de nuevo
 Los agravados párpados, y pronta,
 A la cuna del hijo ansiosa vuela;
 Por largo rato le contempla inmóvil,
 La paz disfruta de su blando sueño,
 Y a su lecho se vuelve, aun no tranquila.
 Mas si despierta el niño,
 Le brinda grata en el ebúrneo seno
 Vida, fuerza y salud en leche pura.
 ¿Qué importa la fatiga a su ternura?
 En su hijo existe, y al esposo amante
 Se muestra muy más bella
 Con él al seno suspendido.

El niño

Adelanta en el curso de la vida.
 La madre va con él: su tierna mano
 Sirve a su planta trémula de guía,
 Y al desatar su lengua, "madre mía"
 Es la primer palabra que le enseña.
 A duros preceptores entregado
 Presto gime infeliz. ¿Cuál es el seno
 Donde su corazón despedazado
 Corre a buscar alivio a sus tormentos?
 El de su madre; dulce y halagüeña
 Sus lágrimas enjuga, y afanosa
 Vuelve la paz a su agitado pecho,
 Tomando su defensa.

Edad hermosa,
 Huyes ¡ay! cual relámpago, y el hombre
 Deja la infancia, y al amor despierta.
 En su frente serena está pintado
 El tímido rubor: lánguida llama
 Brilla en sus ojos vivos: inflamado
 Su tierno corazón se eleva y gime,
 Y el insufrible peso que le oprime
 No puede sacudir: anhela ardiente
 Una felicidad desconocida,
 Y le perturba luego de repente
 Misterioso terror: su alma encendida
 No puede hallar descanso...

De este modo
 Sufrí también; pero te vi, adorada,
 Y pensé ver a un dios. Estremecido,
 Con débil planta, respirando apenas,
 Y en confusión dulcísima perdido
 Me sentí a tu mirar... ¡Horas felices!
 ¡Oh languidez sublime y deliciosa!
 ¡Oh, cuánto fuí feliz! ¡Cuánto, mi hermosa,
 Mi sangre ardió, cuando a tus labios puros
 El beso arrebaté...! Cual desgraciado
 En tinieblas nacido, a quien el arte
 Hiciera ver la luz, arrebatado
 A otro universo entonces me creyera:
 Hablar contigo, verte y adorarte
 Mi ocupación y mi delicia fuera.
 Tú encantaste mis horas: la carrera
 De mi vida feliz ornaste en flores:
 Por tí la paz, la risa y los amores
 En torno de mi frente revolaban,
 Y gratos alejaban
 Los cuidados, angustias y dolores.
 ¡Oh! ¡cuánto padecí cuando arrancado
 Me vi a tu dulce amor y a tu presencia!
 Dílo tú, ¡oh noche! que testigo fuiste
 De mi acerbo penar, de mis furoros.
 Cuenta como mi llanto recibías,
 Compasiva mis quejas escuchabas,
 Y en tu grato silencio mitigabas
 El tormentoso horror de aquellos días.

Levantábase el sol, y al universo
 La claridad tornaba y alegría,
 Mas no a mi corazón; sobre alta roca
 Del mar bañada con furiosa espuma,
 Salvaba mi agitada fantasía
 El insondable espacio que tendido
 Me apartaba de ti: mi pecho ardía,
 Y en alas del amor arrebatado
 Llegaba, y palpitaba, y te veía.
 Canté los males de la ausencia fiera
 Al eco incierto, al áspero silbido
 Del viento bramador; mas aún entonces
 Con placer melancólico, inefable,
 Tu beldad recordaba,
 Y mis ardientes lágrimas amaba.

A Delio ved con su Melisa unido:
 Vedle: ya es padre. ¡Amante afortunado!
 Sientes que otro "tú mismo" te acaricia.
 ¡Con qué pura delicia
 Estrechas una prenda tan preciosa
 Al seno paternal, y tus facciones
 Atento buscas en su faz graciosa!
 Con la dichosa madre le comparas,
 Y duplica tu amor su fiel retrato.
 Si sale de tus brazos, conmovido
 Sus acciones contemplas, y mirando
 Correr, jugar, crecer tu imagen viva,
 Por sus inclinaciones ya le juzgas
 Gloria y honor de tu vejez dichosa.
 ¿Felicidad tan alta disfrutaras
 Viviendo sin amor y sin esposa?

De una esposa el afecto, la dulzura,
 Doquier del hombre templan la fatiga.
 Del grave arado con la reja dura
 Despedazando el rústico la tierra,
 Sobre los surcos el sudor prodiga.
 A la tarde retírase agobiado:
 Gime, va a sucumbir a tanto peso;
 Mas ve a su esposa, y siéntese aliviado.
 El ministro imperioso
 Que a reinos manda con altiva frente,
 De su consorte al seno delicioso
 Huye de su poder, y al fin olvida

Los cuidados, el tedio, que atormentan
 Del cortesano mísero la vida.
 Por amor del orgullo distraído,
 Respira a par de su sencilla esposa
 Del peso y esplendor de sus honores.
 Si yerto, solitario y sin amores
 Le hubiera hecho vivir la suerte avara,
 ¿Dónde su corazón descanso hallara?

Dejemos al amor; sin él existe
 La feliz amistad, que une las almas.
 Pero es en la mujer mucho más dulce;
 Es del amor la deliciosa hermana:
 Entonces obtenemos el cariño
 Que el hombre con el hombre nunca supo
 Sino a medias tener, y poseemos
 Menos que amante, pero más que amigo.
 ¿Tenéis algún proyecto? Os es muy grato
 Confiarlo a una mujer. ¿La suerte impía
 Os condena al dolor? Bálsamo dulce
 A vuestra alma será que a vuestras penas
 Responda una mujer: tierna, sensible,
 Más bien que el hombre duro,
 Toma el tono simpático, apacible,
 Que serena las ansias y dolores,
 Y une mejor sus lágrimas al llanto
 Del que sufre del hado los rigores.

Mas si el placer nos brinda y los amores,
 Al templo de la Gloria nos sublima.
 Ved aquel joven, cuyo genio anima
 El ansia de agradar: sus bellos versos
 Declama sabio actor, y del teatro
 El soberbio artesón estremecido
 Retumba con su nombre y los aplausos;
 Y gozando su triunfo, conmovido,
 “¡Oh mujeres!”, prorrumpe, “sí; a vosotras
 “Debo a questo placer, aquesta gloria.”

¿Por qué ese joven, antes ignorado,
 Corre a buscar al campo la victoria?
 Porque a los ojos bellos que idolatra,
 Ojos que muchos idolatran fieles,
 Parecerá más bello y más amable
 Si le adornan de Marte los laureles.
 ¿Quién más valor que la beldad inspira?

¿A una heroica mujer no vió Palmira
De Roma contrastar a los furores?
Otra, junto al Eufrates sometido,
Como conquistador lidió valiente,
Y cual rey gobernó. Mil y mil otras
Revestidas de acero, a lid de muerte
Los miembros expusieron
Que a lid más dulce destinó la suerte. (4)

Díganlo tus hazañas generosas,
Telésila sublime: (5)
Dígalo tu valor, que a los franceses
Defendió, Juana d'Arc. De tu cabaña
A la lid arrojándote animosa
Cuando el inglés a Orleáns amenazaba,
Apareciste, y asombrado el campo
Creyó mirar un ángel del Eterno,
Que del emperio vengador bajaba.
Fiera combates, y el inglés vencido
Huye atónito al mar: a Orleáns libertas;
A Francia salvas de extranjero yugo;
Y al pueblo de Reims, aún admirado
De tu alta inspiración y tu osadía,
Tornas el rey, que mudo y aterrado
El yermo trono al vencedor cedía.
¡Oh destino feliz del sexo amable!
Triunfa doquier, pero su ruego y llanto
Más dulces armas son, más poderosas.
¡Cedan el hierro y fuego a las hermosas!
Asuero atroz, el déspota persiano,
Fiero proscribiste a la nación hebrea:
Vuela por Israel pálido espanto,
Y el afilado alfanje centellea.
Pero Ester, de sus lágrimas ornada,
Perdón demanda, y el perdón obtiene:
Y de Judá las vírgenes gozosas
Su numen tutelar tiernas la llaman.
Y con sonora voz cantando claman:
“¡Cedan el hierro y fuego a las hermosas!”

Coriolano tremendo
Fulmina destrucción a Roma ingrata,
Que con destierro vil pagó su gloria.
Viejos, tribunos, cónsules, vestales
Y pontífices sacros, vanamente

Se postran a sus piés: los dioses mismos
 Bajan la faz ante su altiva frente...
 Y todo en vano: el héroe sólo escucha
 De venganza la voz, vibra la espada,
 Y Roma vaciló... Su noble madre,
 Veturia, por la patria idolatrada
 Implora al vencedor, que gime, cede,
 Y la salud de Roma
 Al sacro llanto maternal concede.

En vano Eduardo al bárbaro verdugo
 Quiere entregar con vengativa mano
 Los seis guerreros de Calés rendida,
 Y ensangrentar insano su victoria.
 Margarita, su esposa, enternecida
 Por ellos ruega, los defiende, y salva
 A ellos la vida, al vencedor la gloria.

Abre tus puertas, infeliz albergue,
 Do el enfermo indigente y afligido
 Lucha con el dolor: allí mujeres (6),
 De hermanas con el santo y dulce nombre,
 Su caridad y afanes le prodigan.
 Al cielo invocan, y a la tierra sirven;
 Desde el altar sagrado,
 Vuelan a socorrer al triste hermano,
 Y son del Dios de amor dignas esposas
 Para celesté alivio del humano.

¡Mujeres adorables! Valerosas
 Fuisteis de amor al imperioso acento.
 ¿Por qué verdugos bárbaros en Tebas,
 Con muerte atroz a Antígone inmolando,
 Viva la entierran en caverna oscura?
 Porque dando a su hermano sepultura,
 Honró el triste cadáver que a los buitres
 El rencor inclemente destinaba.
 La ley atroz Antígone sabía;
 Mas ve a su Polinice idolatrado,
 Que de la tumba y de su honor privado
 El favor postrimero la pedía,
 Y lo sepulta, y muere... Y Eponina,
 ¿Qué crimen cometió? ¿Por qué al cadalso
 La miro conducir? En la caverna
 Do huyó Sabino al vencedor contrario,
 Sufrió con él sus males y peligros

Un lustro y otro más... ¡Heroico ejemplo
De virtud conyugal! Tan triste asilo
Fué por ella de Amor felice templo.
Ella para Sabino embellecía
Aquel antro funesto y pavoroso,
Trocando en lecho de himeneo dichoso
La peña que sus miembros recibía.

En nuestro tiempo, cuando a Francia triste
Abrumaban con cetro ensangrentado
Decemvros atroces, ¿no han probado
Con mil rasgos sublimes
Su magnanimidad? El mudo espanto
Sobre la Francia mísera volaba:
El francés del francés, no fiel hermano
Sino enemigo fiero se mostraba.
Ellas, empero, firmes arrostraron
De los tiranos el furor: aquélla,
Desde el alba robándose al reposo,
Con invicta paciencia
Sentada en el umbral de sus palacios,
Aguardaba constante su presencia.
Aquélla, con el oro desarmando
De un alcaide insensible los furores,
En calabozo lúgubre, sombrío,
Consolaba el afán del triste padre,
O al objeto infeliz de sus amores;
Y si éstos caminaban a la muerte,
Insultando a los bárbaros verdugos,
Alcanzaba feliz la misma suerte.
Todas, apoyo del francés cuitado,
Por él tiernas, ardientes suplicaban,
O con él se inmolaban.

Cuando fatal persecución en Cuba
Turbó la dulce paz con sus furores,
¿Olvidarte podré, celeste Emilia,
Que habitabas el techo hospitalario
Donde a la proscripción enfurecida
Oculté, a mi pesar, mi amarga vida?
¡Oh! ¡cómo la piedad, hija del cielo,
En tu divina frente disipaba
De tu amigo proscripto los dolores!
¡Angel de dulce paz y de consuelo!
Tu plácida memoria, que embellece

De mi destierro las cansadas horas,
 Hasta el sepulcro bajará conmigo,
 Y en su yelo no más podrá entibiarse
 La gratitud ardiente de tu amigo.

Tal brilla la mujer en sus virtudes.
 En su piedad el infeliz reposa,
 Y aun el feliz la debe
 El colmo de su suerte venturosa.
 Ella su abril entre placer corona.
 Cuando el tiempo veloz ruga su frente,
 Cuando le oprime la vejez amarga,
 Alivia la mujer su triste carga.
 En las yertas orillas del sepulcro
 Puede coger temblando algunas flores,
 Y al cerrar ya sus ojos a la vida,
 Miran a la que endulza sus dolores.

¿De la mujer insanos enemigos,
 Podréis negarlo? Pero ya os contemplo
 Que a la avara pintáis, a la soberbia,
 A la vil caprichosa, la inconstante,
 A la infausta celosa,
 Azote del esposo, del amante.
 ¿Somos nosotros ángeles acaso?
 Pero nada escucháis, y más severos
 Me presentáis a Erífyle, a Medea
 Con su furor a Colcos aterrando:
 A Mesalina y Médicis... ¿Mas ellas
 Abominable harán el sexo entero?
 En la callada noche centellando
 Mil estrellas y mil pueblan el cielo;
 Algunas hay, seguidas en su curso
 De peste y huracanes, cuyo aspecto
 Nos anuncia desdichas y dolores.
 ¿Y por eso tal vez la vista mía
 Negaré a las demás, que me consuelan
 Del vasto luto de la noche umbría?
 Adórnanse los campos de mil flores:
 Y, ¿porque algunas pérfidas ofrecen
 Ponzoña vil a la feroz venganza,
 Menos bellas las otras aparecen?
 ¿Nos hace respirar menos placeres
 Su balsámico aliento? Las mujeres,
 A despecho del odio y sus furores,

Son las estrellas y apacibles flores
 Que adornan el desierto de la vida.
 Tú que las menosprecias, ¿olvidaste
 Que tienes una madre? Sal ¡oh ciego!
 Sal de tu error, y al bello sexo adora,
 Mientras mi boca, de su amor movida,
 Sus loores canta, y su favor implora.

V A R I A N T E

Que a lid más dulce destinó la suerte.

Después de este verso, decían las ediciones anteriores:

Gimió al verlas Amor.

Tened la planta,

Hermosas, por piedad. ¡Qué! ¿no os espanta
 De Marte aterrador la faz odiosa?
 No con sangre manchéis las blancas manos
 Que destinó el Amor a las caricias;
 Vuestro dulce mirar cause delicias,
 No pavor, cual los hombres inhumanos.
 Ese horroroso asolador torrente
 Arroyo fué una vez: entonce al suelo
 Con su serena y plácida corriente
 Llenaba de placer: junto a sus aguas
 El césped matizábase de flores
 Y a su dichosa margen los pastores
 Contra el rigor del abrasado cielo
 Encontraban asilo, y los amores
 En torno a las zagalas revolando
 La hicieron su mansión... Ahora, furioso,
 En remolino raudo arrebatando
 Chozas, ganado, perros y pastores,
 Mieses destruye, y en angustia y duelo
 Inunda la comarca. Pavorido
 Huye su encuentro aquél, mientras su amada,
 En la corriente férvida arrastrada,
 Implora en vano su favor. Herido
 Responde el alto monte a los lamentos
 Y del agua al bramar...

Siempre ¡oh hermosas!

Dulces y tiernas séd: ¿no os satisface
 La adoración del hombre?—No me escuchan.

Y ardiendo en ciega cólera y enojos,
 A las rabiosas lides alanzadas,
 Logran allí victorias duplicadas
 Con el brazo valiente y con los ojos.

Ed. 1832.

Biblioteca de Damas, La Habana, 1821. Revista publicada por Heredia. Esta primera lección créese de 1819, ♦.

Reimpresión en México antes de 1825, ♦.

Ed. 1825. Con la siguiente nota del autor:

Este poema, imitado del francés de Legouvé, se imprimió en la Habana en 1821 y se reimprimió en México. Después he visto una traducción fiel de Legouvé, en versos de ocho sílabas, que, a la verdad, no es digna del elegante autor de *La Opinión*. Me animo a incluir este ensayo en mi colección, esperando que las correcciones que lleva lo hagan menos indigno de la benignidad del público. En su primera edición lo dediqué a mi amigo D. Blas Osés, en prenda del afecto tierno que nos profesamos, y que está ya a prueba de la ausencia, del tiempo y del infortunio.

En esta lección, y créese que en las anteriores, los primeros versos están dedicados a *Belisa* y no a *Emilia*, comenzando así:

Yo canto las virtudes y atractivos
 Que adornan gratos del linaje humano
 A la amable mitad. Belisa hermosa,
 Admite con agrado el homenaje
 Que rindo a tu beldad: tu faz de rosa
 Vuelve apacible a mí: logre a lo menos
 Una sonrisa tuya, una mirada
 De tus ojos dulcísimos, serenos,
 Tu encendido cantor. Tú eres la Musa
 Que preside a los sonos de su lira
 Cuando celebra tu beldad amada.
 Yo lograré feliz la única gloria,
 El solo premio a que en mi canto aspiro,
 Si me consagras plácida un suspiro,
 Y un recuerdo agradable en tu memoria,
 Era la nada, etc.

También en esta lección de la ed. de 1825, entre los versos: "En sublime placer tiemblo y la adoro", y "Sigue baile al concierto. Allí Lucinda", aparecen los siguientes:

Mas ¡ay! que cesa Cloris: su maestro
 Con más velocidad, con mayor fuerza
 El clave hacer sonar: tiene más ciencia,
 Mas ¿tiene tanta gracia como Cloris?
 ¿Ofrece acaso a mi encantada vista
 Aquellos brazos que el amor torneara,
 Ni aquel rubor que al resonar los "vivas"
 Cubre de Cloris la divina cara?

Después del verso: “De su inmortal autor. ¡Oh bellas artes!”, en vez de “Vuestra magia sublima la hermosura”, dice:

Empleando la mujer vuestros secretos
Os hace más amables: de las flores
Por Valayer regadas sobre el lienzo,
Tiéndese fácil mi engañada mano
Los tallos a coger: una y mil veces
Encantado imagino que respiran
Los retratos preciosos de la mano
de Lebrun inmortal: las mismas Gracias
Su pincel delicioso dirigieron.

Después de: “Graves censores”, continúa:

Del sexo amable, acaso a vuestros ojos
Imaginario son tan ricos dones.
¡Ah! pues que sus talentos no os encantan,
Al menos sus servicios repetidos
Desarmaros sabrán: con nuestra vida,
De la mujer empiezan los afanes.
Ella lleva en su seno doloroso, etc.

Después de: “Con su furor a Colcos espantando”:

El crimen de las Lesbias inhumanas;
A Mesalina impúdica ordenando
Saturnales horribles; a la odiosa
Médicis fiera, aconsejando al hijo
De los franceses la feroz matanza.
Y ¿quién como vosotros no detesta
A esas mujeres bárbaras? Mas ellas, etc.

Hay también, además de la *Variante* que el mismo autor recogió en la ed. de 1832, otras numerosísimas, de menor importancia. Señalemos, por último, que en la versión de 1825 Heredia no nombra a *Emilia*, sino que en las frases de gratitud que le dedica, dice sólo:

Y olvidarte podré, joven sensible,
Que habitabas, etc.

La versión de 1832 lleva las siguientes notas del autor:

- (1) Célebre actriz francesa.
- (2) Novelas de Madama Cottin, que sólo al autor de *Julia* cede la palma en el arte de pintar la más tierna de las pasiones.
- (3) Obra de la ilustre Madama Stael.
- (4) Véase la Variante al fin.
- (5) Célebre poetisa y guerrera de Argos.
- (6) Hermanas de la Caridad, destinadas en Francia al servicio de los hospitales.

MEMORIAS

(De Parry.)

Recuerda los bellos días
En que tímido y sincero
El homenaje primero
Te llegaba a tributar.
¡Oh ceguedad! ¡oh extravío!
Nunca, mujer inconstante,
Pecho más fino y amante
Pudo el amor inflamar.

Exageras los defectos
Que en mí la envidia censura:
No es el menor la locura
Con que furioso te amé.
He sentido fieramente
Los vicios y las pasiones:
Mas de tibios corazones
Nunca, Lesbia, me pagué.

En ti del dolor la copa
Brindóme el hado enemigo:
Empero, no te maldigo,
Ni te puedo aborrecer.
Escucha mi último voto:
Añada el cielo a tu vida
Las horas de paz cumplida
Que me robaste cruel.

Tú eras mi bien: mi universo
Estaba a ti reducido:
El tiempo trajo tu olvido,
Y el tiempo me consoló.
El amor que me inspiraste
Para siempre se ha borrado:
No más el fuego apagado
Recuerdes al corazón.

Vanamente cariñosa
 Me tiendes la blanca mano:
 La fe reclamas en vano
 Que a la tuya prometí.
 La credulidad, que sola
 Devolvértela pudiera,
 Por tu inconstancia altanera
 Para siempre huyó de mí.

El ligero pajarillo
 De la prisión escapado,
 Prudente y escarmentado
 Teme al señuelo traidor.
 No se acerca ya cual antes,
 Que la desgracia le instruye,
 Y la esclavitud rehuye
 Que le brinda el cazador.

1821.
 Ed. 1832.

El Revisor Político y Literario, La Habana, No. 57, 11 julio 1823, p. 8.

Ed. 1825.

En estas dos primeras versiones faltan las dos estrofas que empiezan: "Exageras los defectos", y "En ti del dolor la copa".

La lección de *El Revisor* es igual a la de 1825, salvo que, aparte de otras ligerísimas variantes, en vez de

En vano con rostro amigo
 Me tiendes la blanca mano

dice

De mi silencio admirada
 Tornar quieres a mí.

donde probablemente hay una errata, pues el verso exige una sílaba más.

En el volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, que se guarda en la Biblioteca Nacional, en los pliegos 10-11, aparece otra versión de esta poesía, casi enteramente igual a la de 1832, salvo que comienza interrogando: "¿Recuerdas", etc.; que el último verso de la tercera estrofa dice: "Que me arrebatas infiel"; y el primero de la quinta: "En vano con rostro amigo", a semejanza de la de 1825.

MELANCOLÍA

(De Arnault)

Hoja solitaria y mustia,
Que de tu árbol arrancada,
Por el viento arrebatada
Triste murmurando vas,
¿Dó te diriges?—Lo ignoro.
De la encina que adornaba
Este prado, y me apoyaba,
Los restos mirando estás.

Bajo su sombra felice
Las zagalas y pastores
Cantaban, y sus amores
Contenta escuchaba yo,
Nise, la joven más bella
Que jamás ornó este prado,
Tal vez pensando en su amado,
En el tronco se apoyó.

Mas contrastada la encina
Por huracán inclemente,
Abatió su altiva frente,
Dejándose despojar.

Desde entonces cada día
Rudo el viento me arrebatada,
Y aunque feroz me maltrata,
Ni aun oso quejarme dél.
Voy, de su impulso llevada,
Del valle a la selva umbrosa,
Do van las hojas de rosa,
Y las hojas de laurel.

Semanario de Matanzas, Matanzas, 1822, No. 12, ♦.

Ed. 1825. Después de la segunda estrofa, antes de los cuatro versos que forman la tercera, aparecen los siguientes:

Yo escuché sus dulces ansias
Y me gocé en sus caricias,
Cuando de amor las delicias
Le vi con ella gozar.

PLAN DE ESTUDIOS

(De Parry.)

¿A Minerva te consagras?
Perdone Amor tu imprudencia:
Advierte que tanta ciencia
No es propia de la beldad.
No: tu sencillez conserva,
Y esa feliz ignorancia
Que la deliciosa infancia
Te recuerdan sin cesar.

Sigue la antigua creencia;
Y tu culto candorosa
Rinde al ara venturosa
Del omnipotente Amor.
Aqueste dios indulgente
Profesa la tolerancia;
Y a la pérfida inconstancia
Reserva el crudo rigor.

Ya del gusto el dios amable
Te reveló cuidadoso
El arte voluptuoso
Que Tepsícóre inventó.
Sabes de amor gratos himnos
Y juntas con ágil mano
Los acentos del piano.
A tu deliciosa voz.

En el mapa nunca busques
Los climas tristes, lejanos,
Que de griegos y romanos
Vieron el bélico ardor.

No busques al samoyedo,
Que en clima de hielo eterno
Sufre de perenne invierno
La tristeza y el horror.

Busca en él a Idalia bella,
Donde la diosa de amores
Brinda a sus adoradores
Inestimable favor.

No lejos yacen las playas
Do Leandro expiró rendido,
Y en que la mísera Dido
Fué víctima del Amor.

De la política historia
En la cansada lectura,
Crimen, furor y locura
Tus ojos fatigarán.

No: la crónica de Pafos
Aprenderás en Ovidio,
Librándote del fastidio
Que los otros te darán.

La ciencia más importante
Es la de ser venturosa;
Conmigo, joven hermosa,
Queriendo la aprenderás.

Mucho adelantado tienes,
Pues que supiste agradarme:
Yo te amo... Sabiendo amarme,
No quieras aprender más.

1822.

Ed. 1832.

Ed. 1825.

EN LA MUERTE DE RIEGO

(Créese de Campbell)

Los monarcas altivos de Europa
Ven alzarse los pueblos iberos,
Y sobre ellos resuelven severos
De su fuerza el torrente soltar.
¡Libertad! es terrible tu acero;
Mas, ¿dó el brazo estará que lo vibre?
¿Por ventura quien nunca fué libre
Puede rayos al trono lanzar?

Con jactancia los hijos de Iberia
“¡Libertad o la muerte!” gritaban;
“¡Libertad o la muerte!” sonaban
Ebro y Betis, Pirene y el mar.
¡Ignominia, baldón a sus nombres!
Al bramar de la lid se escondieron,
Y la palma del triunfo cedieron,
Sin osarla al francés disputar.

¡Ignominia perenne a tu nombre,
Degradada y estúpida España!
Del tirano a la bárbara saña
Abandonas tu bravo adalid.
¡Pereció por romper tus cadenas!
Libertad su apoteosis reclama:
A los ojos del mundo te infama,
Cuanto le honra, su noble morir.

El gran Riego al cadalso camina
Entre el gozo y clamor insensato
De ese pueblo frenético, ingrato,
Que cuando era feliz le adoró.

Le prodigan indignos ultrajes
Al morir entre duros tormentos,
Y al sol arden sus miembros sangrientos,
¡Que ni tumba el tirano le dió...!

No será para el mundo perdido
Tan odioso, tan bárbaro ejemplo:
Aun habrá quien venere cual templo
De su injusto suplicio el lugar,
Y se indigne sobre él; que la tierra
De un patriota con sangre bañada
Es tan digna de honor, tan sagrada,
Como aquella en que posa un altar.

Ya los reyes te befan, España,
De tu infamia profunda riendo,
Y en tinieblas y sangre gimiendo,
Hoy la sierva de Europa te ves.
¡Santo Oficio, renace!... Inhumanos,
Restituidos al crimen os vemos;
Cantad himnos al cielo, blasfemos,
Porque os lanza en la tierra otra vez.

Restaurad vuestros ritos impíos,
Restaurad el horrible tormento,
Y en la hoguera y el potro sangriento
Sonreiréis al humano dolor.
¡Peores sois que demonios comunes!
Aun al vulgo feroz del infierno,
Mansión triste de crimen eterno,
Inspiráis menosprecio y horror.

No perpetuo será tan vil triunfo:
Vuestro gozo templad, opresores,
Porque al fin armará vengadores
Vuestra rabia insensata y feroz.
Justo el Cielo, modera sus iras,
Y la copa del crimen se llena;
La venganza distante ya truena,
¡La justicia se apresta de Dios!

Créese de fines de 1823:
o principios de 1824.
Ed. 1832.

La estrofa V, que comienza: “No será para el mundo perdido”, y termina: “Como aquella en que posa un altar”, fué copiada por Heredia, dedicándola a la memoria del general mexicano Vicente Guerrero, en artículo que en honor de éste publicó en *El Fanal*, Toluca, 6 febrero 1833, y que fué reproducida en *El Fénix de la Libertad*, México, 10 febrero 1833.

Entre las *Traducciones inéditas de un libro francés* publicamos el esbozo de esta poesía, trazado por Heredia al margen de dicho libro, con el título *A Riego*.

Domingo Delmonte dice que es original del poeta inglés Thomas Campbell.

LA BATALLA DE LORA (*)

(De Osián)

Habitador de la secreta celda, (**) (1)
 Hijo de tierras apartadas, ¿oigo
 De tu bosque el sonar? ¿o es de tus cantos
 La sonora voz? En mis oídos
 Suena el torrente que estruendoso cae,
 Y oigo una nueva y plácida armonía.
 ¿Alabas a los jefes de tu tierra,
 O a los leves espíritus del aire? (a)
 Habitador lejano de las rocas,
 Vuelve los ojos al breñoso llano.
 Mira esa fila de verdosas tumbas,
 En torno de las cuales silba al viento
 La yerba sacudida, y los peñascos
 Alzan su frente que corona el musgo.
 Hijo de la caverna, tú las miras,
 Mas los ojos de Osián están cerrados
 A la luz celestial.

De la montaña
 Se precipita resonando el río,
 Y en derredor de la colina verde
 Con sus tendidas aguas serpentea.
 Sobre su cumbre, entre la yerba seca
 Cuatro piedras musgosas colocadas,
 Levantan sus cabezas. Allí tienden
 Alrededor sus ramas resonantes
 Dos árboles soberbios, que encorvara
 La tempestad. Allí, Eragón, habitas;
 Esa es ahora tu morada estrecha.
 Ha mucho tiempo que olvidóse en Lora
 De tus conchas el son, y oscurecido
 Yace tu escudo en tu salón desierto.

Poderoso Eragón, rey de las naves,
Dominator de la distante Lora,
¿Cómo caíste en nuestros montes? ¿Cómo
Un guerrero tan fuerte se abatiera? (b)
Hijo feliz de la escondida celda,
¿Te deleitan los cantos? Pues escucha
La batalla de Lora: (c) ha mucho tiempo
Que el estruendo fragoso de sus armas
Por nosotros pasó; bien como el trueno
Ruje sobre los montes anublados,
Y fué, y no existe; el sol ledo retorna
Con su luz silenciosa, y los peñascos
Tersos, y de los montes alejados
Las verdes cimas, a su brillo rien.
De las ondas de Erín enfurecidas
Tornábamos alegres, (d) y de Cona
El puerto recibió nuestros navíos.
Sueltas ya de los mástiles pendían
Las blancas velas. Rebramando fieros,
De Morvén tras las selvas discurrían
Los vientos tempestuosos. Resonaba
Del rey el cuerno cazador. Los ciervos
Asustados saltaban: nuestros dardos
Volaban en pos de ellos por el bosque.
Sobre el collado, fiesta y alegría
Tendiéronse doquier, y fué muy grande
Entre nuestros peñascos nuestro gozo,
Del terrible Esvarán por la derrota.
Dos de nuestros guerreros a la fiesta
Nos olvidamos de llamar. La ira
En sus pechos ardió: furtivamente
Sus ojos encendidos revolvían.
De sus alzados pechos los suspiros
Se lanzaban violentos. En secreto
Hablar los vimos, y arrojar sus lanzas
Al suelo con furor: en nuestro gozo,
Dos nubes tenebrosas parecían,
O dos columnas húmedas de niebla
Sobre el tranquilo mar. Al sol heridas
Brillan con su esplendor; pero azorado
El marinero la borrasca teme.
“Alzad mis blancas velas presurosos”
Exclamó Maronán; “del occidente
Alzadlas a los vientos. Vamos, Aldo:
Del norte por las ondas espumosas
Lancémonos osados; en la fiesta

Nos olvidaron, sí, mas nuestras armas
 Saben teñirse en sangre. Abandonemos
 De Fingal los collados, y sirvamos
 De Lora al rey. Es su semblante fiero,
 Y guerra vuela de su lanza en torno.
 Ven, Aldo, y gloria y esplendente fama
 Busquemos en la lid de otras regiones.”
 Sus espadas y escudos empuñaron,
 Y de Luszar al puerto resonante
 Se partieron al punto, y encontraron
 De Lora al rey soberbio, señor fuerte,
 De caballos briosos. (e)

De la caza

Se tornaba Eragón: roja en la sangre
 Su lanza estaba: (2) su semblante torvo
 Inclinaba a la tierra, y presto el viento
 Silbaba en torno dél cuando marchaba.
 A los dos extranjeros valerosos
 Recibió en sus festines: en sus guerras
 Ellos lidiaron fuertes y vencieron.
 De Lora a las murallas elevadas
 Aldo tornó de honor y gloria lleno.
 De lo alto de sus torres le miraba
 La esposa de Eragón, la bella Lorma
 Da lánguido mirar. Su pelo rubio
 Al soplo de las brisas del océano
 Suelto volaba, mientras el blanco seno
 Se agitaba cual nieve en la llanura,
 Cuando un viento süave se levanta,
 Y la mueve entre luz plácidamente.
 Vió al joven Aldo, hermoso como un rayo
 Del sol de Lora cerca de occidente.
 Su tierno pecho suspiró; sus ojos
 Se llenaron de lágrimas amantes,
 Y en su brazo blanquísimo apoyara
 Su lánguida cabeza. Por tres días
 En el salón estuvo, y sus pesares
 Cubrió con apariencia de alegría.
 Mas vino el cuarto, y con el héroe huyóse
 Por el revuelto mar, y se acogieron
 A Fingal, rey de lanzas, en las torres
 De Cona enmugrecidas.

Con enojo

Alzándose el monarca: “Aldo”, dijera,

“Corazón orgulloso, (f) ¿debe ahora
 Defenderte Fingal contra la ira
 Del ofendido rey de la alta Lora?
 ¿Quién ya de hoy más acogerá a mi pueblo,
 Quién llamarálo a fiesta hospitalaria,
 Después que Aldo con alma baja y torpe
 Mi nombre en Lora deshonrar osara?
 Anda, mano cobarde, (3) a tus collados,
 Y en tus cuevas escóndete. Lid triste
 Es fuerza sostener por tu osadía
 De Lora contra el rey enfurecido.
 ¡Oh del noble Trenmor alma sublime!
 ¿Cuándo Fingal descansará de lides?
 En medio de batallas he nacido, (g)
 Y mis pasos se mueven entre sangre
 Hacia la tumba: mas mi mano nunca
 Al débil injurió, ni sobre el flaco
 Mi espada descargué. ¡Morvén! yo miro
 Tus tempestades que las salas mías
 Trastornarán: cuando mis hijos caigan
 Muertos en lid, y que ninguno de ellos
 Habite en Selma ya, (h) vendrán los flacos,
 Y no hallarán mi tumba: en sólo el canto
 Vivirá mi renombre, y mis hazañas
 Semejarán a los lieros sueños
 En los tiempos futuros.”

Mas su pueblo
 En torno de Eragón se amontonaba,
 Como en torno al fantasma de la noche
 Se apiñan las borrascas, cuando oscuro
 Desde la cumbre de Morvén las llama,
 Y se prepara osado a despeñarlas
 En extranjeras tierras. Vino airado
 A la playa de Cona, y de allí manda
 Un bardo al rey que la batalla pida,
 O la tierra cubierta de collados.
 Fingal sentado en su salón estaba.
 Y en torno le cercaban los amigos
 De su edad juvenil. En el desierto
 Lejos los héroes jóvenes estaban.
 Los jefes de canosa cabellera
 Hablando estaban de la edad pasada
 Y de sus nobles hechos juveniles,
 Cuando entra el jefe de la undosa Lora,

El anciano Nart-mor: "No es tiempo", dice,
 "De escuchar las canciones de otros años:
 El terrible Eragón está en la playa
 Con diez mil lanzas, y álzase sombrío
 De sus jefes en medio el rey de Lora,
 Semejante a la luna oscurecida
 En medio a los nocturnos meteoros,
 Cuando en sus bordes vuelan, y nos muestran
 La luz que falta en su eclipsado disco." (4)
 —"Ven", exclamó Fingal, "de tu alta sala,
 Ven, hija de mi amor, ven ¡oh Bosmina, (i)
 Doncella de Morvén! tú, Nart-mor, toma
 El caballo extranjero, (j) y parte y sigue
 A la hija de Fingal. Al rey de Lora
 Llama a nuestro convite, y a los muros
 De Selma umbrosos. Bríndale, Bosmina,
 De los héroes la paz (k) y las riquezas
 De Aldo noble. Distantes en la caza
 Se encuentran nuestros jóvenes, y tiembla
 Débil ancianidad en nuestras manos." (5)
 Parte Bosmina de Eragón al campo, (6)
 Y cual rayo de luz en nube oscura
 Se mira centellar. Luciente concha
 En la derecha mano se veía,
 ¡Grata señal de paz! En la siniestra,
 Un dardo de oro, símbolo de lides.
 Resplandeció Eragón en la presencia
 Como alta peña de repente herida
 Por los rayos del sol, si prestos brotan
 De tenebrosa nube que impetuoso
 El viento bramador rasga y divide:
 "De la distante Lora hijo valiente",
 Con amable rubor dice Bosmina,
 "Ven del rey de Morvén a los festines,
 De la alta Selma a los sombreros muros.
 De los héroes la paz plácido acepta;
 Deja posar tu tenebrosa espada
 A tu lado ¡oh guerrero! ¿Ansías acaso
 La riqueza de reyes? Pues atiende,
 Y de Aldo noble escucha las palabras.
 El a Eragón ofrece cien caballos, (l)
 Hijos fuertes del freno; cien doncellas
 De tierras apartadas; (7) cien falcones (m).
 De sonoras alas que en su vuelo
 A la región etérea se levantan.

Y a más cien ceñidores que apretaron
 A las doncellas el colmado seno, (n)
 Al nacer de los héroes favorables,
 Y que a los hijos, de la cruel fatiga (ñ)
 Son alivio feliz. Tendrás diez conchas (o)
 De radiosos diamantes tachonadas,
 Que brillarán de Lora en los salones.
 De agua el cristal en sus estrellas tiembla
 Cual vino centellante: al rey del mundo
 En sus doradas salas alegraron.
 Tuyas, héroes, serán, o de tu esposa
 De blando pecho. Lorma a tus salones
 Revolverá sus ojos: Aldo empero
 Ama al alto Fingal, Fingal que nunca
 Injurió a ningún héroe, aunque su espada
 Es en la lid terrible y poderosa.”
 —“De Cona dulce voz”, el rey responde,
 “Dile a Fingal que en vano me prepara
 El alegre festín: si paz desea,
 Tráigame sus despojos, y su frente
 Incline a mi poder. Dí que me envíe
 De sus padres famosos las espadas
 Y escudos de otros tiempos: que mis hijos
 Pueden decir al verlas en mi sala:
 “Del gran Fingal las armas son aquestas”
 —“Nunca en tu sala las verán”, replica
 Con orgullo gracioso la doncella: (8)
 “Nuestras armas están en manos de héroes
 Que nunca ceden en la lid sangrienta.
 Rey de la ecosa Lora, en nuestros montes
 Brama la tempestad. Hijo atrevido
 De la tierra distante, ¿de tu pueblo
 No prevés inmediata la ruina?”
 A las salas de Selma silenciosas
 Tornó Bosmina. El rey miró sus ojos
 Inclinados al suelo, (p) y levantóse
 Con gran vigor, sus canas sacudiendo.
 Tomó la cota de Trenmor sonora,
 Y de sus padres el oscuro escudo.
 Selma se oscureció, cuando su mano
 A la lanza aplicó. De mil las sombras
 En derredor errantes revolaban,
 Vaticinando al pueblo muerte impía.
 Terrible gozo apareció en los rostros
 De los héroes ancianos, que corrían

Del enemigo en busca enfurecidos,
 Pensando en las victorias de otros años,
 Y en la fama que se alza de la tumba. (q)
 Mas de Tratal junto al sepulcro antiguo
 Aparecen los perros de la caza,
 Y Fingal conoció que estaban cerca
 Sus jóvenes guerreros, y paróse
 En medio de su marcha. Oscar entonces
 Apareció el primero; luego el hijo
 De Morni, sangre de Nemí: (r) Tergueto
 Mostró su torvo aspecto, y desparcía
 Dermidio el negro pelo al viento manso.
 Osián llegó de todos el postrero,
 Las canciones antiguas entonando.
 Para salvar los rápidos arroyos
 Apoyaba mis pasos en mi lanza,
 Y pensaba en los hombres valerosos.
 Fingal su férreo escudo golpéando
 Dió del combate la señal horrible.
 Desnúdanse en un punto mil espadas,
 En el llano agitado centellean,
 Y tres hijos del canto encanecidos
 Su voz levantan armoniosa y triste.
 Fieros, sombríos, con sonantes pasos
 Marchábamos ardientes a la liza,
 Cual lluvia de borrasca impetuosa
 Que en un estrecho valle se despeña.
 Pero el rey de Morvén en su collado
 Paróse, y a los vientos extendido
 Vuela el rayo de sol de la batalla (s).
 En torno, con sus canas agitadas,
 Circundaban al héroe los amigos
 De su edad juvenil. Sublime gozo
 En sus ojos lució, viendo a sus hijos
 En la guerra gloriosa, rodeados
 Del centellar de las espadas, llenos
 De la memoria fiel de las hazañas
 Que honraron a sus padres.

Mas pujante
 Se adelanta Eragón como el rugido
 De invernal tempestad. Las huestes caen
 Al mover de sus pasos, (t) y la muerte
 Tenebrosa y feroz marcha a su lado.
 “¿Quién viene aquí como ligero corzo”,

Dice Fingal, "o cual de Cona ciervo?"
 A su lado su escudo centellea;
 Y el rechinar de su armadura es triste.
 Con Eragón se encuentra en la batalla:
 ¡Ved de los jefes el feroz combate,
 Semejante al luchar de los espectros
 En negra tempestad! ¡Ay! tú caíste,
 Hijo infelice del collado, y mancha
 Tu blanco pecho la caliente sangre.
 ¡Llora, Lorma infeliz! Aldo no existe."
 Entristeci6se por la muerte de Aldo
 El Rey: la lanza poderosa empuña,
 Y vuelve sus miradas fulminantes
 Que respiraban muerte, al enemigo...
 Pero encuentra Gaúl al rey de Lora...
 ¿Quién podrá referir su lid tremenda...?
 Cay6 el fuerte extranjero. (9)

"Hijos de Cona,
 Grit6 Fingal, "la mano de la muerte
 Ya detened. Fuerte era el que ha caído,
 Y largo llanto se prepara en Lora.
 A sus salas irán los extranjeros
 Y asombraránse al verlas silenciosas:
 El Rey cay6, extranjero, y de su casa
 Ces6 el estruendo y el placer: escucha
 El resonar confuso de sus bosques.
 Tal vez su nombre errante allí murmura;
 Pero él allá en Morvén, de aquí muy lejos,
 Cayera herido de extranjera espada."
 Así Fingal habló, cuando los bardos
 El canto de la paz al viento dieron.
 Detuvimos, entonces los aceros
 Ya alzados para herir, y perdonamos
 Al enemigo débil. En la tumba
 Pusimos a Eragón, (10) y yo di al viento
 Voz de dolor. Las nubes de la noche
 Giraban sobre el campo, y vi6se en ellas
 La sombra de Eragón: torvo y sombrío
 Su rostro estaba, y en su alzado pecho
 Un suspiro en su vuelo interrumpido.
 Bendecida sea tu alma, rey de Lora; (11)
 Tu espada fué terrible en las batallas.
 Lorma de Aldo en la sala estaba en tanto,
 A la luz triste de abrasada encina.

Baja la noche; Aldo no torna: el alma
 De la sensible Lorma se entristece.
 —“¿Quién te detiene, cazador de Cona? (v)
 Volver me prometiste. ¿Huyó tan lejos
 El raudo ciervo? (x) ¿Los oscuros vientos
 En derredor de ti silban ahora
 En la llanura? Estoy en tierra extraña,
 ¿Quién sino Aldo es mi amigo? Amado mío,
 Torna de tus collados resonantes.”
 Dice, y vuelve los ojos a la puerta,
 Y del viento el bramar atenta escucha.
 Creyendo que eran de Aldo las pisadas,
 Brilla el gozo en su faz; mas la tristeza
 Torna luego a cubrirla, cual se tiende
 Nube sutil en la luciente luna.
 “¿No vuelves, dulce amor? Veré la frente
 Del collado. ¡Cuán bella y apacible
 Brilla en oriente la callada luna!
 ¡Cómo reluce, a su mirar, del lago
 La calma y tersa faz! (12) ¿Cuándo gozosa
 Veré tornar sus perros de la caza?
 ¿Cuándo su voz distante, por el viento
 Escucharé venir? De tus collados
 Ven, cazador de la selvosa Cona.”
 Mas del guerrero la ligera sombra
 Aparecer miró sobre alta peña,
 Como de débil luz húmedo rayo
 Que entre dos nubes negras de repente
 La luna arroja, mientras desatada
 Suena en el campo la nocturna lluvia.
 Por el llano siguió la vana sombra,
 Conociendo la muerte de su amado.
 ¡Ay! y escuché sus gritos por el viento,
 Que más y más con ella se acercaban,
 Cual triste voz de susurrante brisa
 Cuando suspira en la caverna herbosa.
 Vino, y al héroe halló. No más oyóse
 El eco de su voz: pálida y muda
 En derredor los ojos revolvía,
 Tristes, desencajados. Pocos fueron
 Sus días en Cona: en el sepulcro hundióse.
 Fingal mandó a sus bardos que cantaran
 A la muerte de Lorma canto triste,
 Y de Morvén las hijas la lloraron
 Un día del año, cuando soplan nuevos
 Los vientos tenebrosos del otoño (y).

Hijo de tierras apartadas (z), vives
 De la fama en el campo. Eleva ahora
 De tu canto la voz, en alabanza
 De los héroes ilustres que han caído,
 Y en derredor de ti sus leves sombras
 Con gozo volarán; de Lorma el alma
 Sobre un incierto rayo de la luna
 A descansar en apacible sueño,
 Y la alba luna entre tu cueva mira,
 Tú su beldad verás... mas ¡ay! helada
 Una lágrima yace en tus mejillas...!

Enero 1º 1824.
Revista de Cuba, La
 Habana, t. VI, No. 8,
 septiembre 1879, p.
 202-212.

Con las notas que aparecen a continuación:

(*) Las notas marcadas con letras u otros signos son las únicas que hemos podido hallar en el manuscrito que tenemos delante; las de números, a pesar de que en él se indica que se colocarían al final del Poema, no se han hallado.

(**) Osián dirige la palabra a uno de los primeros cristianos establecidos en Escocia, de los que habla así Bucanan, l. 4, c. 46. *Multi ex Britonibus christianis, sævitiam Diocletiani timentes, ad eos confugerant; e quibus complures doctrina et vitæ integritate clari in Scotia substiterunt, vitamque solitariam tanta sanctitatis opinione apud omnes viderunt, ut vita functorum cella in templa mommutarentur: ex eoque consuetudo mansit apud porteros, ut prisei Scoti templa cellas vocent. Hoc genus monachorum Culdeos appellabant.*

(a) Los cantos del Culdeo serian salmos e himnos religiosos en alabanza de los santos del cristianismo. El poeta, refiriéndolo todo a sus ideas, los llama *espíritus del viento*.

(b) *Judyti Israel super montes tuos interfecti sunt: quomodo ceciderunt fortes? Reg. 1. 2. c. 1. v. 19.*

(c) Tierra en Morvén, llamada así por el río de este nombre.

(d) Después de haber librado la Irlanda de la invasión de Esvaran.

(e) Dinamarca, a la que probablemente pertenecía el país de Lora, es célebre por sus caballos.

(f) Hombre audaz y despreciador de su deber.

(g) Comal, padre de Fingal, fué muerto en una batalla el mismo día en que nació Fingal.

(h) Fingal adivinaba. Toda su familia se extinguió con Osián, y Selma quedó desolada.

(i) Era la más joven de las hijas de Fingal.

(j) Es decir, caballos tomados por los caledonios en sus frecuentes correrías en la provincia romana.

(k) Esto es, una paz honrosa y noble, como conviene a los héroes, no vil y arrancada por el temor.

(l) Puede compararse la oferta y enumeración de estos dones a la que hace Agamenón para aplacar a Aquiles en el c. 9 de la Iliada. Obsérvese que Osián sabe huir de la prolija y literal repetición de los dones que pone Homero en boca de Ulises. Bosmina sólo especifica en nuestro poeta una a una las ofertas, pero se ve que no hace más que repetir el encargo del padre.

(m) Es claro que estas riquezas ofrecidas a nombre de Aldo son todas del mismo Fingal.

(n) En muchas familias del norte de Escocia se conservaron casi hasta nuestros días ceñidores consagrados. Se envolvían en ellos a las parturientas, y se creía que aliviaban los dolores y aligeraban el parto. Estaban puestas en ellos muchas figuras místicas, y la ceremonia de ceñir a la mujer se hacía con ceremonias y gestos que indicaban traer su origen de los druidas.

(ñ) Estos ceñidores debían tener también la virtud de restaurar los cuerpos fatigados, porque esta expresión no puede aplicarse a las parturientas.

(o) Estas conchas debían ser vasos preciosos, parte del botín que hicieron los caledonios en Bretaña.

(p) Los héroes de Osián hablan con el rostro, y el que los ve no se cuida de saber más.

(q) Esto es, que sólo pensaban morir con gloria.

(r) Se ignora quién era este Nemi y su hijo: Osián no vuelve a mencionarlos.

(s) El estandarte de Fingal.

(t) El original *cae la batalla*.

(v) Palabras de Lorma.

(x) Lorma ignoraba la llegada de Eragón, y suponía que Aldo había ido a cazar.

(y) *Ewinde mos increbuit in Israel, ut post anni circulum convenierent in unum filia Israel, et plangerent filiam Jephthæ Galaditæ diebus quatuor. Lib. Judic. c. 11.*

(z) Osián se dirige de nuevo al Culdeo.

Y precedida de la siguiente dedicatoria de Heredia:

A don José Antonio Miralla.

A ti, querido amigo, se debe este débil ensayo: tú me diste las primeras lecciones de inglés, y a ti debe dedicarse mi primera traducción de este idioma.

Quizá jamás hubiera yo intentado penetrar en sus misterios al genio sombrío del viejo de Albión, si un huracán imprevisto no me hubiese arrebatado de los risueños campos de mi patria a las márgenes nublosas del Hudson. En el encierro casi continuo a que me condenan mi mala salud y la rudeza del clima, que afecta de un modo demasiado sensible mis órganos desenvueltos bajo el cielo ardiente de los trópicos, he tenido que recurrir a la ya abandonada literatura, para que me sea menos insufrible el curso perezoso del tiempo en la ociosidad a que me encuentro condenado.

Mi admiración al *genio de la naturaleza salvaje*, como llama a Osián su traductor italiano Cesarotti, me impelió a tentar al menos volver en castellano los sublimes acentos de *la voz de Cona*, y a imitación del mismo Cesarotti, he usado el verso libre como el más propio del asunto, y digno de la sencillez y majestad de la epopeya.

Recibe, querido amigo, este ensayo, que la amistad más desinteresada te brinda. Proscriptos ambos, tenemos algo de común en nuestra suerte. Si atravesando los centenares de leguas y las olas del oceano que nos separan, llega a tus manos este cuaderno, di: *aún dura mi amistad en el corazón de J. M. Heredia.*

New York, 1º de enero de 1824.

José Antonio Miralla, distinguido literato y patriota argentino, que había mostrado también en Cuba y México su exaltado amor a la libertad, era amigo muy querido de Heredia, quien, en carta a Silvestre Luis Alfonso, de México 6 marzo 1826, lamentaba sentidamente su muerte, acaecida en Puebla, tres días antes de llegar allí nuestro poeta, el 11 de octubre de 1825.

En cuanto a la admiración de Heredia por la poesía de Osián, he aquí lo que decía en carta a su tío Ignacio, de Nueva York, 24 de febrero de 1824:

Te incluyo ahora otro poema de Osián [Ignórase si éste es el perdido *Imistona*, *Oina-Morul* o algún otro]; digo otro, porque creo que habrás recibido el de *La batalla de Lora* que envié a mi mamá, con encargo de que te lo mandara. Ya te he dicho que en el inglés está en prosa; y yo he tratado de devolver a la poesía los tesoros de que la ignorancia la ha privado. No me toca decir con cuánta felicidad o desgracia he hecho el ensayo; pero sí diré que el genio del ciego de Caledonia debía a ocasiones alzarse a par de Homero, si los literatos, que son fanáticos a veces, no hubieran puesto lindes al ingenio humano, declarando que nada puede igualarse al poeta griego; pero yo tengo en mi favor el voto de un genio extraordinario, que vale más que el de todas las academias de Europa. Napoleón leía continuamente a Ossián, como Alejandro a Homero...

A LA LUNA

(De Osián)

Hija del cielo, eres hermosa, y dulce
De tu faz el silencio. Te levantas
De amable risa y esplendor vestida.
En el oriente siguen las estrellas
Tu azul camino: en tu presencia ¡oh Luna!
Se complacen las nubes animadas,
Y sus pardos contornos iluminan.
¿Quién en el cielo puede compararse
A tí, luz de la noche silenciosa?
Tristes, avergonzadas las estrellas
Separan ya sus ojos centellantes
De tu disco. Mas ¿dónde te retiras
Cuando la oscuridad de tu semblante
creciendo va? ¿Salones anchurosos
Tienes tú como Osián, o te circunda
La sombra del dolor? ¿Del alto cielo
Cayeron tus hermanas? ¿Ya no existen
Las que contigo en la callada noche
De tu gozo gozaban? Sí, cayeron,
Hermosa luz; por eso tantas veces
Te apartas a llorar. Mas ¡ay! tú misma
Una noche caerás. Tu azul camino
Desierto y triste quedará en el cielo,
Y las estrellas, que oscurece ahora
Tu beldad superior, en tu caída
Se regocijarán, la frente alzando.
Mas hoy aún triunfas de fulgor vestida.
Mira desde tus puertas por el cielo.
Rasga ¡oh viento! la nube, y que su vista
La hija sublime de la noche tienda.
Resplandezcan heridos por su lumbre
Los montes, y revuelva el Oceano
En argentada luz sus blancas olas.

Créese de enero
a mayo 1824.
Ed. 1832.

MORAR

Veloz eras, Morar, bien como ciervo
 Que en el desierto piérdese; terrible,
 Cual ígneo meteoro: atroz tormenta
 Era tu saña, y en la lid tu espada
 Relámpago funesto parecía.
 Era tu voz como torrente hinchado
 Tras gruesa lluvia: cual profundo trueno,
 Que retumba en los montes apartados.
 A muchos derribó tu brazo fuerte;
 Los consumió la llama de tu ira.
 Mas al volver de la feroz batalla,
 ¡Cuán apacible y pura vi tu frente!
 Era tu faz como del sol el disco
 Tras de la lluvia; cual brillante luna
 En el silencio de la calma noche,
 Tranquila, bella, como el hondo lago,
 Cuando se acalla el viento estrepitoso.

Es hoy estrecha tu morada; oscuro
 El lugar donde habitas. Con tres pasos
 Mido tu sepultura, ¡oh tú, que fuiste
 Tan grande en otro tiempo! Cuatro piedras,
 De pardo musgo en torno coronadas,
 Son única memoria de tus hechos.
 Un árbol desecado, que ya apenas
 Una hoja tiene solitaria y mustia,
 Yerba larga, que silba al viento frío,
 Al cazador señalan el sepulcro
 Del potente Morar. ¡Morar! Humilde
 Yaces hoy, en verdad... No tienes madre
 Que te lllore, ni virgen que doliente
 Vierta llanto de amor en tu sepulcro.

.....
 ¡Adiós, oh el más valiente de los hombres,
 Vencedor en el campo...! Mas el campo

Ya no ve tu valor, ni el bosque umbrío
 Brillará de repente iluminado
 Por la vívida lumbre de tu acero.
 Ninguna prole dejas; pero el canto
 Conservará tu nombre, y en sus ecos
 Lo escucharán los venideros años,
 Y del muerto Morar sabrán la historia.

Créese de enero
 a mayo 1824.
 Ed. 1832.

Respecto a estas traducciones de Osián, parécenos interesante reproducir aquí unas notas de Heredia, dadas a conocer por F. González del Valle en su *Cronología Herediana* y escritas con motivo de una proyectada publicación de dichas traducciones en la revista *Miscelánea*, que no se llevó a cabo. Dicen así:

Sin entrar en la cuestión sobre la autenticidad de las poesías publicadas en el siglo último con el nombre del bardo Osián, debemos confesar su alto mérito con el célebre y severo Blair, a quien nadie tachará de juez incompetente en literatura. Mucho tiempo ha que se desea una traducción de estas poesías en castellano, y el editor de *La Miscelánea* la emprendió seis años ha, más que por otro motivo, para divertir las largas horas de soledad que le abrumaban en un suelo extranjero. Hoy presenta al público una parte de su trabajo, en que acaso no hay más mérito que el de la fidelidad, sin embargo de que el original inglés se halla en prosa; mas el traductor creyó que debía restituirse a la poesía ese tesoro de que estaba privada.

El mérito de las poesías de Osián se halla bastante recomendado en el anterior fragmento, escrito por Don Manuel José Quintana, que sin disputa es uno de los hombres que honran más la literatura española contemporánea. El Parnaso ibero aún no ha logrado naturalizar al sublime bardo caledonio. Los señores Ortiz y Montengon trataron de traducirlo en diversas épocas, pero ambos abandonaron la empresa. Un periódico de Madrid anunció en 1804 una traducción nueva y completa de Osián, que tenía inédita un literato, a quien sólo designa con las iniciales J. M.; mas ni las muestras, que allí mismo aparecen, tienen un mérito superior, ni sabemos que el libro haya visto la luz pública. En el número 1º, 1ª época de *La Miscelánea*, se habló de los dos poemas traducidos por D. Juan Nicasio Gallego.

El editor de este periódico, hallándose en los Estados Unidos del Norte hace algunos años, emprendió el mismo trabajo, y llegó a concluir la versión de algunos poemas, cuyos manuscritos le hizo perder la indolencia de un amigo. Sus circunstancias posteriores no le han permitido restablecer en su totalidad la obra, y sólo puede presentar fragmentos, algunos de los cuales salen en este número, y seguirán en los posteriores. Al público toca juzgar su mérito, limitándose él a responder de que la traducción es fidelísima.

AL SOL

(De Osián)

¡Oh tú, que giras por el yermo cielo,
Vasto, redondo, bien como el escudo
De mis padres; ¡oh Sol!, ¿de dónde nacen
Tus rayos? ¿Dónde, dí, tiene su fuente
Tu inagotable luz? Sales vestido
Con sublime beldad, y las estrellas
En el cielo se esconden, y la luna
Triste, pálida, yerta, se sumerge
De occidente en el mar. Tú solitario
Al cielo subes. ¿Quién acompañarte
En tu carrera puede? Las encinas
Caen en los montes, y los montes mismos
Con el curso incansable de los años
Se gastan lentamente: el Oceano
Baja, y sube otra vez: hasta la luna
Se pierde a veces en el ancho cielo.
¡Mas tú por siempre eres el mismo, y siempre
En el fulgor de tu inmortal carrera
Te regocijas! Cuando las borrascas
Oscurecen al mundo, y en los montes
Retumba el trueno pavoroso, y vuela
El vívido relámpago, tú miras
Serenamente entre las nubes, y te ríes
De la tormenta. Pero en vano miras
Al triste Osián, que tus divinos rayos
No verá más, ya vuela y resplandece
En la nube oriental tu comba de oro,
Mas acaso, cual yo, tan sólo existes
Por tiempo fijo, y tus brillantes días
Llegarán a su fin. Entre las nubes,
Desoyendo la voz de la mañana,
Te adormirás.

¡Oh Sol! gózate ahora
 En el fulgor sublime y en la fuerza
 De tu edad juvenil. Ingrata, oscura
 Es la vejez, como la luz incierta
 Que da la luna entre rasgada nube,
 Mientras la niebla envuelve los collados.

Créese de enero
 a mayo 1824.
 Ed. 1832.

El Iris, México, t. I, núm. 5, 4 marzo 1826, ♦. *Poesías inéditas. Apóstrofe de Osián al Sol.*

Esta poesía, con las dos anteriores, *A la luna* y *Morar*, aparecieron en la ed. de 1832 bajo el título general de *Fragmentos traducidos de Osián*, y numeradas *I, II, III*, en el orden en que aquí las publicamos.

Según dato del archivo de E. Larrondo, el juicio de Heredia sobre las traducciones de Osián hechas por J. N. Gallego, en el t. I, núm. 1, septiembre de 1829, de *Miscelánea*, a que nos referimos en la nota a la poesía anterior, dice así:

Los poemas de Osián tienen gran mérito por su versificación, pero están muy lejos de parecerse a los escritos extraños y sublimes del bardo caledonio; habiendo llegado la innovación hasta los nombres de los personajes. Nosotros creemos que un traductor sólo debe esforzarse a retratar fielmente el original que le ocupa, con todos sus defectos y bellezas, pues no le toca enmendar lo que no le pertenece.

Es sabido que los poemas del legendario bardo del siglo III de nuestra era, publicados, ya bien mediado el siglo XVIII, por James MacPherson, literato escocés, como traducciones del antiguo gaélico, provocaron larga y enconada controversia, por creer muchos que se trataba de una superchería literaria, y otros, que MacPherson había dado, atribuyéndolo a Osián, mucho propio, entremezclándolo con algunos trozos de texto primitivo. Hasta el presente, el punto no ha quedado por completo esclarecido. Heredia, como se ve, era de los que al menos hasta cierto punto creían en la autenticidad de esos grandiosos cantos.

OINA MORUL

(De Osián)

ARGUMENTO

Después de un exordio dirigido a Malvina, refiere Osián su expedición a Fuarfed, isla de Escandinavia, la victoria que allí obtuvo, y su generosidad con el rey vencido.

Como inconstante sol huye ligero
 Sobre el collado de Larmón herboso,
 Así en la noche por mi mente pasan
 Las historias antiguas. Cuando al sueño
 Se abandonan los bardos, y las arpas
 De Selma en el salón calladas penden,
 Viene una voz a Osián, y poderosa
 Despierta su alma. De pasados años
 Es aquesta la voz: con sus proezas
 Ellos se desenvuelven a mis ojos:
 Yo tomo las historias a su paso,
 Y después en mi canto las refiero.
 No es mi canto cual áspero sonido
 De turbio arroyo, sino cual preludio
 En melodiosa música de Luta.
 Luta de muchas cuerdas, tus peñascos
 No yacen yertos en silencio triste
 Mientras la blanca mano de Malvina
 Ligerísima corre por el arpa.
 Luz de los pensamientos nebulosos
 Que oscurecen tal vez el alma mía,
 Hija del gran Toscar, ¿el canto bello
 Quieres oír? Los años ya pasados
 Van a retroceder, joven de Luta.

En el tiempo del rey, (1) cuando adornaba
 La rubia juventud mi cabellera,
 Miraba yo de Concatlín (2) el brillo,
 Del tenebroso mar sobre las ondas.
 A la isla de Fuarfed era mi rumbo,
 Fuarfed, del mar selvosa moradora.
 Enviábame Fingal a dar auxilio
 A Malorchol su rey: en torno suyo
 Rebramaba la lid, y a nuestros padres
 Fiel hospitalidad ligado había.

En Colcoiled mis velas aferrando,
 Envié mi espada a Malorchol. La seña
 Conoció de Albión, y su alegría
 Visible fué. De su salón soberbio
 Bajó a mi encuentro, y me tomó la mano,
 Diciendo con dolor: “¿Por qué ha venido
 El generoso nieto de los héroes
 A un abatido rey? Tontormod, jefe
 de muchas lanzas, de Sardronlo undosa
 Es potente señor: amó a mi hija
 La bella Oina-Morul, de blanco seno,
 Y me pidió su mano deliciosa;
 Mas fueron nuestros padres enemigos,
 Y yo se la negué. Desesperado
 Vino a Fuarfed, lidiamos, y mi pueblo
 Arrollado cedió. ¿Por qué ha venido
 El generoso nieto de los héroes
 A un abatido rey?”

—“No vengo”, dije,
 “Como niño a mirar vuestra contienda.
 El gran Fingal a Malorchol no olvida,
 Ni su salón al extranjero abierto.
 El a tu isla selvosa, en otros días
 De las ondas bajó: tú en su presencia
 No fuiste nube de feroz orgullo,
 Y le honraste con cánticos y fiestas.
 Por eso voy a levantar la espada,
 Y tal vez morirán tus enemigos.
 Aunque tan lejos nuestra tierra yace,
 Nunca ingratos y viles olvidamos
 A los amigos que el peligro cerca.”
 —“Nieto del gran Trenmor, son tus palabras
 Cual la voz de Crutloda, poderosa
 Moradora del cielo, cuando suena

Entre el rasgar de tempestuosa nube.
 Muchos en mis festines se alegraron,
 Mas todos hoy de Malorchol se olvidan.
 Miré a todos los vientos: por ninguno
 Vi blanquear una vela... No lo extraño,
 Hoy en lugar de las alegres conchas
 Resuena en mi salón el bronco acero.
 Ven, nieto generoso de los héroes,
 Ven a mi habitación, que se aproxima
 La noche, y tiende su sombroso manto.
 De la doncella de Fuarfed silvestre
 Ven a escuchar las plácidas canciones.”

Entramos: en el arpa sonora
 Paseaba Oina-Morul sus albas manos;
 Su historia melancólica salía
 De entre las cuerdas trémulas. En tanto
 Yo extático en silencio la admiraba,
 Y ¡cómo en su beldad resplandecía
 La hija de muchas islas! ¡Ay! Sus ojos
 Eran estrellas que lucir se miran
 Entre llovizna transparente: al cielo
 El navegante mira, las contempla,
 Y el deleitoso resplandor bendice.

Junto al arroyo de Tormul sonante
 Fuimos a combatir al otro día.
 Embistió furibundo el enemigo
 Al resonar su claveteado escudo
 El fiero Tontormod: en ambas alas
 Inflámase la lid; en su conflicto
 Conmigo choca Tontormod, deshecho
 Vuela su arnés, y ríndolo, y atado
 Lo entrego a Malorchol. Grande alegría
 En el banquete de Fuarfed resuena
 Por la rota final del enemigo,
 Y Tontormod avergonzado, triste,
 Su torva faz de Oina-Morul aparta.

“Digno hijo de Fingal”, agradecido
 Prorrumpió Malorchol, “de mí olvidado
 No partirás. En tu feliz navío
 Luz apacible de beldad esparza
 Oina-Morul, en cuyos tiernos ojos
 La deliciosa languidez respira.

Ella iluminará con puro gozo
 Tu magnánimo espíritu, y en Selma,
 Donde moran los reyes, olvidada
 No pasará la virgen.”

Por la noche
 En el salón me recliné: cerraba
 Mis fatigados párpados el sueño,
 Cuando música tierna mis oídos
 Dulce halagó, como naciente brisa,
 Que los ásperos cardos agitando,
 Se debilita, y en la hierba muere.
 Era la virgen de Fuarfed, que alzaba
 El cántico nocturno: bien sabía
 Que mi alma noble, como fuente pura,
 Deslízase a la blanda melodía.
 “¿Quién es el que contempla de su roca
 El nebuloso mar?” ella cantaba.
 “¡Ay! su cabello sobre el viento gira,
 Como el ala del cuervo; majestoso
 Es de sus pasos el dolor: el llanto
 Nubla sus ojos, y su fuerte pecho
 Sobre doliente corazón palpita.
 Retírate, infeliz: de tí lejana
 Véme vagar en ignorada tierra.
 Aunque raza de reyes me circunda,
 El alma tengo tenebrosa y triste.
 ¡Oh Tontormod, amor de las doncellas!
 ¿Por qué se aborrecieron nuestros padres?”

—“De la isla undosa dulce voz”, la dije,
 “¿Por qué en la noche solitaria lloras?
 No es de alma negra de Trenmor la estirpe,
 Ni vagarás por ignorados ríos,
 Celeste Oina-Morul, de azules ojos.
 Entre este pecho hay una voz que sólo
 Desciende a mis oídos, y me ordena
 Que dé favor al triste desvalido
 En su hora de penar. Dulce cantora
 De la noche, retírate: en su peña
 Ne gemirá tu Tontormod amado.”

Por la mañana desaté al caudillo,
 Y tomando a la virgen de la mano,
 Hablé con Malorchol en sus salones.
 “Rey de Fuarfed silvestre, ¿por qué quieres
 A Tontormod hacer desventurado?”

Su familia es heroica, y de ella digno,
Es un rayo en la guerra. Vuestros padres
Enemigos ya fueron; mas ahora
Sus almas anubladas en la muerte
Se regocijan, y a la misma concha
En Loda tienden sus aéreas manos.
Olvidad vuestra cólera, guerreros,
Pues pasó como nube de otros años.”

Tal era Osián cuando en su tersa frente
La rubia juventud resplandecía.
Empero entonces la beldad amable
Con su radioso manto revestía
A la hija de las islas deliciosa.

Ya del canto al poder, joven de Luta,
Retroceden los años que pasaron.

Créese de enero o fe-
brero a mayo 1824.
Ed. 1832.

Con las siguientes notas del autor:

- (1) Fingal, padre de Osián.
- (2) Probablemente era la estrella polar.

A LA NOCHE

(De Pindemonte)

Reina la noche: con silencio grave
Giran los sueños en el aire vano:
Cándida, pura, el silencioso llano
Viste la luna de su luz süave.
¡Hora de paz...! Aquí, do a nadie miro,
En esta cumbre alzado,
Héme señor del mundo abandonado.

¡Cómo embelesa la quietud augusta
De la Natura a la sensible alma
Que oye su voz, y en deleitosa calma
De esta mansión y su silencio gusta!
Grato silencio, que interrumpe el río
Distante murmurando,
O en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
Gira en lánguidas alas el reposo,
Que vela fiel bajo de cielo umbroso,
Y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso,
En llano y montes yace
El bello horror, que contristando place.

¡Cómo en el alma extática se imprime
El delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que admiro atento
Es a par melancólico y sublime!
¡Ah! su paz, de la música prefiero
Al eco poderoso,
Con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salón soberbio, por doquiera
Terso cristal duplica los semblantes:
De oro vestida y perlas y diamantes
Hermosura gentil danza ligera,
Y con sus gracias y afectado hechizo,
De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.

¡Admirable es aquesto! Yo algún día,
De la simple niñez salido apenas,
En los bailes magníficos y ceñas,
De mi amor al objeto perseguía;
Y atesoré con mágica ventura
De la joven amada
Un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,
Y a languidez y enfermedad ligado,
Muy más me place que salón dorado
Este llano en la noche oscurecido;
A la brillante danza prefiriendo
El meditar tranquilo
Bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas
En un cielo tan puro como ahora,
Y a la alta mano de mi sér autora,
Puédame yo elevar, mirando a ellas.
A tí, Dios de los cielos, en la noche
Alzo en humilde canto
La dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo también, amiga luna:
Siempre tierno te amé, reina del cielo:
Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
En la adversa y la próspera fortuna.
Tú sabes cuantas veces, anhelando
Gozar tu compañía,
Maldije el brillo del ardiente día.

Asentado tal vez a las orillas
Del mar, cuyo cristal te retrataba,
En cavilar dulcísimo pasaba
Las leves horas en que leda brillas;
Y recordando mi nublada gloria
Miré tu faz serena,
Y en tierno llanto desahugué mi pena.

Mas ¡y! el pecho con dolor palpita,
Herido ya de consunción tirana,
Y, cual tú al esplendor de la mañana,
Palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al menos
Esa luz calma y pura
De tu amigo la humilde sepultura.

Mas, ¿qué canto suavísimo resuena
Del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, rui señor, que de ternura
Eu dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al Cielo
Genio triste y sombrío,
Tierno y agreste, como el genio mío.

Perezca el que a tu nido te arrebata,
Y porque gimas gusta de oprimirte:
¿Por qué no viene, como yo, a seguirte
Del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo,
En torno de tu nido,
Que a nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo
Produjo antes que al Sol, y al sol postrero
Has de sobrevivir, cuando severo
El brazo del Señor trastorne el mundo;
Oyeme: tú serás mientras me dure
Este soplo de vida,
Celebrada por mí, de mí querida.

Antes del primer tiempo, sepultada
Del caos en el vórtice yacías:
Inspirada tal vez, ya preveías
A tu beldad la gloria destinada;
Y ociosa, triste, en el sombroso velo
Tu frente rebozaba,
Y en el futuro imperio meditabas.

A la voz del Criador, del Oceano
Reina saliste, el cetro levantando,
De estrellas coronada, desplegando
El manto rico por el éter vano;
Y al mundo silencioso deleitaba
En tu frente severa
De la alma luna la argentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido
En tu solemne horror, sublime diosa!
En el silencio de la selva umbrosa,
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En tí miro al Criador, y arrebatado
De fervoroso anhelo,
Pulso mi lira, y me levanto al cielo.

¡Salve, gran diosa! en tu apacible seno
Déjame consolar y recrearme:
Tu bálsamo feliz puede aliviarme
El triste pecho de dolores lleno.
¡Noche, de los poetas y almas tiernas
Dulce, piadosa amiga,
En blanda paz convierte mi fatiga!

Mayo 1824.

Ed. 1832.

Ed. 1825. Con esta nota:

Debo esta canción al dulcísimo Pindemonte.

James Kennedy dice en su libro *Modern Poets and Poetry of Spain*, Londres, 1852, que esta poesía es traducción de un trozo de las *Poesie campestri. Le quattro parti del giorno*, del veronés Ippolito Pindemonte (1753-1828).

A NAPOLEÓN

(De Delavigne)

Conjunto incomprensible y asombroso
De oscuridad y luz, de nada y gloria;
Astro a par ominoso
A libertad y reyes, elevado
Por una tempestad a tal altura,
Por otra tempestad de ella lanzado,
Que sólo has igualado
Con tu desgracia inmensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tu planta
Su alba cumbre los Alpes inclinando,
Un camino triunfal te preparaban.
Tu señal aguardaban
Los elementos, mientras disipando
Las tempestades de lluviosa noche
Para alumbrar tus fiestas,
El sol desde su carro te anunciaba.
Europa te miraba
Con un horror profundo;
Y de tu voz fatídica el acento,
De tus ojos bastaba un movimiento
A conmover el mundo.

Tu soplo animador, del caos sacaba
Las olvidadas leyes.
A los vastos despojos de los reyes
Tu imagen insultaba
Sobre mil y mil bronces, que, cautivos,
Al Orbe tus hazañas referían.
A tu querer los cultos renacían,
De su fraternidad ya se pasmaban,
Y en altares que juntos humeaban,
Por ti sus oraciones confundían.

“Conserva ¡oh Dios!” decían,
 “Al héroe del Tabor: ¡dale victoria!
 ¡Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre!”
 ¿Por qué añadir entonces no pudieron,
 Para colmar tu gloria:
 “Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre!”

Si quisieras, reinaras todavía.
 Hijo de Libertad, la destronaste:
 Su exterminio juraste
 En tu soberbia impía.
 Mas la tumba que se abre
 A la diosa inmortal, tarde o temprano
 Hiela en su sombra fría
 El necio orgullo del mayor tirano.

¿En tu ambición furiosa,
 Fe, justicia o derechos respetaste?
 En vano ya te fuera
 La España generosa
 De gloria y de peligros compañera.
 Esclava la anhelaste;
 Mas no quisiste unir otra diadema
 A tu doble corona, y en su trono
 Un simulacro tuyo colocaste.

Mas no: sus sacerdotes y guerreros
 A la lid mutuamente se excitaron.
 Supersticiosos, fieros,
 Los pueblos al clamor se levantaron.
 ¡Presagio pavoroso! Las campanas,
 Por invisible mano sacudidas,
 “¡Alarma!” resonaban.
 Las estatuas antiguas retemblaban,
 Y llanto se veía
 En sus ojos inmóviles: la sangre
 Del Salvador divino de la tierra
 En sus yertas imágenes corría.
 Por la noche los muertos vagueaban,
 Y los fúnebres gritos: ¡Guerra! ¡Guerra!
 Doquiera los sepulcros exhalaban.

Una noche... ¡Atended! Era la hora
 En que los sueños lúgubres anuncian
 Del sepulcro sombroso
 La triste voz; en que el segundo Bruto

Vió a su genio enlutado
 Alzarse en el horror de las tinieblas;
 En que el feroz Ricardo, atormentado
 Por sueño sin reposo,
 Los manes vió de su familia entera
 Maldecirle y gritar: “¡Aquesta, impío,
 Es tu noche postrera!”

Solo, en silencio, Napoleón velaba:
 Le fatiga inclinaba
 Su frente poderosa
 Sobre la carta inmóvil, que sus ojos
 Sólo confusamente
 Miraban: tres guerreras, tres hermanas,
 A su vista se ponen de repente.

Pobre y sin atavíos la primera,
 Una virgen romana parecía,
 Morena al brillo de abrasado cielo.
 Su alta frente ceñía
 Simple ramo de encina: se apoyaba
 En un roto estandarte, y recordaba
 Un día sublime de inmortal memoria.
 Brillaban tres colores
 En sus girones al francés sagrados,
 Del humo ennegrecidos, destrozados,
 Pero por la Victoria.

“Te conocí soldado:
 ¡Salud! héte ya rey”, ella dijera.
 “De Marengo la espléndida jornada,
 En tus fastos de gloria
 Después que yo se encuentra colocada.
 Soy su hermana mayor; la que en Arcola
 Protegí tu carrera,
 Dictándote la voz airada, fuerte,
 Que el valor de los tuyos reanimara,
 Cuando tan grande te miró la muerte,
 Que en medio a rayos mil te respetara.

Trocaste en cetro de hierro
 Mi bandera profanada.
 ¡Tiembra! Tu estrella eclipsada
 Palidecer miro yo.

La fuerza no tiene apoyo
 Cuando sin freno se mira.
 ¡Adiós! Tu reinado expira,
 Y ya tu gloria pasó.”

Sobre su frente la segunda unía
 A la brillante palma del desierto
 Los tesoros que encierra Alejandría.
 El fuego con que el sol a Egipto inunda
 Sus ojos encendía.
 En los hijos de Omar ensangrentada
 Ostentaba su mano por trofeo
 De Julio César la terrible espada,
 Y el ilustre compás de Tolomeo.

“Te conocí de Francia desterrado:
 ¡Salud! héte ya rey”, ella dijera.
 “Del famoso Tabor la gran jornada,
 En tus fastos de gloria
 Después que yo se encuentra colocada.
 Soy su hermana mayor: te debo el nombre
 Que al pie de las Pirámides obtuve.
 ¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas
 Vi los turbantes de Ismael hollados
 Por tus caballos rápidos. Las artes,
 A sus hijos preciados
 Allí bajo tu egida colocaban,
 Cuando al polvo de Menfis y de Tebas
 Sus misterios augustos preguntaban.
 Si te extraviaste entonces
 En tu glorioso vuelo,
 Fué cual águila noble, que fijando
 La vista al sol, y tras la luz volando,
 En los desiertos piérdese del cielo.

Bajo tu cetro de hierro
 La quisiste ver ahogada.
 ¡Tiembra! tu estrella eclipsada
 Palidecer miro yo.

La fuerza no tiene apoyo
 Cuando sin freno se mira.
 ¡Adiós! Tu reinado expira,
 Y ya tu gloria pasó.”

La postrera... ¡Oh piedad! Sus manos bellas
 Cadenas oprimían. Con los ojos
 Clavados en la tierra, do sus pasos
 Dejaban ¡ay! ensangrentadas huellas,
 Se acercaba temblando,
 “¡Perece, no se rinde!” murmurando.
 ¡Lejos de ella la pompa y los tesoros
 Con que feliz victoria se atavía!

Pero cipreses, bellos cual laureles,
Su noble frente coronaban fieles,
Como guirnalda fúnebre y sombría.

“No me conocerás hasta la hora
Que dejes de reinar: ¡escucha y tiembla!
Ninguna otra jornada
Se ha de ver en tus fastos colocada
En pos de mí. Tampoco
Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
Seré a la Tierra de valor y pena.
Libertaré a los reyes oprimidos,
A los pueblos pasando su cadena.
Los siglos dudarán, al ver tu historia,
Si tus soldados fuertes,
De tanta y tanta hazaña escombros vivos,
Compañeros antiguos de tu gloria,
Más grandes parecieron
En un día solo que revés sufrieron,
O en veinte años de dicha y de victoria.

Yo al fin echaré del cielo
Tu estrella triste, eclipsada,
Y quebraré con tu espada
Tu cetro férreo y atroz.
La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adiós! Tu reinado expira,
Y ya tu gloria pasó.”

Dijo: las tres al cielo
Encaminaban ya su raudo vuelo,
Y aun el guerrero atónito escuchaba
El fatídico acento, que pesaba
Sobre su alma oprimida.
Mas al redoble del tambor guerrero
Se disipó su imagen importuna,
Cual la pálida lumbre de la luna
Del sol ardiente al esplendor primero.

Creuyendo haber domado
Los hijos fieros de Pelayo fuerte,
Sube otra vez al carro vagabundo
En que llevar pensaba por el mundo
La esclavitud y muerte.
De un salto pasa por su vasto imperio.
Sus caballos fogosos, anhelantes,

Que se desfallecían
 Bajo el cielo del sur fiero, abrasado,
 Para refrigerarse ya bebían
 Del Beresina helado.

Fiado en estrella infiel se adormecía,
 Por lisonjeros viles fascinado,
 Y cuando ya caía,
 De la Tierra el imperio meditaba.
 Abrió los ojos al iragor del rayo,
 Y ¿dónde se encontró? —Sobre una roca,
 Do a todos los monarcas inquietaba
 Con su vida importuna.
 Mas presente doquier se le miraba,
 Grande, cual su desgracia, destronado,
 Pero inmutable, alzado
 En los escombros ¡ay! de su fortuna.

Quedó Europa vacía,
 Y cubierta de luto la Victoria.
 Así de falta en falta,
 De tormenta en tormenta,
 Vino a morir sobre el escollo estéril
 Do naufragó su gloria.
 En torno de su tumba murmurando,
 El mar su pena ostenta.

Te recibió un peñasco
 Sin corona y sin vida,
 Cuando antes contenerte no pudiera
 Un imperio vastísimo. A la tumba
 Contigo descendieron
 Tu imperial porvenir, tu dinastía.
 De tarde en ella el pescador reposa,
 Y sus pesadas redes levantando,
 Se aleja lentamente, cavilando
 En su trabajo del siguiente día.

Ed. 1832.

Ed. 1825. Con esta nota:

Este poema es traducción libre de la última de las tres *Messéniennes nouvelles*, publicadas ha pocos meses por Mr. Casimiro Delavigne. Empeñé la versión con el solo objeto de distraer algunos ratos de tedio y tristeza. Me encontré con ella concluida, y la agrego aquí, esperando que la novedad y nobleza de los pensamientos dé a otros el mismo placer que a mí.

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA

(De Byron)

Cual suele en mármol sepulcral escrito
Un nombre detener al pasajero,
Pueda en aquesta página mi nombre
Fijar tus ojos ¡ay! por los que muero.

Míralo, cuando ya de tí apartado,
No te pida mi amor más recompensa:
De mí te acuerda como muerto, y piensa
Que aquí mi corazón queda enterrado.

Ed. 1832.

El Iris, México, t. II, núm. 2, 11 febrero 1826. *Versos escritos en el álbum de una señorita, imitando a Lord Byron*, ♦.

VERSOS ESCRITOS EN EL GOLFO DE AMBRACIA

(De Byron)

Del cielo aislada en el azul profundo,
Brilla de Accio en el mar la luna hermosa:
En estas olas por Cleopatra odiosa
Perdióse el cetro del antiguo mundo.

De ambición el frenético demonio
Dió aquí sepulcro a miles de romanos,
Y tantos sacrificios hizo vanos
Por seguir a su amada el vil Antonio.

Perdona, Lisi: que mi voz severa
No excite de tu pecho los enojos:
Perder no puedo un mundo por tus ojos,
Mas ni por todo un mundo te perdiera.

Ed. 1832.

El Iris, México, t. I, núm. 3, 18 febrero 1826. *Versos escritos al pasar el golfo de Ambracia (Del inglés, de Lord Byron)*, ♦.

L O R D B Y R O N

(De Sprague)

Con dulce llanto bañarán gimiendo
 El yerto corazón de Childe-Harold
 Las vírgenes de Grecia. Su cadáver
 Descansará en su patria, circundado
 Por los huesos de sabios y de fuertes.
 Del Tiempo al curso volará ligado
 Su canto vencedor, mientras la Fama
 Contará su ardimiento generoso
 En socorrer el suelo más hermoso
 Que alumbra el sol; y la Piedad augusta
 Cubrirá lo demás con velo eterno.

Ed. 1832.

El Iris, México, t. I, No. 4, 25 febrero 1826. Aparecieron estos versos al final de un artículo de Heredia titulado *Poetas ingleses contemporáneos*. *Lord Byron*, p. 26 del núm. citado, en que dice así:

Concluyamos con asegurar que las poesías de Byron, con toda su irregularidad, tienen bellezas superiores que les sostendrán la celebridad de que disfrutaban en Europa y los Estados Unidos. Sus detractores y los envidiosos de su gloria no han dejado de perseguir su nombre hasta más allá del sepulcro. Nosotros, sin aprobar los errores de su vida, repetiremos los bellos versos improvisados por Mr. Sprague, de Boston:

O'er the heart of Childe Harold Greek maidens shall weep;
 On his own native island his body shall sleep
 With bones of braves and best.
 And his song will go down to the latest of time,
 And fame tell how he rose for earth's loveliest clime,
 And mercy shall blot out the rest.

No sabemos si nuestra memoria nos ha conservado fielmente estos versos, cuya traducción es como sigue:

Hemos hallado este artículo copiado entre los papeles del heredista Enrique Larrondo, que examinamos gracias a la cortesía de José María Chacón y Calvo, y reproducimos los versos ingleses para que nuestros lectores puedan compararlos con la traducción hecha por Heredia. Señalemos también que en la versión primitiva, publicada en *El Iris* aparecen dos variantes: el primer verso decía: "Con triste llanto regarán gimiendo", y el sexto: "Del tiempo al curso volará enlazado". En la ed. de 1832 no mencionó Heredia que se tratase de una traducción.

INVITACIÓN A LOS POETAS
EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE
DEL REDENTOR

(Del italiano)

Pastor feliz que al son de dulce avena
Cantas, al susurrar del agua pura
Que aleja la amargura
Y cuidados de ti, cierra el oído,
Y de Natura en el abril florido
Desatiende la escena.

El triste buho al ruiseñor espante;
Sucedan ¡ay! a los risueños hados,
De oscuro musgo estrados
Sobre ruinas de tumbas ya desiertas,
Y plegando el laurel sus ramas yertas,
Deje al ciprés triunfante.

El pálido fulgor de opaca luna
Destierre al puro sol del firmamento:
Reinen luto y tormento
Y trémulo terror, como en la eterna
Espantosa y hondísima caverna
Que a los malos aduna.

Vos los que eternizáis en noble lira
Casos atroces, excitad al llanto;
Hoy vuestro amargo canto
Sangre en lugar de lágrimas merece...
Brama el abismo... el cielo se estremece...
Y Dios gime... y expira.

El Iris, México, t. I, No. 7,
18 marzo 1826.

Copia del archivo de E. Larrondo, que pertenece a F. González del Valle.

Apareció, llevando además el subtítulo *Oda*, y conjuntamente con el original, que lleva el título de *Invito ai poeti sulla morte del Redentore*, y la firma *G.*, que usaba Florencio Galli, uno de los dos colaboradores italianos de Heredia en *El Iris*. Datos del archivo de E. Larrondo, cortesía del Dr. J. M. Chacón.

LOS PLACERES DE LA ESPERANZA

(De Campbell)

APÓSTROFE FINAL

¡Esperanza eternal! Cuando la esfera
Al compás de su música primera,
Hizo marchar al tiempo apresurado,
Viste empezar tu juventud gloriosa,
Para no envejecer. Cuando espantosa
Reine la destrucción, y los planetas
Nos muestren su fulgor amortiguado,
Y envueltas ardan en horrible incendio
Las regiones del Eter, y profundo
Retumbe en ellas el postrero trueno,
Haciendo estremecer el bajo mundo,
Tú, sin temor, sobre la inmensa ruina
Te sonreirás con celestial dulzura;
Y en la pira funesta de Natura
Tu antorcha encenderás pura y divina.

El Mensajero Semanal,
Nueva York, t. II, No. 26,
13 febrero 1830, p. 208.

El Iris, México, t. II, No. 18, 17 mayo 1826. Al final de un artículo titulado *Poetas ingleses contemporáneos: Tomás Campbell*, que aparece en la p. 33 de dicho número. Copia del archivo de E. Larrondo. Cortesía de José María Chacón y Calvo.

En *El Mensajero Semanal* se publicó con la siguiente nota:

El final de este poema escrito por Campbell fué traducido por el poeta cubano D. José María Heredia, y publicado hace algún tiempo en *El Iris*, de México.

EN UN RETRATO DEL AUTOR PROSCRIPTO A SU MADRE

(De Roucher)

No extrañes de mi frente la tristeza:
Cuando el pincel copiaba mi semblante,
En ti pensaba, y en aquel instante,
Me mandaba sentir Naturaleza.

Junio 1826.

Ed. 1832.

El Iris, México, 14 junio 1826. *Versos para poner debajo de de mi retrato enviado a mi madre*, ♦.

Heredia envió estos versos a su madre, conjuntamente con su retrato, y con carta de fecha 10 del mismo mes y año.

Jean Antoine Roucher, poeta francés, notable especialmente por un extenso poema, *Les Mois*, del género descriptivo y didáctico-filosófico tan en boga en el siglo XVIII, fué decapitado el 7 Thermidor de 1794, en compañía del gran poeta André Chénier. Según Domingo Delmonte, era el autor del cuarteto que imitó Heredia al enviar su retrato a su madre, y que Delmonte reproduce así en anotación autógrafa a su ejemplar de la edición de Toluca:

Ne vous étonnez pas, objets sacrés et doux,
Si quelque ombre funèbre obscurcit mon visage:
Lorsqu'un savant crayon dessinait mon image,
L'échafaud m'attendait, et je pensais à vous.

El *Grand Dictionnaire Universel* de Pierre Larousse también atribuye a Roucher dicho cuarteto, diciendo que fué escrito, con destino a la esposa e hijos del poeta, en un retrato que le hizo el pintor Hubert Robert en la prisión, y lo copia así:

Ne vous étonnez pas, objets sacrés et doux,
Si quelque air de tristesse obscurcit mon visage!
Quand un savant crayon dessinait cette image,
L'échafaud m'attendait, et je pensais à vous.

El literato cubano Aniceto Valdivia (*Conde Kostia*), en artículo publicado en *La Lucha*, La Habana, 18 marzo 1907, con el título de *Alrededor de Heredia*—según dato de F. González del Valle—, dijo del cuarteto herediano:

Pues es pura y sencillamente una adaptación del cuarteto de Andrés Chenier, enviando (antes de ir al patíbulo) a sus padres su retrato:

Ne vous étonnez pas, objets charmants et doux,
Si quelque air de tristesse obscurcit mon visage;
Quand un savant crayon dessinait cette image,
On dressait l'échafaud ... et je pensais à vous!

AL ARCO-IRIS

(De Campbell)

Arco sublime de triunfo,
Que adornas el vasto cielo,
Cuando su confuso velo
Recoge la tempestad;
No al oráculo severo
De la alma filosofía
Pregunta la mente mía
La causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo
De mi niñez deliciosa,
Cuando tu frente radiosa
Parábame a contemplar;
Y estación te imaginaba
Para que entre tierra y cielo
Descansara de su vuelo
Del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos fríos
Explicar tu forma bella,
Para agradarme con ella
Cual mi ignorancia feliz?
En lluvia fugaz convierten
El espléndido tesoro
De perlas, púrpura y oro,
Que ardiente soñaba en ti.

Cuando a Natura la ciencia
Quita el misterioso encanto,
¿Cuánto disminuye, cuánto,
El brillo de su beldad!
¿Cuál ceden a yertas leyes
Mil deliciosas visiones!
¿Cuán plácidas ilusiones
Miramos ¡ay! disipar!

Pero el mismo Omnipotente
Nos revela, arco divino,
Tu origen y tu destino
Con su palabra inmortal.

Al dibujarse tu frente
En el cielo y mar profundo,
Al cano padre del mundo
Fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre a su hijo alzaba
A ver el arco de Dios.

El campo te daba incienso,
Y aroma puro la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,
Serenos brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás:

Que Dios, fiel a su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpetua memoria
De que a la tierra dió paz.

De la música primera
Sonó en tu honor el acento,
Y del primer poeta el viento
Oyó la mágica voz.

Sigue, pues, siendo mi tema,
Símbolo de la esperanza,
Fiel monumento de alianza
Entre los hombres y Dios.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. I, No. 6, 5 septiembre 1827,
p. 30.

El Aguila Mexicana, México, 12 septiembre 1827, ♦.

Diario de La Habana, La Habana, 26 enero 1833, ♦.

Dice James Kennedy en su obra *Modern Poets and Poetry of Spain*, Londres, 1852, que esta poesía es traducción de la del poeta inglés Thomas Campbell (1777-1844) titulada *Ode to the Rainbow*.

CANTO DEL COSACO

(De Béranger)

Ven, amigo del libre cosaco;
No más tiempo tu gloria dilate:
Pronto al robo, arrojado al combate,
Alas presta a la muerte fatal.

Yo en tu espalda sentado, a los pueblos
Mostraré su semblante espantoso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

Pobre fuiste, y es pobre tu dueño:
En tu freno y tu rústica silla
Con adornos el oro no brilla,
Mas tesoros sabremos ganar.

Un palacio será mi guarida,
La Academia tu establo espacioso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

En oscuros helados desiertos
Otro tiempo tranquilo moraba,
Y en feliz ignorancia pensaba
Que era el mundo a mis campos igual.

Mas la guerra mostróme otros climas,
Donde el sol reina siempre glorioso.
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

Sacerdotes, monarcas y nobles
Por el pueblo amagados temblaban:
"Nuestros amos seréis", nos gritaban,
"Y ayudadnos al pueblo a domar".

Yo mi lanza empuñé, y humillaron
La cruz santa y el cetro fastoso.
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

Y marché, y en el Sena lavaste
 Por dos veces tu cuerpo sangriento,
 Mas del déspota ruso el acento
 A mis yelos mandóme tornar.

¡Adiós, campos de luz y riqueza!
 Suspirar y partir fué forzoso.
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

A esos climas volver es mi anhelo,
 Y gozar de sus frutos opimos;
 Si vencer a sus pueblos supimos,
 Los haremos al yugo doblar.

Los baluartes de Europa cayeron
 Al morir Napoleón generoso.
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

Un fantasma sus ojos ardientes
 En mis tiendas anoche fijaba,
 Y a occidente con su hacha mostraba,
 Exclamando: “¡Ya torno a reinar!”.

Aquel era el espectro de Atila;
 Yo obedezco a su acento imperioso:
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

El saber que a la Europa envanece,
 Y esas artes de frívolo adorno,
 Se hundirán en el polvo que en torno
 Van tus rápidos pies a elevar.

¡Usos, leyes y ciencias y cultos
 Aniquile tu vuelo impetuoso...!
Fiel caballo, relincha orgulloso,
Que vas pueblos y reyes a hollar.

Ed. 1832.

El Amigo del Pueblo, México, t. I, No. 9. 26 septiembre 1827,
 p. 31. *El canto del cosaco*. Con muchas variantes ligeras.

El Aguila Mexicana, México, 2 octubre 1827. *El canto del co-
 saco* ♦.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. II, No. 1, p. 12. *El canto
 del cosaco*.

LA FLOR

(De Millevoye)

Flor solitaria y modesta,
Que del valle fuiste honor,
Tus restos vagan marchitos
Al soplo del aquilón.

Igual suerte nos oprime;
Cedemos al mismo Dios;
Una hoja te quita el viento,
Y un placer me dice adiós.

Ayer la bella pastora,
Viendo tu fresco verdor,
Que su hermosura realzaras
Evanecida esperó.

Mas ¡ay! sobre el mustio tallo
Te inclinaste con dolor,
Y su amante cuidadoso
Encontrarte no logró.

A su vuelta suspiraba:
No te aflijas ¡oh pastor!
Aún vive tu fiel amante;
Sólo perdiste la flor.

¡Mísero! mi dulce amiga
Como una sombra pasó,
Y la dicha de mi vida
Cual sueño se disipó.

Bella fué, joven y amable:
Su brillo se marchitó,
Y tres veces en su tumba
La yerba reverdeció.

¡Ay! escuchar imagino
Su dulce, argentada voz,
Y que me dice: “Te aguardo:
¿Olvidaste ya mi amor...?”

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. I, núm. 1, septiembre
1829, ♦.

RECUERDOS TRISTES

(De Millevoye)

Salve, asilo solitario,
De mis amores testigo,
Cuando en tu techo conmigo
La triste Laura vivió.
¡Ay! esta joven, objeto
De mi dolor y ternura,
Descansa en la sepultura
Que sus gracias devoró.

En esta calle sombrasa
A mi lado pasëaba,
Y con delicia pensaba
Que nos íbamos a unir.
Con ceguedad la infelice
Condenada por la suerte,
Ya en los brazos de la muerte
Me hablaba de porvenir.

Una lánguida sonrisa
Vagaba por su semblante,
Y disipaba un instante
Su profunda palidez.
Y yo, triste, desolado,
Viendo con terror su calma,
En el fondo de mi alma
Lloraba ya mi viudez.

Mas entre los matorrales,
Del alto bosque en la orilla,
Resuena la campanilla...
¡Oh recuerdos de dolor!

Es la cabra, que muy tarde
A su seno desecado
Un bálsamo regalado
En su leche prodigó.

Guárdala, cabra querida,
De toda extranjera mano:
Un día, tal vez ya cercano,
De ti necesitaré.

Marchita siento inclinarse
La flor de mi vida triste:
El favor que a Laura hiciste
Lánguido te pediré.

Pero ya baja la noche,
Y su tenebroso velo,
Envuelve la tierra y cielo
En silencio y en horror.
En la oscuridad profunda
Aún la casa ver quisiera
Donde ya nadie me espera,
Donde no habita mi amor.

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. I, núm. 2, octubre 1829,
p. 72-74, ◆.

El Puntero Literario, La Habana, No. 7, 13 febrero 1830, p. 4.

LA NOVIA DE CORINTO

(De Goethe)

Vino un joven de Atenas a Corinto
A celebrar el plácido himeneo
Que desde su niñez le preparaban
Sus padres y los padres de una joven,
Por amistosos vínculos unidos.

El veneno fatal de la sospecha
Turbaba de su amor las ilusiones.
El y sus padres conservaban fieles
Su antigua fe: la joven y los suyos
La fe de los cristianos profesaban.
Y ¿no será el rigor del nuevo culto
Al dulce premio de su amor contrario?
¿No hará temer sus votos encendidos,
Cual aroma de flor emponzoñada?

Llegó en la noche: la afanosa madre
Velaba sola, y recibióle atenta.
En el mismo aposento hospitalario
Le dió cena frugal, y retiróse,
Deseándole reposo y blando sueño.

Este recibimiento no disipa
Del joven la inquietud; pero vencido
Por la fatiga se adormece al cabo.
Cerró el sueño sus párpados apenas,
Cuando escucha rumor, la puerta se abre,
Y apacible visión se le presenta.

A la luz de su lámpara sombría
 Ve atónito llegársele una joven
 Con lentos pasos: blanco y largo velo
 Eclipsaba su frente, que ceñía
 Negra diadema con estrellas de oro.
 Al ver al joven, tiembla, se detiene,
 Y con acento doloroso, al cielo
 Alza las manos pálidas, y exclama:

—¡Tan extranjera soy en mi familia,
 Que del huésped ignoro la llegada!
 Reposa en blanda paz, joven viajero,
 Y perdona mi error.

—No, no te partas,
 Halagüeña beldad, —prorrumpe el joven—.
 De Ceres y de Baco las delicias
 Ven a gozar conmigo. Tu presencia
 Inspira dulce amor. ¿Por qué aterrada
 Te demudas así? ¿No eres la esposa
 Que me destina el Cielo? Ven, ¡oh amada!
 No te alejes de mí: ven a mi seno,
 Y hazme probar la celestial ventura.

—Huye de mí, desventurado joven;
 Huye de la infeliz que ha renunciado
 Los placeres y goces de la tierra.
 Pasé el umbral. Mi madre moribunda
 Ligóme ya con temerario voto
 A su nueva deidad, sacrificando
 La juventud y la naturaleza
 Al porvenir. Nuestros antiguos dioses
 De esta morada silenciosa huyeron,
 Y hoy en nuevos altares adoramos
 A un invisible sér, que habita el cielo,
 Y no quiere aceptar en sacrificio
 Toro feroz ni tímido cordero.
 Tan sólo admite víctimas humanas.
 Y yo lo fuí.

—Mi corazón no miente:
 Eres mi esposa, y lo serás. El Cielo
 No acepta, no, tu temerario voto,
 Ni dispensa los sacros juramentos
 De nuestros padres.

—¡Mísera...! Te engañas.
 Tuya no puedo ser, amable joven.
 Condenada a gemir, cedo a mi hermana
 Con tu precioso amor, los bellos días
 Que un hado más feliz me destinaba.
 Piensa al menos en mí: piensa en la triste
 A quien sus penas y tu amor devoran:
 Que te idolatra fiel, cuando en la tumba
 A sepultarse va.

—¡Nunca! ¡lo juro
 Por nuestro fino amor! Tú serás mía;
 Y pues el mismo Cielo nos reúne,
 Vamos a celebrar el himeneo—.

Ella se ablanda, y truecan amorosos
 De la jurada fe visibles prendas.
 Recibe el joven de su cara esposa
 Una cadena de oro, y él la brinda
 Una copa de plata. —“No la acepto”,
 Ella le dice —“nó; de tus cabellos
 Un rizo tomaré.”

La triste hora
 De los manes llegábase, y la joven
 Tranquilizarse pareció: con ansia
 Llevó a sus labios pálidos un vino
 De sangriento color, que aman los muertos;
 Mas a pesar del ruego de su amado,
 El pan rehusó: la copa le presenta
 Libada por sus labios, que él apura.
 Al fin, aquella cena silenciosa
 La hoguera del amor en él inflama.
 Quiere al lecho nupcial llevar su esposa,
 Y ella resiste, y consolarle intenta.

—Me aflige tu dolor; mas si tocaras
 En desnudez mis miembros, temblarías
 Al ver lo que te cubre aqueste velo.
 Blanda cual nieve, y como nieve yerta
 Es la infeliz que quieres por esposa.

—Aun en la tumba misma —dice el joven—
 Te reanimara con mi amor: mi aliento
 El tuyo inflamará, y el beso mío
 De ardiente vida llenará tu seno.
 ¿No sientes, dí, la hoguera que me abrasa?

Al corazón la estrecha: dulce llanto
 Se une a su ardor: sus almas encendidas
 Ya se confunden, y la triste prueba
 El sublime placer de verse amada.
 Pero el esposo en su feliz delirio
 No siente palpar contra su seno
 Otro seno.

La madre de la joven
 Oye rumor, acércase, y percibe
 Los juramentos del amor más fino,
 De una mutua pasión las efusiones.

—¡Ay! por desgracia nuestra —se decían—,
 El gallo matinal canta la aurora.
 Separémonos, pues; pero mañana
 La noche fiel nos reunirá—, y escucha
 Del postrimero adiós el dulce beso.
 No puede contener su justa ira,
 Y entra resuelta a confundir la esclava
 Que en los brazos del joven suponía.
 Se acerca, y asombrada reconoce...
 ¡Cielo! ¡a su hija infeliz...!

El ateniense,
 Lleno de turbación quiere ocultarla;
 Mas ella lo resiste, y convertida
 En aéreo fantasma, se alza y crece
 Hasta llegar al techo.

—Madre mía,
 —Con un acento sepulcral exclama—
 ¿Por qué turbáis la noche de himeneo?
 ¿No os bastaba tan joven sepultarme?
 Irresistible fuerza me ha sacado
 Del fúnebre ataúd: las bendiciones
 De vuestros sacerdotes no han podido
 Volver la paz a mis errantes manes.
 ¿Acaso el agua y sal son poderosas
 A helar de amor y juventud el fuego,
 Cuando ni de la tierra el peso frío
 Lo pudo conseguir...? A aqueste joven
 Prometisteis mi fe, cuando humeaba
 En el altar de Venus el incienso.
 Vos el sagrado vínculo rompisteis.

Por extranjero culto seducida,
Formar osasteis imposible voto;
Y yo he salido yerta de la tumba
A reclamar mi bien, amar mi amante,
Y sellar nuestra unión en otro mundo.
Tú poco vivirás, esposo mío.
De nuestro amor recíproco las prendas
Nos ligan ya con vínculos eternós.
Tu infausta unión a la hija del sepulcro
A vejez prematura te condena,
Y sólo a par de la que fiel te adora
Recobrarás la juventud.

¡Oh madre!
Escuchad y cumplid mi último voto.
Una pira elevad, abrid mi tumba,
Y los cuerpos reunid de los amantes.
Al estallar la resonante llama,
Nuestras cenizas mezclaránse ardientes,
Y volaremos al Eliseo juntos.

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. I, núm. 2, octubre 1829,
p. 74-80, ◆.

CONTRA LOS IMPÍOS

(De Campbell)

Si Dios no existe, o si de mí se olvida,
Y tan sólo al azar debo la vida
Para pasar el mundo,
Cual nube tempestuosa el Oceano
A merced de los vientos,
Bien podéis disolveros, elementos,
Que en mí formasteis con acuerdo vano
Turbado pulso y visionaria mente.
Vuestra beldad perezca, dulces flores,
Emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:
Vuestras lámparas bellas
En el cielo apagad, puras estrellas,
Si habéis de iluminar mi eterna muerte.
Virtud, de los tiranos enemiga,
Y del hombre de bien sublime amiga,
Eres vana ilusión, y yo te abjuro,
Si el alma que tú elevas,
Y al bien y gloria llevas,
Se hunde y perece en el sepulcro oscuro.

¡Doctrina pavorosa!
¿Para lograr tan triste resultado
Analizó la ciencia laboriosa
La tierra y mar, y audaz se ha levantado
Hasta el etéreo cielo,
Que ha recorrido con triunfante vuelo,
Para traernos en horrible fallo
La desesperación? Sofistas duros,
¡Jamás amasteis...! Vuestra sien corone
Con seca rama el árbol de la muerte.

El sanguinoso lauro que insolente
La torpe adulación ciñe al tirano,
No es tan injusto y vil como el que insano
Del incrédulo audaz orna la frente.

¡Oh mundo misterioso,
Que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
La fe sobre tu abismo pavoroso
Divina luz despide;
Y en sus alas ardientes conducida
El alma del cristiano,
Al salir de la tierra lagrimosa,
Al seno del Criador vuela dichosa.

Así el fiero cometa,
Del empíreo gigante,
Precipita su carro de diamante
De planeta en planeta,
Y atrevido se lanza
Donde ni el pensamiento ya le alcanza.
Mas en algún lugar su curso expira;
Y con mayor violencia
Al sol de que partió volviendo gira.

Ed. 1832.

Miscelánea, primera época, Tlalpam, t. II, No. 5, enero 1830,
p. 26-28, ◆.

FRAGMENTO DE UNA TRADUCCION DE VIRGILIO

Ocultábase apenas a la vista
La tierra de Sicilia, y ya las velas
Daban al alto mar, (1) con férrea proa
Cortando en torno la salada espuma,
Cuando Juno potente, a quien devora
Rencor eterno el lastimado pecho,
Hablabá así: “¿Desistiré vencida
De la empezada empresa, y el camino
Fatal de Italia seguirá seguro
El orgulloso rey de los troyanos?
A mi furia los hados inhumanos
Se oponen. ¿Pero Palas vengativa
De los Argivos no abrasó la armada,
Y hundiólos en el mar, de Ajax Oíles
Por el furor y crimen? Irritada,
Ella lanzó de las ardientes nubes
El raudo rayo del potente Jove,
Y dispersó las naves, y los mares
Trastornó con la furia de los vientos.
Ajax agonizante, desgarrado
El corazón por el etéreo fuego,
En fiero torbellino arrebatado
Por ella fué, y en ásperos escollos
Murió clavado. ¡Y yo, de las deidades
Reina, hermana y esposa del gran Jove,
Por tantos años a la teucra gente
Habré de perseguir inútilmente!

(1) Los troyanos al mando de Eneas.

Y ¿quién de hoy más a la ultrajada Juno
Adorará, ni humilde ante sus aras
Querrá sacrificar?"

La altiva diosa,
Con tales pensamientos agitando
Su ardiente corazón, llegó a la Eolia,
Patria de las borrascas, donde habitan
Los fieros Austros. El monarca Eolo
En caverna vastísima domina
Vientos y tempestades mugidoras,
Que encierra y encadena. Furibundos,
Con un murmurio pavoroso giran
Ellos en torno de los fuertes muros.
En el sublime alcázar asentado
Empuña Eolo el cetro, y de los vientos
Frena el ímpetu y templa los furores
Que libres, en horrendo torbellino
Al mar, la tierra y el profundo cielo
Por los yermos del éter dispersaran.
Mas temeroso el padre omnipotente,
Hundiólos en cavernas tenebrosas,
Y graves masas y pesados montes
Sobre ellos puso, y dióles un monarca
Que con segura ley los sujetase
O diese libertad cauto y prudente.
A quien entonce Juno suplicante,
"Eolo", dice, "pues el padre augusto
De los dioses, y rey de los mortales,
Te dió mandar las olas y los vientos,
Sabe que a mi deidad gente enemiga
Navega el mar Tirreno, y a la Italia
Conduce a Ilión y sus vencidos dioses,
A tus vientos desata, y furibundos
Sepulten en el mar sus altas popas,
O a lo menos dispérsalos. Me sirven
Catorce ninfas bellas, y de todas
La más hermosa y pura, Deyopea,
Tuya será: por tal favor os uno
En coyunda perpetua y deliciosa.

Contigo vivirá, y entre sus brazos
Serás padre feliz de prole hermosa.”
“Dí, reina, tu querer”, responde Eolo,
“Y obedecer verásme tus mandatos.
Por tí obtengo el favor del alto Jove,
Y mi reino, si lo es; por tí me admiten
A sus banquetes los excelsos dioses.
Y a los vientos domino y tempestades.”
Dijo, y del cetro con la vuelta punta
Hizo inclinar el cavernoso monte.
Por la brecha los vientos furibundos
En cerrado escuadrón se precipitan,
Salen, y con inmenso torbellino
Cubren de polvo la confusa tierra.
Euro, Noto y el Africo funesto
Bajan al mar, hasta sus hondas simas
Revuelven irritados, y a las playas
Rodando impelen sus inmensas olas.
El mísero clamor de marineros
Y el rechinar siniestro de los cables
El aire llena, y apiñadas nubes
Quitán el cielo y luz a los troyanos.
La oscuridad, cual noche pavorosa,
Extiende sobre el mar sus negras alas.
Truenan los altos polos, y la esfera
Brilla con mil relámpagos, y en torno
Ven los troyanos próxima la muerte.
Al punto Eneas, de terror helado,
Gime, y las manos elevando al cielo,
Así prorrumpe: “¡Oh tres y cuatro veces
Afortunados los que perecesteis
De vuestros caros padres a la vista,
De Troya ante los muros! ¡Oh Diomedes!
Morir no pude a tus valientes manos
En los campos de Ilión, donde Héctor fuerte
Víctima fué de Aquiles, donde yace
El grande Sarpedón, y el Simois turbio
Bajo sus ondas férvidas arrastra
Yelmos, escudos y gloriosos cuerpos.”

Cuando tales lamentos exhalaba,
De Aquilón una ráfaga rugiente
La vela rasga, y las terribles ondas
Alza a los astros; quiébranse los remos,
Inclínase la prora; de agua un monte
Se arroja con furor sobre el costado
Expuesto al mar: levántanse los unos
En la altísima cumbre de las olas,
Y otros bajando entre ellas, en el fondo
Ven agitarse la ferviente arena.

Miscelánea, primera época,
Tlalpam, t. II, No. 7, marzo 1830. Copia perteneciente al archivo de E. Larrondo. Cortesía del Dr. J. M. Chacón y Calvo.

Se publicó, en las p. 86-89 del número citado, con la siguiente nota de Heredia:

Fatigado por nuestras indignas traducciones de la *Eneida*, el editor de este periódico, en un momento de presunción, vertió este fragmento, que sujeta a la censura de los literatos.

Dato del archivo de E. Larrondo.

LA RESOLUCIÓN

(De Parny)

Sí, lancemos del pecho para siempre
 La imagen de la ingrata a quien un día
 Ciego adoré; los ojos de la impía
 Mi llanto no verán: cual ella engaña,
 Así engañaré yo, y amante nueva
 Cual ella buscaré...

De mis dolores,
 Goza, Lesbia crüel, y entre placeres
 A la fogosa juventud escucha
 Que lisonjera en derredor te halaga,
 Y tu beldad divina aplaude ardiente.
 Pero la edad vendrá: severo el tiempo
 Rugará sin piedad tu tersa frente,
 Y el enjambre dichoso de las gracias
 Huyendo volará: prestó tras ellas
 Huirá también amor. Entonces triste,
 Abandonada y sola,
 No podrás ser infiel, y yo vengado
 Al verte ya cual agostada rosa,
 Cuando pase sonriéndome a tu lado
 Te diré con desdén: ¡Cuál fuiste hermosa!

*La Moda o Recreo Semanal
 del Bello Sexo, La Habana,
 t. I, abril 10, 1830, p. 360.*

Apareció con esta nota preliminar:

La siguiente poesía es imitación de unos versos del excelente poeta francés Evaristo Parny, hecha por nuestro poeta cubano José María Heredia. Hasta ahora se ha conservado inédita, y el *Recreo Semanal* es el primero que tiene el gusto de publicarla.

Con este mismo título existe otra poesía, original de Heredia, que publicamos entre las *Poesías Amorosas*.

HOMERO Y HESIODO

(De Millevoye)

En la opulenta Cálceide, Ganíctor
De Anfidamas la tumba levantaba,
Y con solemnes juegos
La sombra paternal apaciguaba.
Ya por tres veces sucedido había
Al estruendoso día
La sacra noche, y tras de su reposo
Abren de nuevo el circo polvoroso.
Ármase el luchador de cesto grave,
Y el óleo baña sus robustos miembros:
Por caballos bizarros,
Como el viento impelidos,
En giro circular vuelan los carros.

Mas el tercero día por la tarde
Lucha más bella y apacible mira.
Los hijos de la lira,
Hesiodo joven y el anciano Homero,
La palma se disputan
Del canto armonioso.
Hesiodo empieza, y en su mano pura
Agita un ramo de laurel gozoso.

HESIODO

Del Parnaso feliz en las alturas,
Joven yo, mi ganado apacentaba.
Las Musas, que me vieron y me amaron,
Con el sagrado nombre de Poeta
Al pastor inocente saludaron.

HOMERO

Soñé una vez que el águila sublime
 A la margen del Meles me arrancaba,
 Y de la tierra y cielo a los confines
 Llevándome en su vuelo,
 Con fulminante voz así me hablaba:
 “¡Tuya es la tierra ya, tuyo es el cielo!”

HESÍODO

¡Oh dulces Musas, hijas de Memoria!
 Vuestro celeste amor mi pecho anima.
 Oliva y palmas crecen en el clima
 Que protegéis, y danle paz y gloria.

HOMERO

¡A Júpiter honor! Cuanto supera
 El Gárgaro sublime a los escollos
 Que oculta entre su seno el mar profundo,
 Cuanto el Olimpo al Tártaro domina,
 Así a los dioses todos
 En gloria vence y majestad divina
 El rey del cielo y del inmenso mundo.

HESÍODO

Las Musas en su danza vespertina
 Con bello grupo el Helicón coronan;
 O al Olimpo elevándose ligeras,
 En la copa de Júpiter supremo
 Liban el néctar, y su elogio entonan.

HOMERO

Jove reina inmortal. El hecatombe
 No regará con esparcida sangre
 El mármol de su triste monumento;
 Y los caballos rápidos cual viento,
 Desbocados, feroces,
 Jamás harán volcar sobre su tumba
 A los carros veloces.

HESÍODO

Y nosotros mortales, destinados
 Al reino de las sombras, bajaremos
 A su oscura mansión, y allí veremos
 Al barquero infernal, y al triste río,
 Cuya corriente cenagosa y ciega
 Sola a los mares el tributo niega.

HOMERO

Con paso gigantesco me aproximo
 Al término forzoso:
 Tu plectro armonioso
Las Obras y los Días ha cantado.
 Anciano débil, yerto y amagado
 Por las Parcas impías,
 Acabo ya mis obras y mis días.

HESÍODO

¡Hijo de Meles! Tu divino acento
 Es el de cisne anciano y moribundo.
 En el Olimpo habitas, y los dioses
 A su consejo con placer te admiten,
 E instruyen por tu voz al bajo mundo:
 Mendigo empero, triste y desolado,
 De palacio en palacio rechazado,
 Beberás del dolor la copa impía,
 Maldiciendo aquel día
 En que con dulces lazos
 De placer suspiró tu madre bella,
 Del amoroso Meles en los brazos.

HOMERO

¡Heliconio pontífice! Tus versos
 Dulces son, como el néctar y ambrosía
 Que Hebe derrama en el festín del cielo.
 En la margen del Olmío, Poésía
 Un panal de su miel puso en tu labio,
 Para pagar tu generoso anhelo.
 Mas huye de Ariadna los festines:
 ¡Teme al Amor! Cerca del mar Eubeo
 Tu fin verás. Por Diana requerido,
 A la Parca fatal te ha prometido
 El inflexible Júpiter Nemeo.

Callaban ya los vates: mas el pueblo
Que inmóvil atendía,
Forzólos a seguir con sus aplausos
Aquel bello certamen de armonía.

Homero entonces con sublime tono
Cantó los tristes pueblos inmolados
A los caprichos bárbaros del trono;
A la Discordia sanguinaria, unciendo
Los caballos al carro de Belona;
A la Injuria feroz y despiadada,
Que con su planta férrea tala el mundo,
Y a la Grecia gimiendo prosternada
A las plantas de Aquiles furibundo.

Hesiodo, con acento más suave,
Cantó la Primavera deliciosa
Enjugando el llorar de las Híadas;
A las trémulas Pléyades alzadas
Sobre la frente del celeste Toro;
Al noble Sol desde su carro de oro
En incansable vuelo
Animando la tierra, el mar, el cielo:
Y con giro veloz las Estaciones
Volando en pos del año,
Y en él vertiendo sus alegres dones;
De la virtud los cándidos placeres,
Y el útil culto de la sabia Ceres.

Ganíctor débil y en la paz criado,
Los himnos de la paz premió gustoso.
Una oveja y dos trípodas pagaron
A Hesiodo lisonjero.
¡Del venerable Homero,
Un estéril laurel ciñó las canas...!

El vencedor ante la turba inmensa
La oveja negra a Juno sacrifica,
Y a las Musas los trípodas ofrece.
Fútil murmullo de alabanzas vanas
Sigue al cantor de Troya, que se aleja
Por un niño indigente conducido,
Y en suelo más lejano
El pan de la piedad implora en vano.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. I, No. 1, junio 1831. *El certamen de Homero y Hesiodo*, ♦.

MUERTE DEL TORO

FRAGMENTO DESCRIPTIVO.

Al clavar de los dardos inflamados
Y agitación frenética del toro,
La multitud atónita se embebe,
Como en el circo la romana plebe
Atenta reprobaba o aplaudía
El gesto, el ademán y la mirada
Con que sobre la arena ensangrentada
El moribundo gladiador caía.

Suena el clarín, y del sangriento drama
Se abre el acto final, cuando a la arena
Desciende el matador, y al fiero bruto
Osado llama, y su furor provoca.
El, arrojando espuma por la boca,
Con la vista devórale, y el suelo
Hiere con duro pie; su ardiente cola
Azota los ijares y bramando
Se precipita... El matador sereno
Ágil se esquivo, y el agudo estoque
Le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro, y su bramido expresa
Dolor, profunda rabia y agonía.
En vana lucha con la muerte impía,
Quiere vengarse aún; pero la fuerza,
Con la caliente sangre que derrama
En gruesos borbotones, le abandona,
Y entre el dolor frenético y la ira,
Vacila, cae, y rebramando expira.

Sin honor el cadáver arrastrado
Es en bárbaro triunfo: yertos, flojos,
Vagan los fuertes pies, turbios los ojos
En que ha un momento centellear se vía
Tal ardimiento, fuerza y energía,
Y por el polvo vil huye arrastrado
El cuello, que tal vez bajo el arado
Era de alguna rústica familia
Útil sostenedor. En tanto el pueblo
Con tumulto alegrísimo celebra
Del gladiador estúpido la hazaña.
¡Espectáculo atroz, mengua de España!

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. I, No. 7, diciembre 1831, ♦.

El Sol, México, núm. 915, 6 febrero 1832, p. 3,801, ♦. Con la firma *Heredia*, y por título, *Fragments descriptivos de una corrida de toros*.

Es imitación de un fragmento del libro XV (*Los Juegos*) del poema *Rusticatio Mexicana*, escrito en latín por el sacerdote Rafael Landívar, natural de Guatemala. Pero la fuerte descripción del toro muerto, arrastrado por la arena, la dura crítica a la muchedumbre clamorosa, y el apóstrofe final contra España, son inspiración propia de Heredia, pues no aparecen en el original de Landívar.

LA VISIÓN

(De Lord Byron)

Un sueño tuve, fúnebre y extraño.
Extinguirse vi el sol, y las estrellas
En el espacio eterno silenciosas,
Extraviadas y pálidas giraban.
La tierra helada, ennegrecida y ciega,
En la pesada atmósfera dormía,
Y las cansadas horas se arrastraban,
Sin que en sus alas lánguidas trajeran
La vuelta de la luz. Los hombres todos
Sus miserables pasiones e intereses
Sepultaron al fin en el abismo
De universal desolación. Vivían
Al esplendor de hogueras, y los troncos,
Los palacios de reyes coronados,
Y las chozas humildes consumieron
Por procurarse luz. Grandes ciudades
Así desaparecieron, y los hombres,
En torno a sus hogares abrasados,
Para mirarse por la vez postrera,
Se congregaban. Los antiguos bosques
Se incendiaron también: hora tras hora
Consumidos cayendo se apagaban.
De aquella luz al lúgubre reflejo
Los hombres azorados parecían
Espectros yertos, pálidos; algunos,
Los ojos encubriéndose, lloraban:
Otros, corriendo por doquier, miraban
Con desesperación al yermo cielo,
Que tenebroso y mudo parecía
El paño funeral del mundo muerto.

Con blasfemias feroces a la tierra
Luego inclinaban los cansados ojos,
Rechinando los dientes, y morían.
Los pájaros silvestres por doquiera
Atónitos vagaban, y la tierra
Con sus alas inútiles batían.
Las bestias más agrestes y feroces,
En trémulas y mansas convertidas,
Mezclábanse a los hombres. Las serpientes
Entre la multitud se deslizaban
Sin ofender, con lamentable silbo,
Y aquel hambriento pueblo devorólas.
La guerra, en el principio sosegada,
Rugió más furibunda: las comidas
Compráronse con sangre; cada uno,
Perdido en las tinieblas, engullía
Su mezquina porción. Se disolvieron
Del afecto los lazos, y la tierra
En solo el pensamiento se abismaba
De inminente, fatal y oscura muerte.
El hambre las entrañas consumía:
Expiraban los hombres, y sus huesos
Quedaban, cual sus carnes, insepultos.
Los flacos a los flacos devoraban,
Los perros a sus amos embestían,
Exceptuando uno solo, que un cadáver
Guardando estaba con doliente aullido,
Y al fin murió, lamiéndole la mano.
Dos de una gran ciudad sobrevivieron,
Y eran mortales, fieros enemigos.
Junto a un altar, del fuego devorado,
Vinieron a encontrarse; con sus manos
Descarnadas y yertas revolviendo
Las brasas moribundas y cenizas,
Alzaron débil, momentánea llama,
Y al verse con su luz el uno al otro,
Gritaron de terror, y perecieron.
Quedó el mundo vacío, despojado
De árboles, yerbas, hombres y de vida,
Sin tiempo ni estaciones, mudo caos.
Los ríos, lagos y mares sumergidos
En un silencio fúnebre yacían,
Y en sus profundidades cavernosas
Ningún sér animado se agitaba.

Acabaron las férvidas mareas
Al expirar la luna, su señora;
Los vientos en la atmósfera estancados
Se consumieron, y también las nubes,
Y tinieblas informes, silenciosas,
Reemplazaron del todo al Universo.

Ed. 1832.

Miscelánea, segunda época, Toluca, t. II, No. 5, mayo 1832,
p. 157.

**FRAGMENTOS ENTRESACADOS
DE LAS CARTAS SOBRE LA MITOLOGÍA**

CARTA I

INTRODUCCIÓN

La poesía:

Es con su ayuda más fácil
Que interesarte consiga:
De la fábula es amiga,
E intérprete del amor.

Los Dioses en fuga a Egipto:

Se mudaron los unos en ratones,
Otros en cocodrilos y legumbres,
En pescados y flores. El egipcio,
Devotamente imbécil, desde entonces
En la margen del Nilo arrodillado,
Creyó ver a los dioses del Olimpo
Incógnitos nadar bajo sus aguas,
Crecer y florecer en sus jardines.

Final:

Si algunos yerros notares,
Ten presente, mi señora,
Que el que rendido te adora
Escribe pensando en tí.

CARTA II

VESTA. CIBELES.

Confusión entre Vesta, Cibeles y Rea:

Genealogista me haré,
Y sutil, sabio y profundo,
Gentes que no hubo en el mundo
De una plumada crearé.

Las dos Cibeles:

Cibeles la mayor, grave y sentada,
Muestra la noble frente
De torres y de almenas coronada;
Cibeles la menor, fresca y fecunda,
Conduce en pos de sí las estaciones
Y al Amor: dos leones
Tiran su carro espléndido, y las ninfas
Danzan en torno dél. Viaja la diosa
Bajo un cielo purísimo y sereno;
Ceres, Flora y Pomona
Tejen para su reina una corona,
Y el Céfito festivo, con sus alas,
Descubre los tesoros de su seno.

Las Vestales:

Las jovencitas inocentes, bellas,
Que a este deber su vida consagraban,
Más de una vez sintieron las centellas
De aquel fuego inmortal que alimentaban.

Su plácido candor y su hermosura
¿A quién no enternecían?
Aun los mismos verdugos
Se admiraban del llanto que vertían,
Y los jueces de horror se estremecían.
El pueblo yerto, atónito, escuchaba
De las víctimas tiernas los gemidos.
¡Espectáculo horrible!
Si era crimen amor, dioses crueles,
¿Por qué les diste corazón sensible?

Final:

En libertad abandonarme quiero
 Al vago meditar. Si en compañía
 De mi Emilia estuviera,
 A un año de contento prefiriera
 Una hora de feliz melancolía.

CARTA III

SATURNO

Ambición de Cibeles:

El que ama con pasión, fino querría
 En el trono adorar su objeto amado,
 Y si otro rango hubiera más alzado,
 A éste su corazón lo elevaría.

Destierro de Saturno a Italia:

Allí de rey en labrador tornóse,
 Y en la choza feliz halló la dicha.
 Un pueblo agricultor, por él instruído,
 Hizo fértil la tierra, amó a Saturno.
 Esta felicidad, en mi concepto,
 Equivale al honor de los altares.

El Siglo de Oro:

Siglo dichoso, ¿volverás al mundo?
 En tu giro brillante y apacible,
 Reinaba la verdad; nadie mentía;
 Y en su fresco semblante la hermosura
 Ni leche virgen ni carmín ponía.
 Aún estaba la Puebla [*sic*] inhabitada;
 Todo amante feliz era discreto,
 Y sin anillo, pelo ni retrato,
 Su amor inalterable conservaba.
 Digno de execración era el ingrato.
 La concordia, el amor, el himeneo
 En reposo profundo,
 Siempre habitaban en la misma casa.
 Siglo dicho ¿volverás al mundo?
 El mal al infinito se renueva:
 Sólo el plácido bien por siempre pasa.

Final:

El amor y el himeneo
 Siglos ha luchan en vano,
 Y esperan a que tu mano,
 De tu beldad por trofeo,
 Les cierre el templo de Jano.

CARTA IV

JÚPITER

Las Ninfas tejen a Júpiter una cuna de flores:

En ella suavemente colocaron
 Los delicados miembros
 Que luego a los Titanes humillaron.
 Los juegos, la inocencia y la alegría
 Allí formaban su inocente corte.
 Y al apacible día
 Una noche apacible sucedía.
 De las aves el canto armonioso,
 El murmurar tranquilo
 Del agua cristalina, y de las Ninfas
 El silencio profundo,
 Bien señalaban en aquel asilo
 El reposo feliz del rey del mundo.

Júpiter enamorado:

Jamás petimetre alguno
 Más bellas enamoró
 Que las mortales y diosas
 Que Júpiter engañó.

Encélado:

Encélado furioso bajó al Etna:
 Vivo quedó enterrado.
 El aire del volcán se ve abrasado
 Cuando el pobre estornuda,
 Y la Sicilia trastornar amaga
 Si fatigado su postura muda.

El Siglo de Plata:

Esta época de virtud
 Se llamó edad argentada,
 Mas desde entonces mezclada
 Con mucha liga quedó.

Licaón convertido en lobo:

Su raza vil en los campos
 Siembra matanzas y horrores,
 Y sus sangrientos furores
 Agitan más de un cantón.
 Pero yo, Emilia preciosa,
 Contra tu pecho sencillo
 Temo más a un pastorcillo
 Que a un hijo de Licaón.

Templo de Dodona:

Bajo la augusta sombra
 De sus antiguos árboles se mira
 Un antro oscuro: pálido el viajero
 En su sombroso pórtico suspira.
 La puerta se abre, y entra estremecido
 Y respirando apenas...
 Las bóvedas temblaran...
 ¡Oid! Habla el dios, y de su acento llenas
 Están... El sacerdote en el momento
 La sentencia divina
 Os muestra en hojas de la sacra encina,
 Que con soplo fugaz se lleva el viento.

Final:

Temo llegarte a enfadar:
 Solamente las hermosas
 Pueden, sin ser fastidiosas,
 Mucho y muy fútil hablar.

CARTA V

LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Sin duda te han hablado
 De las brillantes justas y torneos
 En que los caballeros, lanza en ristre,
 Agradar a porrazos pretendían
 A la señora fiel de sus deseos,
 Y al fin, de orgullo y de ventura llenos,
 Una cinta, una banda recibían
 Por una pierna, un brazo, un ojo menos.

La carrera:

Si al término que anhelaba
 Una bella corredora,
 Del premio disputadora,
 A par que un hombre llegaba,
 Era ardua la posición
 Del juez, que con la belleza,
 Si es imparcial la cabeza,
 Frágil es el corazón.

Cronología olímpica:

Los años antes contaban
 Por sus fiestas de placer:
 Como yo cuento mis días
 Por lo que te logro ver.

Vejez de Milón de Crotona:

El tiempo nos arrebató
 Las fuerzas y los amores.
 Presto la vejez ingrata
 Viene, entre afán y dolores,
 Y de la vida y su pasada gloria,
 Sólo nos queda la infeliz memoria.

Temeridad de Polidamas:

El sabio nota el peligro,
 Y con prudencia lo evita;
 El temerario lo excita,
 Y al cabo perece en él.

El Amigo del Pueblo, México,
 t. V, 1828, núms. 1, 2, 5, 6,
 de 2, 9 y 30 de julio y 6 de
 agosto.

CARTA VI

JUNO, IO, HEBE, IRIS.

Argos:

Cien ojos Argos tenía,
Y de nada le sirvieron,
Que Amor ve más con dos ojos
Que con mil los tristes celos.

*Juno confundida
por la burla de Júpiter
con motivo de Platea:*

Confundida, despechada
Devorando su vergüenza,
Calla, Júpiter sonrío...
Y la paz firmada queda.

Juno:

Aunque de virtud severa
Armada hasta los colmillos,
Fué madre de dos chiquillos
Sin que Jove concurriera.

Hebe:

Hebe fué la amable diosa
De la juventud lozana.
En la mesa de los dioses
El néctar les prodigaba;
Pero el brillo de sus ojos
Mucho más los embriagaba.

La flor que hizo a Juno concebir a Marte:

Aún hoy existe una flor
Que este prodigio renueva.
Al tocarla, el himeneo
Muere, pero nace de ella
Una gracia deliciosa,
O un amor sin arco y venda;
Por este medio la raza
De los héroes y las bellas,
De flor en flor traspasada,
Hasta nuestro tiempo llega.

Final:

Adiós, querida Emilia,
Si fuese Iris, y si Juno fiera
Por capricho a cenar me convidara,
Su favor olvidara,
Por convidar la amable mensajera.

Miscelánea, primera época,
Tlalpam. t. II, núm. 7,
marzo 1830, p. 79-83.

CARTA VII

MINERVA

Egida de Minerva:

El rostro de la Gorgona,
Sus iracundas miradas,
Y sus sierpes enlazadas,
Hacían temer a Belona.

*Sobre el olivo,
criado por Minerva:*

Quien fino te ama, prefiere
El dulce mirto al laurel,
Y a la sombra del olivo,
Se mira el mirto crecer.

Final, a Emilia:

Hace un año que sitia tu belleza
El príncipe de Gnido,
Y de tu corazón pende su suerte.
El sitio será largo, según creo;
Pues por tu helada indiferencia veo
Que aún no ha tomado el paladión Cupido.

Miscelánea, primera época,
Tlalpam, t. II, núm. 8,
abril 1830. p. 112-115.

CARTA XII

CLITIA Y LEUCOTOE

Recuerdo de Dafne:

Cuando del vivo placer
Pasa el delirante ardor,
Tan sólo puede al amor
La gratitud sostener.

Ella, tras dulces favores,
Hace a los amantes fieles:
La memoria de las crueles
Se pierde con sus rigores.

*Palabras de Leucotoe
a Apolo:*

¿Por qué con tanto amor, mi dulce amigo,
Es fuerza separarnos?
¡Ay! júrame volver... ¡Adiós! Contigo
Siento volar mi corazón amante.
Entre tormento fiero
Toda esta noche gemiré anhelante.
Feliz mañana revivir espero.

Inquietud de Apolo:

No era la turbación de los deseos,
Del ardiente deleite precursora,
Más que el deleite mismo
Dulce y embriagadora...

*Palabras de Leucotoe,
enterrada viva, a Apolo:*

Ténte: respeta las cenizas yertas
En que se ha convertido
La que por adorarte ha perecido.
Huellas el corazón fácil y puro
Que tus ojos infaustos encendieron,
Y los bellos tesoros que mi seno
Ayer te prodigaba con delicias,
Y sólo conocieron
Del céfiro y tu labio las caricias.

¡Ay! Piensa en la infeliz: aquí llorando
Templarás su tormento,
Y que a tu seno su alma
Descienda con tu aliento.

CARTA XIII

JACINTO, CIPARIS, LA SIBILA DE CUMAS, CASANDRA

Amistad de Apolo y Jacinto:

Cuando el amor fugitivo
Lejos de nosotros vuela,
¡Feliz el que se consuela
En brazos de la amistad!
La mitad de sus dolores
Ella recibir se digna,
Y el peso tiembla benigna
De la restante mitad.

*Palabras de la Sibila
a Apolo:*

¿Puede insensato maldecir la vida
Quien debe al Cielo juventud lozana,
Sensible corazón, gracia y belleza?
Si nuestras ninfas tiernas y pastores,
Como una flor desaparecer os vieran,
Sus lánguidos suspiros, y aun los míos,
A echar menos la vida os compelieran.

Diálogo de Apolo y la Sibila:

—Yo la inmortalidad no quiero altiva.
Pero quisiera siempre consolarte.
—¡Ay! Yo no puedo eternizar tu vida,
Pero puedo su curso prolongarte.
—Mira esta arena en mi tendida mano:
Pronuncia, y cada grano
Aumente un año mi mortal carrera—.

Concedióselo el dios, que bien sabía,
Por su fiel experiencia,
Que cada instante de placer valía
Un siglo de existencia.

Dolor de la Sibila:

Volaron con el tiempo sus amores,
 Y llegó la vejez. Entre la nada
 A su generación vió sepultada,
 Y sólo tuvo amigos en la tumba.
 A los mil años, triste y miserable,
 Sin amor ni amistad, sola en el mundo,
 Clamaba al Cielo en tono lamentable:
 "Dispénsame de arena el postrer grano,
 O dame alguna mano
 Que me cierre los ojos compasiva."

CARTA XIV

LAS MUSAS

*Primera sesión
de la Academia:*

La comenzó Caliope majestuosa,
 Con un bello discurso. Melpomene,
 Triste y en manto fúnebre velada,
 Lamentó las desdichas de los héroes
 Y del amor, y con divina magia
 Hizo nacer deleite inexplicable,
 Del llanto y del terror. Luego Talía
 Lanzó contra los vicios y maldades
 De la punzante sátira los tiros,
 Con risa universal. Polimnia noble
 Desplegó con elogio las virtudes
 Y el invicto valor de los guerreros;
 Y en las alas brillantes de la gloria
 Al firmamento levantólos Clío.
 Urania grave, en sus brillantes tablas
 Explicó la atracción, el movimiento
 Y la sublime y plácida armonía
 De los planetas. La campestre Erato
 Celebró de la choza los amores
 En la zampona pastoril. Euterpe
 La acompañó. Tersicore, con danzas
 Terminó la sesión alégremente.

CARTA XV

MARSIAS

Baile de Tersicore:

Los amores sus pasos dibujaban,
 El deleite risueño los seguía,
 Los placeres sus gracias animaban,
 Y con dulce armonía
 En su seno y sus brazos jugueteaban.

*Canto de Apolo
 a Ariadna:*

¡ Cuán bella os pareció, ninfas de Naxos,
 Cuando afligida en la desierta arena
 Brillaba como cándida azucena
 Que el alba matinal baña en su llanto!
 De su voz al encanto,
 Cubrióse el mar de espuma brilladora,
 Y Anfitrite celosa ya temblaba
 Que del Ponto la alzasen por señora,
 Al ver que hacia las ondas se lanzaba.
 Mas un consolador la alma victoria
 Trajo a sus plantas: Himeneo divino
 Unió en feliz destino
 A la hermosura y la brillante gloria.

*Canto de Apolo en honor
 de las damas de la corte
 de Baco y Ariadna:*

De su Venus Praxiteles
 Para el cuerpo delicioso,
 Escogió lo más hermoso
 De toda bella mortal.
 Si yo tuviera una chispa
 De su divino talento,
 Adoraran la que intento
 En este sitio formar.

Los ojos, el seno y talle
 Tomara de Polixena,
 Con la boca de Eroxena
 Y su fresca y alba tez.

De Eufrosia la pura frente,
Y la plácida sonrisa
Que en tus labios, Eucarisa,
Halaga y rinde a la vez.

Si los tesoros secretos
Que tiene cada modelo
Pudiera mostrar sin velo
Mi apasionado cincel,
Mi brillante Galatea
Con todas sus proporciones,
Hiciera mil Pigmationes
Que Amor burlara crüel.

Si para infundirle vida
Este dios me consultara,
En sus ojos centellara,
Cloris, tu vivacidad.

Aglaé, de tu malicia
La diera un picante grano,
Y sintiera so mi mano
Tu seno, Cloe, palpitar.

Mas ¿por qué en vano delirio
Se pierde mi voz ligera,
Formándome una quimera
Entre tanta realidad?

En vano tantos hechizos
Concentrar quiero en un punto:
Ya olvido el vano conjunto,
Y adoro a cada beldad.

CARTA XVI

MIDAS

*Recuerdo del Pactolo,
en que al bañarse dejó
Midas su oro:*

A la florida margen de una fuente
Llegando el otro día,
Vi nadar en sus aguas
Dos botones de rosa,
Y muchas hojas de nevado lirio,
Con alguna otra cosa
Que dos frutas gemelas parecía.

Entonces recordando en mi delirio
 Que abrazó aquel cristal tu cuerpo bello,
 En su margen postrado
 Recordé con ternura
 De Lidia el río dorado.

CARTA XVII

NACIMIENTO DE VENUS

La dulce primavera
 Gozosa renacía,
 Y por la vez primera
 Naturaleza toda sonreía.
 El céfiro los prados coronaba
 De apacible verdura:
 Y el corazón atónito sentía
 Una vaga dulcísima ternura.
 El fuego del amor dormido estaba,
 Y para despertar necesitaba
 La sonrisa feliz de la hermosura.

.....

Tierna y modesta virgen ¡cuán hermosa
 Entonces pareció! Sobre sus cumbres
 Las olas blandamente la mecían,
 Y con delicia el Sol la contemplaba.
 Céfiro sus tesoros abrazaba,
 Y amores murmurando la decían
 Las deidades marítimas. La diosa
 Los ojos alza: tímida, curiosa,
 En derredor de sí la vista gira,
 Y las ondas, la tierra, el cielo admira,
 Y la luz que sus párpados ofende.
 Su boca se abre, y su primer suspiro,
 Su palabra primera,
 De placer son acentos: “¡Oh! ¿Qué miro?
 ¡Qué sereno esplendor! ¡Qué aura tan pura!
 ¡Oh! ¡Cuánto es bello todo en la Natura!
 ¡Qué plácido calor mi pecho alienta!
 ¿Qué siento palpar...?” Baja los ojos;
 En el ebúrneo seno,
 De vida y gracias y de encanto lleno,
 Los fija con placer; y goza, y duda,
 Y se avergüenza, viéndose desnuda.

Sus caricias el céfiro suspende:
 Con celeste vapor teje una nube
 De azul, púrpura y oro;
 Y de tanta beldad sobre el tesoro,
 Oficioso la tiende.

*Las Horas,
 custodias
 de Venus:*

Su curso era ya rápido, ya lento.
 De la penosa espera
 La Hora infeliz, con torpe movimiento,
 Recorrer todo un siglo parecía.
 Mas del placer la Hora,
 Fugaz siempre y ligera,
 De relámpago a fuer desaparecía.
 La Hora fatal del arrepentimiento,
 Con la frente de penas abrumada,
 Invocaba su vuelta vanamente.
 La Hora de la memoria,
 De aquella dulce y fugitiva hermana
 Las gracias recordándola, quería
 Consolar su dolor plácidamente.
 Así tal vez cuando de ti me alejo,
 Recordando la hora
 En que feliz miraba tu hermosura,
 Mitiga mi amargura
 La imagen celestial de mi señora.

Final:

Pasó el tiempo en que junto a las bellas
 Su mansión asentaban las Horas;
 Hoy Amor a sus alas traidoras
 Doble fuerza parece prestar.

*Miscelánea, segunda época,
 Toluca, t. II, Nos. 1-6,
 enero - junio 1832, Cartas
 sobre la Mitología, p. 14,
 44, 71, 107, 135, 183.*

CARTA XVII A

LA SERPIENTE PYTHÓN

*Lamentación de Apolo
al cesar su destierro
entre los pastores:*

¿Deberé abandonarte para siempre,
Grata mansión, verdura deliciosa,
Do lejos del tumulto cortesano,
La libertad hermosa,
Entre las artes y la fiel Natura
Precipitaba mi existencia pura?
Adiós, bosque feliz, do respiraba
La paz, y de las sombras la frescura;
Adiós, oh gruta, del misterio asilo,
Do tal vez me brindaba
Tierna cavilación su alma dulzura,
Y en inefable encanto,
Plácido amor su voluptuoso llanto.

Ninfas de aquesos bosques y praderas,
Olvidad mis errores juveniles;
Náyades inocentes,
Que presidís al curso de estas fuentes,
Perdonadme también si fuí voluble...
La corte, con aliento ponzoñoso
Mi corazón amancillado había;
Pero en aqueste asilo delicioso,
Más constante mi amor, menos fogoso,
Puro cual vuestras aguas se volvió.

Pastores, mis amigos,
Cuando sobre la esfera
Me miréis cada día
En ígneo carro espléndido, radioso
Abrir o terminar mi gran carrera,
Recordad que afectuoso
Os miro yo desde la etérea cumbre,
Y que un amigo fiel os ilumina.
Mi vivífica lumbre
Y dones más preciados
Prodigaré a estos campos habitados
Por los objetos de amistad tan fina.

El genio aquí sus grandes maravillas
 Por mí desplegará: feliz la Grecia,
 Sabios y semidioses
 Contará con orgullo entre sus hijos.
 Al tiempo de partir os recomiendo
 A mis pobres hermanas:
 Siempre jóvenes, frescas y lozanas,
 Un enjambre fatal de adoradores
 Pretenderá importuno sus favores.
 ¡Cuántas ridiculeces,
 Cuánta frialdad, absurdos y sandeces,
 Les habrán de sufrir! Las compadezco
 Por su inmortalidad. . . —¡Adiós, amigos!
 Siempre vigilaré sobre vosotros
 Desde el cielo brillante:
 No olvidéis mi cariño, y cada día
 Dirigidme también amor constante.

*Final, a
 Emilia
 ausente:*

En la corte desterrada,
 Lejos del campo risueño
 Do tienen Pomona y Flora
 Constante y feliz imperio,
 ¿No pensarás, dulce Emilia,
 Que con tu amigo muy tierno
 El plácido albergue habitas
 En que te escribo estos versos?

CARTA XVIII

ORÁCULOS DE APOLO

Recordando el canto del cisne:

Como él, Emilia bella,
 Cuando fiebre funesta consumía,
 Cual infernal centella,
 La débil flor de la existencia mía,
 Triste, lejos de tí, flébil cantaba
 El instante supremo en que apuraba
 De la existencia el cáliz doloroso.
 Mas al volver a verte,

Comparando el hechizo delicioso
 De tu sonrisa y voz y tu presencia
 Con el grave silencio tenebroso
 Y helada indiferencia
 Que me guardaba lúgubre la muerte,
 ¡Amor sabe cuán ledo y venturoso
 Celebré mi feliz convalecencia!

*Por qué se escogió a una mujer
 para revelar los oráculos:*

¿Quién mejor que una bella
 Sabe morir, resucitando luego,
 Y sepultarse en languidez profunda?
 ¿Quién sabe mejor que ella
 No alcanzar el aliento, demudarse,
 Inclinando la vista moribunda,
 Trémula palpar, debilitarse,
 Y al cabo desmayarse?...

¿Quién mejor poseyó nunca
 Los equívocos, la magia,
 Ni equilibrar tanto supo
 El temor y la esperanza,
 Ni disimular lo cierto,
 Poniéndonos doble cara,
 Ni salvar las apariencias,
 Tener razón y negarla,
 Como las encantadoras
 Cuya beldad nos halaga,
 Que con sus tiernas caricias
 Nos enloquecen y embriagan,
 Y de la dicha en el seno
 Dulcemente nos engañan?

Fisonomía de Emilia:

Esos tímidos ojos me descubren
 Un tierno corazón que anhelaría
 Obtener un amigo en un amante,
 Y que este amigo fiel fuera su guía.
 Cuando esa frente plácida en que reina
 El modesto candor, se ruboriza,
 Bajo las rosas del pudor, se cubre
 El noble trono donde el genio brilla.

Aquesos labios donde al dulce beso
Triscando Amor parece que convida,
El pudor virginal severo cierra,
Al beso desterrando a las mejillas.

Esa nariz, que tanto se parece
De la Sultana a la nariz divina,
Me hace decir: "Si Solimán yo fuera,
Roxelana también fuera mi Emilia".

*A Emilia, sobre el pleito
entre Venus y Minerva:*

Minerva en el alto Olimpo
Con Venus linda pleítea,
Porque rara vez se hermanan
El saber y la belleza.

Son objetos importantes
De tan reñida contienda,
Los límites y derechos
De las dos altipotencias.

Palas pone en la balanza
Los siete sabios de Grecia,
Y Venus por contrapeso
Las tres Gracias halagüeñas.

Amor, viendo tres por siete,
Teme que su madre pierda,
Mas yo aseguro que gana
Si al tribunal te presenta.

No ya tres, sino mil Gracias
Tendrá en tu faz hechicera,
Y al contemplarla, ni un sabio
Podrá ser fiel a Minerva.

CARTA XIX

LAS PIÉRIDES. DEUCALIÓN Y PIRRA.

Canto de las Piérides:

En sus ligeras, frívolas canciones,
Brillar con majestad no se veía
La varonil espléndida armonía
Con que, en sus raptos, al sublime cielo
Sabe el genio elevar los corazones

Tampoco la agudeza y alegría
 Que bajo urbano transparente velo
 Las sales de la sátira derraman;
 Ni revelaban el amante anhelo
 De la virgen ingenua que suspira
 Y cuyas quejas, que el amor inspira,
 En ternura y deleite nos inflaman.

Las Piérides, convertidas en maricas:

Si mudaron entonces de figura,
 Conservan todavía
 Su volubilidad, su petulancia.
 Y el gran talento, caro a la hermosura,
 De alborotar, charlando sin sustancia.

A Emilia, sobre las Musas:

Un chasco celebérrimo sería
 Que al referirte cándido la historia
 De las nueve doctísimas doncellas,
 La contase a una de ellas.

Adoradores de las Musas:

Más de un caballero andante.
 Sin yelmo, sin armadura,
 Montado en su Rocinante,
 De las Musas loco amante,
 Buscó más de una aventura.
 Burlado su orgullo fiero
 Vió con mísera derrota,
 Y oyó al público severo
 Aclamarle entre chacota,
 De la Triste Figura Caballero.

Final:

Cuando lúgubre velo
 Tiende Melancolía
 Sobre el período infausto
 En que debo gemir lejos de Emilia,
 Y gusto de acogerme
 A la selva sombrosa
 Do el ruseñor se queja
 Tal vez la Musa mi pensar alivia.

“Lejos”, dice, “te encuentras
 De tu celeste amiga;
 Mas el dolor es dulce
 Cuando hay en otro pecho simpatía...”
 ¡Oh, si yo la creyese!...
 ¡Ay! mi razón replica
 Que la Amistad piadosa.
 Por tal de consolarnos, alucina.
 ¿Deberé, pues, fiarme?
 Tú decídele, Emilia.
 ¿Doy crédito a mi Musa?
 Cuando padezco ausente, dí, ¿suspiras?

CARTA XX

FAETONTE

*Apolo, al oír a Faetonte
 decirle: “¡Padre mío!”:*

Al oír esta palabra
 Quedóse Apolo perplejo.
 —¿A quién—entre sí decía—
 Deberé un hijo tan bello?
 ¿A Clitia o a Leucotoe,
 O a Climene, de ojos negros,
 O a tantas otras?... ¡Qué apuro!
 Que soy su padre, bien veo;
 Mas preguntarle su madre,
 Sin indecencia no puedo.

*Diálogo entre
 Apolo y Faetonte:*

—¡De Climene!... ¡Sin duda! Hijo querido,
 Bien he reconocido
 Esas bellas facciones, cuya gracia
 Y halagüeña dulzura,
 Las de tu dulce madre me recuerdan.
 —Si aún amáis su memoria,
 ¿escucharéis sus votos y los míos?

—Habla, hijo, sin temor. Febo te jura
 Por la Estigia laguna venerada,
 Acceder a tu súplica, pues nada
 Sabe negar a la que fué su gloria.

—Pues para que la envidia se convenza,
 De que debo mi sér al dios del día,
 Déjame, padre, en tu fulgente carro,
 Recorrer por el cielo tu camino.

—¿Quién, ¡ay! tan temerario desatino
 Te sugirió?—Climene—. ¿Y yo podría
 De una madre orgullosa
 A la ciega ambición sacrificar?
 ¿Pudieras en la bóveda lumbrosa
 Seguir, flaco mortal, mi arduo sendero,
 A su cumbre subir en la mañana,
 Y en la tarde bajar al Ponto fiero?
 Abandona un proyecto temerario.
 ¿No temes a los monstruos que te aguardan,
 Por la esfera celeste desparecidos?
 ¿No temes los rugidos
 Y dientes del León, o del Cangrejo
 Las garras, ni del Toro poderoso
 La embestida feroz, la del Carnero,
 Del Sagitario el volador acero
 Ni al Escorpión hinchado y ponzoñoso?
 Allá silba el Dragón, y el triste Acuario,
 Volcando la urna inmensa,
 Circunda el horizonte solitario.
 ¿No ves, alzando entre el confuso resto
 La frente, al Capricornio pavoroso,
 Cuyo signo funesto
 Hace temblar al consternado esposo?

Consejos de Apolo a Faetonte:

Ni ambicioso ni tímido en tu vuelo,
 Si quieres evitar un mal destino,
 Sigue a media distancia tu camino
 Entre la tierra y cielo.

En ello va tu vida. La cabeza
 Suelen muchos perder por elevarse,
 Y otros se hunden tal vez, por arrastrarse
 Del fango en la bajeza.

Queja de Cibeles a Júpiter:

Si tu saña merezco,
 Los humanos te adoran:
 Truena sobre la madre,
 Pero a sus hijos míseros perdona.
 Termina compasivo
 Mi tormento y congoja:
 Y de mi hendido seno
 Vé la esterilidad aterradora.
 ¡Ay! Febo ha devorado
 Mi risueña corona,
 Abrasó mis cabellos.
 Y de mi ceñidor las frescas rosas.
 ¡Oh! vuélveme el rocío
 Y la nocturna sombra,
 O quítame, a lo menos,
 Esta inmortalidad, que me es odiosa.

*Origen del ámbar: Llanto
de las hermanas de Faetonte:*

El puro olor de ese llanto
 En el traje de una bella,
 A los jóvenes anuncia
 Que se aproxima su reina.
 Su aroma es grato, mas cede
 Al perfume de inocencia
 Que en hálito blando exhala
 Tu dulce boca entreabierta.

CARTA XXII

EDUCACIÓN DE VENUS

Despertar de la Diosa:

Al abrir Febo su inmortal carrera.
 La primer Flora despertar la hacía,
 Y la ingenua beldad se levantaba
 Cuando el fúlgido Sol al mundo brilla.

*Manuscritos de José María
 Heredia. Historia, Biblio-
 teca Nacional.*

En *El Amigo del Pueblo*, México, t. V, publicó Heredia las primeras cinco *Cartas sobre la Mitología* (traducidas del francés, de las *Lettres a Emilie sur la Mythologie* por Charles Albert de Moustier —luego Demoustier— obra de la que se hicieron numerosas ediciones desde 1786-1790 hasta pasado el primer tercio del siglo XIX), y en las que mezclaba prosa y verso; las reprodujo después en la revista *Miscelánea*, dirigida por él, y en la que continuó publicando las restantes: hasta la séptima durante la primera época de la revista, editada entonces en Tlalpam, y de la octava a la décimoséptima en la segunda época, cuando se editó en Toluca.

Al reiniciar la publicación de estas *Cartas* en el núm. 3 de *Miscelánea*, primera época, con la primera y segunda, las acompañó Heredia de esta nota:

En el *Amigo del Pueblo* se empezaron a publicar estas preciosas cartas traducidas libremente del francés por el editor de la *Miscelánea*. Como algunas personas han deseado su continuación, se ponen las ya impresas, para que los suscriptores de este periódico tengan la colección completa.

El literato y revolucionario argentino José Antonio Miralla, muy amigo de Heredia, tradujo también, por lo menos, las seis primeras *Cartas sobre la Mitología*, traducciones que aparecieron en el periódico semanario habanero *El Argos*, en los núms. 29, 30, 31, 32, 33 y 34, correspondientes a 27 de enero, 3, 11, 18 y 25 de febrero y 5 de marzo de 1821; y fueron precedidas, en núm. 28, de 20 de enero de ese año, por dos romances, *A Emilia*, y *Prefacio*, una nota del traductor, y dos quintillas *A Malvina*. Por el cotejo de ambas traducciones creemos acertado suponer que tanto Heredia como Miralla siguieron con bastante fidelidad el texto francés, que no hemos podido hallar, puesto que en ambos se corresponden exactamente los trozos en verso intercalados en el texto en prosa.

Los trozos en verso que publicamos aquí, y que son los que por su redacción pueden entresacarse mejor del texto en prosa, han sido copiados, hasta la Carta VII, del archivo de E. Larrondo que nos facilitó el Dr. José María Chacón y Calvo; y desde la XII a la XVII, de un ejemplar del segundo tomo de la *Miscelánea*, segunda época, propiedad del Dr. Mario Sánchez Roig. No hemos podido encontrar el texto de las cartas VIII, IX, X y XI, que

aparecieron, según anota F. González del Valle en su *Cronología Herediana*, en los núms. 4, 5, 6 y 7 del tomo I de la misma revista *Miscelánea*, en su segunda época, cuando se publicaba en Toluca. Sólo conocemos el título de la XI: *Xeuxis*. En cambio, en el libro *Manuscritos de José María Heredia. Historia*, existente en la Biblioteca Nacional, hemos hallado cuatro *Cartas* más, en autógrafo del poeta, que son las numeradas por él XVII, XVIII, XIX y XX, y unas pocas líneas del comienzo de la XXII, cuyos fragmentos en verso reproducimos. La XXI, según nota de Heredia en el mismo manuscrito, era la ya publicada con el título de *Nacimiento de Venus*, en *Miscelánea*, donde aparece con el núm. XVII. Para conservar lo más fielmente posible la numeración hecha por Heredia, damos a la titulada *La serpiente Python* el número XVII a. Estas últimas *Cartas* creemos que no sólo nunca se publicaron, sino que ni siquiera se conocía su existencia, pues jamás las hemos visto mencionadas.

LOS SEPULCROS

(De Ugo Foscolo)

A Don Manuel Robredo.

De lánguidos cipreses a la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto,
¿Es más plácido el sueño de la tumba?
Cuando el Sol, a mis ojos extinguidos
No resplandezca ya, ni a mis oídos
Llegue la dulce voz de la armonía,
Ni el tierno amor, mi corazón inflame,
Ni el halagüeño porvenir me ría,
¿Podrá darme consuelo yerta losa,
Que distinga mis huesos de otros tantos
Que en la tierra y el mar siembra la muerte?
Nó, querido Manuel: aun la Esperanza,
Diosa final, de los sepuleros huye:
El pavoroso indiferente olvido
Lo envuelve todo en su profunda noche;
Y el hombre, los sepuleros, y ruínas
De tierra y cielo, en insondable abismo
Sepulta el tiempo con helada mano.

Mas ¿para qué los míseros mortales,
Al tiempo anticipándose, destruyen
La piadosa ilusión que en los umbrales
De la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aún no vive en la tumba, cuando puede
Tras sí dejar recuerdos cariñosos,
O de útil gloria noble monumento?

Esta de afectos comunión divina
Es un celeste don a los humanos:
Por ella con los muertos aún vivimos,
Y con nosotros ellos. Sus reliquias,
De la inclemencia y del profano vulgo
Defiende la piedad. El caro nombre
Conserva el mármol o la piedra humilde,
Y árboles odoríferos, floridos,
Con blanda sombra las cenizas bañan.

Sólo quien al amor negó su pecho,
Se concentra en la tumba. Su alma triste
Se precipita al tormentoso Averno,
O bien se acoge a las inmensas alas
De la clemencia celestial. Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga;
Que sobre las reliquias de los muertos
Jamás brotaron apacibles flores,
Si no las riega del afecto el llanto.

Doquier que sociedad juntó a los hombres,
Contra los elementos y las fieras
Guardaron los cadáveres. Las tumbas
Garantizaban los remotos fastos;
Eran aras también, y fué temido
Sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
Llenando el aire con efluvios puros,
Sombra perenne y plácida tendían
Sobre las urnas. Los amigos fieles
Una centella al sol arrebatában
Para alumbrar la subterránea noche
Que en sepulcrales bóvedas reinaba;
Porque siempre los ojos moribundos
Buscan al Sol, y el último suspiro
A la nublada luz todos exhalan.
De agua lustral murmuradoras fuentes
Violetas y amarantos producían:
Y los hijos, las madres, las esposas,
Al obsequiar las adoradas tumbas
Con láctea libación, en la fragancia
Elíseo aroma respirar creían.

Las urnas de los sabios y los fuertes
Patriótico valor, virtud respiran.
De Maratón las coronadas tumbas
Los magnánimos pechos inflamaron
A los héroes de Grecia, y la semilla
De un bosque de laureles germinaron.
Al contemplar de Wáshington divino
El modesto sepulcro, nos llenamos
De amor de patria y libertad, y osamos
Luchar con los tiranos y el destino.

Ed. 1832.

Según Francisco González del Valle, es traducción o imitación de la poesía de Ugo Fóscolo titulada *Carme dei sepoleri*, y dedicada a Pindemonte.

EL MANZANILLO

(De *Millevoye*)

“¡Cuán dulce será en tu boca
“Zarina, el beso de amor!”
Así a la bella cubana
habla el cacique feroz.
“¡Oh Nelusko!” ella responde,
Trémula ya de pavor,
“Tu prepotencia respeto,
“Mas mi cariño es de Azor”.
En el pecho del cacique
Despierta la indignación,
Y furibundo la dice:
“Yo te amo y soy tu señor.
“Aquesta noche en la playa
“Me aguardarás.”, y partió.
Zarina, desesperada
En tan cruda situación,
Debajo de un manzanillo
La triste cita esperó.
“Ven ¡oh Nelusko!”, cantaba
Con desfallecida voz,
“Pues cierras el duro pecho
“Al grito de mi dolor.
“De las cumbres se desata
“El huracán bramador,
“Y el mar y agitada selva
“Le saludan con horror.
“¡Ay! pronto las palmas tiernas
“Destrozaré su furor,
“Cual tú desgarras impío
“Mi pecho y el de mi Azor.
“Ven; satisface inhumano
“Tu tiránica pasión,
“Mas será helada y sombría
“Esta noche de tu amor.

“Y tú, de un tirano fiero
 “Víctima triste, cual yo,
 “Objeto de mi cariño,
 “En otro mundo mejor
 “Te espero, do nadie diga:
 “Yo te amo y soy tu señor”.

Sus párpados lagrimosos
 Iba cerrando veloz
 La muerte, cuando a sus plantas
 Llega rápido su Azor.
 Afanoso la buscaba:
 Apenas reconoció
 El funesto árbol, se llena
 De sorpresa y de terror.
 De la mortífera sombra
 En sus brazos la sacó:
 “¿Qué ibas a hacer, infelice...?”
 —“Sacrificarme a tu amor”.
 El con ardientes caricias
 Serena su corazón;
 Entonces llega Nelusko
 Y fiero le dice Azor:
 “Tengo arco, flecha, macana,
 “Robusto brazo y valor,
 “Y el que a Zarina pretenda,
 “Espere la destrucción”.
 El atónito cacique
 Le oye con mudo furor,
 Y cede, al ver del amante
 La firme resolución.

Así el torrente que inunda
 Los campos asolador,
 En la base de ancha peña
 Quiebra el ímpetu feroz.

Ed. 1832.

Con esta nota del autor:

(*) Este hermoso árbol crece junto al mar en Cuba y en las otras Antillas. Su frescura y olor suave convidan al descanso en el ardor del día. El que seducido se reclina bajo su magnífica sombra, cae presto en un sueño apacible, y este sueño, según dicen, es la muerte.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

(De *Millevoje*)

De otoño el viento, la tierra
Llenaba de hojas marchitas,
Y en el valle solitario
Mudo el ruiseñor yacía.
Solo y moribundo un joven
Lentamente recorría
El bosque donde jugaba
En sus niñeces floridas.
“Adiós, adorado bosque;
“Voy a morir”, le decía,
“Y mi fin desventurado
“Tus hojas ¡ay! vaticinan.
“La enfermedad que mi seno
“Está devorando impía,
“Pálido, cual flor de otoño,
“Hacia el sepulcro me inclina.
“Apenas breves instantes
“Disfruté la dulce vida,
“Y siento mi primavera
“Cual sueño desvanecida.
“Caed, efímeras hojas;
“Y por el suelo tendidas,
“A mi desolada madre
“Ocultad mi tumba fría.
“Mas si mi amante velada
“Viene en la tarde sombría
“A llorar en mi sepulcro,
“Agitándoos conmovidas,
“Despertad mi triste sombra,
“Y su fiel llanto reciba.”

Dijo, y partió... ¡para siempre!
Murió, y al tercero día
La sepultura le abrieron
Bajo de la árida encina.
Su madre, (¡ay! por poco tiempo)
Vino a llorarle afligida;
Pero no su infiel amante,
Como el infeliz creía.
Sólo del pastor los pasos
En aquella selva umbría
Perturban hoy el silencio
En torno de sus cenizas.

Ed. 1832.

Con dos ligeras variantes aparece esta poesía en el pliego 24 del volumen *Manuscritos de José María Heredia. Poesías*, de la Biblioteca Nacional.

LA INMORTALIDAD

(De Young)

Non omnis moriar.

HORACIO.

¡Oh Dios, cuya inefable providencia
Abarca la creación y la dirige,
Y cuyo ardiente espíritu la inflama,
Y extiende aún más allá su noble imperio;
¡Tú, de la eternidad señor augusto,
Oye mi humilde voz! Llène mi canto
La celestial inspiración, y pueda
Con enérgico tono irresistible
Revelar a los hombres el tesoro
De su inmortalidad. Glorioso tema,
De infinita importancia, y muy más grato
Al que te ama mejor y más te adora.

Naturaleza, tu hija misteriosa,
De ti, Inmutable, mutación eterna
Recibiera por don, y al hombre instruye
Con oráculo mudo y elocuente.
Ella en revolución perpetua gira:
Todo cambia sin fin; nada perece.
Sigue la noche al refulgente día,
Y a noche oscura, nuevo sol: los astros
Salen, se ponen, y a mostrarse vuelven,
Y la tierra también, a ejemplo suyo,
Aspecto muda y formas. El verano,
De verdura brillante revestido
Y coronado con risueñas flores,
Cede al otoño pálido. El invierno
Sigue después, de yelos erizado,

Al dulce otoño, y a sus áureos frutos
 Hace desaparecer, y reina impío,
 Hasta que la florida primavera,
 Con aliento genial y delicioso,
 Templa sus iras y restaura el mundo.
 Cuanto vegeta y vive, se marchita
 Para refloreecer; y cual en rueda
 Que gira con violencia, todo baja
 Para subir. ¡Emblema fiel del hombre,
 Que se altera, se oculta, y no perece!

Naturaleza en círculo constante
 Por siempre gira; mas el hombre vuela
 En línea inmensurable. Su alma sube
 Trémula, ardiente, cual etérea llama:
 La humilde fe y el celo fervoroso
 Sus alas son para subir al cielo.
 El mundo material en varias formas
 Muere y revive, y en perenne giro
 Lo tienen y tendrán la vida y muerte;
 Pues ni siquiera un átomo invisible,
 Que una vez existió, vuelve a la nada,
 Imprevisión mostrando en el Eterno.

Si la materia es inmortal, ¿acaso
 La esencia inmaterial, el alma pura,
 El pensamiento, la razón, podrían
 En el inerte polvo aniquilarse?
 ¿Pudiera la sustancia más impura
 A la más noble preferir? ¿Y el hombre,
 Para quien todo muere y resucita,
 Será el único ser que para siempre
 Se abisme en el sepulcro tenebroso?
 ¿Será él solo sembrado en suelo estéril,
 Menos feliz que el grano y la semilla
 Por Dios a su alimento destinados?
 El solo y noble sér a quien el Cielo
 Atribuyó la facultad sublime
 De amar la vida y de temer la muerte,
 ¿A irrevocable fin fué destinado
 Por severo capricho de la suerte?

Si de Natura el orden perdurable
 Favorece mi tema, en voz más alta
 Su gradación universal depones.
 Mirad los grados de su inmensa escala,

En que un sér intermedio siempre liga
Al superior y al inferior. Inerte
La materia tal vez, dormida, aguarda
Celeste aliento que la inspire vida.
El vegetal combina misterioso
La muerte y la existencia: luego un bruto
Existe y siente, y otro más felice
Un leve rayo a la razón usurpa,
Que con pleno fulgor brilla en el hombre.
Pero ¿cómo se alarga la cadena
Hasta los reinos de incorpórea vida,
Que excluyen el dominio de la muerte?
Su postrero eslabón es el humano,
Que une al visible el invisible mundo.
Medio mortal, medio inmortal, etéreo
Por la razón, terrestre en los sentidos,
Las bestias a los ángeles enlaza.

Así Natura por doquier publica
De la inmortalidad el dogma santo.
¿Y el incrédulo, sordo a sus clamores,
Aún osa desmentir su testimonio,
Por no violar su alianza con la muerte;
Y a la razón frenético renuncia,
Por no apartarse de su polvo amado,
Y no exponerse a conquistar el cielo?
¡Miserable ceguedad! ¡Atroz insulto
A la sublime dignidad del hombre!

Pero el sabio feliz, iluminado
Por la luz de la fe, con noble tono,
Ajeno de temor, dice a la muerte:
“Cúmplase en mí la voluntad divina:
Disuélvase la tierra, y desquiciados
De sus lejanas órbitas descendan
Los astros graves, y la tornen polvo.
En su inmortalidad mi alma segura,
Saldrá gloriosa del futuro caos.
Sobre la inmensa universal ruína
Se asentará como en soberbio trono,
Predominando, cual etérea llama,
La pira funeral del Universo.”

Recorramos la tierra, y con asombro
Hallaremos espléndidos prodigios,
Que casi eclipsan la beldad del cielo.
Campos inmensos, que doquiera cubren

Ópimos frutos, deliciosas flores;
 Mares hendidos por soberbias naos,
 Do el hombre truena, o generoso vierte
 Goces, riqueza, en apartados climas.
 El fuego, el mar, los vientos y planetas,
 Cual instrumentos dóciles le sirven,
 Por su profundo genio sojuzgados.
 Aun las eternas inflexibles rocas
 Ceden a su poder: allana montes,
 Los precipicios colma, y por doquiera
 Mil ciudades magníficas erige,
 Aun en medio del mar, que en vasto espejo
 Su noble pompa y esplendor retrata.
 Soberbios templos álzanse a las nubes
 Con misteriosa majestad: los ríos
 Corren suspensos por el aire vano,
 En mares se convierten las llanuras,
 O canales profundos atraviesan
 De mar a mar, y las remotas aguas
 Se confunden atónitas. El hombre
 Desentraña la tierra tenebrosa
 O mide audaz el ámbito del cielo,
 Y nuevos elementos, nuevos astros
 Feliz descubre; la Creación ensancha,
 Y cede a su poder Naturaleza.

¡Espléndido, glorioso monumento
 Del humano saber! ¡Cuadro sublime,
 En que Inmortalidad sentó su sello!
 ¿Pudiera el barro impuro, deleznable
 Elevarse a tan altas concepciones,
 O desplegar tan generoso vuelo?

Mas si los argumentos de Natura
 Aparecieren frívolos y vanos,
 Aún se hallarán más fuertes en el hombre.
 ¡Ay! si éste duerme y cierra los oídos
 A la enérgica voz del Universo,
 ¿Puede cerrarlos al interno grito
 De su agitado corazón? El necio
 Que la inmortalidad combate insano,
 Su sentencia fatal lleva consigo,
 Como nuevo infeliz Belerofonte.
 Quien examine cauto el propio seno,

En él encontrará pruebas sensibles
De vida eterna: o la falaz Natura
Despiadada burlándose del hombre,
Con la misma verdad quiso engañarle.

Descontento, inquietud, vago deseo,
Turban por siempre el corazón humano,
Y de él destierran el sereno gozo.
El rey bajo los áureos artesones,
Y el vil pastor en su cabaña humilde,
Distintos en la suerte, en pena iguales,
Ansian, anhelan, y a la par suspiran.

¿Será tal vez porque el visible mundo
Satisfacer no puede con sus dones?
Mirad esos rebaños inocentes
Pastar la yerba, que mojó la lluvia,
Con un placer purísimo, perfecto,
Y ved si anhelan más. ¿Por qué motivo
Se niega a su señor igual contento?
Porque el centro glorioso de las almas
No está en la Tierra: y el sediento humano,
Por frívolos objetos seducido,
Cuanto disfruta más, más apetece.

¿Menos benigna al hombre que a los brutos
Fué Natura tal vez? Nó: de las almas
El alimento más precioso y puro,
En el empíreo, su celeste patria,
El Criador Soberano les reserva.
Por él suspiran con feliz instinto:
Bajo el dolor se oculta su grandeza,
Y el perdurable afán que los agita
Es de inmortalidad segura prenda.

Es progresiva la razón del hombre;
Mas el instinto nace con el bruto
En plena perfección, y aunque viviera
Un siglo y otro siglo, no saldría
Del círculo seguro que lo estrecha.
Mas si el hombre, del Sol contemporáneo
Hubiera sido, su ánimo insaciable
Aún que aprender y meditar tuviera.
¿Por qué, Naturaleza, con el hombre
Tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta
Salió la mejor obra de tus manos,

Cuando las otras, menos importantes,
 Con asombrosa perfección puliste?
 O si al hombre imperfecto destinabas
 A prematuro fin, sin permitirle
 Que fijase la esfera de su genio,
 ¿Por qué dar a su pecho acongojado
 El terror ponzoñoso de la muerte?
 ¿Por qué le diste previsión infausta
 Del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste
 Víctima de su ciencia lastimosa,
 Y más que en rango, superior en penas?
 ¡Ah! la Inmortalidad tan sola puede
 Revelar el enigma inexplicable,
 Y compensar sus males y dolores.

Sí: la Inmortalidad tan sola puede
 Resolver el enigma tenebroso
 De la esperanza humana; el más oscuro,
 Si al expirar morimos para siempre.
 La esperanza frenética y ansiosa,
 De nuestro gozo rápido asesina,
 Todo presente bien huella y devora.
 ¿Por qué la posesión, ya conseguida,
 Es siempre menos pura y deliciosa
 Que la pintaba en sueños el deseo,
 Y a férvido anhelar el tedio sigue?
 Porque a distancia inmensa de nosotros
 Oculta la región de lo futuro
 El único, inmortal, sublime objeto
 Digno del hombre, y su Hacedor augusto
 Allá dirige nuestro ardiente anhelo.

Es otro enigma la virtud. Mil veces
 La huella fiero el insolente crimen;
 Y si todo se acaba en el sepulcro,
 Si no hay reparación en otra vida,
 ¡Cuán necios son sus mártires! En vano
 La formidable voz de la conciencia
 Manda que la sigamos. ¿Pudo el Cielo
 Inculcar la virtud a sus criaturas,
 Si es decepción? ¿O la justicia eterna
 Quiso burlarse del humano triste,
 Haciéndole adorar vano fantasma?
 Nó: la conciencia y la razón nos mienten,
 O el alma es inmortal y en otro mundo
 Glorioso galardón, terrible pena
 A la virtud y al crimen se prepara.

Cuando en sueño balsámico adormida
 Yace la tierra, y sólo me acompañan,
 En ardiente vigilia centellando,
 Las estrellas sin fin que en torno adornan
 De media noche el silencioso trono,
 Yo en soledad augusta me consagro
 A conversar con los ilustres muertos.
 ¡Cuántos modelos de virtud sublime
 Y de patrio valor! ¡De cuántos genios
 En las gloriosas páginas alienta
 Espíritu inmortal! Y ¿tales almas,
 De la divinidad emanaciones,
 Dejaron de existir? ¿Tan sólo fueron
 Como fugaz fulgente meteoro,
 Que arde, luce un momento, y se disipa
 En el nocturno espacio tenebroso?

Cuando seguimos al sepulcro triste
 Los restos de mortales afamados
 Por su ciencia o virtud, por cuanto estima
 Y alaba el hombre, ¿imaginar podemos
 Que no existen sus almas generosas,
 O que en inmunda corrupción terminen?
 La ciencia, la virtud, son nombres sacros,
 Que respeta, y aplaude, y diviniza
 Universal instinto generoso.
 Mas ¡ay! si los espíritus perecen,
 Sólo son dignas de piedad. El sabio
 Sólo aviva sus ojos penetrantes
 Para ver más miserias y delitos;
 Y la noble virtud, timbre glorioso
 Que une la tierra con el cielo puro,
 Es dañosa ilusión, delirio vano...
 ¿Engañará la voz del Universo?

Mientras más penetramos en el hombre,
 Se ve más clara la impresión profunda
 De un sello universal, augusto, eterno.
 En el fondo del alma, firme base
 De todo lo demás, siempre notamos
 De saber y de amar instinto puro,
 Afectos esenciales al humano,
 Como luz y calor al sol divino.
 ¿Y de qué sirven, si las almas mueren?

Con mil y mil afanes alcanzamos
 Imperfecto saber, y las más veces
 Responde a nuestro amor desdén helado
 O pérfida traición. ¿Por qué Natura
 Tan angélicos puros apetitos
 Satisfacer nos veda plenamente,
 Y a los brutos benigna satisface?
 ¿Es el hombre mejor más infelice?

Nó: de saber y amar en el humano
 La ilimitada facultad y anhelo,
 Nos demuestran objetos infinitos.
 Del Criador la inefable providencia,
 Por ley universal de la Natura,
 Proporciona el objeto al apetito
 Y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
 Será triste excepción de ley tan sabia?
 Si no le aguarda eternidad futura,
 Si aqúeste asilo burla su esperanza,
 El hombre es monstruo, del Creador afrenta,
 Ominoso lunar, fúnebre nube
 De la Natura en el brillante aspecto.—
 Quien la inmortalidad niega del alma,
 Al mismo Dios frenético blasfema.

Aun las pasiones, que al humano débil
 Con su furor funesto descarrían
 De la santa virtud, y en su tumulto
 A la razón y a la verdad acallan,
 De su inmortalidad son testimonio.

Recorrámoslas, pues, y comencemos
 Por la ambición, a la que siempre agita
 Fogoso anhelo de brillante fama.
 ¡Pero con cuánto afán lo disimula!
 Si mira sus designios revelados,
 Aunque al más noble objeto se dirijan,
 Repentino rubor cubre su frente,
 Porque su dueño es inmortal. La sangre,
 Subiendo así con misterioso instinto,
 Reprende al hombre que insensato busca
 Fugaz reputación, fútil elogio
 En este vano y transitorio mundo,
 Y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso
 No es menos elocuente. Si de fama
 La inextinguible sed su alma devora,
 La admiración de un siglo menosprecia,
 Y ansía que los aplausos de su gloria,
 Por mil generaciones repetidos,
 Al porvenir lejano se difundan.
 Eternizar ansiamos nuestro nombre:
 ¡Vano delirio, que jamás turbara
 Del hombre el corazón, si el alma suya
 También no fuese indestructible, eterna!
 Así el instinto previsor anuncia
 Un futuro interés; mas el humano,
 Embrutecido su clamor desoye,
 O vana sombra por sustancia sigue.

De la Inmortalidad sombra es la fama,
 Y sombra es en sí misma. Preguntadlo
 Al ambicioso, y os dirá que siempre
 A su estéril afán huye impalpable.
 “¿Es todo, aquesto?” preguntaba César,
 Del poder en la cumbre fastidiado,
 Viendo a sus pies el Universo y Roma.
 Así con vano ardor el ambicioso,
 La tierra inunda en lágrimas y sangre,
 Y le avergüenza al fin su misma gloria;
 Porque gloria más alta y perdurable
 Ser el objeto espléndido, sublime
 De su inmortal espíritu debiera.

Mas aunque mil peligros y pesares
 Pérfida la ambición prodigue al hombre,
 Nadie del corazón puede arrancarla
 Do firme la plantó Naturaleza.
 Absurdo fuera el célebre consejo
 Que a Pirro dió el filósofo, pues antes
 Domar pudiera su valor el mundo,
 Que la grave razón su alma fogosa.
 Una constante actividad interna,
 Un elástico impulso al hombre agita
 Por distinción, en tronos y cabañas;
 Porque el señor y el siervo son iguales
 En inmortalidad, y el alma eterna
 Siempre ambiciona el oropel o el oro,
 La estimación mortal o la del cielo.

El insaciable afán del triste avaro
Ofrece igual irresistible prueba,
Cuando con privaciones prolongadas,
Sin escuchar de la razón el eco,
Aun en el borde mismo del sepulcro
Guarda tesoros, con errado instinto
Buscando eternidad sobre la tierra.

Mas la sensualidad embrutecida
Aunque se burla de futuros goces,
Y audaz promete al hombre fascinado
Convertir en Edén aqueste mundo,
Prueba no menos mi glorioso tema.
¿Por qué nuestro deleite máspreciado,
El goce del amor, que tan fogoso
Turba, embelesa, exalta los sentidos,
Siempre va del rubor acompañado,
Busca la grata sombra del misterio,
Y con el manto del pudor se cubre?
Este rubor, inspiración del cielo,
Nos anuncia que el hombre se degrada
Aun en el colmo de terrestre dicha;
Y aunque dormida la razón callase,
Aqueste solo instinto generoso
Nuestra inmortalidad revelaría.

Sí: la Inmortalidad explica sola
Del hombre los misterios, y sin ella
Son sus instintos pavoroso enigma,
Y sus virtudes miserable sueño.
Aun sus propios errores y delitos
Prueban su dignidad. Su sed eterna
De oro, deleites y brillante fama,
Dice que para objetos infinitos
Fué destinado. Sus pasiones fieras,
Para las cuales el visible mundo
Es estrecho teatro, le presagian
Existencia mejor, vuelo más noble,
Y acreditan sus títulos al cielo.

¡Detén aquí tu canto laborioso,
Musa de la verdad! La antorcha pura
De la razón, que tus humildes pasos
Ha dirigido, penetrar no puede

El velo de tiniebla misteriosa
Que el invisible mundo nos oculta,
Ni enseñarte sus gozos y dolores.
No al celestial Espíritu debiste
Inspiración profética. La muerte,
De lodo impuro desatando el alma,
Muy más allá del sol y las estrellas
La hará subir sobre las ígneas alas
De su inmortalidad, y el grande arcano
Revelará de su futura suerte.

Ed. 1832.

El Indicador de la Federación Mexicana, México, 1833, ◆.

Minerva, Toluca, No. 2, junio 1834, ◆.

En la edición de Toluca 1832, figura como apéndice, después del índice.

James Kennedy, en su libro *Modern Poets and Poetry of Spain*, Londres, 1852, dice que Heredia tradujo este poema del Libro Séptimo de los *Night Thoughts* del poeta inglés Edward Young (1681-1765).

PELEA DE GALLOS

(De Landívar)

Luego que empieza el gallo generoso
A erguir amenazando el áureo cuello,
A caminar con majestad y orgullo
Y a perseguir con amoroso anhelo
A sus esposas, el ardor insano
De bárbaro, letal y fútil juego
Le saca del corral, su dulce patria,
Y le sepulta en reducido encierro,
Do atado al pié con cuerda rigorosa,
Del combate feroz aguarda el tiempo.

El ave generosa en el principio
Se entristece: con largo y flébil eco
Gime tal vez, y los indignos lazos
Ansian romper sus débiles esfuerzos.
Pero después, acostumbrado el gallo
A la nueva mansión y al trato nuevo,
Con grave majestad se espacia altivo
Por su prisión, olvida el cautiverio,
Y saluda en cantares belicosos
La luz de Diana y el fulgor de Febo.
De su crestada frente, cual corona
Se alzan las puntas; un color sangriento
Cubre sus barbas; las doradas plumas
Visten espesas el erguido cuello,
Y acrecentada la flexible cola,
En arco airoso tiende su plumero,
Buscando la cabeza con su punta,
Y el espolón robusto descubriendo
Del gallo armado. Mas su alcaide impío
Barbas y cresta le mutila fiero,

Del espolón dejándole tan sólo
Una pequeña parte, donde luego
Breve, cortante espada le asegura,
Y liga el pié con vínculos estrechos.
Así al lucir el azaroso día
Del combate mortal, cada gallero
Suelta en la liza su campeón armado,
Que con minaz, provocador acento
A sus nobles rivales desafía.
De breve circo en el espacio interno
La arena está con sangre salpicada.
En derredor se elevan los asientos
De la gárrula turba que tan pronto
Con vasto grito aplaude al vencimiento
Como apuestas ruinosas multiplica
En ronca voz y discordantes ecos.

Cuando este insano vulgo clamoroso
Llena las tablas, de la arena al medio
Sacan dos soltadores a sus gallos
Armados con mortíferos aceros.
Al punto, de las aves belicosas
Enciende, abrasa los valientes pechos
Súbita rabia: sus cabezas arden,
Lanzan sus ojos devorante fuego,
Y al combate se aprestan, erizando
Las ígneas plumas del tendido cuello.
Mas antes se contemplan irritados,
En derredor la vista revolviendo
Examinan el campo de batalla,
Y cauto cada cual, los movimientos
Sigue de su contrario... Ved... ¡Ya lidian!
De interés y ansiedad hondo silencio
Reina doquier. Con repentino salto
En el aire se chocan, pecho a pecho
Fuerte se opone, y mezclan furibundos
Piés robustos a piés, hierros a hierros,
Sin que ninguno su furor deponga
Hasta que al adversario postre yerto,
Bajo el rigor de su terrible espada,
En el campo letal. Con tardo vuelo
Giran las plumas por el aire vago,
Y las entrañas del rasgado seno
Vierte aquél moribundo, anhela, expira,
Y sucumbe infeliz al hado acerbo.

Triunfa su vencedor: la insana turba
En torno aplaude con clamor inmenso,
Y él, agitando las doradas plumas
Que tornasolan su pintado pecho,
Celebra la magnífica victoria
Con faz erguida y sonoro acento.
Mas si cobarde el vencedor se asombra,
Al contemplar el palpitante cuerpo
De su enemigo, y vuelve las espaldas
Huyendo al espectáculo funesto,
Indignado el concurso le proscribte,
Le carga de baldón y vituperio,
Y la palma triunfal con vano aplauso
Obtiene al fin el generoso muerto.

Ed. de Ponce de León,
Nueva York, 1875.

Calendario de las Señoritas Mexicanas para el año de 1836,
dispuesto por Mariano Galván, ♦.

Es traducción libre de un fragmento del libro XV (*Los Juegos*) del poema *Rusticatio Mexicana*, escrito en latín por el sacerdote Rafael Landívar, natural de Guatemala (1731-1793).

LAS CHINAMPAS

(De Landívar)

De Céfire fugaz bella consorte,
Alma Flora, que reinas en los campos,
Cuando la primavera deliciosa
Les presta vida con aliento blando,
Y hace brotar en medio a la verdura
Rosas, adelfas, dalias y amarantos,
Díme, ¡oh Diosa! las causas y el origen
De las chinampas; monumento raro
Que a tu culto erigieron los aztecas
Sobre las aguas plácidas de Chalco,
Donde atónito mira el europeo
Móviles huertas y flotantes prados.

En la remota antigüedad oscura
Habitaban los indios mexicanos
De Texcoco y de Chalco las riberas,
Y con enorme afán dentro del lago
Fundaban sobre sólidos cimientos
A México soberbia, por los Hados
Designada metrópoli felice
Del continente norteamericano.

Cual por magia se alzaban de las olas
Torres y muros, templos y palacios;
Y por su industria, la nación azteca
De principios humildes creció tanto,
Que excitó los temores y la envidia
De su señor, el rey de Azcapozalco,
A quien pagaba mísero tributo.
¿Cuándo vieron gustosos los tiranos
El auge y la ventura de sus siervos?
Aquel odioso déspota inhumano,
Para buscar pretextos a la ira,
Mandó que los aztecas, sus vasallos,

Le cultivaran las movibles olas,
Alzando en ellas huertos regalados
De olientes flores y sabrosos frutos,
So pena de exterminio. Con espanto
Gimió el pueblo infeliz, y las matronas
Pálidas, el-cabello desatado,
Asordaban los templos de sus dioses
Con alaridos, confusión y llanto.

Empero, los varones más prudentes
De la nación azteca, los más sabios,
Discurren medio singular, seguro,
Para eludir el ominoso fallo.
Por el tumulto popular seguidos,
Penetran a los bosques inmediatos,
Y despojan sus árboles sombríos
De leves mimbres y flexibles ramos.
Unos recogen espadaña y juncia
En las húmedas márgenes del lago;
Otros en las chalupas y canoas
Depositán los haces ya formados,
Y otros, moviendo el remo vigoroso,
Tornan a la ciudad en curso raudo,
Y descargan allí. Por dondequiera
En incansable afán hierve el trabajo.
Con tanto material esteras tejen
De prolongada forma y gran tamaño;
A flotar en las aguas las arrojan;
Y precaviendo los azares varios
De las ondas y vientos procelosos,
Las atan a maderos enclavados
En el fondo limoso. Con anhelo
En los feraces y vecinos campos
Excavan otros las mejores tierras,
Y de ellas cargan sus ligeros barcos.
Así en enjambre denso las abejas,
Por bosques y praderas murmurando,
Solicitas recogen de las flores
Cera flexible, néctar delicado.
Luego, afanosos, con la rica hierba
Sus tendidas esteras cubren cautos,
Y en torno siembran húmedas semillas
De hortalizas y flores, que brotando
Con robusto vigor, presto las tornan
Fértiles, bellos y flotantes prados.

Cuando la gente azteca entre las olas
 Ve florecido su jardín extraño,
 Alegre lo remolca en sus chalupas,
 Y entre festivo general aplauso,
 Con música triunfal y alegres himnos,
 Le conduce al atónito tirano.
 Mas otros se reservan; y sus nietos,
 De su ingenio los frutos heredando,
 En nadantes jardines aún cultivan
 De Ceres y de Flora dones gratos.

Cuaderno manuscrito de copias
 de poesías de Heredia, que per-
 teneció al archivo de J. A. Escoto.

Calendario de las Señoritas Megicanas para el año de 1837,
 dispuesto por Mariano Galván, México, Impr. por Arévalo, p. 15
 y 16.

Es traducción libre de un fragmento del libro I (*Los Lagos Mexicanos*) del poema *Rusticatio Mexicana*, escrito en latín por el sacerdote Rafael Landívar, natural de Guatemala. Son originales de Heredia, entre otros, estos versos:

por los Hados
 Designada metrópoli felice
 Del continente norteamericano.

y

¿Cuándo vieron gustosos los tiranos
 el auge y la ventura de sus siervos?

DESESPERACIÓN

(De Lamartine)

Cuando el Creador, en hora infausta
Con soplo enérgico, fecundo,
Sacó del caos este mundo,
Disgustado su obra miró.

A los abismos del espacio
Lanzóla con pie desdeñoso,
Y apartando el rostro glorioso,
A su augusta calma tornó.

“Vé”, dijo; “a tu propia miseria,
Mientras durares, te consigno:
De mi amor o cólera indigno,
Eres cual nada para mí.
¡Que destino ciego te guíe
Por los yermos del éter vano!
Para que tengas soberanos,
Al infortunio te cedí.”

Cual se arroja sobre su presa
El gavilán enfurecido,
Lanza el monstruo largo gemido
De fiero júbilo en señal;
Y cayendo sobre este globo,
Con garra feroz le asegura,
Y desde aquel instante dura
Su imperio bárbaro y fatal.

Sorbe el mar hombres, y navíos,
 El volcán sus lavas enciende,
 O la tierra mísera hiende
 Terremoto devorador.

Lívida peste o hambre dura
 Tiende sus brazos descarnados,
 Y deja reinos asolados
 Con aliento devastador.

Del hombre los largos afanes
 Burla tal vez pérfido cielo,
 Y con ardor, granizo, y hielo,
 Destruye la pompa estival.

Bajo las flores halagüeñas
 Se abriga sierpe venenosa,
 Y entre verdura deliciosa
 Nos acecha fiebre mortal.

Libertad, verdad, y justicia
 Por doquier oprimidas lloran,
 Y al orbe mismo devoran
 Despotismo y superstición.

A vil error sacrificado
 Bebe Sócrates un veneno:
 Más allá, rasgando su seno,
 La esclavitud huye Catón.

El dolor y el crimen altivo
 Por doquier sus dardos asestan,
 Y con soplo de muerte infestan
 Los mundos físico y moral.

Regulador de aqueste caos,
 Poder oculto y misterioso,
 Si eres bueno cual poderoso,
 ¿Por qué lanzaste al mundo el mal?

¿Por qué crimen, cielo tirano,
 Del dolor me abriste la puerta?
 ¿Te pidió el sér la nada yerta
 O de tus manos le aceptó?

¿Nuestro llanto mísero bebes,
 O el clamor del hombre que gime
 Suena cual música sublime
 Al que tierra y cielo crió?

Para evitar males tan duros
Sólo un camino queda abierto:
El sepulcro será mi puerto
De tal borrasca en el furor.
¡ Muerte, recíbanme tus brazos...!
¡ Fútil esperanza la mía!
¿ En tus abismos, tumba fría,
No hay también eterno dolor?

Cuaderno manuscrito de copias
de poesías de Heredia, que perte-
neció al archivo de J. A. Escoto.

Recreo de las Familias, México, 1838, p. 241, ◆.

DIOS AL HOMBRE

(De Lamartine)

¡El hijo imbecil de la nada
Osa maldecir su existencia,
Y acusando mi providencia
Blasfema del bien y del mal!

Para penetrar mis arcanos
En afán estéril se agita,
Y rebelde, ciego, me cita
A su insolente tribunal.

A mil beneficios ingrato
Mis obras tu labio maldice,
Y porque bruto no te hice,
Te quejas de no ser un Dios.
¿Te consulté cuando mi acento
Pobló de luz el éter vano;
Cuando en su abismo el Oceano
Lanzóse rugiendo a mi voz?

¡Revelé mi sér a tus ojos
Cuanto permitió su flaqueza!
Viste en el cielo mi grandeza,
Viste en la tierra mi bondad.
El orden constante del mundo
Te descubre mi inteligencia,
La Natura mi providencia,
Y el espacio mi inmensidad.

Ese Sol, que ofusca tus ojos,
Sombra de mi fuego divino,
¿Tal vez me propuso el camino
Que en el éter le señalé?

¡Por ventura diré a la tierra
 Qué ley sus entrañas fecunda?
 Cuando el mar sus playas inunda,
 O las huye, ¿sabe por qué?

En los desiertos del vacío
 Sembré cual polvo las estrellas;
 De mi poder mira las huellas
 En la tierra, el cielo y el mar.

Por tus sentidos imperfectos
 Envuelto en tiniebla sombría,
 Del Universo la armonía
 Puedes apenas vislumbrar.

¡Mira doquier! Naturaleza
 Sigue su curso majestuosa
 Y jamás indaga curiosa
 Los designios de su Señor.

¡Tú, mortal, adórale! Guarda
 La lección final de la muerte,
 Y abandona humilde tu suerte
 A tu benéfico Hacedor.

Libre tu alma del barro impuro,
 Caerá de tus ojos el velo:
 Desde las alturas del cielo
 Más horizonte abarcarás.

Fuente serán de altas virtudes
 Los males que tanto deploras,
 Y verás lucir triunfadoras
 Mi justicia y tu libertad.

El infortunio pasajero
 Es crisol del alma escogida,
 Y convierte la frágil vida
 En gloriosa inmortalidad.

¡Hijo del polvo! te concedo
 Para ser justo, sólo un día:
 Mi suprema sabiduría
 Tiene ante sí la eternidad.

Cuaderno manuscrito de copias
 de poesías de Heredia, que perte-
 neció al archivo de J. A. Escoto.

A FLÉRIDA

(De Bocage)

Si es dulce ver en el glorioso estío
Ceñida el alba de purpúreas flores,
Y entre blancas arenas y verdores
Con manso curso deslizarse el río;

Si es dulce al inocente pecho mío
Atisbar de las aves los amores,
Cuando tiernas modulan sus ardores
En la plácida paz del bosque umbrío;

Si es dulce ver cual cobran estos prados
Fresco verdor en la estación florida,
Y al cielo y mar profundo serenados,

Más dulce es verte, Flérída querida,
Darme en tus negros ojos desmayados
Muerte de amor, más grata que la vida.

Cuaderno manuscrito de copias
de poesías de Heredia, que perte-
neció al archivo de J. A. Escoto.

Según dato que debemos a Rafael Esténger, este soneto es original del poeta portugués Bocage (Manoel María Barbosa Hedoís du Bocage, 1766-1805).

Véase el *Apéndice*.

EL PINO Y EL GRANADO

(De Aurelio Bertola)

—Te fué grata la suerte
Al dignarse ponerte
Bajo la sombra mía—,
Así altivo decía
Un elevado pino
A un humilde granado, su vecino.
—Por más que breme el huracán horrendo,
No tienes que temer; yo te defiendo.
—Cierto es —dijo el arbusto—; me protejes
Cuando tal vez el huracán se irrita;
Pero siempre tu sombra el sol me quita—.
Así, tal vez, un protector sublime,
Bajo apariencia de favor, oprime.

El Artista, La Habana,
t. I, No. 2, 20 agosto
1848, p. 25.

En esta revista apareció la poesía con un suelto de redacción titulado: *Traducción inédita de Heredia*.

Fué reproducida en el *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, 1850, p. 360, en forma idéntica a aquella con que apareció en *El Artista*, es decir, con el mismo suelto de redacción, y con el original italiano.

En la *Revista de Cuba*, La Habana, t. I, 1877, p. 343, se publicó, con esta nota, que revela que no se conocía en dicha revista la primera publicación, hecha por *El Artista*:

La presente composición, aunque publicada años ha en la Península, es inédita en Cuba, no encontrándose tampoco en las colecciones completas del cantor del Niágara.

Sobre las traducciones en general dijo Heredia, en su artículo *Poetas franceses modernos: Jacobo Delille*, publicado en *Miscelánea*, primera época, Tlalpam, t. II, núm. 5, enero de 1830:

El traductor que copia servilmente formas extranjeras, disfraz su idioma y su original, a quien no traduce, sino calumnia. El pintor que quiere hacer un retrato parecido toma la fisonomía: el que pretende expresar fielmente a un clásico, y conservar todos sus pensamientos, procure escribir como él habría escrito en aquella lengua, porque no deben traducirse las palabras, sino el genio.

Dato del archivo de E. Larrondo.

A P É N D I C E

Mucho nos complace poder completar esta edición con un hallazgo de gran importancia dentro de la bibliografía herediana. El Dr. Francisco González del Valle, el eminente erudito cubano cuya decisiva contribución a esta obra ya hemos señalado, al examinar una parte de la papelería del nutrido archivo del ilustre investigador matancero José Augusto Escoto, que se conserva en la Biblioteca Nacional, encontró una copia del poema *Imistona*, de Osián, traducido por Heredia, y del que sólo se tenía conocimiento por una carta del poeta a su tío Ignacio, de 1824. Que sepamos, esta traducción ha permanecido inédita hasta ahora.

Además encontró el Dr. González del Valle otras composiciones entre esos papeles heredianos: *Las Postrimerías* y la primera versión del poema *A los mexicanos en 1829*. Luego nuestra compañera Sra. Raquel Catalá, por indicación del Dr. González del Valle, comprobó la existencia de otros poemas desconocidos: *La Religión* —distinto del que aparece entre las *Poesías Filosóficas e Históricas*—, y *A la melancolía*, que no es la traducción de la composición del mismo título de Arnault que también se incluye en este volumen. Además halló las que parecen ser primeras versiones de los sonetos *La mañana* y *A Flérida*, este último con el título de *Encarecimiento*.

Por haberse producido este hallazgo valiosísimo cuando ya estaba dispuesto el volumen para la impresión, incluimos esas composiciones seguidamente, sin orden cronológico alguno, por carecerse de otros datos sobre las mismas —a excepción de *La Guerra de Imistona* que ya hemos citado. Por esa misma razón ignoramos si las otras poesías aquí incluídas son originales de Heredia o traducciones de otros poetas; particular éste que dejamos para su comprobación a ulteriores investigaciones.

E. R. L.

LA GUERRA DE IMISTONA

(De Osián)

ARGUMENTO

Reflexiones del poeta sobre su pasada juventud. Oscar pide y obtiene de Fingal el mando de la expedición a Imistona, isla de Escandinavia. Su rey Anira cuenta la triste historia de sus hijos Argonte y Rura. Oscar vengó su muerte, y vuelve triunfante a Selma. Soliloquio final del poeta.

La juventud pasada se asemeja
 Del cazador al sueño sobre el monte.
 Del sol entre los rayos se adormece,
 Y luego se despierta entre las sombras
 De áspera tempestad: vuelan en torno
 Los ardientes relámpagos, y al viento
 Sus cabezas los árboles sacuden.
 Vuelve la vista atrás, busca los rayos
 Del sol ya oscuro, y los amables sueños
 De su dulce descanso. Osián, ¿y cuándo
 Verás volver tu juventud? ¿Y cuándo
 Volverán a gozarse tus oídos
 En el son de las armas? ¿Cuándo el rostro
 Podré mirarme en el brillante acero
 Como un tiempo mi Oscar? Con vuestras fuentes
 Venid, collados de la dulce Cona,
 Y a mi voz atended. Ardiendo el canto
 Como el brillante sol en mi alma sube,
 Y de los otros tiempos la alegría
 Llena mi corazón estremecido.
 Veo tus torres ¡oh Selma!, veo los robles
 De tu umbrosa muralla; tus torrentes
 En mi oído resuenan, y tus héroes
 Se me apiñan en torno. En medio de ellos

Fingal se sienta; apóyase al escudo
 De su abuelo Trenmor; su lanza yace
 Reclinada en el muro, y él atiende
 Al canto de los bardos, y se goza
 Al escuchar sus glorias juveniles.
 Oscar que, vuelto de la caza, oyera
 Los elogios del héroe, y el escudo
 Tomó de Brano, que colgado estaba.
 Llenáronse de lágrimas sus ojos,
 Inflamadas ardieron sus mejillas,
 Y temblaba su voz. Mi fuerte lanza
 En la mano de mi hijo sacudía
 Su punta centellante. De este modo
 Habló al rey de Morvén:

Fingal, rey de héroes,

Y tú, Osián, en las lides su segundo,
 En vuestra juventud habéis lidiado,
 Y en el canto resuenan vuestros nombres.
 Oscar, cual niebla pálida de Cona,
 Se alza, y desaparece: el bardo antiguo
 Ignorará mi nombre, y en el llano
 El cazador no buscará mi tumba.
 Dejadme combatir, héroes ilustres,
 De Imistona en las lides. Apartada
 Es de mi lid la tierra. De este modo,
 No escucharéis la fúnebre noticia
 De la rota de Oscar. Allí postrado
 Hallaráme algún bardo, y sus canciones
 Dirán mi nombre: la extranjera virgen
 Verá mi tumba, y llorará piadosa
 La desdicha del joven que viniera
 De lejana región. En el convite
 Dirán los bardos: “Escuchad el canto
 De Oscar que vino de apartada tierra”.

Oscar —le dice el rey—, hijo de fama,
 Combatirás. Prepárese mi nave,
 Y a Imistona transporte a mi guerrero.
 Hijo de mi hijo, atiende a nuestra fama.
 Piensa que naces de gloriosa estirpe.
 No permitas que digan insolentes
 Los hijos extranjeros: “¡Cuál son flacos
 Los hijos de Morvén!” Sé en la batalla
 Como tormenta mugidora, y suave,
 Como el sol de la tarde en paz tranquila.

Oscar, al rey doliente de Imistona
 Dí que Fingal su juventud recuerda,
 Y cuando vimos juntos el combate
 En el tiempo feliz de Aganadeca.

Levantaron la vela resonante;
 El viento entre sus mástiles silbaba;
 Azotaban las ondas por doquiera
 Los musgosos peñascos, y rugía
 Del Océano la fuerza. Vió mi hijo
 Desde las ondas la selvosa tierra.
 De Runa en la bahía resonante
 Entró con su bajel, y envió su espada
 Al valeroso Aniro. Conmovióse
 El adalid encanecido, viendo
 La espada de Fingal. Amargo llanto
 Trajo a sus tristes ojos la memoria
 De su guerrera juventud. Dos veces
 Levantó con Fingal nudosa lanza,
 De Aganadeca bella en la presencia.
 Y los guerreros lejos se pararon,
 Creyendo ver de espíritus nocturnos
 La tormentosa lid sobre los vientos.
 —Mas hoy —reclamó Aniro—, soy anciano,
 Y cuelga en el salón mi espada inútil.
 Oye, hijo de Morvén, oye mis quejas.
 Aniro vió en su tiempo, de las lanzas
 La batalla feroz, mas ¡ay! ahora
 Triste, marchito y pálido se mira
 Como de Lano el roble. No tengo hijo
 Que se parta gozoso en busca tuya,
 Y te conduzca a las paternas salas.
 Pálido Argonte en el sepulcro yace,
 Y Ruro ya no existe. Mi hija ingrata,
 Del extranjero en la mansión habita,
 Y ánsia por ver mi tumba. Diez mil lanzas
 Rige su esposo, y viene furibundo,
 Cual mortífera nube de su Lano.
 Llega, hijo digno de Morvén, y goza
 El banquete de Aniro.

Por tres días
 Se festejaron; y en el cuarto, Aniro
 Oyó de Oscar el nombre. Persiguieron
 Los jabalíes de Runa, y descansaron
 Junto a una fuente de musgosas piedras.

En secreto las lágrimas corrían
De los ojos de Aniro, y en su pecho
El suspiro naciente sofocaba:
—Aquí yacen —exclama— oscurecidos,
De mi lozana edad los hijos fuertes.
Esta piedra de Ruro es el sepulcro,
Y aquel árbol se agita resonando
Sobre el de Argonte. ¿En vuestra casa estrecha,
Ya no escucháis mi voz, hijos amados?
¿O me habláis en el lúgubre sonido
De ese árbol solitario que murmura
Al soplo de los vientos del desierto?
—Rey de Imistona —dijo Oscar— ¿y cómo
Percieron los jóvenes? Hoy corre
El fiero jabalí sobre sus tumbas,
Sin perturbar el sueño de que gozan.
A los ciervos fantásticos persiguen
Tendiendo arcos aéreos. Todavía
Sus pasatiempos juveniles aman,
Y en el viento cabalgan venturosos.
—Cormal—respondió el Rey—, de diez mil lanzas
Es el caudillo, y junto al Lano habita,
Que vapores mortíferos exhala.
Vino a Runa, y osado pretendía
De la lanza el honor. Se alzaba el joven
Bello y amable, cual del sol naciente
El primer esplendor; pocos podían
En la lid oponérsele. Mis héroes
Cedieron a Cormal, y de mi hija
Prendió su amor en el incauto seno.
Volvieron de la caza Argonte y Ruro,
Y lloraban de orgullo. Silenciosos
Los indignados ojos revolvían
A los héroes de Runa, que la palma
A extranjero campeón cedido habían.
Tres días con la concha sonora
A Cormal obsequiaron, y en el cuarto
Mi Argonte combatió... ¿Quién luchar pudo
Con Argonte?... Cormal quedó vencido.
Hinchó su pecho el humillado orgullo,
Y resolvió la muerte de mis hijos.
Estos, de Runa en los alzados montes,
A los padres venados perseguían.
La flecha de Cormal voló en secreto,
Y cayeron envueltos en su sangre.

Mas él vino a la virgen de Imistona,
La virgen de su amor. Ambos huyeron
Por el desierto. Aniro quedó solo.
Bajó la noche, levantóse el día,
Sin que la voz de Argonte o la de Ruro
Se escucharan sonar. Al fin parece
El ligero Runar, su perro amado.
Entró en la sala con funesto aullido.
Y con los ojos señalar quería
El lugar de su muerte. Le seguimos,
Y los yertos cadáveres hallamos.
De este arroyo musgoso en las orillas,
Los sepultamos. ¡Ay! aquí se acoge
El infeliz Aniro, cuando acaba
De los ciervos la caza: aquí me inclino
Cual decrepito roble, y de mis ojos
Amargo llanto sin cesar descende.
—Ronan, Ogar valiente, rey de lanzas,
—Gritó alzándose Oscar— llamad al punto
A mis ilustres héroes, a los hijos
De la undosa Morvén. En este día
Vamos de Lano a la funesta orilla
Que vapores mortíferos exhala.
No impune reirá sobre su crimen
El villano Cormal: de nuestras armas
Yace la muerte en las agudas puntas.

A la extensión inmensa del desierto
Bajaron, como nubes tempestuosas
Que en el llano los vientos precipitan
De funestos relámpagos orladas.
Prevén los bosques la borrasca, y tiemblan.
Suena de Oscar el belicoso cuerno,
Revuelve el Lano sus oscuras ondas,
Y los hijos del lago se reúnen
En derredor del resonante escudo
De su jefe Cormal. Peleó mi hijo
Como siempre lidiaba, y abatido
Cayó Cormal bajo su fuerte espada.
Y los hijos del Lano pavoroso
A sus cuevas huyeron. Oscar trajo
A la hija de Imistona a los salones
Yermos de Aniro. Centelló de gozo
Su noble anciana faz, y agradecido
Bendijo al joven, rey de las espadas.

¡Cuál fué tu gozo, Osián, cuando miraste
 Venir blanqueando la distante vela
 De tu hijo vencedor, bien como nube
 Que en el oriente se alza luminosa,
 Cuando en una región desconocida
 Se entristece el viajero, y noche horrible
 Con todos sus espantos le rodea!
 Llevámosle de Selma a los salones
 En medio de los cánticos. La fiesta
 Dió Fingal de las conchas, y mil bardos
 Ensalzaron de Oscar el bello nombre,
 Y respondió Morvén con largos ecos.
 Allí se hallaba de Toscar la hija,
 Y era su voz como arpa que en la tarde
 De suavísima brisa en el murmullo,
 El son lejano y delicioso envía.
 Vosotros que escucháis, y venturosos
 Aún veis la luz, llevadme a alguna peña
 De mis collados, circundada en torno
 De avellanos umbrosos, y no lejos
 De la encina sonante. Ver deseo
 De mi sueño el lugar, y en él se escuche
 Lejos bramar el férvido torrente.
 Hija del gran Toscar, el arpa toma;
 Entóname de Sélma el bello canto,
 Para que entre placer yo me adormezca,
 Y de mi juventud tornen los sueños,
 Y de Fingal magnánimo los días...!

.
 Veo tus árboles, Selma, veo tus torres,
 Tu sombrosa muralla, y a los héroes
 De Morvén; oigo el canto de los bardos.
 Oscar levanta de Cormal la espada;
 Mil jóvenes la observan; asombrados
 Miran a mi hijo, y de su brazo admiran
 La fuerza vencedora: ven el gozo
 Que centella en los ojos de su padre,
 Y gloria semejante se desean.
 ¡Y gloria gozaréis, valientes hijos,
 De la undosa Morvén! ¡Cuánto ilumina
 Mi alma el canto! Recuerdo a los amigos
 De mi esforzada juventud guerrera.
 Mas del arpa dulcísima al sonido
 A mí baja el sopor, y gratos sueños

Comienzan a elevarse. Cazadores,
Permaneced lejanos; mi reposo
No perturbéis. El bardo de otros tiempos
Ahora feliz conversa con sus padres,
Con los jefes antiguos... ¡Cazadores,
Permaneced lejanos de este sitio:
No perturbéis de Osián los blandos sueños!

LAS POSTRIMERÍAS

...estalle del Cielo

*Y los soles apague en negra umbría.
En son horrendo derrumbado el suelo,
Ruede al abismo...*

I

No las funestas glorias mundanales
Del Corso audaz en la oprimida Italia.
Ni en los germanos campos, ni en Moscovia,
Mi lira sonará. No blandas quejas
Del esquivo desdén, o amargos celos
He de cantar en dulce caramillo.

Ardua y sublime idea,
De profético numen poseído,
Severa hará sonar la augusta trompa
Del Genio del Tabor.

¡Sagrada Musa!
Ven a inspirar mi pecho, y a mi mente
Inflámala de Dios... La ruina canto
Del mundo y de su gloria,*
Cual cantara el Profeta
El estrago de Sión y su memoria.

II

En descuidada paz y largo olvido
De Dios y la virtud, ingrato el hombre
En el impuro y pestilente seno
Del vil placer se embriagará lisiado,
Gozando en el pecado.
Mas súbito oirán
Sonar la fatal hora.

De negra oscuridad al claro cielo
 Inmensas sombras présagas volando,
 Envolverán su luz, y en ciega noche
 El Universo entero sumergido,
 Yacerá confundido.
 Cual si a la pesadumbre de alto templo,
 Que el suelo abrumba, el artesón sublime
 Se rinde ya vencido,
 Con fragoroso estruendo derribado,
 Que el eco lastimado
 En el remoto bosque sordo gime:
 Así lejano trueno vagaroso,
 Con ruido pavoroso
 Discurrirá por la anchurosa esfera.
 Y sorprendido y conturbado el viento
 De un polo al otro polo circulando,
 Resonará en la tierra amedrentada
 Su ruina acelerada.

III

El Orbe entonces a tan funesto agüero
 Retemblará: los ejes diamantinos,
 Rota ya su armonía,
 Arrastrarán en descompuestos giros
 Aureos Andes y broncos Apeninos.
 El mar se incendiará; sólo sus llamas
 Alumbrarán la tierra oscurecida
 De profunda tiniebla,
 Con tenebrosa luz amortecida:
 Como si en negra noche espesa selva,
 Convertida en hoguera,
 Su fulgor derramara
 Por la adormida y lóbrega pradera.

IV

Verán luego el cráter del abismo
 Con espantables vórtices bramando,
 La tierra amenazar. En su agonía
 Verterán los espíritus celestes
 Las siete aciagas copas irritadas
 De la encendida cólera divina.

Y los enfermos pueblos extenuados
 Por la culpa liviana y torpe vida,
 Se matarán ardiendo en ciego encono
 De frenéticas furias poseídos.
 Las macilentas madres moribundas
 Ahiladas de la muerte en la congoja,
 Levantarán al Cielo sus plegarias
 Con desmayado aliento; y sorprendidas
 Al oír en su seno enamorado
 El agudo quejido
 Del fruto aún no nacido,
 Que maldice su ruego tribulado;
 Las entrañas de amor, con furia impía
 Rasgarán, erizadas de horror tanto
 Con helado terror y fuerte espanto.

V

Y en tan tétrica escena confundidas
 Las razas de la tierra, a las montañas
 Correrán en tropel desalumbradas
 Con engañosa idea,
 Buscando entre las grutas cavernosas
 De las sangrientas fieras alimañas
 Contra el celeste amago
 Un mal seguro asilo al cierto estrago.
 Y el tigre fugitivo,
 De un súbito temor espeluzado,
 También de la honda cueva
 En el desierto alcázar de los reyes
 Entrará con aullidos que retumben
 Por las marmóreas bóvedas excelsas,
 Y bajo el regio trono abandonado
 Se acogerá confuso, acobardado.

VI

¡Oh cuánto allí de duelo y de ruina
 A los mortales ojos pavoridos
 Se ofrecerá en un punto!
 Los vendabales fieros desatados
 De las cimas selvosas de los montes,

En sañuda pelea contrastados
 Formarán mugidores remolinos
 Que arrasarán los pueblos y naciones
 Cual leve arista a su pujante soplo

.....
 ¡Ay! nuestro triste y lamentable mundo,
 Sus ricas vegas, sus risueños valles,
 El monte excelso, el peñascal profundo,
 Y la ciudad del Sena, que en sus calles
 Del arte los prodigios nos presenta,
 Y Londres opulenta,
 Y la regenerada Tenoxtitlan,
 Todas... ¡Llorad, futuros!... Todas—cierto—
 En confusión tremenda amontonadas,
 Serán ¡ay! para siempre aniquiladas.

VII

Mas ¿qué rumor en la mansión suprema
 Entonces se oirá? ¡Cuál desgajado
 De vivo fuego universal diluvio
 Precederá al Arcángel, revestido
 De augusta majestad! Terrible anuncio
 De la postrer sentencia de los siglos,
 Que en el tremendo juicio irrevocable
 Pronunciará Jehovah. Ya la trompeta
 Por los aires atruena, y estremece
 Al arruinado mundo.
 ¿A quién tan grande voz de alta justicia
 No helará el corazón? El casco fuerte
 Y la acerada cota del guerrero
 Temblará a su sonido.

VIII

¡Cuál será ver entonces a la muerte
 Con descarnada faz, a la demanda
 Del Precursor divino, sus despojos
 Al punto deponer, y reanimados
 Resucitar los hombres tribulados!
 ¡Oh espectáculo odioso a los impíos,
 Y de placer y gloria para el justo!

La tierra y mar preñados de esqueletos,
 ¡Cuál en abiertas tumbas convertidas,
 Ejércitos de gentes y naciones
 Arrojarán de su profundo seno!
 ¡Y cómo allí andarán desacertados
 Y faltos de consejo y de reposo,
 Puesto en terror el ánimo culpable,
 Los que en oro y en púrpura vestidos,
 Las frentes coronadas
 De fulgentes diademas,
 Armados de su cetro y de su orgullo,
 Con atroz tiranía,
 La humanidad hollaron a porfía!
 Pálidos, desgrefñados, por las ruinas
 De las grandes ciudades, donde un tiempo
 Sus crímenes horrendos perpetraron,
 Vagarán cual espectros, aturdidos,
 La vista desinquieta, conturbada,
 Del roedor delito;
 Y escuálidos y hediondos,
 De sus sombras huirán despavoridos.
 En vano implorarán al alto cielo
 La negada clemencia a sus maldades.
 Ya nadie les oirá, que abandonados
 La salvación perdieron para siempre.
 Sus conciencias tremendas,
 En hidras ponzoñosas convertidas,
 Destrozarán sangrientas
 Sus coronadas frentes opresoras,
 Saciándose sedientas
 En sus duras entrañas pecadoras.

IX

Y ¡cuán de otra manera en esta hora
 Se encontrarán los cuerpos de los justos
 En el gran Josafat! ¡Oh! ¡Cuán hermosos,
 De las tumbas saldrán resplandecientes
 De blanca y pura luz, cual suele alzarse
 Entre cándido albor, en la mañana
 El sol sereno en el rosado oriente!

Sus almas venturosas, a los cielos
Ansiarán por volar: enajenados
De un inefable y celestial deleite
Sus rostros bañarán de dulce llanto,
Y en acordados coros, tiernos himnos
Darán gloria a Sabaoth. Y al punto mismo
Se le verá bajar, a los acentos

De fervor y alegría

Del elegido bando—, no a ofrecerse
Sobre el Gólgota, víctima ordenada
A redimir con afrentosa muerte
El humano linaje—, no al escarnio
Ni al duro insulto y torpe tratamiento

Del hombre injusto y ciego.

Pasó la redención, y fué del Padre
La inescrutable mente ya cumplida
En el Sagrado Verbo. Hora terrible,
Armado de la Cruz, ceñido en fuego
Que reverbera lumbre irresistible,

Por la confusa esfera,

Los aires se abrirán, rugirá el trueno,
Bajo su diva planta encadenado

Y embebido en su gloria

El mundo mirará con rostro airado.
Bajará a Josafat, y la infiel gente
Se postrará en el polvo consternada,
Al desplegar su labio omnipotente:
“Mi diestra es la salud: venid los justos,
Y en mi reino gozad ventura eterna,
Que el dolor y el quebranto en ese suelo
Os dió mi salvación, os dió mi cielo.
Yo a vuestro umbral llegué desfallecido,
Roto, aquejado de hambre y solitario,
En medio a la opulencia de los hombres;
Y vuestros corazones, inflamados
De ardiente caridad;
Mi miseria aliviasteis compasivos
Y el agudo pesar que me oprimía”.
Dirá el Señor con el divino acento
Con que en Edén habló la vez primera,
Y el grato hablar, de celestial contento
Conmoverá la esfera.

X

Y ardiendo en ira luego, al otro bando
“Y vosotros —dirá—, ¡oh espúrea raza,
Hijos de maldición, id al Averno.
Todos me maltratásteis, y crueles
A mis ruegos volvísteis bronca espalda,
Y en triste soledad desamparado,
Lancé de mi penar la amarga vida,
De vosotros ¡perversos! despreciado”.

XI

Y después separada
Será la blanca oveja del cabrío,
Y de la negra estancia del espanto
Saltará Lucifer con gozo impío:
Y el infernal pendón ¡ay! descogiendo
Con que sedujo al mundo y movió guerra
Al estandarte de la cruz divina,
Arrastrará su hueste mancillada
Con feroz alegría
A la sinuosa y lóbrega caverna
Do resuenan los ecos espantados
De su confusa y ronca vocería

.

LA RELIGIÓN

Hoy en mis versos la razón conduce
Los hombres a la fe. La razón misma
Su luz llevando ante mi faz, me alienta
A que busque mi apoyo verdadero
Me enseña a conocerlo, y me hace amarlo.

Hombres incorregibles, falsos sabios
Suspended un momento ese desprecio
Con que fingís mirarme. En todas cosas
Decíd que la razón debe guiarnos.
Presidir la veréis mis pasos todos,
La veréis sujetarme en este día
A la divina luz que ajáis osados,
Y a todos convidar a que la abracen.
Pues tanto la apreciáis, dignaos oirla.

Vosotras, almas que del yugo santo
Llegáis a conocer el precio todo,
Advertid que también para vosotras
Se escriben estos versos. Aquel hombre
A quien deslumbra la grandeza vana,
Sus títulos antiguos de nobleza,
Mil y mil veces con placer repasa.
Así el cristiano fiel y verdadero
Con ardor busca de su fe las pruebas,
Que son de su grandeza los diplomas,
Dulce tesoro, que de un alma atenta
A su bien, más ardiente el amor hace,
Y más constante y viva la esperanza.
¿Quién será de nosotros el que nunca
Haya titubeado? Aun el Profeta
Se miró con frecuencia conmovido:
No hay en la tierra luz libre de sombras,

Y Dios tan sólo se nos muestra en ella
 Bajo un velo sombrío. La columna
 Que luce en un desierto tan horrible
 Suele volver el lado tenebroso.
 ¡Ojalá puedan mis felices cantos
 Consolando a los fieles en sus penas,
 Confundir los rebeldes obstinados!

Sí: es un Dios encubierto el que ha de creerse;
 Pero aunque está encubierto y no le vemos,
 ¡Cuántos testigos fuertes y grandiosos
 Advierto en mi presencia reünidos
 Para mostrarme su poder y gloria!
 Decid, cielos y mares. Habla, oh tierra.
 Estrellas, muchedumbre innumerable,
 ¿Qué brazo puede en alto suspenderos?
 ¿Quién tus velos te dió, noche brillante?
 ¡Cuánta grandeza y majestad, oh cielos!
 Un Señor en vosotros reconozco,
 A quien cosa ninguna habéis costado,
 Y que sembró la luz en los desiertos,
 Como siembre de polvo nuestros campos.
 Luminar admirable, a quien anuncia
 En su venida la rosada aurora,
 Astro por siempre el mismo, y siempre nuevo:
 ¿Por qué orden vienes de la mar undosa
 Oh Sol, a darnos de tu luz los rayos?
 Te espero cada día, y vuelves siempre.
 ¿Seré yo por ventura quien te llama,
 Y quien arregla tu perpetuo curso?

Y tú, horrible mar, que en tus furores
 Amenazas tragar la tierra toda,
 Dí: ¿cuál mano en tu lecho te detiene?
 Por forzar tu prisión haces esfuerzos
 Que vanos son: la rabia de tus olas
 Nunca de tus orillas ha pasado.
 Haz sentir tu venganza a aquellos hombres
 Que buscan avarientos su suplicio
 En tu pérfido seno. ¿Cuándo miran
 Próxima ya la pavorosa muerte,
 Te dirigen sus lágrimas y votos?
 Al alto cielo miran, que es la sola
 Esperanza y socorro de los tristes.

Natura, que habla en el peligro extremo,
 Alzar les hace las medrosas manos
 Al asilo supremo. Este homenaje
 Rinden todos los hombres espantados
 Al Dios omnipotente y justiciero
 Que olvidado tuvieron hasta entonces.

La voz del Universo me recuerda
 A aquece Dios. La tierra lo publica.
 ¿Seré yo por ventura —así me dice—
 La que produzco mis adornos ricos?
 Nó, nó: es aquel cuya potente mano
 Puso mis fundamentos. Si yo sirvo
 A tus necesidades, es tan sólo
 Porque él me lo ha ordenado. Los presentes
 Que a mí me hace, para tí son dados.
 Me adorno con las flores que despide
 Su mano liberal: con sólo abrirla
 Colma mi seno de riquezas grandes.

CANTO I

Del esposo más bárbaro es querida
 La tierna esposa, y a sus hijos ama,
 Y respeta a su padre. La Natura
 Nunca en nosotros sus derechos pierde.

CANTO V

Desde la orilla del famoso Ganges
 Viniesen elocuentes talaxinos;
 Si arrastrados del celo fervoroso
 Que arrastra a los cristianos a su clima,
 Cargados de riquísimas arengas,
 Su Sommonokodón a predicarnos;
 O que austeros desvises, misioneros
 A la sana razón menos contrarios,
 Viniesen con palabras fulminantes
 Y por mandato de su gran profeta,
 Su *creencia verdadera* a proponernos,
 ¿A muchos corazones ganarían?

A LA MELANCOLÍA

Fuentes, colinas
Gozar ansiaba:
Ya satisfizo
Mi anhelo Dios.
Ni aquesta fuente
Ni aquel otero
Salvar mi planta
Quiere veloz.

¿Qué son honores?
¿Qué la riqueza?
Prendas mejores
Me brindará
Un alma pura
Que fiel estima
A la Natura
Y a la Verdad.

Nada en mí puede
Varia fortuna:
Pintado el cielo
Siempre estará.
De nuevas flores
Aqueste prado
El anual curso
Coronará.

Melancolía,
Ninfa modesta,
La vida mía
Consagro a tí.
El que insensato
Huye tus goces,
Tu culto grato
Reserva a mí.

Ya bajo un árbol
Tu rostro velas
Al vivo rayo
De puro sol;
Ya pensativa
Fijas los ojos
En arroyuelo
Murmurador.

O ya te plazca
La blanca luna
Luego que nazca,
Tierna mirar,
Cuando en el seno
Vierte la noche
puro y sereno
Al meditar;

No en adelante
Vagarás sola:
Tus lentos pasos
Yo seguiré.
Bello es tu manto:
De tus cabellos
Grato el desorden
Para mí es.

Más que el peinado
Y manto rosa
De la gran diosa
Madre de Amor,
Y al mirar suave
De ella, prefiero
Tu aspecto grave,
Meditador.

A mí benigna
Tus castos ojos
Vuelve modesta,
Ninfa gentil.
Oye mis votos,
Mi canto acepta,
Y en tu almo seno
Seré feliz.

La mañana, el soneto que aparece al final de las *Poesías amorosas* del primer volumen de esta edición, está copiado como sigue en el Archivo de Escoto, por lo que probablemente sea su primera versión:

LA MAÑANA

Ya las estrellas van amortiguando
Su trémulo esplendor. La fresca aurora
En las aves despierta voz canora
Y en oriente serena va rayando.

Con reflejos purpúreos anunciando
Al ya próximo sol, las nubes dora,
Que en rocío disueltas, van ahora
La verde yerba y flores argentando

Ven, mañana gentil: la sombra fría
Disipen tus albores, y de Elpino
El triste pecho colma de alegría,

Pues a pesar de bárbaro destino,
Más bella luz darále aqueste día
De dos ojuelos el fulgor divino.

A continuación transcribimos el fragmento de la que parece ser la primera versión de *A los mexicanos en 1829*, poesía que aparece entre las cívicas y revolucionarias del presente volumen (p. 112):

No más tiempo sufráis las torpes huellas
 Que en vuestras frentes de opresión imprime,
 Y eterna infamia y deshonor con ellas.
 No defraudéis de su esperanza al mundo
 Que os mira y de vosotros aguardaba
 Lecciones grandes de virtud y gloria.
 Escuchad los clamores lamentables
 Que lanza en su dolor la edad futura
 Y otra y otra también que entre amargura
 Gemirán so la bárbara cadena
 Si viles la sufrís, y a vuestros hijos,
 Con torpe diligencia
 Dejáis cobardes la funesta herencia.
 ¿Por qué tanto temor? ¿No es el tirano
 Cual vosotros mortal? ¿O se ha extinguido
 La raza de los fuertes belicosa
 Que lidiando animosa
 Os arrancó de la española mano?

¿Por qué no truena enfurecida ahora
 La voz de los valientes libradores?
 Truene, truene por fin: ella os despierte
 Del letargo de muerte
 En que yacéis... ¿Oís? Ya por los aires
 Resuenan los clamores y gemidos
 De guerreros sin cuento
 Que por vosotros con ardor lidiaron
 Y muerte fué su galardón sangriento.
 Escuchad cómo claman
 Con vigoroso grito,
 Y a vida y gloria y libertad os llaman.

¡Mexicanós, alzad! No desmayados,
 En desaliento indigno y vergonzoso
 Deíéis perder el don alto y precioso
 Que con mano sangrienta os ofrecimos,
 Cuando para adquirirlo en los combates,
 Al seno de la muerte descendimos.

¡Por siempre libertad! ¡Ay! ¡Por ventura
 Serenos dejaréis que nuestro verdugo
 El que insolente se ostentó, derribe
 Su sacrosanto altar, su altar querido,
 Sobre nuestros cadáveres alzado.
 En tanta sangre y lágrimas bañado,
 Con tantos sacrificios adquirido?
 Nó, nó, cercadlo en torno,
 Y el juramento espléndido y sublime
 De perecer con gloria o de ser libre,
 Allí prestad, y en letras de diamante
 En el ara escribir, ¡oh mexicanos!:
¡Odio inmortal y muerte a los tiranos!
 Sí, escribidlo, y juradlo, y encendidos
 A la liza volad; los fuertes brazos
 Revuelvan las espadas fulminantes,
 Contra el tirano impío,
 Y él tiemble a su brillar, etc.

Entre las imitaciones y traducciones que se incluyen en este volumen, aparece el soneto *A Flérida*, de Bocage (p. 409). Seguramente ésta que transcribimos a continuación es la primera versión del mismo, con distinto título:

ENCARECIMIENTO

Si es grato ver en el fogoso estío
 Ceñida el alba de purpúreas flores,
 Y entre guijas, arenas y verdores
 Con sesgo curso deslizarse el río;

Si es grato al inocente pecho mío
 Escuchar a los pájaros cantores,
 Cuando tiernos modulan sus amores
 En la dichosa paz del bosque umbrío;

Si es grato ver cuál cobran estos prados
 Vital frescor en la estación florida,
 Y al cielo y mar profundo serenados:

Más grato es verte, Flérida querida,
 Darme en tus negros ojos desmayados
 Muerte de amor, más dulce que la vida.

JUICIOS DE MARTÍ
SOBRE HEREDIA

I

Artículo publicado en *El Economista Americano*,
Nueva York, julio de 1888.

No por ser compatriota nuestro un poeta lo hemos de poner por sobre todos los demás; ni lo hemos de deprimir, desagradecidos o envidiosos, por el pecado de nacer en nuestra patria. Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos. Ni se ha de adorar ídolos, ni de descabezar estatuas. Pero nuestro Heredia no tiene que temer del tiempo: su poesía perdura, grandiosa y eminente, entre los defectos que le puso su época y las imitaciones con que se adiestraba la mano, como aquellas pirámides antiguas que imperan en la divina soledad, irguiendo sobre el polvo del amasijo desmoronado sus piedras colosales. Y aun cuando se negase al poeta, puesto que el negar parece ser el placer más grato al hombre, las dotes maravillosas por que, después de una crítica austera, asegura su puesto en las cumbres humanas, ¿quién resiste al encanto de aquella vida atormentada y épica, donde supieron conciliarse la pasión y la virtud, anheloso de niño, héroe de adolescente, pronto a hacer del mar caballo, para ir “armado de hierro y venganza” a morir por la libertad en un féretro glorioso, llorado por las bellas, y muerto al fin de frío de alma, en brazos de amigos extranjeros, sedientos los labios, despedazado el corazón, bañado de lágrimas el rostro, tendiendo en vano los brazos a la patria? ¡Mucho han de perdonar los que en ella pueden vivir a los que saben morir sin ella!

Ya desde la niñez preciosísima lo turbaba la ambición de igualarse con los poetas y los héroes: por cartilla tuvo a Homero; por gramática a Montesquieu; por maestro a su padre; por dama a la hermosura, y por sobre todo, el juicio; mas no aquel que consiste en ordenar las pasiones cautamente y practicar la virtud en cuanto no estorbe a los goces de la vida, sino aquel otro que no lo parece, por serlo sumo, y es el de dar libre empleo a las fuerzas del alma —que con ser como son ya traen impuesto el deber de ejercitarse—, y saber a la vez echarlas al viento como halcones, y enfrenarlas luego. No le pareció, al leer a Plutarco

en latín, que cuando había en una tierra hecha para la felicidad esclavos azotados y amos impíos, estuviese aún completo el libro de las *Vidas*, ni cumplido el plan del mundo, que comprende la belleza moral en la física, y no ve en ésta sino el anuncio imperativo de aquélla: así que, antes de llevarse la mano al bozo, se la llevó al cinto. Salvó su vida y calmó su ansiedad en el asilo que por pocos días le ofreció la inolvidable *Emilia*. Lloró de furor al ver el país de nieves donde ha de vivir por no saber amar con mesura su país de luz. Lo llama México, que siempre tuvo corazones de oro y brazos sin espinas, donde se ampara sin miedo al extranjero. Pero ni la amistad de Tornel, ni la compañía de Quintana Roo, ni el teatro de Garay, ni la belleza fugaz de María Pautret, ni el hogar agitado del destierro, ni la ambición literaria, que en el país ajeno se entibia y vuelve recelosa, ni el pasmo mismo de la Naturaleza, pudieron dar más que consuelo momentáneo a aquella alma "abrasada de amor" que pedía en vano amante, y paseaba sombrío por el mundo, sin su esposa ideal y sin los héroes.

Aquel maestro de historia, aquel periodista sesudo, aquel político ardiente, aquel juez atildado, con una mano opinaba en los pleitos, y con la otra se echaba atrás las lágrimas. En el sol, en la noche, en la tormenta, en la lluvia nocturna, en el océano, en el árabe libre, buscaba frenético, mas siempre dueño de sí, sus hermanos naturales. Disciplinaba el alma fogosa con los quehaceres nimios de la abogacía. Su poesía, marcial primero y reprimida después, acabó en desesperada. Más de una vez quiso saber cómo se salía pronto de la vida. Pide paz a los árboles, sueño a la fatiga, gloria al hambre, amor a la luna. Aborrece la tiranía, y adora la libertad. Arreglando tragedias, nutre, en vez de apagar, su fuego trágico. Borra con sus lágrimas la sangre que en la carrera loca sacó con la espuela al ijar de su caballo. ¿Quién le apaciguará el corazón? ¿Dónde se asilará la virtud? El exceso de vida le agobia; vive condenado a afectos estériles; jamás, ¡infeliz! ser correspondido por la que ama. De noche, sobre un monte, descubierta la cabeza, alza la frente en la tempestad. ¡No se irá de la vida sin haber sembrado el laurel que quiere para su tumba! Aquietará su espíritu desolado con el frescor de la lluvia nocturna, pero donde se oiga, a los pies de una mujer, bramar el mar y rugir el trueno. Y murió, grande como era, de no poder ser grande.

Porque uno de los elementos principales de su genio fué el amor a la gloria, en que los hombres suelen hallar consuelos comparables al dolor de quien nada espera de ella, su poesía resplandece, desmaya o angustia, según vea las coronas sobre su cabeza o fuera de su mano; busca sin éxito, ya desalentado, poesía nueva por cauces más tranquilos; su lira es de las batallas, del

amor "tremendo", del horror "grato", "bello" y "augusto". Del país profanado en que le tocó nacer, y exaltó desde la infancia su alma siempre dispuesta a la pasión, buscó amparo en la grandeza de su tiempo, reciente aún de la última renovación de la humanidad, donde, como bordas de fuego de un mar torvo, cantaba Byron y peleaban Napoleón y Bolívar. Grecia y Roma, que le eran familiares por su cultura clásica, refloraban en los pueblos europeos, desde el trágico que acababa de imitarlas en Italia al inglés que había de ir a morir en Misolonghi; en los mismos Estados Unidos, donde Washington acaba de vencer, Bryant canta a Tesalia, y Halleck celebra a Bozzaris. Pero ya tenía para entonces la poesía, a más del estro ígneo, la majestad que debió poner en ella la contemplación, entre helénica por lo armoniosa y asiática por el lujo, de la hermosura de los países americanos donde vivió en su niñez; de aquel monte del Avila y valles caraqueños, con el cielo que viene a dormir de noche sobre los techos de las casas; de aquellas cumbres y altiplanicies mexicanas, modelo de sublimidad, que hinchen el pecho de melancolía e imperio; de Santo Domingo, donde corre el fuego por las venas de los árboles, y son más las flores que las hojas; de Cuba, velada ¡ay! por tantas almas segadas en flor, donde tiene la naturaleza la gracia de la doncellez y la frescura del besó.

Pero nada pudo tanto en su genio como aquella ansia inextinguible de amor, que con los [sic] de la tierra crecía, por ir demostrando cada uno lo amargo de nacer con una sed que no se puede apagar en este mundo. No cesan las hermosuras en cuanto habla de amores. Hay todavía "Lesbias" y "Filenos"; pero ya dice "pañuelo" en verso, antes que De Vigny. Cuando se prepara a la guerra, cuando describe el sol, cuando contempla el Niágara, piensa en los tiranos, para decir otra vez que los odia, y en la mujer a quien ha de amar. Es lava viva, y agonía que da piedad. Del amor padece hasta retorcerse. El amor es "furioso". Lloro llanto de fuego. Aquella mujer es "divina y funesta". Una bailarina le arranca acentos pindáricos, una bailarina "que tiende los brazos delicados, mostrando los tesoros de su seno". No teme caer en alguna puerilidad amorosa, de que se alza en un vuelo a la belleza pura, ni mostrarse como está. mísero de amor, postrado, desdeñado: ¡cómo viviría él en un rincón "con ella y la virtud"! Y era siempre un amor caballeresco, aun en los mayores arrebatos. Para su verso era su corazón despedazado; pero salía a la vida sereno, domador de sí mismo. Acaso hoy, o por desmerecimiento de la mujer, o por mayor realidad y tristeza de nuestra vida, no nos sea posible amar así: la pasión es ahora poca, o sale hueca al verso, o gusta de satisfacerse por los rincones. Tal fué su genio, contristado por la zozobra inevitable en quien tiene que vivir de los frutos de su espíritu en tierras extrañas.

Así amó él a la mujer, no como tentación que quita bríos para las obligaciones de la vida, sino como sazón y pináculo de la gloria, que es toda vanidad y dolor cuando no le da sangre y luz el beso. Así quiso a la libertad, patricia más que francesa. Así a los pueblos que combaten, y a los caudillos que postran a los déspotas. Así a los indios infelices, por quienes se le ve siempre traspasado de ternura, y de horror por los "hombres feroces", que contuvieron y desviaron la civilización del mundo, y alzaron a su paso montones de cadáveres, para que se vieran bien sus cruces. Pero eso, otros lo pudieron amar como él. Lo que es suyo, lo herédico, es esa tonante condición de su espíritu que da como beldad imperial a cuanto en momentos felices toca con su mano, y difunde por sus magníficas estrofas un poder y esplendor semejantes a los de las obras más bellas de la Naturaleza. Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se plega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía, ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire la oree, la argente la lluvia, y la consagre y despedace el rayo. Eso es lo herédico, y la imagen a la vez esmaltada y de relieve, y aquella frase imperiosa y fulgurante, y modo de disponer como una batalla la oda, por donde Heredia tiene un solo semejante en literatura, que es Olmedo. Olmedo, que cantó a Bolívar mejor que Heredia, no es el primer poeta americano. El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. El es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.

Ni todos sus asuntos fueron felices y propios de su genio; ni se igualó con Píndaro cuantas veces se lo propuso; ni es el mismo cuando imita, que no es tanto como parece, o cuando vacila, que es poco, o cuando trata temas llanos, que cuando en alas de la pasión deja ir el verso sin molde ni recamos, ni más guía que el águila; ni cabe comparar con sus odas al Niágara, al Teocali de Cholula, al sol, al mar, o sus epístolas a *Emilia* y *Elpino* y la estancia sexta de los *Placeres de la Melancolía*, los poemas que escribió más tarde pensando en Young y en Delille, y como émulo de Voltaire y Lucrecio, más apasionado que dichoso; ni campea en las composiciones rimadas, sobre todo en las menores, con la soberanía de aquellos cantos en que celebra en verso suelto, el influjo de las hermosas, el amor de la patria y las maravillas

naturales. Suele ser verboso. Tiene versos rellenos de adjetivos. Cae en los defectos propios de aquellos tiempos en que al sentimiento se decía sensibilidad; hay en casi todas sus páginas versos débiles, desinencias cercanas, asonantes seguidos, expresiones descuidadas, acentos mal dispuestos, diptongos ásperos, aliteraciones duras; ésa es la diferencia que hay entre un bosque y un jardín: en el jardín todo está pulido, podado, enarenado, como para morada de la flor y deleite del jardinero: ¿quién osa entrar en un bosque con el mandil y las podaderas?

El lenguaje de Heredia es otra de sus grandezas, a pesar de esos defectos que no han de excusársele, a no ser porque estaban consentidos en su tiempo, y aun se tenían por gala; porque a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana; y bien pudo Heredia evitar en su obra entera lo que evitó en aquellos pasajes donde despliega con todo su lujo su estrofa amplia, en que no cuelgan las imágenes como dijes, sino que van con el pensamiento, como en el diamante va la luz, y producen por su nobleza, variedad y rapidez la emoción homérica. Los cuadros se suceden. El verso triunfa. No van los versos encasacados, a donde los quiere llevar el poeta de gabinete, ni forjados a martillo, aunque sea de cíclope, sino que le nacen del alma con manto y corona. Es directo y limpio como la prosa aquel verso llameante, ágil y oratorio, que ya pinte, ya describa, ya fulmine, ya narre, ya evoque, se desata o enfrena al poder de una censura sabia y viva, que con más ímpetu y verdad que la de Quintana, remonta la poesía, como quien la echa al cielo de un bote, o la sujeta súbito, como auriga que de un reclamo para la cuádriga. La estrofa se va tendiendo como la llanura, encrespando como el mar, combando como el cielo. Si descende, es como una exhalación. Suele rielar como la luna; pero más a menudo se extingue como el sol poniente, entre carmines vívidos y negrura pavorosa.

Nunca falta, por supuesto, quien sin mirar en las raíces de cada persona poética, ni pensar que los que vienen de igual raíz han de enseñarlo en la hoja, tenga por imitación o idolatría el parecimiento de un poeta con otro que le sea análogo por el carácter, las fuentes de la educación o la naturaleza del genio: como si el roble que nace en Pekín hubiera de venir del de Aranjuez, porque hay un robledal en Aranjuez. Así, por apariencias, llegan los observadores malignos o noveles a ver copia servil donde no hay más que fatal semejanza. Ni Heredia ni nadie se libra de su tiempo, que por mil modos sutiles influye en la mente, y dicta, sentado donde no se le puede ver ni resistir, los primeros sentimientos, la primera prosa. Tan ganosa de altos amigos está siempre el alma poética, y tan necesitada de la beldad, que apenas la ve asomar, se

va tras ella, y revela por la dirección de los primeros pasos la hermosura a quien sigue, que suele ser menor que aquélla que despierta. De esos impulsos viene vibrando el genio, como mar de ondas sonoras, de Homero a Whitman. Y por eso, y por algunas imitaciones confesas, muy por debajo de lo suyo original, ha podido decirse de ligero que Heredia fuese imitador de éste o aquél, y en especial de Byron, cuando lo cierto es que la pasión soberbia de éste no se avenía con la más noble de Heredia; ni en los asuntos que trataron en común hay la menor semejanza esencial; ni cabe en juicio sano tener en menos las maravillas de la *Tempestad* que las estrofas que Byron compuso "durante una tormenta"; ni en el *No me recuerdes*, que es muy bello, hay arranques que puedan compararse con el ansia amorosa del *Desamor*, y aun de *El Rizo de Pelo*; ni por los países en que vivió, y lo infeliz de su raza en aquel tiempo, podía Heredia, grande por lo sincero, tratar los asuntos complejos y de universal interés, vedados por el azar del nacimiento a quien viene al mundo donde sólo llega de lejos, perdido y confuso, el fragor de sus olas. Porque es el dolor de los cubanos, y de todos los hispanoamericanos, que aunque hereden por el estudio y aquilaten con su talento natural las esperanzas e ideas del Universo, como es muy cetro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar en las cosas que más les conmueven e interesan, y parecen ridículos e intrusos si, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad, que son los del día en aquellos pueblos donde no están en las primeras letras como nosotros, sino en toda su animación y fuerza. Es como ir coronado de rayos y calzado con borceguíes. Este es de veras un dolor mortal, y un motivo de tristeza infinita. A Heredia le sobraron alientos y le faltó mundo.

Esto no es juicio, sino unas cuantas líneas para acompañar un retrato. Pero si no hay espacio para analizar, por su poder y el de los accidentes que se lo estimularon o torcieron, el vigor primitivo, elementos nuevos y curiosos, y formas varias de aquel genio poético, que puso en sus cantos, sin más superior que la Creación, el movimiento y la luz de sus mayores maravillas, y descubrió en un pecho cubano el secreto perdido que en las primicias del mundo dió sublimidad a la epopeya, antes le faltaría calor al corazón que orgullo y agradecimiento para recordar que fué hijo de Cuba aquél de cuyos labios salieron algunos de los acentos más bellos que haya modulado la voz del hombre, aquél que murió joven, fuera de la patria que quiso redimir, del dolor de buscar en vano en el mundo el amor y la virtud.

II

**Discurso pronunciado en *Hardman Hall*, Nueva York,
el 30 de noviembre de 1889.**

Con orgullo y reverencia empiezo a hablar, desde este puesto que de buen grado hubiera cedido, por su dificultad excesiva, a quien, con más ambición que la mía y menos temor de su persona, hubiera querido tomarlo de mí, si no fuera por el mandato de la patria, que en este puesto nos manda estar hoy, y por el miedo de que el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad, se levante de su silla de gloria, junto al sol que él cantó frente a frente, —y me tache de ingrato. Muchas pompas y honores tiene el mundo, solicitados con feo afán y humillaciones increíbles por los hombres: yo no quiero para mí más honra, porque no la hay mayor, que la de haber sido juzgado digno de recoger en mis palabras mortales el himno de ternura y gratitud de estos corazones de mujer y pechos de hombre al divino cubano, y enviar con él el pensamiento, velado aún por la vergüenza pública, a la cumbre donde espera, en vano quizás, su genio inmarcesible, con el trueno en la diestra, el torrente a los pies, sacudida la capa de tempestad por los vientos primitivos de la Creación, bañado aún de lágrimas de Cuba el rostro.

Nadie esperará de mí, si me tiene por discreto, que por ganar fama de crítico sagaz y puntilloso, rebaje esta ocasión, que es de agradecimiento y tributo, al examen —impropio de la fiesta y del estado de nuestro ánimo— de los orígenes y factores de mera literatura, que de una ojeada ve por sí quien conozca los lances varios de la existencia de Heredia, y los tiempos revueltos y enciclopédicos, de jubileo y renovación del mundo, en que le tocó vivir. Ni he de usurpar yo, por lucir las pedagogías, el tiempo en que sus propias estrofas, como lanzas orladas de flores, han de venir aquí a inclinarse, corteses y apasionadas, ante la mujer cubana, fiel siempre al genio y a la desdicha, y echando de súbito iracundas las rosas por el suelo, a repetir ante los hombres, turbados en estos tiem-

pos de virtud escasa e interés tentador, los versos magníficos como bofetones, donde profetiza:

Que si un pueblo su dura cadena
no se atreve a romper con sus manos,
puede el pueblo mudar de tiranos,
pero nunca ser libre podrá.

Yo no vengo aquí como juez, a ver cómo se juntaron en él la educación clásica y francesa, el fuego de su alma, y la época, accidentes y lugares de su vida; ni en qué le aceleraron el genio la enseñanza de su padre y la odisea de su niñez; ni qué es lo suyo, o lo de reflejo, en sus versos famosos; ni a apuntar con dedo incientemente la hora en que, privada su alma de los empleos sumos, repitió en cantos menos felices sus ideas primeras, por hábito de producir, o necesidad de expresarse, o gratitud al pueblo que lo hospedaba, o por obligación política. Yo vengo aquí como hijo desesperado y amoroso, a recordar brevemente, sin más notas que las que le manda poner la gloria, la vida del que cantó, con majestad desconocida, a la mujer, al peligro y a las palmas.

Donde son más altas las palmas en Cuba nació Heredia: en la infatigable Santiago. Y dicen que desde la niñez, como si el espíritu de la raza extinta le susurrase sus quejas y le prestara su furor, como si el último oro del país saqueado le ardiese en las venas, como si a la luz del sol del trópico se le revelasen por merced sobrenatural las entrañas de la vida, brotaban de los labios del "niño estupendo" el anatema viril, la palabra sentenciosa, la oda resonante. El padre, con su mucho saber, y con la inspiración del cariño, ponía ante sus ojos, ordenados y comentados, los elementos del orbe, los móviles de la humanidad, y los sucesos de los pueblos. Con la toga de juez abrigaba de la fiebre del genio a aquel hijo precoz. A Cicerón le enseñaba a amar, y amaba él más, por su naturaleza artística y armoniosa, que a Marat y a Fouquier Tinville. El peso de las cosas enseñaba el padre, y la necesidad de impelerlas con el desinterés, y fundarlas con la moderación. El latín que estudiaba con el maestro Correa no era el de Séneca difuso, ni el de Lucano verboso, ni el de Quintiliano, lleno de alambres y de lentejuelas, sino el de Horacio, de clara hermosura, más bello que los griegos, porque tiene su elegancia sin su crudeza, y es vino fresco tomado de la uva, con el perfume de las pocas rosas que crecen en la vida. De Lucrecio era por la mañana la lección de don José Francisco, y por la noche de Humboldt. El padre, y sus amigos de sobremesa, dejaban, estupefactos, caer el libro. ¿Quién era aquél, que lo traía todo en sí? Niño, ¿has sido rey, has sido Osían, has sido Bruto? Era como si viese el niño batallas de estrellas, porque le lucían en el rostro los resplandores. Había

centelleo de tormenta y capacidad de cráter en aquel genio voraz. La palabra, esencial y rotunda, fluía, adivinando las leyes de la luz o comentando las peleas de Troya, de aquellos labios de nueve años. Preveía, con sus ojos de fuego, el martirio a que los hombres, denunciados por el esplendor de la virtud, someten al genio, que osa ver claro de noche. Sus versos eran la religión y el orgullo de la casa. La madre, para que no se los interrumpieran, acallaba los ruidos. El padre le apuntalaba las rimas pobres. Le abrían todas las puertas. Le ponían, para que viese bien a escribir, las mejores luces del salón. ¡Otros han tenido que componer sus primeros versos entre azotes y burlas, a la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice!...; los de Heredia acababan en los labios de su madre, y en los brazos de su padre y de sus amigos. La inmortalidad comenzó para él en aquella fuerza y seguridad de sí que, como lección constante de los padres duros, daba a Heredia el cariño de la casa.

Era su padre oidor y persona de consejo y benevolencia, por lo que lo escogieron, a más de la razón de su nacimiento americano, para ir a poner paz en Venezuela, donde Monteverde, con el favor casual de la Naturaleza, triunfaba de Miranda, harto sabio para guerra en que el acometimiento hace más falta y gana más batallas que la sabiduría; en Venezuela, donde acaba de enseñarse al mundo, desmelenado y en pie sobre las ruinas del templo de San Jacinto, el creador, Bolívar. Reventaba la cólera de América, y daba a luz, entre escombros encendidos, al que había de vengarla. De allá del sur venía, de cumbre en cumbre, el eco de los cascos del caballo libertador de San Martín. Los héroes se subían a los montes para divisar el porvenir, y escribir la profecía de los siglos al resplandor de la nieve inmaculada. La niñez, más que el amor filial, refrenaba al héroe infeliz, que lloraba a sus solas, en su desdicha de once años, porque no le llegaban los pies traidores al estribo del caballo de pelear. Y allí oyó contar de los muertos por la espalda, de los encarcelados que salían de la prisión recogiendo los huesos, de los embajadores de barba blanca que había clavado el asturiano horrible a lanzazos contra la pared. Oyó decir de Bolívar, que se echó a llorar cuando entraba triunfante en Caracas y vió que salían a recibirlo las caraqueñas vestidas de blanco, con coronas de flores. De un Páez oyó contar, que se quitaba los grillos de los pies, y con los grillos vapuleaba a sus centinelas. Oyó decir que habían traído a la ciudad en una urna, con las banderas desplegadas como en día de fiesta, el corazón del bravo Girardot. Oyó que Ricaurte, para que Boves no le tomara el parque, sobre el parque se sentó, y voló con él. Venezuela, revuelta en su sangre, se retorció bajo la lanza de Boves... Vivió luego en México, y oyó contar de una cabeza de cura, que daba luz de noche, en la picota donde el español la había clavado.

¡Sol salió de aquella alma, sol devastador y magnífico de aquel troquel de diamante!

Y volvió a Cuba. El pan le supo a villanía, la comodidad a robo, el lujo a sangre. Su padre llevaba bastón de carey, y él también, comprado con el producto de sus labores de juez, y de abogado nuevo en una sociedad vil. El que vive de la infamia, o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen, es cometerlo. La juventud convida a Heredia a los amores: la condición favorecida de su padre, y su fama de joven extraordinario, traen clientes a su bufete: en las casas ricas le oyen con asombro improvisar sobre cuarenta piés diversos, cuarenta estrofas: “¡Ese es Heredia!” dicen por las calles, y en las ventanas de las casas, cuando pasa él, las cabezas hermosas se juntan, y dicen bajo, como el más dulce de los premios: “¡Ese es Heredia!” Pero la gloria aumenta el infortunio de vivir, cuando se la ha de comprar al precio de la complicidad con la vileza: no hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí. Grato es pasear bajo los mangos, a la hora deliciosa del amanecer, cuando el mundo parece como que se crea, y que sale de la nada el sol, con su ejército de pájaros vocingleros, como en el primer día de la vida: ¿pero qué “mano de hierro” le oprime en los campos cubanos el pecho? ¿Y en el cielo, qué mano de sangre? En las ventanas dan besos, y aplausos en las casas ricas, y la abogacía mana oro; pero al salir del banquete triunfal, de los estrados elocuentes, de la cita feliz, ¿no chasquea el látigo, y pide clemencia a un cielo que no escucha la madre a quien quieren ahogarle con azotes los gritos con que llama al hijo de su amor? El vil no es el esclavo, ni el que lo ha sido, sino el que vió este crimen, y no jura, ante el tribunal certero que preside en las sombras, hasta sacar del mundo la esclavitud y sus huellas. ¿Y la América libre, y toda Europa coronándose con la libertad, y Grecia misma resucitando, y Cuba, tan bella como Grecia, tendida así entre hierros, mancha del mundo, presidio rodeado de agua, rémora de América? Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas, que gimen estériles, en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes, que no se juntan falda contra falda, y cierran el paso a los que persiguen a los héroes? En tierra peleará, mientras haya un palmo de tierra, y cuando no lo haya, todavía peleará, de pie en la mar. Leónidas desde las Termópilas, desde Roma Catón, señalan el camino a los cubanos. “¡Vamos, Hernández!” De cadalso en cadalso, de Estrampes en Agüero, de Plácido en Benavides, erró la voz de Heredia, hasta que un día, de la tiniebla de la noche, entre cien brazos levantados al cielo, tronó en Yara. Ha desmayado luego, y aún hay quien cuente, donde

no se anda al sol, que va a desaparecer. ¿Será tanta entre los cubanos la perversión y la desdicha, que ahoguen, con el peso de su pueblo muerto por sus propias manos, la voz de su Heredia?

Entonces fué cuando vino a New York, a recibir la puñalada del frío, que no sintió cuando se le entró por el costado, porque de la pereza moral de su patria hallaba consuelo, aunque jamás olvido, en aquellas ciudades ya pujantes, donde, si no la república universal que apetecía su alma generosa, imperaba la libertad en una comarca digna de ella. En la historia profunda sumergió el pensamiento: estudió maravillado los esqueletos colosales; aterido junto a su chimenea, meditaba en los tiempos, que brillan y se apagan; agigantó en la soledad su mente sublime; y cuando, como quien se halla a sí propio, vió despeñarse a sus pies, rotas en luz, las edades de agua, el Niágara portentoso le reveló, sumiso, su misterio, y el poeta adolescente de un pueblo desdeñado halló, de un vuelo, el sentido de la Naturaleza que en siglos de contemplación, no habían sabido entender con tanta majestad sus propios habitantes.

México es tierra de refugio, donde todo peregrino ha hallado hermano; de México era el prudente Osés, a quien escribía Heredia, con peso de senador, sus cartas épicas de joven; en casa mexicana se leyó, en una mesa que tenía por adorno un vaso azul lleno de jazmines, el poema galante sobre el *Mérito de las Mujeres*; de México lo llama, a compartir el triunfo de la carta liberal, más laborioso que completo, el presidente Victoria, que no quería ver malograda aquella flor de volcán en la sepultura de las nieves. ¿Qué detendrá a Heredia junto al Niágara, donde su poesía, profética y sincera, no halló acentos con qué evocar la libertad? México empieza la ascensión más cruenta y valerosa que, por entre ruinas de iglesia y con una raza inerte a la espalda, ha rematado pueblo alguno: sin guía y sin enseñanza, ni más tutor que el genio del país, iba México camino a las alturas, marcando con una batalla cada jalón ¡y cada jalón, más alto!: si de la sombra de la iglesia languidece el árbol todavía tierno de la libertad, una generación viene cantando, y a los pies del árbol sediento se vacía los pechos; a México va Heredia, adonde pone a la lira castellana flores de roble el gran Quintana Roo. Y al ver de nuevo aquellas playas hospitalarias y helicosas, aquellos valles que parecen la mansión desierta de un olimpo que aguarda su rescate, aquellos montes que están, en la ausencia de sus dioses, como urnas volcadas, aquellas cúspides que el sol tiñe en su curso de plata casta, y violeta amorosa, y oro vivo, como si quisiera la Creación mostrar sus favores y especial ternura por su predilecta naturaleza, creyó que era allí donde podía, no en el Norte egoísta, hallar en la libertad el mismo orden solemne de las llanuras, guardadas por la centinela de los volcanes; sube con pie de enamorado a la soledad donde pi-

dieron en vano al Cielo su favor contra Cortés los reyes muertos, a la hora en que se abren en la bóveda tenebrosa las "fuentes de luz"; y acata, antes que a los grandes de la tierra, a los montes que se levantan, como espectros que no logran infundirle pavor, en la claridad elocuente de la luna.

México lo agasaja como él sabe, le da el oro de sus corazones y de su café, sienta a juzgar en la silla togada al forastero que sabe de historia como de leyes y pone alma de Volney al épodo de Píndaro. Los magistrados lo son de veras, allí donde en el aire mismo andan juntos la claridad y el reposo: y a él lo proclaman magistrado natural, sin ponerle reparos por la juventud, y lo sientan a la mesa como hermano. La tribuna tiene allí próceres: y le ceden la voz los oradores del país, y lo acompañan con palmas. La poesía tiene allí pontífices: y andan todos buscándole el brazo. Las hermosuras, también allí, exhalan al paso del poeta, trémulas, su aroma. Batalla con los "yorkinos" liberales, para que no echen atrás los "escoceses" parricidas la república; escribe, canta, discute, publica, derrama su corazón en pago de la hospitalidad; pero no siente bajo sus pies aquella firmeza del suelo nativo, que es la única propiedad plena del hombre, y tesoro común que a todos los iguala y enriquece, por lo que, para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. Ni la fuerza de su suelo tiene, ni el orgullo de que en su patria impere la virtud, ni el honor puede ya esperar de que lloren sobre su sepultura de héroe, en el primer día de redención, las vírgenes y los fuertes, y sobre la tierra que lo cubra pongan una hoja de palma de su patria. ¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sonos reales, y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?

No lo sostiene la vanidad de su persona; porque con valer mucho, y por lo mismo que lo valía, no era de esos de mirra y opoponax, que se ponen el mérito propio de botón de pechera, donde se lo vea todo el mundo, y alquilan el aire a que los publique y la mar a que les cante la gloria, y creen que debe ser su almuerzo el cielo y su vino la eternidad; sino que fué genio de noble república, a quien sólo se le veía lo de rey cuando lo agitaba la indignación, o fulminaba el anatema contra los serviles del mundo, y los de su patria. Dos clases de hombres hay: los que andan de pie, cara al cielo, pidiendo que el consuelo de la modestia descienda sobre los que viven sacándose la carne, por pan más o pan menos, a dentelladas, y levantándose, por ir de sortija de brillante, sobre la sepultura de su honra: y otra clase de hombres, que van de hinojos, besando a los grandes de la tierra el manto. En su patria pien-

sa cuando dedica su tragedia *Tiberio* a Fernando VII, con frases que escaldan: en su patria, cuando con sencillez imponente dibuja en escenas ejemplares la muerte de *Los Últimos Romanos*. ¡No era, nó, en los romanos en quienes pensaba el poeta, vuelto ya de de sus más caras esperanzas! Por su patria había querido él, y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran los brazos al único pueblo de la familia emancipada que besaba aún los pies del dueño enfurecido: “¡Vaya, decía, la América libre a rescatar la isla que la naturaleza le puso de pórtico y guarda!”. Piafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitantes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno le asió el caballo de la brida, y le habló así: “¡Yo soy libre, tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre”. Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de tempestad, y comenzó a morir.

Ya estaba, de sí mismo, preparado a morir; porque cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora a quien la posee. En las ocupaciones usuales de la vida, acibaradas por el destierro, no hallaba su labor anhelada aquella alma frenética y caballeresca, que cuando vió falsa a su primer amiga, servil al hombre, acorralado el genio, impotente la virtud, y sin heroísmo el mundo, preguntó a sus sienes para qué latían, y aun quiso, en el extravío de la pureza, librarla de su cárcel de huesos. De la caída de la humanidad ideal que pasea resplandeciente, con la copa de la muerte en los labios, por las estrofas de su juventud, se levantó pálido y enfermo, sin fuerzas ya más que para el poema reflexivo o el drama artificioso, que sólo centellea cuando el recuerdo de la patria lo conmueve, o el horror al desorden de la tiranía, o el odio a las “intrigas infames”. Al sol vivía él, y abominaba a los que andan, con el lomo de alquiler, afilando la lengua en la sombra, para asestarla contra los pechos puros. Si para vivir era preciso aceptar con la sonrisa mansa la complicidad con los lisonjeros, con los hipócritas, con los malignos, con los vanos, él no quería sonreír, ni vivir. ¿A qué vivir, si no se puede pasar por la tierra como el cometa por el cielo? Como la playa desnuda se siente él, como la playa de la mar. Su corazón tempestuoso, y tierno como el de una mujer, padece bajo el fanfarrón y el insolente como la flor bajo el casco del caballo. El tenía piedad de su caballo a punto de llorar con él y pedirle perdón, porque en el arrebató de su carrera le ensangrentó los ijares; ¿y no tenían los hombres piedad de él? ¿Ni de

qué sirve la virtud, si mientras más la ven, la mortifican más, y hay como una conjuración entre los hombres para quitarle el pan de la boca, y el suelo de debajo de los pies? Basta una vista alevé, de esas que vienen como las flechas de colores, con la punta untada de curare: basta una mirada torva, una carta seca, un saludo tibio, para oscurecerle el día. Nada menos necesita él que "la ternura universal". La casa, necesitada y monótona, irrita su pena, en vez de calmársela. En el dolor tiene él su gozo. ¡En su patria, ni pensar puede, porque su patria está allá, con el déspota en pie, restallando el látigo, y todos los cubanos arrodillados! De este pesar de la grandeza inútil, de la pasión desocupada y de la vida vil, moría, hilando trabajosamente sus últimos versos, el poeta que ya no hallaba en la tierra más consuelo que la lealtad de un amigo constante. ¡Pesaban mucho sobre el corazón del genio honrado las rodillas de todos los hombres que las doblan!

Hasta en las más acicaladas de sus poesías, que algo habían de tener de tocador en aquellos tiempos de Millevoje y de Delille, se nota esa fogosidad y sencillez que contrastan tan bellamente con la pompa natural del verso, que es tanta que cuando cae la idea, por el asunto pobre o el tema falso, va engañado buen rato el lector, tronando e imperando, sin ver que ya está la estrofa hueca. El temple heroico de su alma daba al verso constante elevación, y la viveza de su sensibilidad le llevaba, con cortes e interrupciones felicísimas, de una impresión a otra. Desde los primeros años habló él aquel lenguaje, a la vez exaltado y natural, que es su mayor novedad poética. A Byron le imita el amor al caballo; pero ¿a quién le imita la oda al Niágara, y al Huracán, y al Teocali, y la carta a Emilia, y los versos a Elpino, y los del Convite? Con Safo sólo se le puede comparar, porque sólo ella tuvo su desorden y ardor. Deja de un giro incompletos, con dignidad y efecto grandes, los versos de esos dolores que no se deben profanar hablando de ellos. De una nota sentida saca más efecto que de la retórica ostentosa. No busca comparaciones en lo que no se ve, sino en los objetos de la Naturaleza, que todos pueden sentir y ver como él; ni es su imaginación de aquella de abaloric, enojosa e inútil, que crea entes vanos e insignificantes, sino de esa otra durable y servicial, que consiste en poner de realce lo que pinta, con la comparación o alusión propias, y en exhibir, cautivas y vibrantes, las armonías de la Naturaleza. En su prosa misma, resonante y libre, es continuo ese vuelo de alas anchas, y movimiento a la par rítmico y desenfrenado. Su prosa tiene galicismos frecuentes, como su época; y en su Hesiodo hay sus tantos del Alfredo, y muchos versos pudieran ser mejores de lo que son; lo mismo que en el águila, que vuela junto al sol, y tiene una que otra pluma fea. Para poner lunares están las peluquerías; pero ¿quién, cuando no esté de cátedra forzosa, empleará el tiempo en ir de garfio y pinza por la obra

admirable, vibrante de angustia, cuando falta de veras el tiempo para la piedad y la admiración?

Nadie pinta mejor que él su tormento, en los versos graves e ingenuos que escribió "en su cumpleaños" cuando describe el

cruel estado

De un corazón ardiente sin amores.

Por aquel modo suyo de amar a la mujer, se ve que a la Naturaleza le faltó sangre que poner en las venas de aquel cubano, y puso lava. A la libertad y a la patria, las amó como amó a Lesbia y a Lola, a la "belleza del dolor" y a la andaluza María Pautret. Es un amor fino y honroso, que ofrece a sus novias en versos olímpicos la rosa tímida, la caña fresca y se las lleva a pasear, vigilado por el respeto, por donde arrullan las tórtolas. Algo hay de nuestro campesino floreador en aquel amante desaforado que dobla la rodilla y pone a los pies de su amada la canción de puño de oro. No ama para revolotear, sino para fijar su corazón, y consagrar su juventud ardiente. Se estremece a los dieciséis años, como todo un galán, cuando en el paseo con Lesbia le rozan la frente, movidos de aquel lado por un céfiro amigo, los rizos rubios. Se queja a la luna, que sabe mucho de estas cosas, porque no halla una mujer sensible. Ama furioso. Expirará de amor. No puede con el tumulto de su corazón enamorado. Nadie lo vence en amar, nadie. Ennoblece con su magna poesía lo más pueril del amor, y lo más dulce: el darse y quitarse y volverse a dar las manos, el no tener que decirse, el decírselo todo de repente. Sale del baile, como monarca coronado de estrellas, porque ha visto reinar a la que ama. El que baila con la que ama es indigno, insensible e indigno. A la que él ama, Cuba la aplaude, Cátulo le manda el ceñidor de Venus, los dioses del Olimpo se la envidian. Tiembla al lado de Emilia, en los días románticos de su persecución en Cuba; pero puede más la hidalguía del mancebo que la soledad tentadora. Pasa huyendo de sí junto a la pobre "rosa de nuestros campos", que se inclina deslumbrada ante el poeta, como la flor ante el sol. Sufre hasta marchitarse, y tiene a orgullo que le vean en la frente la palidez de los amores. El universo ¿quién no lo sabe? está entero en la que ama. No quiere ya a las hermosas, porque por la traición de una supo que el mundo es vil; pero no puede vivir sin las hermosas. ¿Cómo no habían de amar las mujeres con ternura a aquél que era cuanto el alma superior de la mujer aprisiona y seduce: delicado, intrépido, caballeroso, vehemente, fiel, y por todo eso, más que por la belleza, bello? ¿al que se ponía a sus piés de alfombra, sumiso e infeliz, y se erguía de pronto ante ellas como un soberano irritado? ¿Ni cuál es la fuerza de la vida, y su única raíz, sino el amor de la mujer?

De la fatiga de estas ternuras levantaba, con el poder que ellas dan, el pensamiento renovado a la Naturaleza eminente, y el que envolvía en hojas de rosa la canción a Lola, ensilla una hora después su caballo volador, mira —descubierta la cabeza— al cielo turbulento, y a la luz de los rayos se arroja a escape en la sombra de la noche. O cuando el gaviero, cegado por los relámpagos, renuncia en los mástiles rotos a desafiar la tempestad, Heredia, de pie en la proa, impaciente en los talones la espuela invisible, dichosa y centelleante la mirada, ve tenderse la niebla por el cielo, y prepararse las olas al combate. O cuando la tarde convida al hombre a la meditación, trepa, a pie firme, el monte que va arrojando la noche con su lobreguez; y en la cumbre, mientras se encienden las estrellas, piensa en la marcha de los pueblos; y se consagra a la melancolía. Y cuando no había monte que subir, desde sí propio veía, como si lo tuviera a sus pies, nacer y acabarse el mundo, y sobre él tender su inmensidad el Océano enérgico y triunfante.

Un día, un amigo piadoso, un solo amigo, entró, con los brazos tendidos, en el cuarto de un alguacil habanero, y allí estaba, sentado en un banco, esperando su turno, transparente ya la mano noble y pequeña, con la última luz en los ojos, el poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas. Temblando salió de allí, del brazo de su amigo; y al recobrar la libertad en el mar, reanimado con el beso de su madre, volvió a hallar, para despedirse del universo, los acentos con que lo había asombrado en su primera juventud; y se extinguió en silencio nocturno, como lámpara macilenta, en el valle donde vigilan perennemente, doradas por el sol, las cumbres del Popocatepetl y el Iztaccihual. Allí murió, y allí debía morir, el que para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó, en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y de hermanos: por su padre con Santo Domingo, semillero de héroes, donde aún, en la caoba sangrienta, y en el cañaveral quejoso, y en las selvas invictas, está como vivo, mandando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya; por su niñez con Venezuela, donde los montes plegados parecen, más que dobles de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad; y por su muerte, con México, templo inmenso edificado por la Naturaleza para que en lo alto de sus peldaños de montañas se consumase, como antes en sus teocalis los sacrificios, la justicia final y terrible de la independencia de América.

Y si hasta en la desaparición de sus restos, que no se pueden hallar, simbolizase la desaparición posible y futura de su patria, entonces ¡oh, Niágara inmortal! falta una estrofa, todavía útil, a tus soberbios versos. ¡Pídele ¡oh Niágara! al que da y quita, que

sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatársela a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma de colores que brotan de su seno, y el arco que le ciñe las sienas, son el cortejo propio, no mis palabras, del gran poeta en su tumba. Allí, frente a la maravilla vencida, es donde se ha de ir a saludar al genio vencedor. Allí, convidados a admirar la majestad del portento, y a meditar en su fragor, llegaron, no hace un mes, los enviados que mandan los pueblos de América a juntarse, en el invierno, para tratar del mundo americano; y al oír retumbar la catarata formidable, “¡Heredia!” dijo, poniéndose en pie, el hijo de Montevideo; “¡Heredia!” dijo, descubriéndose la cabeza, el de Nicaragua; “¡Heredia!” dijo, recordando su infancia gloriosa, el de Venezuela; “¡Heredia!”... decían, como indignos de sí y de él, los cubanos de aquella compañía; “¡Heredia!”, dijo la América entera; y lo saludaron con sus cascos de piedra las estatuas de los emperadores mexicanos, con sus volcanes Centro América, con sus palmeras el Brasil, con el mar de sus pampas la Argentina, el araucano distante con sus lanzas. ¿Y nosotros, culpables, cómo lo saludaremos? Dáanos, oh padre, virtud suficiente para que nos lloren las mujeres de nuestro tiempo, como te lloraron a tí las mujeres del tuyo; o haznos perecer en uno de los cataclismos que tú amabas, si no hemos de saber ser dignos de tí!

(Obras Completas de Martí. 12.—Cuba —Letras. Educación y Pintura—, 1, Editorial Trópico, La Habana, 1938, p. 141-159).

Í N D I C E

V O L U M E N I I

	<u>Pág.</u>
Advertencia, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	7

POESIAS CIVICAS Y REVOLUCIONARIAS

A D. José Tomás Boves	15
A la Paz	16
1820.	18
España libre	20
Himno patriótico al restablecimiento de la Constitución.	29
En la muerte del señor don Alejandro Ramírez	32
El Dos de Mayo.	33
A la insurrección de la Grecia en 1820	36
A los griegos en 1821	43
Oda a los habitantes de Anáhuac.	49
La estrella de Cuba.	54
A Emilia	56
Proyecto	62
A Wáshington	64
Oda.	67
En el aniversario del 4 de julio de 1776.	69
Vuelta al sur.	71
Himno del desterrado	74
Las sombras	79
En la apertura del Instituto Mexicano	89
Himno de guerra	93

	<u>Pág.</u>
Himno en honor del general Victoria.	96
Elegía.	98
A Bolívar.	104
Triunfo de la patria.	109
A los mexicanos, en 1829	112
Desengaños	115
A la <i>Cantata heroica</i> del c. Francisco Ortega	117
A un amigo, desterrado por opiniones políticas.	118
Al c. Andrés Quintana Roo	120
Al genio de Libertad	123
Libertad	126
El amolador	128
Al c. Andrés Quintana Roo [segunda epístola].	129
El Once de Mayo	135

POESIAS FILOSOFICAS E HISTORICAS

Vanidad de las riquezas.	141
Mi ciencia.	142
Al Popocatepetl	144
En el teocalli de Cholula	150
Inmortalidad.	155
Poesía	157
Napoleón	162
Sócrates	163
Roma	164
Catón	165
Placeres de la melancolía	167
Al cometa de 1825	177
A don Diego María Garay.	179
A Sila.	181

	<i>Pág.</i>
A la religión	183
Los compañeros de Colón	188
Contemplación	190
Progresos de las ciencias	192
Atenas y Palmira	195
Misantropía	197
Meditación matutina.	200
A la gran pirámide de Egipto.	202
Ultimos versos	204

POESÍAS DESCRIPTIVAS

En una tempestad	209
La estación de los nortes	212
Al Sol.	216
Niágara [Ed. 1825].	221
Niágara [Ed. 1832].	226
Himno al Sol.	230
Calma en el mar.	233
Al Océano	235

POESÍAS FAMILIARES

En el sepulcro de un niño	241
En alabanza del Sr. Juan López Extremera	242
A mi padre, en sus días	245
A mi padre, encanecido en la fuerza de su edad.	249
Carácter de mi padre	251
A mi esposa, en sus días	253
Al recibir el retrato de mi madre	255

	<i>Pág.</i>
IMITACIONES Y TRADUCCIONES	
Fragmento del libro I de <i>La Eneida</i> de Virgilio	261
El mérito de las mujeres	263
Memorias.	276
Melancolía.	278
Plan de estudios.	280
En la muerte de Riego.	282
La batalla de Lora	285
A la Luna	297
Morar	298
Al Sol.	300
Oina Morul	302
A la noche	307
A Napoleón	311
En el álbum de una señorita	317
Versos escritos en el golfo de Ambracia.	318
Lord Byron	319
Invitación a los poetas en el aniversario de la muerte del Redentor.	321
Los placeres de la esperanza	323
En un retrato del autor proscrito, a su madre	324
El arco-iris	326
Canto del cosaco.	328
La flor.	330
Recuerdos tristes.	332
La novia de Corinto.	334
Contra los impíos	339
Fragmento de una traducción de Virgilio	341
La resolución.	345
Homero y Hesiodo	346
Muerte del toro	350
La visión	352

	<i>Pág.</i>
Fragmentos entresacados de las <i>Cartas sobre la Mitología</i> . . .	355
Los sepulcros.	380
El manzanillo	383
La caída de las hojas	385
La inmortalidad.	387
Pelea de gallos	398
Las chinampas	401
Desesperación.	404
Dios al hombre	407
A Flérida.	409
El pino y el granado	410

APENDICE

La guerra de Imistona.	417
Las Postrimerías	424
La Religión	431
A la melancolía.	434
Primeras versiones de <i>La Mañana, A los mexicanos en 1829,</i> <i>y Encarecimiento</i>	436

JUICIOS DE MARTI SOBRE HEREDIA

I. Artículo publicado en <i>El Economista Americano</i> , Nueva York, julio de 1888	441
II. Discurso pronunciado en <i>Hardman Hall</i> , Nueva York, el 30 de noviembre de 1889.	447